

LA NAVE DE LOS NECIOS

SEBASTIÁN BRANT

EDICIÓN

ANTONIO REGALES SERNA



La nave de los necios (1494) no sólo es la obra alemana más importante del siglo XV, sino la que dio a conocer esta literatura en Europa. Su éxito fue tan grande, que llegó a crear un género nuevo de literatura y a influir en Erasmo y otros grandes escritores.

El autor, Sebastián Brant, nos pinta una nave cargada de necios, locos y pecadores a punto de naufragar. Se trata, pues, de toda la sociedad, que ha roto amarras con la Edad Media y no encuentra puerto. Con rigor, Brant fustiga a príncipes y lacayos, hombres y mujeres, blasfemos y usureros. Más de un centenar de necedades que son en buena medida intemporales.

La presente edición es la primera en lengua española de esta obra clásica de la literatura universal. Al igual que la primera edición alemana, ofrece el texto de Brant y las xilografías que lo acompaña, muchas de ellas de Durero, verdaderas obras maestras del arte alemán.

epublibre

Sebastian Brant

LA NAVE DE LOS NECIOS

ePub r1.0
Titivillus 09.02.2025

Título original: *Das Narrenschiff*

Sebastian Brant, 1494

Traducción: Antonio Regales Serna

Con 115 grabados atribuidos a Alberto Durero, el maestro de Haintz-Nar, el maestro Gnad-Her y otros maestros del Renacimiento

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1







Introducción

La época de Sebastián Brant

Sebastián Brant (1457-1521) pertenece, en general, a la época de transición entre el final de la Edad Media y los inicios de la Edad Moderna y, más en particular, a la primera hornada de humanistas de Alemania (alto Rin). Falta aún la gran obra histórica que explique este período. Como en *La nave de los necios*, quedan aún muchas cosas por explicar en esa zona en penumbra que va del gótico tardío a Durero.

Si tuviésemos que elegir sólo tres factores de los numerosos que caracterizan el paso de la Edad Media a la Edad Moderna, elegiríamos quizá los siguientes:

a) El desarrollo de las ciencias y de las técnicas.

b) Los descubrimientos geográficos.

c) La consciencia del yo.

Estos tres factores no hay que entenderlos separadamente, sino en sus ricas y múltiples interrelaciones. Sin el avance de la óptica (telescopio de Galileo) no se habría planteado tan crudamente la cuestión teológica de la existencia de las *sustancias* metafísicas en el mundo supralunar, con el consiguiente replanteamiento del papel del yo en el universo. Sin el desarrollo del teodolito, de la cartografía, etc., no se habría descubierto América y, con ella, la existencia de unos *seres* que ponían en cuestión, entre otras cosas, la transmisión universal del pecado de Adán (si eran *hombres*, ¿cómo habían podido llegar hasta allí?; si no lo eran, podrían legíti-

mamente trabajar como las *bestias*; en todo caso, complicaban la idea ingenua del yo medieval). La consciencia del yo ha de entenderse no sólo como mayor consciencia del componente espiritual del yo, sino del componente *corporal*.

Los tres factores citados ponen en cuestión, por tanto, la *armonía medieval* de los distintos saberes particulares entre sí, tomados aisladamente o en conjunto, y la Teología. La Edad Media vive básicamente dentro del edificio escolástico. La Teología y la Filosofía forman una unidad. Las ciencias y las técnicas se subordinan al saber divino. En el *Physiologus*, un tratado de veterinaria, el asno es visto primariamente a la luz de la entrada de Cristo en Jerusalén el domingo de ramos. Profundizando en las verdades particulares se llegaría a *agotar el campo*, a la Verdad con mayúsculas. El saber es como una meta en una historia entendida como unidireccional, dominada por Dios, que es la Sabiduría. En el fondo, no hay *progreso*, sino que éste consiste, más bien, en un *regreso* a la fase de Adán y del árbol de la ciencia (o a la Biblia, los padres de la Iglesia, Aristóteles, etc.). En el Renacimiento, sin embargo, las ciencias y las técnicas, en su desarrollo, se intersectan y pueden llegar a cuestionarse y, en el extremo, a cuestionar la propia Teología. Un paradigma de ello es Leonardo da Vinci. Muchos contenidos espirituales se *objetivan*, se convierten en *objetos*, para la imprenta, el comercio o el experimento. Como se ve en *El príncipe*, de Maquiavelo, la política cobra también sustantividad y se convierte en *el fin lícito*.

Entre los inventos (o la popularización de otros de importancia marginal en épocas anteriores) destacaría el reloj y la imprenta. Baste pensar qué sería nuestra sociedad actual si, por arte de magia, desaparecieran los relojes y las imprentas y volviésemos a depender del canto del gallo, de los toques a maitines y de los copistas medievales. Si el reloj va regu-

lando cada vez más la actividad productiva y el tiempo libre, la imprenta va cambiando de manos paulatinamente el dominio sobre la cultura (las ediciones no se repiten por la *bondad* de unos amanuenses, sino por las *leyes del mercado* y por el interés de poderosos grupos sociales). Pero basta mirar las ciudades renacentistas, con sus palacios, ayuntamientos, mansiones y jardines, para ver la creciente distancia entre este mundo y el medieval.

El respeto creciente al yo corpóreo, por su parte, tiene implicaciones de muy distinto signo, entre ellas jurídicas (*habeas corpus*, capacidad de testar, a menudo no reconocida, v. gr., a esclavos y siervos, etc.). Cuando Jacobo Burckhardt consideraba el desarrollo de la personalidad como la característica central del Renacimiento, estaba poniendo el acento en el yo, aunque de un modo bastante unilateral, pues, por un lado, restaba importancia a otros factores (entre ellos, el peso de una tradición medieval que, como vemos en Brant, podía estar aún muy presente), y, por otro lado, era un yo más *espiritual* que *corpóreo*. En cualquier caso, se trataba de un yo que ya no era el medieval, cuando el cosmos se reflejaba en el hombre y, a la inversa, la superestructura religiosa era a veces un reflejo del mundo cotidiano (aunque, desde luego, no se agotaba en ser mero reflejo). El hombre ya no es el centro del universo, como no lo es la tierra. La *revolución copernicana* pone en cuestión no sólo el geocentrismo de Ptolomeo, sino las ingenuas adherencias mitológicas del Génesis. Pero, por otro lado, el *nuevo hombre* se va convirtiendo, a su vez, en medida de todas las cosas. El descubrimiento (en parte *redescubrimiento*) de la perspectiva humana es característico del Renacimiento, como lo es la aparición de la escritura manuscrita propia del yo o el género literario, aún rudimentario, de la autobiografía, que tiene su origen en algunas obras clásicas y en las vi-

das y leyendas de santos. La propia *Historia del doctor Juan Fausto*, aparecida en 1587 y germen del gran mito goethiano y alemán, tiene su base en una biografía real, de un Fausto que había muerto unos cincuenta años antes. En realidad, la obra medieval suele ser anónima o, de algún modo, colectiva; es en el Humanismo cuando la biografía específica del autor se plasma de un modo u otro en su obra, y, por tanto, es más necesario conocerla para hacer la interpretación de esa obra.

Nicolás de Cusa (1401-1464) es quizá la figura en que mejor se ve la transición de la Edad Media a la Edad Moderna, en sus virtualidades y también en sus contradicciones. El Cusano, además, influyó directamente en Brant, pues fue una de las figuras centrales, si no la central, del concilio de Basilea (1431-1449), cuyos decretos publicó en 1499 el autor de *La nave de los necios.*

Con Nicolás de Cusa la Teología se hace notablemente *racional.* Nacido en Cusa, junto al Mosela, Nicolás estudió Derecho en Heidelberg y Padua. Trabó amistad con Toscanelli y otros sabios de su tiempo. En Colonia estudió Teología y leyó a pensadores como Raimundo Lulio. Tras muchos avatares llegó a cardenal (1448) y, llamado por el papa Pío II a Roma (1458), a *legado de la ciudad.* Hizo importantes reformas en la Iglesia de Roma, aunque a la postre resultarían insuficientes para evitar la división de la cristiandad. Tenía Nicolás de Cusa una excelente formación matemática, geométrica, física, etc., aunque estaba también muy influido por la mística, la Escolástica, el Neoplatonismo y el Humanismo. La *docta ignorancia* pretende ir más allá de la razón habitual. Dios se entiende como una «coincidencia de opuestos». El mundo se comporta respecto a Dios como la serie de los números naturales derivables de 1 respecto a este 1. El 1 es la coincidencia de los números finitos e infinitos. Le-

yendo desde hoy *De la docta ignorantia* vemos no sólo anticipos de Leibniz, sino de la ciencia actual (por ejemplo, cuando nos hace ver que, al igual que en la Santísima Trinidad, la recta es recta, y curva, y circunferencia, y punto). En la misma línea van sus intentos de resolver la cuadratura del círculo. También en el asunto del *microcosmos* es un eslabón que merece recordarse: el hombre es un *microcosmos*, reflejo de Dios y del mundo. Con ello ayuda a romper la barrera entre el Dios ilimitado y el hombre que no era casi nada. Dios se hace de algún modo *racional*, y el hombre de alguna forma divino. El punto medio, dialéctico, sería Cristo.

Pero Nicolás de Cusa es también la vía de transmisión de la *devoción moderna*, que pretendía seguir el camino sencillo que lleva a Dios, lejos de las polémicas y sutilezas estériles que agotaban las fuerzas también de los círculos en que se movía Brant. Es, diríamos, el lado más *místico* del Cusano, en el que la Fe y la Gracia son casi todo, y la razón casi nada (al menos para el común de los mortales). Ésta es la actitud que tomaba Brant, con no pocos de los primeros humanistas del área del alto Rin: evadirse en lo posible de las grandes polémicas (entre nominalistas y realistas), y no dejar de cultivar la amistad entre los partidarios del bando contrario. Juan Heynlin de Stein hizo aquí, indudablemente, de introductor del Cusano. Sirvan estas palabras de Brant, en su primer epigrama (Zarncke 1854, pp. 154 y ss.), como resumen de su inclinación a la *docta ignorancia* en el sentido de la *devoción moderna*:

> No te dejes apartar de la fe si se quiere disputar sobre ella, sino cree sencilla y simplemente, como la Santa Iglesia te enseña. No aceptes la doctrina sutil que tu entendimiento no puede comprender. La ovejilla nada a menudo junto a la orilla, donde el elefante se ahoga y sufre daño. Nadie debe preguntar para saber sobre su fe o su esposa, para que no se arrepienta al final.

La ortodoxia de Brant resplandece siempre, frente a la actitud mucho más compleja de la mayoría de las grandes fi-

guras de su tiempo (y, en particular, de la de Nicolás de Cusa).

Dos otros eslabones merecen especial mención en el desarrollo de la idea del «macrocosmos»: Marsilio Ficino y Pico della Mirandola.

Marsilio Ficino (1433-1499) fue médico, humanista, filósofo e historiador (*Vida de Platón*), además de sacerdote (*De la religión cristiana*) y teólogo (*Teología platónica*). Para él, el cristianismo era la forma de tomar conciencia de la Revelación divina. También defendía que el alma procede de Dios y tiende a retornar a él. Una idea central suya es que el alma refleja el macrocosmos, pero como un *microcosmos activo*. El querer y el obrar son decisivos, con lo que se entra en conflicto con la doctrina de la Gracia (San Pablo, San Agustín). Acusado de herejía, fue absuelto.

Pico della Mirandola (1463-1494) da un paso más en la dirección de Nicolás de Cusa y de Marsilio Ficino. De origen noble, fue filósofo y un gran humanista (conocía el latín, griego, hebreo y árabe). Quería elevar el cristianismo tradicional a las alturas de la cultura humanista, y para ello hace una síntesis de Platón, Aristóteles, la Cábala y otros saberes. Según él (*De la dignidad del hombre*), el ser humano es un *microcosmos*, y su propio forjador y superador; tiene ante sí todas las posibilidades, pero puede dirigirse a los distintos niveles del ser: a lo elemental, a lo animal o a lo divino. También lleva a una unidad superior los conceptos conjugados de «cuerpo» y «alma», «espíritu» y «naturaleza», «naturaleza divina» y «naturaleza humana», frente al modo analítico de entenderlos, habitual en la Edad Media.

En el Renacimiento se trata de buscar a Dios no fuera del mundo, sino dentro de éste, e incluso en el hombre. Dios no ha querido hacerlo todo: ha querido que el hombre compar-

ta esta capacidad. Estamos a un paso del *hombre como genio creador*, algo casi blasfemo para el artista medieval, quien, a lo sumo, se ve como un buen artesano, diestro en conformar la materia, pero no como *creador*, atributo sólo de Dios.

Todo esto, y tantas otras cosas que podríamos decir de la cultura y el pensamiento en los albores del Renacimiento y del Humanismo, parece, ciertamente, *revolucionario*, y en buena medida lo es. La cuestión se plantea cuando pasamos de ese plano al de la historia socioeconómica y política. ¿Hay aquí un cambio *revolucionario*? Parece evidente que, más bien, hay una continuación con lo que conocemos de la Edad Media. Es bien sabido que algunas escuelas de historiadores prolongan la Edad Media (en particular, la alemana) varios siglos más allá del XIII o el XIV. Lo que algunos pensaban en teoría tardaría muchos años en llevarse a la práctica. El Renacimiento y el Humanismo son movimientos esencialmente *estéticos*, no *políticos*. Hasta los artistas aparentemente más *liberales* tienen una actitud que podríamos denominar *retórica*, se mueven en un marco conservador y contribuyen a afianzarlo. Como tantas veces en la historia, desde los tiempos antiguos hasta el presente, muchos confían demasiado en el poder de la cultura para mejorar el rumbo de las sociedades y de los individuos. Cultura, pompa, intelecto no se convirtieron en armas contra el poder, sino a favor del poder. *Renacimiento* significa vuelta a los patrones antiguos y regeneración del individuo, pero también mantenimiento, por esos medios, del *statu quo*. El poeta que se deja coronar y proteger por un mecenas se integra de alguna manera en el mundo de éste, en vez de oponerse a él. Petrarca y los demás humanistas glorificaban a los señores antiguos para glorificar aún más a los señores de su tiempo. El arte es una eficaz vía para granjearse los favores de las clases dominantes. El desarrollo de las ciencias y de

las técnicas, y el florecimiento del comercio, permiten a los nobles tener buenos ejércitos; pero el pensamiento y el arte son armas no menos eficaces para legitimar el poder y el ejercicio del poder. Con Petrarca empezó la Retórica como *instrumento de poder*, y no como simple adorno inocente, y la literatura dominada por la Retórica dura en Alemania, por citar una obra clave, hasta el *Laocoonte* (1766) de Lessing. Es notable que, a la hora de buscar *revolucionarios* políticos en la época, haya que acudir a actitudes *teatrales* como la de Cola di Rienzi (1312-1354), el tribuno romano que se puso al frente de una modesta insurrección del pueblo y que fue asesinado por el propio pueblo en el Capitolio. No, para hablar en Europa de *revolución* hay que esperar a la Revolución francesa (por no decir a la de 1848). No deberíamos olvidar este marco general cuando, con doble razón, se habla del *conservadurismo* de Sebastián Brant.

El yo humanista crea según normas (dependientes de la Retórica) supranacionales. Ya hemos dicho que en Alemania estas normas duran hasta bien entrado el siglo XVIII (con corrientes secundarias que llegan, desde luego, hasta nuestros días), por lo menos hasta Gottsched (1700-1766) y, en parte, Lessing (1729-1781).

En Alemania, el espíritu italiano se refleja en algunas pocas cortes y ciudades libres.

Para recibir las nuevas ideas —aunque muchos buenos propósitos a menudo se frustraron por el peso de la tradición, del profesorado de viejo cuño o del ambiente circundante—, se crearon universidades como la de Friburgo de Brisgovia (1457), Basilea (1459), Ingolstadt (1472), Tréveris (1473), Maguncia (1476) y Tubinga (1477). Salta a la vista, y tendremos ocasión de volver repetidamente sobre ello, que el área de lo que en la época se llamaba Alsacia (que incluía a Basilea) y otras zonas adyacentes del valle del Rin consti-

tuían el principal bastión del Humanismo alemán, hasta que a partir de Lutero (1483-1546) regiones más norteñas (Sajonia, la franja central de Alemania) fueron tomando paulatinamente el relevo. En el siglo XV se distinguen los siguientes focos principales del Humanismo: el alto Rin (con Suiza), el bajo Rin (con el principal centro en Colonia) y Suabia. El alto Rin y Suabia tenían relaciones bastante estrechas. El norte de Alemania, Franconia, Sajonia o la propia Baviera quedaban muy a la zaga. En 1497, Jacobo Locher llamaba a Leipzig «tierra bárbara» (Zarncke, 1854, p. XII).

En vez del interés por la tradición clásica tal como lo vemos en Italia, en Alemania reinaba la intranquilidad religiosa. Los humanistas son en un principio un islote entre los escolásticos, y los renacentistas más todavía. Habrá que esperar a Jacobo Locher (1471-1528), el traductor de *La nave de los necios* al latín y el editor de Horacio, para encontrar a humanistas alemanes que sepan apreciar a los clásicos por sí mismos y no por otras razones (como la similitud de sus virtudes con las cristianas o la calidad de sus escritos para el aprendizaje de las lenguas clásicas).

La corte de Carlos IV, quien reinó en Praga desde 1346 a 1378, había recibido también a algunos de los primeros humanistas, aunque en la universidad de Praga, fundada por él en 1348, dominaba la cuestión religiosa (*devoción moderna*, mística, escolástica). Carlos se hizo coronar emperador en Roma, aunque renunció a restablecer el dominio alemán en Italia, cedió a Francia el reino de Borgoña y consiguió Silesia, Lusacia y Brandeburgo. Mediante la Bula de Oro (1356) fijó la primacía de los príncipes electores. Su laborioso reinado trajo consigo una beneficiosa calma, que se refleja sobre todo en la actividad cultural en Bohemia y en su capital Praga, ciudad que adornó no sólo con su universidad, sino con monumentos como la catedral y el puente de Carlos. La

cabeza principal de este humanismo primerizo fue Juan de Neumarkt (1310-1380), quien llegó a ser canciller de Carlos IV y después obispo.

Maximiliano I (1459-1519) es aquí de mayor interés, pues su reinado (1486-1519) coincide en buena medida con el centro de la actividad literaria de Brant y de otros miembros del primer humanismo de Alsacia. Hijo de Federico III, fue elegido «rey de Roma» en 1486 y emperador (sin consentimiento del Papa) en 1508. Empezó a reinar en 1493. A pesar de las alabanzas que le dedicó Brant, Maximiliano no tuvo muchos éxitos políticos ni militares. Mediante su matrimonio con María, hija heredera de Borgoña, tuvo pretensiones sobre todos los dominios de este reino, de los que, tras varias guerras y la muerte de María, le quedaron los Países Bajos, Artois y el ducado libre de Borgoña. Después de la muerte de Segismundo de Tirol y de su propio padre, reinó en todos los dominios de la casa de Austria. En 1490 expulsó a los húngaros de la Baja Austria, y en 1493 se casó con Blanca María de Milán. No tuvo éxito en las guerras europeas por hacerse con el poder en Italia, ni en la que llevó a cabo en contra de la Confederación suiza (guerra de Suabia), que acabó por hacerse definitivamente independiente. Por su política matrimonial, sin embargo, ganó la corona de España (1506) y aspiraciones a Bohemia y Hungría (1515). Tuvo que ceder varias veces a las pretensiones de los nobles. Nunca se atrevió tampoco, en contra de lo que le pedía Brant, a detener definitivamente el impetuoso avance de los turcos o a promover una *cruzada* para liberar los Santos Lugares. Sus principales éxitos militares fueron la expulsión de los turcos de Austria (1490), la victoria sobre los turcos en la batalla de Villac (1492) y sobre los franceses en Salins (1493). Su sucesor fue su nieto, Carlos I de España y V de Alemania.

Maximiliano no proporcionó a su imperio la consistencia que le había proporcionado Carlos IV, aunque, ciertamente, lo amplió. Se interesaba más por los aspectos visibles que por los profundos, más por la gloria y por la fama que por la obra política bien acabada. Él mismo era humanista, y se rodeó de hombres de letras y de ciencias. Conocía seis idiomas y se interesaba por la literatura, la historia, la pintura, la arquitectura, la música o las matemáticas. Como en el caso de Brant, Durero colaboró con sus xilografías. Se consideraba también el último gran caballero medieval e intentó recuperar un mundo de torneos y aventuras que ya estaba definitivamente agotado. Escribió tres obras (*Freydal* —de la que sólo quedó el boceto—, *Theuerdank* y *Weisskunig*), en las que pretendía conseguir novelas de caballería, al modo medieval pero con la temática y los recursos del presente (en especial la alegoría). Era de suyo un camino esencialmente cerrado ya antes de andarlo. También era propio de su carácter el hecho de que él realizase el esbozo y otras dos (o más) personas lo convirtieran en obra literaria acabada. Al margen de que la consecución de la gloria fuese para él casi un fin en sí mismo, hay que reconocerle su papel en la introducción del Renacimiento y el Humanismo en Alemania (y, por otro lado, su interés por la recuperación de algunos textos de la literatura medieval alemana). De especial significación fue el Colegio de matemáticos y poetas que fundó en 1501, con humanistas, en una universidad como la de Viena, que se oponía al Humanismo.

La obsesión de Brant por el peligro turco no carecía de fun-damento. Desde que en el siglo XI dominaron el Próximo Oriente, los turcos siempre tuvieron la tentación de ampliar su zona de influencia. Osmán I, muerto en 1326, puso con su conquista de Bizancio la primera piedra de un gran imperio. A mediados del siglo XIV ya se introdujeron algunos turcos

en Europa. Mehmed II conquistó Constantinopla (1453), acabando con el Imperio bizantino. Ello supuso un choque importante en la cristiandad. En manos turcas fueron cayendo, como provincias, Serbia (1459), Grecia (1461) —de extraordinaria importancia, entre otras cosas por el éxodo de intelectuales, artistas, filólogos, etc., hacia Italia y otros países—, Bosnia (1463) y Albania (1479). Otras zonas, como la Valaquia o Moldavia, fueron sometidas a vasallaje. Por otro lado, Selim I, muerto en 1520, venció al sha de Persia y conquistó Siria, Palestina, Egipto y diversas zonas del norte de África. Con Suleimán II se ampliaron incluso los dominios, con la conquista de Bagdad, Rodas y Mesopotamia. Por último, muerto ya Brant, Barbarrosa creó la mayor potencia naval de Turquía y puso bajo su mando los estados berberiscos de Trípoli, Túnez y Argelia. Desde entonces empezó el declive, por causas internas y externas, que se hizo visible en la batalla de Lepanto (1571).

Un paradigma del cambio y la contradicción, en el paso de la Edad Media a la Edad Moderna, es Juan de Tepl (1350-1414). Su obra *El labrador de Bohemia* (1401) trata de la disputa entre el viudo que da nombre a la obra, por un lado, y la muerte, por el otro. Es una obra a medio camino entre lo medieval y lo humanista. Dios resuelve conciliadoramente la disputa, y esto (como el estilo retórico de la polémica, aunque sea en un marco y sobre un motivo medievales) ya tiene mucho de novedoso: «Vosotros dos habéis luchado bien; [...] por ello, acusador, ten el honor; muerte, ten la victoria.» El honor es aquí ya esencialmente renacentista. La unión de *honor* y *victoria*, sin embargo, es más propia del Renacimiento italiano que del alemán, donde ambos conceptos resultarán a menudo contradictorios.

Las *Translatzen (Traducciones)* de Nicolás von Wyle (hacia 1410-1478) pretendían no sólo dar a conocer en Alema-

nia las obras de los humanistas, sino elevar el alemán a la altura del latín. Según nos dice, deseaba conseguir un alemán, a imitación del latín, que no pudiera ser mejorado. Esto ha de ponerse en conexión con el multilingüismo propio del Humanismo. Los humanistas tratan no sólo de prestigiar las lenguas vernáculas, sino de purificar y revitalizar el latín, tan deteriorado en la Edad Media, y de cultivar el griego, cuyo conocimiento se había ido reduciendo drásticamente por el predominio del latín.

Rodolfo Agrícola (1443-1485) fue el primer alemán que intentó introducir las formas renacentistas italianas en Alemania, que había aprendido directamente en Italia. Su obra *De la invención dialéctica* es la primera obra alemana de *topoi*, de temas literarios y de la forma de tratarlos. Los alemanes intentaron desde entonces conseguir el ideal de la elocuencia y las metas de la Retórica.

Conrado Celtis (1459-1508), que siguió por este camino, llegó a escribir en su lección inaugural en la universidad de Ingolstadt (1492):

> ¿De qué sirve, por los dioses inmortales, el mucho saber y la penetración en lo hermoso y elevado si no se sabe hablar de ello con dignidad, elegancia y solemnidad, y si no podemos transmitir a la posteridad nuestros pensamientos, lo cual es un adorno único de la felicidad humana? Así es, a fe mía: nada distingue tanto al hombre culto e ilustrado como la pluma y la lengua, que son dirigidas ambas por la elocuencia.

Para muchos humanistas europeos, como para los rétores clásicos, la elocuencia es una condición de la moralidad, de la adquisición y de la transmisión del conocimiento, de la eficacia, de la perfección, de la felicidad. Algo, pues, semejante, en cierto sentido, a la religión. Sin embargo, en Alemania la elocuencia se subordinará casi siempre a la religión. Falta aún mucho para llegar a Goethe, en el que la religión se torna, en buena parte, *estética*, y el estilo tiene mucho de *religión*. No obstante, se ha exagerado en la investi-

gación el predominio del factor religioso sobre el retórico en el Humanismo alemán: como se ve en Brant y en tantos otros, la *devoción moderna* y la *vía antigua* se dan a menudo juntas, aunque no se advierta a primera vista.

Aparte de Celtis, el gran vagante, incitador y educador, conviene recordar aquí a Ulrico de Hutten, pues Erasmo, el más grande de los humanistas, no era alemán y es de sobra conocido, y Lutero, también bien conocido, pertenece a una etapa histórica posterior a la de Brant. Ulrico de Hutten (1488-1523) es el gran inquieto y el gran luchador. Pasa por las ideas de algunos de los mejores humanistas alemanes, pero se acaba enfadando con casi todos. Para él la vacilación era pecado. Su programa se condensa en su célebre lema «Me he atrevido a ello». En el fondo, trataba de aunar las ideas religiosas progresistas (luteranas) con la política conservadora de restauración imperial, y, con ello, realizar de un modo práctico el ideal del yo humanista. Otros humanistas, como Conrado Peutinger (1465-1547), no afectan de modo sensible la vida y obra de Sebastián Brant.

Sociológicamente, el Humanismo, como se ve con especial claridad en la región de Estrasburgo y Basilea, es un movimiento predominantemente burgués y ligado a metas educativas. Los grandes descubrimientos geográficos, los cambios en las ciencias y en las técnicas, las nuevas ideas de todo tipo y las nuevas aspiraciones de las capas más emprendedoras de la sociedad obligaban a una portentosa actividad educativa. No sólo hacían falta escuelas, universidades, libros y maestros, sino *modelos* que pudieran ser imitados. Y esa labor no la asume, como en la Edad Media, la Iglesia, sino la burguesía y, en concreto, los humanistas y su literatura, que es esencialmente *didáctica.* También en esto Alemania tiene el ceño más adusto, menos sonriente, que la

bulliciosa Italia, pero es algo que sucede no sólo en la literatura, sino en todas las artes.

Para acabar este apartado, creo necesario tratar un asunto que, aunque pudiera parecer abstruso o poco relevante, tiene gran importancia para situar a Brant en las líneas de pensamiento de su entorno: me refiero principalmente a los nuevos planteamientos de la vieja cuestión de los universales o, dicho de otro modo, a la reanudada polémica entre *realistas* y *nominalistas*.

La polémica es un residuo de la que en la Edad Media sostuvieron los dominicos y los franciscanos. Los primeros eran realistas y los segundos nominalistas. Los realistas sostenían que los universales tienen una realidad propia, anterior a los individuos particulares («universales antes que la cosa»); los nominalistas, lo contrario, que los universales son sólo palabras, más o menos vacías, para poder pensar o expresarnos («universales después de la cosa»). Los realistas se basaban en Platón; los nominalistas, en Aristóteles. A mediados del siglo XV los nominalistas se inclinaban, más bien, por la vieja educación escolástica, mientras que los realistas se alineaban con la Iglesia y propugnaban una educación más liberal y más acorde con la línea humanista.

En Basilea, la ciudad adoptiva de Brant, el nominalismo dominaba de forma absoluta en la enseñanza impartida en la Facultad de Humanidades. Pero en 1464 llegó allí Heynlin, realista que había llegado a ser rector de la Sorbona y que la abandonó precisamente para poder discutir con nominalistas, y las cosas llegaron hasta tal punto, que entre el período de hacia 1470 y 1492 la Facultad se dividió en dos, con sus respectivos decanos, profesores y alumnos. Los nominalistas eran, con todo, el partido más fuerte. Entre ellos estaban Reuchlin, Lauber y Hugonis. Brant aprendió de ellos y cultivó su amistad, aunque personalmente era realis-

ta y tenía en este bando sus mejores amigos (entre otros, el futuro impresor Amerbach).

Basilea, así pues, había cobrado fama de *progresista*, debido principalmente al concilio allí celebrado. Allí se había esbozado un programa para acabar con todos los males de la Iglesia, llegar a una unidad con los disidentes y extenderse por todo el mundo. Por desgracia, tanto el Papa como el emperador hicieron lo posible para que ese programa no se llevara a cabo, por lo que el concilio era en tiempo de Brant poco más que un buen propósito que se recordaba con melancolía. Su universidad había adquirido una importancia igual o superior a la de Heidelberg, su hermana mayor, y estaba muy por encima de la de Friburgo, que era como una pequeña *sucursal* de la de Viena. No es tan extraño, pues, como parece a primera vista que Heynlin eligiera Basilea para imponer el *realismo*. Lo interesante no es la cuestión de los universales en sí misma, sino en lo que tiene de hilo conductor para entender el agrupamiento de las cuestiones culturales y éticas en la época, pues los dos bandos ya no eran sólo, evidentemente, el de los dominicos y los franciscanos. Hay que tener también en cuenta que el Papa había condenado las ideas de Ockam, el gran reformista franciscano (nominalista), cuyas ideas se habían extendido mucho en Europa y eran menospreciadas por los realistas, que los llamaban *sofistas*, y consideradas demasiado *revolucionarias* por la autoridad imperial, que confiaba más en el realismo tradicional.

Las cosas empezaron a cambiar en Inglaterra, donde algunos realistas llegaron hasta Platón y, por ende, a proponer un modelo de iglesia primitiva que chocaba contra las ideas e intereses del Papa. De Oxford pasaron esas ideas a Praga a principios del siglo XV, y ello ocasionó la expulsión de los profesores alemanes de la universidad. En el concilio

de Constanza (1414-1418) alcanzaron los nominalistas la cumbre de su poder. Juan Gerson destacó en él y, después de muerto, también en el concilio de Basilea. Se evidenció que los nominalistas no querían atacar a la Iglesia, sino las disensiones y los excesos (entre éstos, el absolutismo de los papas). Federico III acabó por plegarse a los intereses del Papa, con lo que se fue echando tierra a las resoluciones de Basilea. El nominalismo empezó a ser perseguido, sin prisas, pero sin pausas.

En Alemania los nominalistas se habían puesto, en los inicios, de parte del emperador y en contra del Papa. La fundación de las universidades de Heidelberg y de Viena se había hecho, en buena medida, con nominalistas expulsados de París, donde las discusiones habían llegado a ser tan violentas, que se tenía que separar con enrejados a los contendientes para que no llegaran a las manos. Por fin, en 1473, los realistas consiguieron que el rey Luis de Francia prohibiera prácticamente el nominalismo. Ese mismo año, Heynlin y otros realistas, descontentos con el decreto real, se dirigen a Basilea para continuar las discusiones en el campo adversario. Este sector realista se había distanciado de las *agudezas* estériles escolásticas. Los claros deseos de simplificación propios de finales del siglo XV eran un elemento favorable al realismo, pues es más sencillo de entender que con la *palabra* se comprende la *cosa*. Heynlin llegó a retirarse a un convento, dimitiendo del planteamiento racional de la polémica, y Brant deseó hacer lo mismo, aparte de que ya hemos dicho que tenía amigos en ambos bandos. Con todo, la lucha duró en Basilea más de veinte años. En el bando de Heynlin estaban, entre otros, Juan Geiler de Kaisersberg, Agrícola y el propio Brant; en el contrario, Jacobo Wimpfeling, Juan Tritheim y Juan Reuchlin. El realismo de estos humanistas se había mitigado mucho y había incorporado

elementos del nominalismo de la época del concilio de Basilea. Era un realismo más abierto, pero temeroso de molestar al poder político o religioso. Se buscaba más el perfeccionamiento del individuo que el de la sociedad. A menudo, como en el caso de Brant, la perspectiva moral lo absorbe todo. Es por todo ello harto discutible considerarlos *prerreformistas*, pues su actitud respecto a la Iglesia y al Papa es, más bien, contraria a la de Lutero. El nivel del catolicismo es, en cualquier caso, muy bajo a finales del siglo XV. Apenas se puede encontrar algún gran maestro; todos se remiten a los maestros anteriores. *La nave de los necios* es la mejor obra de aquel círculo. Gracias a ella se convierte en *universal* lo que tenía mucho de *limitado*. Por otro lado, hay que tener presente otra aparente contradicción. Son los realistas, los llamados *conservadores*, los que introducen los nuevos ideales educativos, el Humanismo y, en particular, la nueva Retórica y el estudio de las lenguas clásicas. Heynlin ya había fomentado estos estudios en París, y lo mismo intentó en Basilea. En ambos lugares tenía presente tanto la universidad como la imprenta. Locher, aunque muy unido al principio al grupo, como discípulo predilecto de Brant y traductor de *La nave de los necios* al latín, pertenece ya a otra generación. El famoso panfleto de Wimpfeling contra él pone de manifiesto la ruptura con esta joven generación, que deseaba cultivar los estudios clásicos por ellos mismos y romper amarras con el lastre, cada vez sentido como más anticuado, de sus maestros. Aquí, en el tema de los clásicos, el Lutero del nordeste de Alemania se encontraba realmente en las antípodas de lo que se pensaba en los últimos años de la vida de Brant en el alto Rin.

La vida y la obra de Sebastián Brant (1457-1521)

La nave de los necios se explica, desde luego, por sus características internas, por su recepción o por el carácter

burgués y moralizante de su entorno, pero también por la personalidad del autor, por su biografía y por el resto de su producción literaria y no literaria, que ha permanecido mucho tiempo injustamente olvidado para la crítica por el deslumbrante éxito de aquella obra (cf. Zeydel, 1967, en especial capítulos 1 y 2).

Sebastián Brant nació en Estrasburgo. Hay discusión sobre la fecha de su nacimiento (1457 o 1458). En la tardía fecha de 1590, Reussner, en sus *Iconos*, donde figura un retrato de Brant, realizado por Tobias Stimmer, dice que nació en 1458. Pero en la losa de la tumba se halla escrito que murió el 10 de mayo de 1521, a la edad de sesenta y cuatro años. 1457 es el año de una famosa carta de Martin Mair a su amigo Eneas Silvio, futuro papa Pío II, en la que le felicita por haber sido nombrado cardenal, critica el absolutismo del papado y la escasa atención a Alemania, y prevé que, de seguir así las cosas, Alemania se liberará del yugo de Roma y se hará independiente. En 1521 las doctrinas de Lutero fueron declaradas heréticas. Brant vivió con pasión algunos de los principales acontecimientos entre esas fechas, como el desarrollo de la imprenta, el descubrimiento de América, la amenaza de los turcos, el auge del latín y el griego, la cuestión de los universales o el porvenir del Imperio y de la Iglesia en los albores de la polémica reformista.

El padre de Brant, Diebold, era propietario del mesón «León de Oro» en Estrasburgo. Su abuelo paterno era comerciante de vinos en la misma ciudad y fue elegido ocho veces miembro de la corporación municipal. Su madre se llamaba Bárbara Picker, y, sin mayor fundamento, se suele decir que Brant tenía unos ciertos rasgos de carácter *femenino* (dulzura, timidez, sentido del pudor, tendencia a la moralización) que debía a su madre. El padre de Brant murió en 1468, y la madre tuvo que educar a sus tres hijos (además

de Sebastián, Matías, futuro impresor, y Juan, futuro regidor del negocio de su padre). La situación económica de Brant fue estrecha hasta que consiguió dar clases de modo estable en la universidad de Basilea.

En Estrasburgo, con unos 20 000 habitantes, no había una buena escuela pública, por lo que Brant asistió probablemente a una escuela parroquial y a otra en Baden, pero, sobre todo, recibió clases particulares, entre otros, quizá de Juan Müller, que vivía en la ciudad. La educación que recibió fue indudablemente buena, aunque no del nivel de la de Wimpfeling o Erasmo, que visitaron la Escuela Latina Humanista de Luis Dringenberg, en Schlettstadt (Baja Alsacia). En la suave respuesta de Brant a una dura carta anónima que recibió en 1480, parece conceder sus insuficientes conocimientos de latín y, sobre todo, de griego, pero esto es una forma retórica de hablar. Su carácter era serio, tímido, constante, a menudo crítico, irritable, moralizante y un tanto vanidoso. Pero así eran muchos humanistas entonces, en particular en la zona del alto Rin. Por otro lado, siempre fue muy sincero, noble, laborioso y fiel a sus ideales políticos y religiosos, así como a sus amigos. Uno de los primeros amigos fue el joven humanista Pedro Schott, que había estudiado en la escuela citada de Dringenberg y pasó luego a las universidades de París y Bolonia.

En 1475 su madre lo envió a la universidad de Basilea, con el deseo probablemente de que estudiase lenguas clásicas, pues tenía una buena base en latín. Se matriculó en la Facultad de Humanidades, propedéutica de las otras. Allí estudió Filosofía, Lógica, Retórica y Física, entre otras materias. Los autores clásicos no tenían una disciplina propia, sino que se estudiaban en Filosofía, Retórica o junto a los escritores religiosos. Brant estudió griego en clases particulares impartidas por Andrónico Kontoblakas, que había fija-

do su residencia en Basilea; latín y griego, con el afamado Juan Reuchlin. No es que aprendiera mucho griego, pero sí el suficiente para leer a los autores clásicos.

Brant sirvió como criado al profesor Jacobo Hugonis, maestro también de Reuchlin. Se evidencia por éste y por otros medios que sus recursos económicos eran muy escasos. Visitaba mucho la rica biblioteca del monasterio cartujo, y escribía versos en latín, lo que le proporcionó cierta fama en Basilea. Su primera compilación, en honor a la virgen, apareció en Basilea en 1494. Basilea era a la sazón un lugar emprendedor y agradable, muy enriquecido por la actividad del concilio. De éste había salido incluso el intento de crear una universidad, que duró de 1440 a 1449. Con los donativos de los participantes, visitantes, autores e impresores se enriquecieron mucho las bibliotecas, en especial la de los cartujos y, secundariamente, la de los dominicos. La universidad, por su parte, fue creada de nuevo en 1460. El modelo fue la universidad de Erfurt, de la que vinieron algunos profesores. Lo más novedoso fue la introducción del Derecho civil, por primera vez en Alemania. Ya hemos hablado sobre la cuestión de los universales, que llegó a dividir en dos la Facultad de Humanidades. Los alumnos no eran muchos, pero venían de todas partes de Alemania y de Suiza, Francia y Bohemia. El Humanismo ocupaba un lugar más destacado que en las restantes universidades alemanas, el peso de la Iglesia no era tan grande y las relaciones con la ciudad eran excelentes. La ciudad era, como Estrasburgo, especialmente burguesa, sin dejar de ser sede episcopal y ciudad libre del Imperio.

La imprenta, introducida ya hacia 1470, tenía una especial relevancia en la ciudad. Los impresores tenían privilegios especiales y eran considerados *artistas*, no *artesanos* (en realidad lo eran). Entre los más conocidos figuran Wenssler,

Amerbach, Wolff, Petri, Froben, Furter, Kesler y Bergmann von Olpe. Brant trabajó con varios de ellos. Bergmann, el editor de *La nave de los necios*, era rico de familia y compañero de clase y amigo íntimo de Brant; interesado en la Teología, llegó a archidiácono. Amerbach había estudiado con Heynlin en la universidad de París. Otros habían estudiado en Italia. La gran mayoría de los autores clásicos, sin embargo, eran publicados en Italia. Basilea tampoco podía competir con Italia o con París en la publicación de obras humanistas. Las que publicaba tenían su lugar, principalmente, en las necesidades de la enseñanza. Aparte de los libros de texto, destacan los escritos teológicos, filosóficos, jurídicos y morales. Muchas obras incluían grabados. La calidad de las ediciones era muy alta. Entre los compradores figuraban las iglesias, los monasterios, las parroquias, los profesores, los alumnos y el público cultivado en general. El contacto con el pueblo iletrado era más frecuente en las parroquias (lengua alemana, grabados). El uso de la letra romana por parte de Amerbach y Bergmann pone de relieve su interés por llegar a compradores de fuera de Alemania. También residieron en Basilea artistas como Durero y Holbein el Joven. Brant se encontraba, pues, en una ciudad que era un centro humanístico de primer orden. Allí vivió unos 25 años, hasta que Basilea, en 1501, se desligó del Imperio y se unió a la Confederación Suiza.

Quizá por razones económicas, Brant estudió Derecho. Su madre prefería la Teología. Curiosamente, Brant nunca confió demasiado en el Derecho: lo veía demasiado ligado con el engaño y con el capricho. Pero ante la Teología se veía como un constante pecador. Con todo, el Derecho canónico estaba bastante próximo de la Teología. Su principal profesor en Derecho fue Pedro de Andlau. En 1484 obtuvo la licencia para enseñar ambos Derechos (canónico y civil). Du-

rante varios años siguió, no obstante, enseñando Poética en la Facultad de Humanidades. En 1485 se casó con Isabel Burg, con la que tuvo siete hijos. En 1489 alcanzó el grado académico más alto, el de «doctor en los dos Derechos», y ya disfrutó de una vida económicamente desahogada. En 1492 fue decano de la Facultad de Derecho.

En sus clases citaba a menudo a los clásicos. La persona que más le influyó fue Heynlin, el gran maestro del realismo y primer decano del sector realista. Heynlin era un humanista de la primera generación, tan lejos de los *rizos escolásticos* como de *los clásicos por los clásicos*. Tuvo un gran éxito como profesor y como predicador. Brant aprendió eso de él y mucho más: el amor a la Virgen María, el interés por Virgilio, la subordinación del Humanismo a la moral cristiana, la enemiga a la especulación filosófica, el sentimiento de vivir en un mundo en progresiva corrupción o el interés por la imprenta. Todo esto se refleja en *La nave de los necios*. La limitación principal de Heynlin —y de los primeros humanistas alemanes, incluido Brant, y con la excepción de Reuchlin— es que no contemplaban a los clásicos en sí mismos, en la belleza, ideas y sentimientos propios de las obras, sino desde el prisma concreto del *moralizador cristiano*. Frente a Locher, representante de la siguiente generación, se alzaron Geiler, Wimpfeling y el propio Brant. Al grupo de Heynlin, en Basilea, pertenecían Geiler, Schott y Brant, siendo este último el discípulo preferido y más consecuente. Fuera de Basilea estaban, sobre todo, Wimpfeling y Tritheim. Dado el absolutismo de la política de la Iglesia, los realistas, que eran sostenes de ésta, trataban de evitar la discusión sobre esos asuntos y se centraban en la moral del individuo. Brant mismo se convirtió en severo juez de todo tipo de pecados, locuras y necedades de la sociedad de su tiempo, y algo parecido hicieron los demás realistas, según el interés perso-

nal de cada cual. Frente a las tendencias reformistas, siempre se sintieron subordinados a la autoridad de la Iglesia. La actitud didáctica se advierte en todo el grupo, y en ella destacan Wimpfeling, con su tratado educativo titulado *Adolescencia*, y Brant, con su *Nave de los necios*, sus clases en la universidad y su labor en las imprentas. El propio Wimpfeling recomendaba esta última obra para su uso en las escuelas, y Geiler la tomó como base de sus sermones. Brant enseñaba en la Facultad Humanística y en la de Derecho. Era un excelente profesor, que animaba y sugería muchas cosas a sus alumnos y estaba en el trato muy próximo a ellos. Lo sabemos, sobre todo, por su discípulo Locher, quien habla de ello en la carta que publicó como prólogo a su *Stultifera navis* (traducción al latín de *La nave de los necios*). En la polémica educativa entre los escolásticos y los humanistas se puso sin reservas del lado de estos últimos. Brant transmitía su entusiasmo por el Humanismo y por los clásicos. Su influjo debió de ser, además, mayor por el hecho de haber pocos profesores *numerarios*, y ser la mayoría clérigos que trabajaban voluntariamente o jóvenes que, como probablemente el propio Brant en un principio, daban clase como tutores en las corporaciones de estudiantes.

Pero Brant no enseñaba sólo Poética y los clásicos, sino que dedicaba también gran esfuerzo a la enseñanza del Derecho. Tanto en Basilea como después en Estrasburgo sintió una especial inclinación por las fuentes del Derecho, quizá porque encontraba ahí un entronque con esa atención a los textos antiguos propia del Humanismo. El libro más conocido de Brant durante ese período es el manual de Derecho romano, en latín, titulado *Exposiciones o explicaciones de todas las partes del Derecho, tanto civil como canónico* (Basilea, Furter, 1490). Con sucesivas adaptaciones, fue publicado durante muchos años. En España también he encontrado bas-

tantes ejemplares, empezando por la Biblioteca Nacional y siguiendo por otras bibliotecas civiles y eclesiásticas. Varios de los que he visto llevan anotaciones marginales que avalan la idea de la amplia difusión del libro, también en el tiempo. La fuente próxima es la obra titulada *Aparato de las Instituciones* (Basilea, 1478), que Brant enmendó, completó y comentó de su propia mano. En 1493 editó una obra sobre Derecho canónico: el *Decreto de Graciano, trabajado con suma dedicación y concordado cuidadosamente con los libros de la Biblia*. Asimismo editó una tercera obra, también en latín, de carácter más práctico: *Del modo de estudiar en los dos Derechos*, de Juan Bautista de Gasalupis.

Entre los asuntos que atraían a Brant destacaba también, como sabemos, la imprenta. Desde finales de la década de 1470 hasta su partida de Basilea (y aun después) estuvo estrechamente ligado al mundo de la imprenta. Actuaba principalmente como consejero para varios impresores. El saber de la época había alcanzado tal volumen, que ni los impresores más cultivados eran capaces de elegir por sí mismos las obras, fijar los textos definitivos, editarlos y acompañarlos de prólogos, dedicatorias y exhortaciones para su compra. Brant debió de empezar a hacer este tipo de trabajos hacia 1477, al terminar su bachillerato. En esta actividad influyó, sin duda, su amistad con Heynlin, con Bergmann y con Amerbach. El volumen de las obras que ayudó a editar no se puede determinar con precisión, entre otras cosas porque gran parte de ese trabajo se hacía de forma anónima, sobre todo cuando quien lo realizaba no tenía un gran nombre, como sucedía al principio a Brant. Pero se calcula que trabajó en más de un tercio de las obras publicadas en Basilea durante el tiempo en que residió allí. Su primera edición (*La ciudad de Dios*, en latín) se remonta a 1489. Trabajó, sobre todo, para Bergmann, pero también para Amer-

bach, Furter, Petri, Froben y otros. Relativamente pronto dejó aquí o allá su firma cuando el asunto del libro le interesaba y su contribución era relevante. Es importante destacar el hecho de que Brant trabajaba básicamente sólo en obras de su interés, razón por la cual este aspecto de su actividad nos ayuda a entender mejor a Brant y su obra. En 1494 apareció la obra (en latín) de Tritheim *De los escritores eclesiásticos*, una especie de enciclopedia que incluye al propio Brant y en la que éste inserta una nota sobre Reuchlin y un dístico de 18 líneas. Como curiosidad, indiquemos que entre las muchas obras en que colaboró por aquellos años encontramos, en el mismo 1494, la edición de una *Historia Baetica*, de Veradus, en la imprenta de Bergmann.

Desde mediados de 1480, Brant se va interesando cada vez más por el alemán, como único vehículo para llegar al pueblo, desconocedor del latín. Las dificultades eran muy grandes, no sólo porque el pueblo era en gran medida iletrado y tenía escaso acceso al libro, sino porque el alemán estaba aún lejos de ser uniforme y porque faltaban gramáticas y modelos de obras en la lengua vernácula en la línea requerida. Ya era una gran dificultad el propio hecho de que Brant tuviera que adiestrarse en escribir alemán (en concreto, el del dialecto de Alsacia), pues lo común era escribir en latín. Una forma de edición que cultivó Brant en su primera época fue la de las hojas sueltas, primero en latín y después en alemán. Solían incluir ilustraciones y trataban de sucesos extraordinarios. Constituyen un antecedente del periodismo moderno y, por otro lado, de *La nave de los necios*. Dos ejemplos son *Del meteoro caído [...] junto a Ensisheim,* publicado en alemán en 1492, y *De la honorable batalla de los alemanes en Salins*, también en alemán (1493). Estas obras, y otras más extensas, sobre todo las traducciones, permiten ver los progresos de Brant en el dominio del alemán. Entre

las obras relativamente extensas destacan: *Ave praeclara (Yo te saludo, preclara),* himno dedicado a la Virgen, y cuya traducción brantiana no se conserva; un *Catón*, un *Faceto* (de Poggio), un *Moreto* y la *Tesmofagia* (recogidos en Zarncke, 1854, pp. 131 y ss.). Los cuatro último tienen una intención moralizante. La traducción, al principio pedestre, se va liberando del original y haciéndose más creativa. El uso del latín y del alemán supone en Brant, a fin de cuentas, dos finalidades distintas: llegar a un tipo de personas muy cultivadas o al pueblo en general (y a los párrocos y sus feligreses, en particular). El estilo literario y lingüístico cambian también en consecuencia. Los escritos en alemán, incluidas las hojas volanderas, son como peldaños que de algún modo nos llevan a *La nave de los necios* (aunque el *Faceto* y el *Moreto* se publicaron en 1496, fueron escritos años antes). La lengua y el estilo son cada vez más maleables, la métrica y la rima son similares, como lo es la conjunción de texto y grabado, la intención es moralizante, el destinatario es, más bien, el gran público.

Brant y su literatura se hallan muy ligados a Maximiliano I. El escritor encontraba en él al héroe que necesitaba su tiempo, agotados ya los modelos literarios de la épica cortesana. Maximiliano, esperaba Brant, traería la paz al Imperio y el fortalecimiento frente a sus vecinos y contra los turcos. Con motivo de su coronación como rey de Roma (1486) le dedica dos poesías. Incansable, trata de moverle a la acción, como cuando publica *En honor [...] del rey de los españoles Fernando,* de Verardi (1494), con la carta de Colón en latín *De las islas descubiertas hace poco en el mar Indico*, o *El celo y fervor de los príncipes antiguos de los germanos*, de Bebenburg (1497); pero Maximiliano carecía del ímpetu necesario para resolver los problemas que tanto preocupaban a Brant. Éste, aunque quizá defraudado en su interior, nunca perdió

la esperanza en el Imperio y en el emperador. Su nacionalismo parece tener bastante que ver con su formación. De hecho, tuvo profesores y amigos de similares ideas y nunca vivió fuera de Alemania. Maximiliano también parece que conoció bien a Brant y sintió una notable admiración por él.

En otro sentido, por aquellos años publica hojas sueltas sobre acontecimientos extraordinarios, entre las que destacan las siguientes: *Del maravilloso nacimiento del niño en Worms* (1495), *La extraordinaria cerda de Landser, en el Sundgau* (1496) y *Del ganso doble y la cerda de Guggenheim, en Alsacia* (1496), las tres en alemán; y en latín, *De la inundación del Tíber* (1495), *Del insigne ciervo donado a su Regia Majestad* (1495) y la *Explicación del auspicio de los halcones* (1495). También edita el *Cuadragesimal* (1495) y un comentario de Petrarca (1496).

Aparte del lejano modelo del emperador, Brant tuvo otros más inmediatos. Ya los hemos citado, pero es preciso añadir aquí algunas cosas más por su extraordinaria influencia sobre nuestro autor.

Pedro de Andlau era una persona de gran influencia en Basilea, cuya universidad había ayudado a fundar y de la cual había sido rector. En Brant influyó mucho su idea del Sacro Imperio Romano: habría sido querido por Dios que el poder espiritual del Papa estuviera por encima del temporal del emperador.

Jacobo Hugonis había desarrollado similares ideas, además de la de la superioridad del pueblo alemán sobre el de las otras naciones, lo que llevaba consigo responsabilidades morales y políticas especiales.

Juan Heynlin de Stein, del que hemos hablado bastante, ponía el énfasis en los múltiples pecados y vicios en una sociedad en descomposición, y en la necesidad de restablecer

la virtud (y el Imperio) por medio de reformas espirituales y temporales. Heynlin, como Brant, buscaba restablecer un orden que aparecía perturbado. *La nave de los necios* o el poema en latín *De los que perecen por el orden corrupto de vivir* (1498) parecen las ideas de Heynlin o de Andlau *en ejercicio.*

Juan Geiler de Kaisersberg es, a diferencia de los anteriores, a la vez maestro y discípulo (quizá más esto último) de Brant. Los sermones publicados antes de *La nave de los necios* influyen en ella. Tiene ideas similares a las de Heynlin sobre la Iglesia, el Imperio o el pecado. Pero pone más énfasis en el uso de la lengua vernácula, frente a muchos humanistas; usa proverbios; juega con las palabras, y, en general, se sirve de la Retórica como sólo lo encontramos en *La nave de los necios.*

En suma, esta gran sátira que es *La nave de los necios* debe mucho a estos cuatro maestros de la sátira en unos tiempos, por lo demás, en que la sátira era el género literario más frecuente y en el que la Retórica (y, en particular, la alegoría y la *aliteratio*, la repetición), jugaba el papel más importante, sin que, por otro lado, menospreciemos el factor individual, *biográfico* del autor, que se nos apunta aquí y allí inclinado a una censura moralizante que muchos críticos estiman que cae en la pedantería o roza con ella.

En los últimos años en Basilea, después de conseguir su doctorado (1489), Brant se dedicaba a las clases, a su cargo en la universidad, al ejercicio activo del Derecho, a la imprenta, al cuidado de su familia (asunto sobre el que no sabemos casi nada) y al estudio, en especial en la biblioteca de los cartujos. Realizó también algunas tareas para el obispo de Basilea y en 1494, fecha de la *editio princeps* de *La nave de los necios* era ya tan conocido que recibía a personajes fa-

mosos que se dirigían a Basilea sólo para conocerlo o intercambiar opiniones con él.

En 1493 publicó una de sus obras más ambiciosas (en latín), comparable artísticamente a *La nave de los necios*, pero dirigida a un público humanista más culto y más amante de los refinamientos en el fondo y en la forma. Su título es *Del origen y conversión de los buenos reyes y en alabanza de la ciudad de Jerusalén: con una exhortación a recuperarla*. El capítulo 99 de *La nave de los necios* («Del ocaso de la fe»), el más sentido del libro, es considerado como una suerte de resumen de esa obra, pero en el plano que le es propio: el del gran público. En 1494, como es sabido, publicó en la imprenta de Bergmann *La nave de los necios*.

En 1498, Brant publicó *Varia Carmina* (Poemas varios), una ampliación del libro que había dedicado a la Virgen. La obra contiene también poesías profanas. Asimismo editó en aquellos años finales del siglo XV obras importantes. Entre ellas, las *Revelaciones* de San Metodio (1498), la *Panormia* de Ivo de Chartres (1499) y *Del modo de estudiar* de Gasalupis (1500). También hizo una aportación a la edición en latín de Petrarca (1496).

En 1499, tras su derrota en Dorneck, Maximiliano tuvo que firmar en Basilea la paz con la Confederación Suiza. A poco de ello, Basilea y varias pequeñas ciudades se pasan a ésta. La desi-lusión de Brant fue muy grande. La nueva situación influyó probablemente en él para trasladarse a Estrasburgo, aparte del recuerdo melancólico de esta ciudad, el puesto que se le ofreció en ella y el cansancio de sus agotadoras actividades en Basilea.

En Estrasburgo había quedado vacante en 1500 el puesto de asesor jurídico municipal, un puesto de alto rango. Geiler, que residía en la ciudad, ejerce sus buenos oficios en fa-

vor de Brant, quien presenta su candidatura y es admitido. Se produce entonces el traslado de Brant, quien presta juramento el 13 de enero de 1501. Unos tres años después, al quedar vacante el cargo de *cronista municipal* (en realidad, una especie de secretario y asesor municipal, de muy alto rango), se le nombra a él para ocuparlo. Terminan así sus relaciones con la universidad y con Basilea, pero no con la investigación, la creación artística o la imprenta. Entre sus funciones figuraban redactar los anales de la ciudad, asesorar a la Magistratura de ésta, editar los documentos municipales, supervisar la correspondencia municipal y actuar como censor. Tenía que mantener actualizados los decretos y ordenanzas judiciales, y, por ello, aprovecha para saciar su gran curiosidad por la historia del Derecho, investigando incansable en los copiosos archivos de la ciudad. En otro sentido, hizo una gran labor para atender las casas de beneficencia, hospitales y hospicios.

Brant recibió muchas felicitaciones y alguna recompensa por su excelente labor. Su fama se acrecentó, también por la importancia de Estrasburgo, una floreciente ciudad libre imperial, burguesa, muy bien situada estratégicamente, entre Francia y Alemania.

Entre sus escritos de los primeros años destacan los informes (por ejemplo, uno al emperador sobre cómo actuar en casos de suicidios, otro sobre las prebendas de la Iglesia y otro sobre la fuga de los siervos). También destaca una carta con un poema en contra de los que niegan la inmaculada concepción de la Virgen.

Maximiliano le colmó de honores y le llamó a su lado, a Innsbruck, en 1502, como consejero. Lo mismo hizo en 1508 y en 1513. También fue otorgando importantes privilegios a la ciudad. Brant, por su parte, recibió asimismo atenciones de los grandes humanistas, como de Conrado Peutinger, que

en una carta le contó su viaje a la India, o de Willibald Pirckheimer, que en otra carta le alabó sus obras. Aunque no se suele decir, Brant no sólo no dejó de publicar al abandonar Basilea, sino que contribuyó de un modo u otro a la publicación de más de treinta obras. Entre ellas destacan ediciones de Boecio (1501) y Rábano Mauro (1503), la *Elección del obispo von Hoenstein* (1506-1507), la *Discreción*, de Freidank (1508); la *Tabla de libertad* (s.a.), el *Espejo de los legos*, de Ulrico Tengler (1509), y el *Espejo caballeresco de los pleitos* (1516), así como un elogio a Maximiliano y más de setenta epigramas. Los impresores son ahora básicamente de Estrasburgo, destacando entre ellos Wehinger y Grüninger. Muy importante es consignar que en Estrasburgo Brant sigue interesándose por los clásicos, como se demuestra con su edición latina de Esopo (1501) y de Virgilio (1502).

Sus relaciones con su antiguo discípulo Locher eran bastante frías, a pesar de que las ediciones de Esopo y de Virgilio pueden entenderse como un tímido paso en la línea de los humanistas de la nueva generación. Locher pertenecía a ella, y de un modo distinguido. Su edición de Horacio (1498) había acrecentado la fama que ya tenía por su *Stultifera navis*. Locher sintió también inclinación por la lírica e inició en Alemania el drama humanista, con su *Historia del rey de Francia* (en latín, 1495). (Brant también escribió en latín una obra de teatro sobre Hércules, por desgracia perdida.) La ciudad tuvo que presenciar varias disputas entre humanistas, en parte debidas a las ideas y, en parte, a razones más personales. La labor censora de Brant —agudizada por un decreto instado por Maximiliano, en el que se prohibían las publicaciones en contra del Papa, el emperador, la ciudad, otras ciudades o las personas, sin la autorización del alcalde y de la corporación municipal— le llevó necesariamente a situaciones complicadas (en particular con Murner y, en los

últimos años de su vida, con los seguidores de Lutero), pero supo casi siempre evadirse de ellas, pues ya sabemos que no era amigo de las disputas.

Siguiendo el modelo de Viena y otras ciudades, Wimpfeling, hacia el cambio de siglo, había fundado en Estrasburgo, con Brant y otros, una *sociedad literaria*. Su finalidad era buscar la colaboración y la discusión entre los escritores, asentados en la ciudad o no. La sociedad recibía también a los viajeros ilustres que pasaban por ella. Éste fue el caso de Erasmo, quien fue recibido con grandes honores en 1514. Al partir escribió una carta a Wimpfeling en la que se refería muy elogiosamente a Brant. Éste, por su parte, había escrito un epigrama con motivo de la aparición del *Elogio de la locura* (1509).

Maximiliano murió en enero de 1519, y su muerte fue muy sentida por Brant y por la ciudad de Estrasburgo. Brant confiaba en que su sucesor, Carlos I de España y V de Alemania, realizaría la obra política que no había podido realizar su abuelo Maximiliano. En 1520 formó parte de una delegación de la ciudad que pretendía visitar al emperador Carlos en Gante para informarle de los privilegios de la ciudad y conseguir que se los garantizase y añadiese alguno más. En Gante, Brant felicitó al emperador en latín. Éste se mostró muy abierto a la delegación. Durante este viaje es probable que Brant visitara a Erasmo. Fue ahí también cuando Durero hizo el conocido retrato de Brant.

Un año antes del viaje el escritor ya se había sentido enfermo, pero había mejorado. En los últimos meses de su vida le vemos cada vez más pesimista y crítico, dos rasgos que habían sido habituales en su carácter, y sin dejar de trabajar. En particular, le preocupaba la situación del Imperio y de la Iglesia, divididos en el interior y amenazados en el exterior. Teme que se llegue a la destrucción del mundo entero. La

última nota suya que se conserva se refiere a la publicación de una obra en contra de Lutero, que Brant había prohibido y que ahora dice que hay que revisar. Su muerte se produjo el 10 de mayo de 1521.

La nave de los necios

Antecedentes

Klaus Manger (1983, p. 19), al tratar de los antecedentes de *La nave de los necios*, cita una xilografía de 1493. Se trata de un grabado de la nave de Ulises en Circe, procedente de la *Crónica universal* de Hartmann Schedel, publicada en latín y en alemán un año antes que la obra de Brant. El grabado se halla incluido en *El jinete azul*, de Kandinsky y Marc, el programa del arte moderno de los años veinte. Los compañeros de Ulises, convertidos en animales, forman la tripulación. La diferencia es que Brant, que también trata el tema de Ulises en el capítulo 108, incluye entre los necios al propio Ulises, a sí mismo y prácticamente a todos los humanos. En última instancia, se puede decir que la intención didáctica, la figura del necio y la del barco cargado de necios parecen ser tan antiguos como la literatura misma, por lo que aquí sólo subrayaremos algunos de los antecedentes más directos.

Tomando como referencia la literatura didáctica y la poesía gnómica de la edad media tardía, es válida, en general, la tesis de Kunze (1975, p. 383) de que ninguno de los elementos fundamentales de *La nave de los necios* es nuevo: ni la figura del necio, ni el carro o la nave cargados de ellos, ni la sátira social, ni el verso dividido en cuatro partes. Esto no quiere decir, sin embargo, en modo alguno que el conjunto de la obra no sea esencialmente distinta de sus antecedentes.

Entre las obras de esa literatura didáctica y poesía gnómi-

ca medievales destacan, respectivamente el *Huésped romá-nico*, de Thomasin de Zirclaria, y *Discreción*, de Freidank. Ahí se ve el sistema de virtudes y vicios que estaba en vigor desde San Gregorio Magno, papa del 590 al 604. Es un sistema que mira al más allá, pero que pone a la literatura como intermediaria, al igual que sucede en los *Proverbios* de Salomón: «El temor de Dios es el principio de la sabiduría» (I,7). Pero este tipo de literatura didáctica no carece de historia, sino que ha seguido una evolución, tal como se evidencia en las obras concretas, aunque esté aún en buena medida por sistematizar e investigar en todos sus detalles. El propio *género* de *literatura didáctica* es sumamente impreciso, pues no sólo falta hacer las necesarias diferenciaciones, sino buscar un criterio definitorio y clasificatorio de base, que no puede radicar sólo en la mera intención del autor (habrá obras que resulten didácticas aunque no lo pretenda el autor, y viceversa). Las intenciones concretas de un autor medieval —del que a veces no conocemos ni el nombre— son, además, muy difíciles de precisar, y lo mismo sucede, aunque en menor medida, en el caso de Brant y otros humanistas. Aristóteles excluía la poesía didáctica de la literatura, pero en Horacio las clasificaciones de la literatura no afectan a ésta. Para San Agustín, como para Cicerón, la literatura tiene que educar, divertir y conmover. Se trata de conseguir el *hombre bueno experto en decir* (Quintiliano), de la Retórica antigua y de la renacentista. Este *hombre bueno* es el mismo del seudo-Virgilio que sirve de modelo directo al último capítulo de *La nave de los necios*. En cualquier caso, la Poética no nos resuelve el problema de precisar el género de la literatura didáctica. Manger (1983, pp. 26 y ss.) acude, con Curtius, a otra distinción: a la clasificación clásica y medieval según el hablante. Se obtienen así tres géneros fundamentales: activo, común y explicativo. Este último sería el

género que aquí nos interesa, y se divide en literatura sentenciosa y didáctica. Se caracteriza porque el hablante (a diferencia de la lírica o el drama) actúa sin interrupción (y no mediante otros personajes). Homero o el Lucrecio de *La naturaleza de las cosas* estarían así cerca de Salomón o el salterio. También se recomienda en esta poética combinar los pensamientos propios con las *autoridades*, algo que es común a obras tan diversas, todas bien conocidas de Brant, como *Discreción*, de Freidank (poesía gnómica); *Anillo*, de Wittenwiler (estilo chistoso, narrativo); el *Huésped romántico*, de Thomasin, o el *Corredor*, de Hugo de Trimberg (las dos últimas, de estilo *enciclopédico*). Manger se inclina a pensar que el género de la sátira, por su parte, tal como lo cultivan los primeros humanistas del alto Rin, no entronca con la Edad Media, sino con la sátira de los escritores romanos. La sátira es literatura didáctica desde un punto de vista negativo. Pero aquí vuelve a caber una amplísima gama de obras, desde el *Schildbürgerbuch* (Libro de los papanatas) medieval al *Simplicio Simplicísimo* (1669), de Grimmelshausen. Algunas denominaciones, como *épica en verso didáctico-satírica* (Rupprich, 1970), aplicada a Brant y a Murner, no añaden mucha luz al problema del género literario de *La nave de los necios* y sus antecedentes. En la Filología Románica se habla, según criterios de contenido, dentro de las tradiciones de la literatura didáctica, de literatura religiosa, didáctica, interpretación alegórica y sátira. Y todo ello se da inextricablemente unido en *La nave de los necios*. Ya Tritheim, en el *Libro de los escritores eclesiásticos*, considera esa obra una *divina sátira*. También Locher, en el prólogo a su versión de *La nave de los necios*, considera esta obra una sátira y pone a su autor entre los seguidores de Dante y Petrarca. No la pone en conexión, pues, con la literatura satírica medieval, quizá porque no se interesaba por estas cuestiones de los

géneros y subgéneros y porque no conocía bien o no estimaba especialmente esa literatura medieval. Brant tiende algún puente con esta tradición, como lo evidencia su edición de *Discreción*, de Freidank. No obstante, los contemporáneos, con Locher, le asocian con Homero, Sócrates, Platón, Lucilio, Horacio, Persio, Juvenal o Dante, todos ellos considerados escritores satíricos. Habría hecho lo que este último: seguir la línea de los otros citados, pero en la lengua vernácula. No le asocian con la tradición medieval alemana. Esto es muy importante, pues Locher, Wimpfeling, Vadian, Hutten y otros contemporáneos son los únicos ecos que nos quedan de la recepción de la obra de Brant en su tiempo, algo de suma importancia para la interpretación.

Sin embargo, *La nave de los necios* está directamente ligada también con esta última tradición medieval. Es indudable que supone como una especie de culminación y de superación de esa literatura. Con ella tiene en común la tendencia a la concreción de los vicios, la crítica de costumbres, el lamento ante la vaciedad del mundo o el componente didáctico y satírico. Pero la época es distinta —el Renacimiento, el Humanismo, la imprenta y todo lo que sabemos— y ello explica las diferencias esenciales: *La nave de los necios* es ya enteramente una obra para ser leída, realizada sobre la base de la Retórica renacentista, etc.

Pasemos ahora a concretar un poco más los antecedentes más significativos de *La nave de los necios*.

La figura del necio aparece en el Antiguo Testamento, en la literatura grecolatina y en la literatura alemana medieval. En esta última, aparte de obras de los siglos xii y xiii en que aparecen como *necios* muchos personajes que se oponen a la visión bíblica del *sabio*, cabe destacar obras como *El huésped románico*, de Thomasin de Zirclaria; el *Corredor*, de Hugo de Trimberg; el *Libro de las reprensiones* (ejemplo emi-

nente de la crítica de estamentos); *Discreción*, de Freidank, y la literatura referida al diablo. Más cerca tenemos *Flores de la virtud*, de Juan Vintler, escrita en 1411 y publicada en Basilea en 1486, adaptación de la obra del italiano Tomás Leoni. La obra contiene ilustraciones de necios. Entre los antecedentes no hay que olvidar los cuentos, en particular el del *País de Jauja*, que aparece expresamente en *La nave de los necios*.

También tiene antecedentes la idea de recoger en un barco o en una carreta a los necios (o a los pecadores, a los locos o a los personajes del carnaval). Uno de los antecedentes más inmediatos es un dircurso burlesco pronunciado por Jodoco Gallo, en Heidel-berg, a finales de la década de 1480, sobre un escenario que representaba una nave. Wimpfeling, que presidía la reunión, publicó el discurso en 1489, en Estrasburgo, con el título de *Monopolio y compañía de la nave de la luz*. El discurso apareció acompañado de xilografías con un barco lleno de pasajeros. Brant, amigo de Wimpfeling, seguramente lo conoció. También se dice que es un antecedente un sermón sobre un barco espiritual de locos, en el que se describen veintiún necios, en una nave de los necios, mientras que Cristo, andando sobre las aguas, les dice que se pasen a la nave de Santa Úrsula, una nave de penitencia que sigue al Señor. Existe especial similitud con el capítulo 103 de la obra de Brant, en el que la nave de los necios se contrapone a la de San Pedro (cf. Zeydel, 1967, pp. 76 y ss.).

La idea de las danzas de los necios, expresamente citadas en los capítulos 1, 61, 62 y 85, así como las que aparecen en los grabados, tienen probablemente mucho que ver con las *danzas de la muerte* y sus ilustraciones, que Brant bien pudo conocer, pues aparecieron publicadas en varios lugares de Alemania y de otros países.

La lengua

La lengua proporciona una unidad a *La nave de los necios.* Se trata de una lengua muy adecuada para la sentencia y el proverbio y para las ideas que el autor quiere transmitir. También se acomoda muy bien a las necesidades de la rima y el metro. Es también la lengua auténtica de Brant, no una lengua maltratada por los compositores de la imprenta, cosa que era muy frecuente. La mejor prueba de ello es la *protesta* de la edición de 1499, en contra de la falsificación de su texto y en contra de ediciones piratas.

La lengua es la del alto Rin, ciertamente muy difícil para el lector moderno. Zarncke (1854, pp. 267-286) la explica, acertadamente, sobre la base del alto alemán medio, al que se parece mucho. Quizá sea, no obstante, excesiva su tesis de que se trata de una degradación del alemán medio. Las vocales son a menudo distintas de las del alemán medieval, cosa que ocurre menos con las consonantes. Con frecuencia no sabemos si Brant habla literalmente o mediante dichos o proverbios, cuyo sentido a veces es desconocido. Se trata, en suma, de una lengua conservadora, frente a las tendencias innovadoras del Este y del centro de Alemania, quizá por ser una región relativamente cerrada en sí misma y con importante tradición cultural propia. Por otro lado, aún no se habían producido las tendencias unificadoras de Lutero, que darían lugar al alemán moderno. Aunque visto desde hoy parezca un sarcasmo, Brant buscaba una lengua sencilla, para llegar al pequeño *gran público* de su tiempo. Zarncke (pp. 276-279) considera *impuras* un tercio de las rimas, pero su concepción de la *pureza* no tiene por qué coincidir con la de Brant. Como en la Edad Media, la lengua de Brant tiene aún algo de oral, como se advierte en la confusión ortográfica. Hay que imaginarse el texto leído en voz alta, con lo que pierde importancia esa confusión y la gana el uso de la vír-

gula (/). En efecto, Brant no usa signos de puntuación, sino sólo la vírgula y, muy raramente, paréntesis. La vírgula está pensada como ayuda para la lectura en voz alta.

Estructura, producción y estilo de la obra

La cuestión de si *La nave de los necios* es una serie de cuadros aislados o, por el contrario, tiene una unidad de fondo, ha ocupado intensamente a la crítica desde que la obra fue reeditada. Un resumen de la cuestión puede verse en Mischler (1981, pp. 1-36).

Las tesis que cuentan con más partidarios son la de Gaier (1966) y la de Mischler (1981), ambas enfrentadas entre sí por el planteamiento y la metodología, pero similares en los resultados (presunto descubrimiento de una estructura de la obra). Las dos monografías pecan también de excesiva elaboración: las consecuencias derivan demasiado de los presupuestos de partida (y, a veces, de los prejuicios).

Mischler (1981, pp. 33 y ss.) parte de los siguientes pasos hipotéticos:

1.º (Wieland): la investigación confirma indirectamente la sospecha de que a *La nave de los necios* le falta una concepción globalizadora (si existiera, ya se habría encontrado);

2.º (Gervinus): no es improbable que la sucesión de los capítulos siga, a grandes rasgos, la cronología de la producción;

3.º (Zarncke): la obra parece tener dos partes bien distintas;

4.º (Steinmeyer): la obra parece haberse completado;

5.º si la obra se ha completado, las dos partes a que se refería Wieland afectan sólo a la versión original.

El fin de su investigación es verificar «si la sucesión de capítulos de *La nave de los necios* debe su nacimiento al azar o si hay detrás un plan» (Mischler, 1981, p. 37). Tras un

complejo estudio formal, apoyado en el análisis electrónico de datos, llega a la conclusión de que ese plan existe. Sin entrar aquí en detalles, digamos que Mischler considera que la redacción final de la obra de Brant es la cuarta concepción de la obra. Tres veces antes el autor había querido terminarla, pero se decidió a continuarla.

Ulrich Gaier, por su parte, cree ver en *La nave de los necios* una planificación consciente y una ejecución puntillosa *desde la Retórica*. Sobre ello volveremos más adelante.

Frente a la postura de Friedrich Zarncke, que veía la obra de Brant como una mera compilación, producto de la aplicación del autor, sin que existiera un *cierre orgánico*, Gaede (1971), por ejemplo, estima que la forma de la secuencia aditiva se corresponde con el contenido de la obra: «El hecho de que el mundo sea dominado por intereses particulares y se haya perdido el sentido del todo, justifica el principio de la adición de necios» (p. 91). La tesis brantiana de que todos somos necios fundamenta su pretensión de pintar todo el mundo, de ser *realista*. Brant transmite el mundo como mundo de vicios, como catálogo de ejemplos negativos. Sólo el *mundo del revés* puede ser espejo del mundo, y en esto Brant es un gran realista, comparable a Homero o a Dante, como decían sus contemporáneos.

Hay varios elementos, como la lengua, que, desde otro punto de vista, proporcionan a *La nave de los necios* una determinada *unidad*. Veamos alguno de ellos.

El verso de Brant ha de considerarse muy cuidado, debido a la *protesta* de la edición de 1499 a la que hemos hecho referencia a propósito de la lengua. El autor se queja contra el interpolador de Estrasburgo. Para aceptar la tesis de Zarncke de que un tercio de las rimas son impuras, habría que saber cómo se leían los versos. Probablemente predominaba

la acentuación natural. Tampoco sabemos muy bien cómo se medían, aunque es claro que la base son los versos alternantes octosílabos de cuatro sílabas tónicas, tal como se entienden estos conceptos en la métrica alemana, que tienen difícil equiparación en la española. Brant usa normalmente pareados, aunque a veces aparecen también conjuntos de tres versos. Entre los pareados hay asimismo algunas excepciones (casos en que falta un miembro del par). Zarncke pasa revista a todos los casos particulares (enclíticos, acentuaciones anormales de nombres propios, etc.), pero, dado que los contemporáneos consideran a Brant muy cuidadoso con los versos, habría que relativizar esas inconsecuencias.

Otro elemento formal que contribuye a la unidad es el de la estructura de los capítulos. Visto desde la Emblemática, cada capítulo constituye un *emblema*, que, como cualquier otro, consta de una *inscriptio* (título), una *pictura* (dibujo) y una *subscriptio* (texto). En la edición original, dos tercios del libro tienen capítulos que ocupan cada uno dos páginas dobles. Los capítulos más largos que éstos ocupan una página doble adicional. Zarncke creía ver una cesura entre los capítulos 61 y 62, que dividiría a la obra en dos partes. Pero hay capítulos antes del 61 que tienen más extensión que el mínimo. Frente a Tiemann, que sugiere un ritmo entre los capítulos cortos y los largos, y frente al modelo de los cinco pasos de Mischler, Manger (1983, p. 46) se pregunta si la longitud de los capítulos no estará determinada cada vez más por el tema. Dado que los últimos capítulos son los más extensos, no se sostiene la idea de que Brant trabajó condicionado por el tiempo. Es posible que Brant se fuera yendo de su idea original hacia otras que le interesaban profundamente (como la defensa del Imperio y de la Fe). Incluso elementos, en apariencia inesenciales, como la fórmula —tantas veces repetida— *un necio es quien*..., contribuyen a dar trabazón a

la obra. Se consigue así ver el mundo como una totalidad, de la que se van extrayendo y alineando las necedades particulares, que van formando como una especie de procesión.

La figura del necio es otro elemento fundamental de cohesión de la obra. Gaier (1967, p. 226) lo considera el único elemento verdaderamente creador de unidad. El motivo no se pierde cuando en los capítulos 22 y 112 Brant habla de sabios. Eso sí, la tipología de necios es inagotable, como se demuestra con los añadidos del propio autor. Por otro lado, el necio brantiano está en la tradición de los libros de la sabiduría. Con la palabra *narr* no quiere designar Brant al bufón, al payaso o al débil mental, sino al necio y, por extensión, al pecador (cf. el prólogo de la obra) y, mucho más raramente, al que comete *locuras*. Es cierto que también cuentan entre los antecedentes los *necios* del carnaval y los *locos*, pero no han dejado huellas de tanta importancia en *La nave de los necios*. Para hacer el catálogo de los necios que aparecen en la obra, no basta con ver los títulos de los capítulos, pues en un solo capítulo suelen aparecer varios tipos de necios, algunos de los cuales se repiten en otros capítulos. *El número de los necios es infinito*, dice Brant como lema, siguiendo el Eclesiastés (1,15) (cf. prólogo y capítulo 108). Lo mismo asevera Geiler, quien, como es natural en quien predica, subraya la idea brantiana del necio como pecador.

Zeydel (1967, p. 83), clasifica las necedades que aparecen en la obra de Brant en seis grupos: 1) ofensas viciosas o criminales; 2) insolencia; 3) desenfreno; 4) pereza; 5) presuntuosidad, y 6) locuras y *pecadillos* menores. Bajo 1) caen, v. gr., el adulterio (capítulo 33) o la blasfemia (capítulos 86 y 87); bajo 2), la insolencia respecto a Dios (capítulo 14); bajo 3), la glotonería (capítulo 16); a la pereza se le dedica un capítulo entero, el 97; entre los presuntuosos figura el crítico que no se critica a sí mismo (capítulo 21); y entre las ne-

cedades menores entra, v. gr., la de coleccionar libros, como mero exponente del *status* social (capítulo 1), aunque quizá Brant veía este pecado como mucho más grave que Zeydel, dada su intención didáctica (quien tiene muchos libros debería enseñar mucho). Manger (1983, p. 50) destaca los siguientes necios: avariciosos, necios de la moda, maleducados, imprudentes, esclavos de la gula, juerguistas, necios en el matrimonio, caprichosos, soberbios, abogados sofisticadores, y blasfemos. El necio, según Manger (p. IX), es el verdadero inmortal. Su travesía en la nave sería el camino hacia sí mismo. Pero esto, me parece, tiene demasiado de metafísico. Visto históricamente, es, más bien, la travesía del mundo seguro, bien conocido, que se pierde (el mundo medieval) al mundo inseguro, entre nieblas, que se apunta en el horizonte (el mundo moderno). En Brant, como en la literatura medieval y en la humanista, se dan fundidos en un todo, y sin deseos de diferenciación, lo que en la antigüedad se distinguía bajo las denominaciones de *stultus, fatuus, insipiens* y *demens*. Otro asunto que ha estado sujeto a discusión es si Brant se considera a sí mismo verdaderamente incluido entre los necios o si sólo se incluye *retóricamente*. A mi entender, Brant se incluye, ciertamente, entre los necios, pero entre los necios que tienen salvación. El *yo* del capítulo 1 es el *yo* del autor, de Sebastián Brant. No es un yo cualquiera, sino que, para bien o para mal, va delante en la nave, es el capitán y timonel del barco, que busca hallar un puerto seguro y un buen rumbo hacia él. Si hace penitencia, el necio de los libros se convierte en el buen profesor que enseña a sus contemporáneos y a cualquier lector venidero. Desde la nave nos dice que no subamos a ella.

Aunque menos que el necio, también es un elemento de cohesión la *nave de los necios*, que da título a la obra y fama a su autor. Desde Zarncke se discute si la imagen del barco

es algo *añadido* a la obra, como el propio Zarncke creía, o algo más esencial a ella. En las ilustraciones sólo aparece en el título y en los capítulos 48, 103, 108 (repetición del reverso de la portada) y 109. Tampoco se habla mucho en el libro de la nave de los necios, aparte de que esta imagen, en principio, parece intercambiable con la de la carreta de los necios, tal como se ve en la portada doble de la primera edición. La importancia de la nave, sin embargo, se desprende ya del hecho de que el reverso de la portada es ocupado enteramente por una xilografía de la nave de los necios, además con una importantísima inscripción del salmo 106, que sirve de pórtico a toda la obra y le da un sentido preciso (en última instancia, la división entre sabios y necios, y la posible salvación de estos últimos). El viaje de la nave de los necios, aunque no aparezca mucho, está ahí como una referencia que nunca se olvida del todo, y que, como hemos dicho, reaparece en los capítulos 108 y 109, con lo que se nos refuerza al final del libro la imagen del principio.

También se ha considerado que el baile contribuye a estructurar *La nave de los necios*. Aparece principalmente en los capítulos 61 y 62. Pero también figura en el lugar de mayor preeminencia: en las primeras palabras del libro (el autor como primer necio del baile). Zarncke, sin duda, exagera al interpretar unas frases referidas al baile como criterio para distinguir dos partes en la concepción original de la obra, con frontera entre esos dos capítulos (la primera parte sería como un baile, que se habría completado con la segunda), aunque no por ello esas referencias carecen de interés. Es probable que Brant tuviera presentes los bailes del carnaval y las danzas de la muerte. Un argumento en favor de lo primero es la fecha de la obra que aparece en el final («en carnaval»), así como una referencia en el prólogo, y el capítulo 110 b, dedicado a los necios del carnaval. En cuanto a las

danzas de la muerte, hay una referencia en el capítulo 85 y, sobre todo, muchos elementos comunes, aunque también diferencias notables, como la de que Brant no sigue el orden estamental.

Menos importancia tiene la imagen del espejo, que aparece sólo en el prólogo y en alguna ilustración, a diferencia de otras obras del mismo género, como el *Espejo de los necios*, de Nigello Wikerer, una obra, en latín, del siglo XII, o la propia obra de Geiler, *Navecilla o espejo de los necios.*

Hemos dicho que el emblema (título, dibujo, texto) es un elemento estructurante de primer orden. La crítica discute, sin embargo, en qué medida pertenece la obra a la era de la emblemática, en la medida que el *Libro de los emblemas*, de Andrés Alciato, que se considera como el fundador de la Emblemática, fue publicado en 1531, diez años después de la muerte de Brant. Éste, en cualquier caso, está en la línea de la literatura *pintura-poesía* del *Arte poética* de Horacio. Cada capítulo de *La nave de los necios* constituye una suerte de *literatura ilustrada* o *pictórica*, tal como se entendía en el siglo XV o en el XVI. Se plantea la cuestión de si la obra de Brant es una traducción de una obra pictórica a palabras (tesis de H. Rosenfeld), o viceversa. La segunda parte de la alternativa es la más aceptada, entre otras cosas porque no hay ningún apoyo para sostener que existieran los grabados antes de la redacción del texto, y bastantes indicios en contra (grabados repetidos o que faltan, etc.). Una hoja suelta con un grabado de necio (cf. Zarncke, 1868, pp. 49-54) parece el *eslabón perdido* que nos permite concluir que el libro se realizó con la idea de reunir hojas similares formando un conjunto. La unidad estructural se logra en la obra también tipográficamente, visualmente. Abriendo el libro, podemos ver en cada capítulo el título de la necedad, la ilustración y la explicación y comentarios. En el verdadero emblema, no

obstante, la *cosa (pintura) significa,* y no sólo *es significada*, y, en este sentido, los «emblemas» de Brant son, más bien, un paso previo a los de Locher o a los de la edición, de París (tras 1498), de Jodoco Badio Ascensio.

Uno de los méritos principales de Gaier (1966), con independencia de que su tesis resulte debilitada por querer demostrarla hasta en los más nimios e inescrutables detalles, es el de haber propuesto una perspectiva nueva —la de la Retórica— para encontrar la estructura de la obra. Mischler (1981, p. 31) considera, no obstante, que «las tesis de Gaier son falsas» y se niega a refutarlas, pensando que las suyas propias las llevarán a «desaparecer rápidamente». Tomando como criterio la Retórica, con Gaier, nos podemos replantear esa valoración, habitualmente más bien negativa, que ha tenido *La nave de los necios*, al menos desde que Zarncke (1854) la considerase como una mera suma de necedades y pecados, de discreta calidad literaria (como la literatura de la época en su conjunto) y de interés, sobre todo, por sus citas, su sentenciosidad, su moralismo, su métrica, sus grabados y su condición de documento histórico de su tiempo. Desde Gaier se puede comprender, sin embargo, el entusiasmo de los contemporáneos de Brant, que habrían comprendido el *quid* de la obra, a saber: el estar escrita como un *todo articulado*, en función de la Retórica, lo cual sería una novedad en la literatura alemana. La consecuencia sería una armonía de los contenidos y de las formas expresivas. Brant, como el rétor, busca y consigue la *persuasión.* Brant trata de convencernos de que, como microcosmos activo, somos libres de reflejar el macrocosmos de la sabiduría o de perdernos en la travesía de la necedad, y que esta subversión del mundo es la predominante en su época.

Brant conocía bien la Retórica clásica, como es esperable en un profesor humanista de Poética y como se evidencia

en cada capítulo de *La nave de los necios*. En concreto, se ha demostrado que utiliza los procedimientos descritos en la *Rhetorica ad Herennium* (hacia el 85 a. de C.). Entre éstos destaca la *expolitio* (amplificación) y la *ratiocinatio* (razonamiento). Menos importancia se ha concedido a una figura retórica que me parece esencial, la *alegoría*. La alegoría es una especie de concreción, perceptible por los sentidos, de lo abstracto o lo muy complejo. Representamos, v. gr., a la Justicia en forma de mujer con los ojos vendados y una balanza. La alegoría es, en este sentido, la contrapartida del emblema, que parte de lo concreto y nos lleva hacia lo abstracto. Incontables personajes de la obra de Brant son alegóricos (empezando por la muerte o la virtud) y lo es la propia nave de los necios y su travesía, y todo ello tanto en los textos como en los grabados. La *expolitio* o amplificación consiste en que una idea determinada se trata desde diferentes puntos de vista, mediante *demostración* e *ilustración*. La *ratiocinatio* o el razonamiento suele producirse más con *ejemplos* y *autoridades* que con pruebas o silogismos. Cada capítulo suele iniciarse con una especie de lema, que suele expresar un pensamiento sentencioso y que liga el grabado con el texto que le sigue. Este pensamiento suele repetirse en el título de este texto o en algunas de sus primeras líneas (o de las restantes). Evidentemente, esas repeticiones lo son en sentido amplio (con variaciones y comentarios), y así va sucediendo a lo largo del capítulo. A esta figura retórica le corresponde también el ver la idea desde la idea contraria (el pecado desde la virtud, por ejemplo), a fin de persuadir mejor al destinatario. Asimismo suele emplear Brant metáforas, alegorías, ejemplos, repeticiones y otras figuras retóricas con el mismo fin. Gaier considera que casi el cuarenta por ciento de los capítulos de la obra se sirven básicamente de la *expolitio*. En la obra, no obstante, *expolitio* y *ratiocina-*

tio se dan frecuentemente unidas. Otra forma que utiliza Brant en la obra es la que en Retórica se llama *narratio* (descripción). También aparece en ocasiones de forma aislada, pero normalmente está ligada con esas otras dos figuras. Se describe un hecho (por ejemplo, una determinada afición), y de la pura descripción el lector saca una consecuencia, moralmente negativa o positiva. Pasando de los capítulos tomados aisladamente a unidades mayores, se puede ver otra articulación retórica de la obra, basada en la *comparación* y en el *contraste*. Suponiendo la unidad última de la obra, los capítulos están interrelacionados, en función de intereses teológicos, filosóficos y educativos. Así, v. gr., en el capítulo 5 aparece un viejo necio que enseña a su hijo las travesuras que él ya no puede hacer, y esto puede compararse con lo que sucede en el capítulo 6, en el que el padre deja hacer a sus hijos lo que quieren. El capítulo 14 contrasta con el 18, en el sentido de la insolencia contra la divinidad y el deseo de servir a la vez a Dios y el mundo. Por los temas se pueden hacer agrupaciones de capítulos. Así, pongamos por caso, los capítulos 17-30 tratan, en el fondo, de la promoción del individuo en detrimento de los demás. Con el capítulo 67 empezaría un nuevo procedimiento retórico. Frente a los anteriores, eminentemente descriptivos, empezarían otros, más bien, argumentativos y demostrativos (67-98). El capítulo 99, sobre el declinar de la Fe y la débil situación del Imperio, tiene la forma retórica de la *refutación*. Los capítulos 100-102, acerca de la adulación, la credulidad y la falsedad, pertenecen a la *peroración*. Los capítulos 100-112 están íntimamente unidos mediante las ideas de la falsedad, la verdad y la sabiduría. Constituyen el *clímax* de la obra y pertenecen al género retórico de la *suasoria* (discurso para persuadir). El Anticristo quiere llevar la perdición al hombre, pero éste puede salvarse mediante la verdadera sabiduría.

En otro sentido, hay que recordar que los *géneros literarios* también pertenecen a la Retórica, y que, por tanto, hay que ver también a esta luz lo que hemos dicho de *La nave de los necios* como *sátira*, y sobre sus antecedentes.

Para terminar este apartado, desearía insistir algo más en la producción de la obra, pues es natural esperar que determinados fenómenos textuales reflejen fenómenos de la propia vía en que se ha gestado la obra. (Aquí la principal referencia, aunque discutible, es Mischler, 1981.) Sabemos muy poco de cómo Brant escribió su obra. Sólo hay dos breves alusiones en el prólogo. Según ellas, la obra nació, en principio, trabajando por la noche, es decir, después de haber cumplido con las obligaciones, como algo secundario. Nos podemos imaginar, por tanto, que no se trataba de un trabajo regular, de igual extensión e intensidad todos los días. A veces, Brant dejaría el libro durante días o semanas. También la rima le plantearía dificultades en una u otra ocasión, sobre todo cuando hubiera dejado su trabajo durante más tiempo. El problema es ver cómo se reflejan estas irregularidades en la obra acabada. Mischler trata de descubrirlo en su libro. Supone, con razón, que Brant iría aprendiendo de dos maneras: de modo *endógeno* (el propio trabajo en la obra le enseña) y de forma *exógena* (incitaciones de la propia vida laboral y privada del autor). Según Mischler, es válida la siguiente regla (tomada como tendencia): «Cuanto más larga es la interrupción del trabajo, tanto mayor es el cambio de estructura textual que cabe esperar» (pp. 60 y ss.). En su análisis formal utiliza cuatro parámetros, dos suyos y dos de Gaier, en los que aquí no podemos entrar. Dicho muy en general, Brant partió de una idea unitaria de la obra, como lo evidencia el título (*La nave de los necios*, y no, simplemente, *Nave de los necios*). Si al escribir veía posibles mejoras, podía utilizarlas o reprimirlas, si la pérdida, al re-

ducirse la homogeneidad del conjunto, se consideraba mayor que el beneficio mediante las mejoras. Esto se refleja en el ámbito estructural. Mischler amplía el modelo teniendo en cuenta que Brant ha actuado, con toda probabilidad, en su obra no sólo como actor, sino como *redactor* de la imprenta. Las modificaciones, en consecuencia, las habría realizado en dos fases. La primera fase de la producción llevaría a la redacción originaria, y la segunda a la redacción final. Mischler (p. 356) nos proporciona, tras su detallado análisis formal, incluso una explicación del invierno al que se alude en el prólogo. Se trataría del invierno de 1492-1493 cuando, quizá a la vista de los preparativos del carnaval, tuvo la idea de la colección de necios. Hacia ese cambio de año habría empezado a escribir. Hacia la primavera de 1493 habría concluido la redacción originaria. En el tránsito de 1493 a 1494 se habría terminado la redacción definitiva. Hacia principios de febrero de 1494 comenzaría la distribución de la obra.

La recepción de *La nave de los necios*

La nave de los necios gozó de numerosas ediciones. Se editó en una veintena de ciudad, más o menos reelaborada. Entre las ciudades con más ediciones destacan París (15) y Basilea y Estrasburgo (14 en cada una). Este gran éxito dura hasta el siglo XVII. En España sólo tenemos noticia de una edición, en latín, en Burgos, sin año (después de 1502), realizada por el impresor Federico Biel, de Basilea, la cual sigue la versión latina de Badio (París, después de 1498). Las ediciones originales de la obra fueron seis. Tres veces fue editada por Juan Bergmann von Olpe, las dos últimas con los correspondientes añadidos (1494, 1495 y 1499). Después apareció en Basilea (Lamparter, 1505 y 1509) y en Estrasburgo (Hupfuff, 1512). En la *Protesta* de la edición de 1499 se declara en contra de las ediciones piratas, de las que habían

aparecido ya nueve alemanas. La más importante de éstas, con muchas interpolaciones, es *La nueva nave del país de los necios* (Estrasburgo, anónima, imprenta de Grüninger, 1495), que se editó pronto cinco veces y sirvió de modelo a muchas otras reelaboraciones.

La base de las traducciones a otras lenguas fueron, primero, la versión latina de Jacobo Locher, *Nave necia* (Bergmann, Basilea, 1497), y, segundo, la de Jodoco Badio, *Naves necias* (París, de Marnef, tras 1498). (Para una relación más completa de las traducciones, cf. nuestra bibliografía.)

Entre los sermones basados en *La nave de los necios* destacan, sin duda, los de la *Navecilla o espejo de los necios*, versión latina póstuma a partir de los 142 sermones de Geiler. Éstos están construidos según las normas de la Retórica y siguen no sólo la obra original de Brant, sino la traducción de Locher y la versión interpolada de Estrasburgo. Otras colecciones de sermones en la misma línea son la *Nave de la penitencia y del efecto de la penitencia* (anónimo, 1514) o el *Espejo del mundo o nave de los necios*, mezcla de sermón y literatura de creación (Basilea, 1574). Como literatura edificante habían tratado la obra los cartujos, ya en 1497 (*La navecilla de Santa Úrsula*, Estrasburgo).

En las famosas *Epístolas de los varones oscuros* se hace referencia a la obra de Brant (parte 2.ª, epístola 9). Uno de los influjos más importantes y más conocidos es el que ejerció la obra sobre Tomás Murner. Murner era franciscano, discípulo de Locher y amigo de Brant en su etapa de Estrasburgo. En su obra *Conjura de necios* (1512) tomó numerosos pasajes e ideas —y hasta xilografías— de *La nave de los necios*. También, por ejemplo, su *Gremio de pícaros* (1512) evidencia un claro influjo, aunque menor, de la obra de Brant. Murner, sin embargo, es más polemista y más extremoso. Esto se advierte, sobre todo, en sus obras tardías, que siguen teniendo

influjos de Brant, pero que ya están plenamente dentro de la polémica contra Lutero, como, v. gr., *Gaüchmatt*, prohibido en Estrasburgo, y *Del gran necio luterano* (1522). También Panfilio Gengenbach (primera mitad del siglo XVI), muy conocido en su tiempo, se inspiró repetidamente en Brant. Escribió, v. gr., un *Libro de los vagabundos*, que es una ampliación del capítulo 63 de *La nave de los necios*. Erasmo de Rotterdam, por su parte, conocía a Brant, a través de Badio, antes de 1509, en que apareció su famoso *Elogio de la locura*. Gruenter (1959) ha estudiado las relaciones entre ambas obras, que son muy diferentes en sus planteamientos (Erasmo está en una fase más avanzada del Humanismo), pero que tienen elementos comunes (Retórica, figuras como la del viejo necio o el país de Jauja, etc.).

En el siglo XVI las ediciones de Francfort, por la feria de muestras, significan un planteamiento nuevo. Quizá por razones mercantiles, se trata ahora de fomentar el género de la literatura de los necios. Por caminos aún bastante desconocidos, la obra influye en Hans Sachs, en el *Gargantúa* de Rabelais, en Fischart o en Gryphius. También se advierten ecos en Abraham a Santa Clara, en Moscherosch, en Gottsched, en Jean-Paul, en R. Kassner o, para no seguir, en el título de la famosa novela de Katherine Anne Porter (*La nave de los necios*, 1962). En general, se puede decir que, con ciertos paréntesis, como a principios del siglo XIX, la obra parece haber sido muy bien conocida en Alemania y bastante conocida en otros países de Europa occidental. En España el desconocimiento ha sido mayor, principalmente, creo, por no haber existido traducciones al castellano y por el relativo alejamiento de ambas culturas. Faltan, en todo caso, investigaciones de detalle, que podrían proporcionarnos alguna sorpresa, tanto en España como en otros países.

Las xilografías de

La nave de los necios

La nave de los necios apareció por primera vez, en la imprenta de Juan Bergmann von Olpe (1494), con 112 xilografías, cada una de las cuales ocupaba aproximadamente tres cuartos de página (115 × 85 mm). Desde el punto de vista pictórico es también una obra importante en la cultura alemana.

Estas xilografías constituyen un factor esencial para considerar la edición como una de las principales del siglo XV en Alemania. Se une así la obra a otras dos cumbres del arte de la xilografía: la Biblia de Lübeck (1494) y el Apocalipsis (1498).

A la calidad visual de la obra contribuía también la profusa decoración de los márgenes con arabescos.

La intención de Brant es clara. Pretende influir en todo tipo de lectores, desde los más cultos y sensibles a los analfabetos. Por ejemplo, en su edición de Virgilio dice. «Hic legere historias / commentaque plurima doctus: nec minus indoctus perlegere illa potest» (folio A,IV) («Aquí puede el docto leer historias y ficciones, y no menos puede leerlas hasta el fin el indocto»). Lo que le interesa es la función didáctica de los grabados, no su carácter artístico. La calidad de las ilustraciones se debe más a una conjunción de factores, que llevan a elevadas cumbres estos grabados en las im-

prentas de Basilea a fines del siglo xv, que a la mera intención plástica de Sebastián Brant.

Esta práctica de combinar la letra con la pintura se había extendido mucho con la imprenta, pero ya se empleaba desde hacía siglos en las iglesias, y en muchos códices y manuscritos. San Gregorio I (590-604), en una conocida carta a Serenio de Marsella, ya aconseja que se pinte en las iglesias para que los iletrados vean en las paredes lo que no pueden leer en los códices. Esta práctica también se había extendido en la Edad Media a la literatura profana.

El éxito de los grabados de *La nave de los necios* se demuestra ya por el hecho de que fueron repetidos en obras tan importantes como los sermones de Johann Geiler von Kaisersberg o la *Conjura de los necios*, de Thomas Murner (68 grabados), y de que influyeron en varios artistas del área de Basilea.

Desde luego, esto no quiere decir que los grabados de la obra de Brant fuesen creados *ex nihilo*. En las hojas volanderas, en las obras relacionadas con el carnaval y en otras publicaciones satíricas había precedentes de las figuras de los necios. Pero ahora se lleva el arte de la xilografía a cimas no alcanzadas con anterioridad.

¿Cómo surgieron las xilografías de *La nave de los necios*? Se trata de un proceso de creación artística en el que no faltan sombras y penumbras.

Parece seguro que Brant, el autor y editor de la obra, seguía de cerca el proceso de creación de los grabados. Con toda probabilidad daría consejos a los artistas y artesanos que trabajaban en ellos. Es muy probable también que les aconsejase que no siguieran al pie de la letra el texto de cada capítulo, sino que actuasen con libertad a partir de la idea esencial. De hecho, los artistas obran muy libremente.

Es también muy probable que Brant, al que le gustaba dibujar, les ofreciera esbozos con la distribución de los grupos de personajes y otras líneas generales de los grabados. Lo que es prácticamente seguro es que no realizaba xilografías. Como la distancia entre el lema y el grabado es sensiblemente menor a la que existe entre el grabado y el texto del capítulo, se ha supuesto que Brant añadió los lemas *a posteriori* o de forma simultánea a la ejecución de los grabados. La afición de Brant a los grabados era muy grande, como se evidencia en que los usó en sus hojas volanderas y en ediciones tan importantes como la de Petrarca. Estaba convencido, como sus contemporáneos, de que la visión de los dibujos era de especial importancia para la retención en la memoria.

La cuestión más debatida es, sin embargo, la de la autoría de los distintos grabados de *La nave de los necios*. Las claras diferencias de estilo y de calidad artística llevan a pensar en varios diseñadores y grabadores. La gran mayoría de los grabados pertenecen a un gran artista; los restantes, a tres o cuatro de calidad bastante inferior. A su vez, cada artista diseñador lleva aparejado el trabajo de dos artesanos: el que pasa el dibujo del papel a la madera y el que talla la madera. No se sabe con precisión por qué el maestro principal no realizó todos los grabados. Probablemente se debió a la premura de tiempo para llevar a cabo una tarea de tanto alcance, y a circunstancias personales del artista (suponemos que envió tres grabados desde fuera de Basilea para la segunda edición). ¿Quién era este artista principal? Descartado el propio Brant, al que no se le conoce ninguna xilografía a pesar de su intensísima participación en el arte de la imprenta, las opiniones se dividieron desde un principio, desde que Carl Friedrich von Rumohr, en 1837, citó por primera vez las xilografías de la obra de Brant y sugirió la autoría

del gran maestro alemán Alberto Durero (1471-1528). Friedrich Winkler (1951) lo confirmó de modo convincente. Al menos desde la primavera de 1492 al otoño de 1493 vivió Durero en Basilea. A pesar de su juventud, ya se había formado en el arte de la xilografía, había realizado algunas y había sido contratado en Basilea para ilustrar dos libros. Frente a los detallados estudios de estilo con que argumentan otros estudiosos, Winkler utiliza criterios artísticos y una *clave* o *firma* ocultas de cada maestro para distinguir los grabados de los distintos artistas (cierta línea de cascabeles en la cabeza, a modo de raya del peinado, en el caso de los 73 grabados de Durero; una cresta de gallo en el maestro secundario —excepto en los cap. 1 y 5—, falta de ciertos signos en los restantes maestros). En la edición de 1494 aparecieron varios grabados repetidos, seguramente por no estar disponibles todos, y alguno fuera de su sitio. En la 2.ª edición (1495) se introducen seis cambios principales, entre los que cuentan tres grabados nuevos de Durero.

Los grabados de Durero superan con creces a todos los aparecidos hasta entonces en Alemania. Son de una enorme precisión en el dibujo y creatividad en los motivos. Con parcos medios se consigue un gran efecto plástico. Se cuida el detalle como el conjunto, los exteriores como los interiores, las personas como los animales y las cosas. Algunos excesos, principalmente en la delineación de brazos y piernas, como en el grabado 34, se atribuyen a una euforia creativa propia de su juventud. Pero esto apenas es perceptible al lado de las grandes virtudes del pintor, que sabe plasmar como nadie la atmósfera interior y exterior, los estados de ánimo, y hasta los gestos y las muecas de los personajes más secundarios. Según se ha dicho, hasta las orejas de asno, según su forma y posición, nos dan alguna pista sobre el estado de ánimo de quien las lleva. La genialidad del maestro

principal resulta más llamativa cuando la comparamos, v. gr., con las premuras y escasa vitalidad del llamado *cuarto grabador*, al que se atribuyen las ilustraciones de los capítulos 97, 98 y 99.

Grabados que se atribuyen a los distintos maestros

Maestro principal (Durero): portada, cap. 6, 7, 8, 10, 13, 14, 15, 16, 20, 22, 27, 29, 31, 31, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 50, 52, 53, 54, 55, 57, 58, 59, 61, 62, 63, 65, 68, 69, 70, 71, 72, 78, 79, 81, 82, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 94, 95, 96, 100, 101, 102, 103, 104, 106, 107, 109, 110, 111.

Maestro secundario (**«Haintz-Nar-Meister»**, llamado así por el cap. 5): reverso de la portada, cap. 1, 2, 4 (?), 5, 12, 17, 18, 19, 21, 23, 24, 26, 30, 33, 51, 60 (?), 75 (?), 76 (?), 77.

Tercer maestro (**«gnad-her-Meister»**, llamado así por el cap. 3): 3, 11, 25, 28, 49, 66.

Cuarto maestro: 97, 98, 99.

Especialmente dudosos: 9, 80.

Las repeticiones de grabados (10 en la 1.ª edición) se indican en la descripción de éstos. En la 2.ª edición aparecen seis nuevos grabados, los tres de Durero (cap. 73, 83 y 95) y otros que sustituyen a los anteriores, considerados deficientes (cap. 9, 67 y 69).

Descripción sucinta de las ilustraciones

En la descripción de las ilustraciones sigo las consideraciones de Winkler (1951), de Simrock (ed.) (1872), de Schultz (ed.) (1913), de Lemmer (ed.) (1986) y de Junghans (ed.) (1988) (epílogo de H.-J. Mähl).

Portadilla. Está dividida en dos mitades. En la parte superior figura un carro cargado de necios sonrientes y guiado por otro necio con alabarda. Éste y otro necio apuntan hacia el destino: *Ad Narragoniam*, al *País de los Necios*. En la

parte inferior los necios van en un barco con el mismo destino. Lleva la bandera el doctor Griff, el doctor Mañas (cf. cap. 76), y en ella se lee *Gaudeamus omnes* («Estemos todos contentos»), con notas musicales de la canción. Otros necios se acercan en dos barcas (*har noch* «hacia aquí»). Si el título de la obra figura arriba en la portada (*Das Narrenschyff*), el subtítulo aparece abajo (*Zuo schyff Zuo schyff bruoder. Eß gat / eß gat* «Al barco, al barco, hermano. Se va, se va»).

Reverso de la portadilla (y detalle en nuestra portada). Es el grabado más conocido del libro, y el que suele aparecer como portada en las ediciones modernas. Se repite en el cap. 108 (vid. allí la descripción). Se reproducen en latín los versos 23 y 26-27 del salmo 106, según la Vulgata: «Aquí están los que descienden el mar en las naves para hacer su negocio en la inmensidad de las aguas. Ascienden hasta los cielos y descienden hasta los abismos: el alma de ellos se derretía por los males. Rodaban y vacilaban como ebrios: y toda su sabiduría ha sido devorada.»

1. Un profesor, con capucha y gorro de necio, está sentado en su cátedra, rodeado de libros, y espanta con un plumero las moscas de un libro abierto.

2. Dos necios tratan de meter un cerdo en un caldero. Ambos necios llevan palos. Al que está agachado se le hace la boca agua.

3. Dos necios humildes, con garrotas de caminantes, saludan («perdón, señor») a un rico noble y necio, con blasones en la puerta, quien está contando dinero.

4. Un necio (Uly von Stauffen) muestra un espejo a otro necio más joven, ataviado a la última moda, quien se mira en él complacido. Abajo aparece *1494* (año de la 1.ª edición). Arriba se lee en una cinta: «Uly von Stouffen» («fresco y contrahecho»).

5. Un viejo necio tiene un pie en la tumba y un cuchillo clavado en el trasero. Arriba se lee «Haintz» («necio»), y debajo del nombre hay un blasón vacío, en el que cada cual puede poner su propio nombre.

6. Un padre *ciego*, con los ojos vendados, está presente sin actuar ante la disputa de sus hijos, armado uno con puñal y otro con espada. Sobre la mesa, en que uno está sentado, hay cartas y dados.

7. Un necio aparece aplastado entre dos piedras de molino; otro, que mira hacia él al tratar de salir, se pilla los dedos en la puerta; un tercero asoma su capucha y su clava en una esquina.

8. Un necio que tira de un arado, mira hacia atrás y ve a otro necio sonriente que lleva un cuco en una mano y la mancera del arado en la otra.

9. En una habitación de decoración riquísima y con toda la apariencia de gran lujo y dispendio, un hombre, también ricamente ataviado, arrastra con una cuerda una capucha de necio.

10. Un hombre tiene a otro en el suelo y lo golpea. Un grupo de hombres y mujeres se agolpan en la calle con caras de desaprobación, pero sin intervenir. Sólo uno, arriba a la derecha, parece mirar complacido por encima del hombre del que tiene delante.

11. Sobre el trasfondo de una ciudad, vemos a dos personajes. Uno está amortajado y sentado sobre la tapa de un féretro abierto; el otro pisa sobre dos libros, probablemente el Antiguo y el Nuevo Testamento, y señala con el dedo hacia el anterior, en actitud de preguntarle.

12. Un necio se tumba sobre un asno y se agarra a su crin, porque la silla ha quedado suelta.

13. Venus, adornada con plumas y acompañada de un asno, un mono y un cuco, lleva atados a tres necios a sendas cuerdas. Uno de éstos es monje, como se ve por la tonsura. Delante de Venus está Cupido, con los ojos vendados y con el arco y las flechas; detrás de ella, la muerte, con expresión de sonrisa macabra.

14. En un establo, comen gansos y cerdas. Un necio, medio desnudo y con una gran cuchara en la mano y una lata en torno al cuello, los mira.

15. Sobre el trasfondo de una obra en construcción, en la que una grúa sostiene aún una piedra, aparece sentado delante de la mesa en que se efectúan los pagos, un patrón necio desesperado, que se tira de los pelos, y tres albañiles con sus útiles de trabajo, abandonándolo.

16. Se representa un festín desaforado y sin urbanidad. Un necio bebe directamente de la jarra, otro hinca el diente directamente a un jamón, otros levantan los vasos en señal de brindis.

17. Mientras un necio rico se regodea en su oro, un pobre peregrino, con cruz, escudilla y concha de Santiago, y dos perros lamiéndolo, yace en la calle.

18. Un necio cazador toca el cuerno sin prestar atención a dos liebres que pasan por allí en sentidos contrarios. El perro sigue a una, pero vuelve la cabeza a la otra.

19. Un necio parlanchín, con la lengua fuera y una clava que se le parece, llega a un árbol, en el que un pájaro carpintero desvela con su ruido el nido.

20. Un demonio, de apariencia horrible, toca la gaita por la espalda a un necio que está a punto de lanzarse a unas cazuelas llenas de oro.

21. Un necio que ha caído en una charca y lleva una clava que se le parece, señala con el dedo a un crucero, que indica

con su brazo el verdadero camino.

22. La sabiduría, con alas de ángel, corona y un cetro en el que se ha posado una paloma (el Espíritu Santo) predica a una reunión de ancianos, mujeres, niños y necios. Arriba aparece la mano de Dios, que sale de una nube y señala hacia la sabiduría.

23. Mientras los bajos de una casa están ya en llamas, un necio mira tranquilo por la ventana del primer piso. Una mano con un martillo (¿la de Dios?) golpea el tejado, como expresión del aviso del trueno.

24. Un necio carga sobre sus espaldas la bola del mundo, con sus montañas, bosques, ríos, castillos y ciudades, y se agacha ante el peso.

25. En el centro aparece un asno. Un necio lo sujeta por el rabo y recibe una coz. Otro, sentado en el suelo, lo sujeta por delante. Un tercero está en actitud de golpear y un cuarto parece burlarse. Al fondo un lobo está junto a la cruz de una tumba, indicando el final de la vida.

26. El rey Midas, que quería convertir en oro todo lo que tocase, aparece arrodillado rezando, con orejas de burro.

27. En la calle se encuentra un profesor necio con dos alumnos necios.

28. Un necio enciende un fuego en una colina con la leña que ha partido, y trata de mirar al sol, que le devuelve sonriente la mirada.

29. Un necio, que se agarra a una débil rama y está a punto de ser devorado por un monstruo, saca la lengua a un moribundo, a cuyo lado se encuentra una monja.

30. Un necio, cargado con un saco, quiere echárselo encima a un burro, que ya ha doblado las patas por el peso de su propios sacos.

31. Un necio lleva sobre la cabeza y las manos sendos cuervos, que cantan *cras, cras.*

32. Una mujer mira burlona desde la ventana (debajo figura *protege firme*) a tres necios: uno echa agua a un pozo, otro lava ladrillos y el tercero trata de espantar las langostas con un gran garrote.

33. Un necio, sentado a la mesa, mira complacido entre los dedos, mientras que una mujer (probablemente la suya), con expresión alegre, le mete una paja en la boca (es decir, le adula). Mientras tanto, un gato lleva en la boca un ratón y persigue a otros tres.

34. A un necio se le escapa un ganso, y otros dos gansos están a punto de hacer lo mismo.

35. A pesar de que una mujer trata de detener un asno, el necio, con el látigo en la mano, y mirando para otro lado, cabalga tan deprisa que tiene los pies sobre la cabeza de ese asno. Debajo se ve un caracol y un perro que ladra.

36. Un necio que ha cogido un nido cae del árbol con el nido y los polluelos.

37. De una rueda de la fortuna, que mueve la mano de Dios, cuelgan tres asnos necios con elementos humanos. En el suelo hay una tumba abierta. Uno se esfuerza en subir, otro se alegra de estar arriba y el tercero trata de no caer.

38. Un enfermo necio da con el pie a una mesa, de la que caen vasijas medicinales. Un médico le toma el pulso y una mujer observa seria la escena.

39. Un necio agachado, con cara de astucia, mira la red que ha tendido, de la que huyen algunos pájaros y ante la que otros parecen impasibles.

40. Un sabio pasa indiferente ante un necio que ha caído sobre otro necio.

41. Un necio coge un puñado de harina de un saco. A su lado hay una campana invertida, que tiene como badajo la cola de un zorro (ésta, símbolo de la difamación y garrulería).

42. Tres necios tratan de apedrear a un hombre, quien intenta protegerse junto a dos sabios, que observan la escena quizá con disgusto, pero sin perder la calma.

43. Un necio sostiene una balanza, con las estrellas en un platillo y un castillo en el otro. El fiel se inclina hacia el castillo. En el trasfondo se ve un castillo similar.

44. Una mujer hace una seña a un joven noble, que parece responder complacido. El joven necio lleva espada, halcón, zapatos de punta y largas suelas de madera, y va acompañado de dos perros, uno que ladra a la mujer y otro que devora algún animal.

45. Un necio trata de pasar sin zapatos por un fuego (probablemente el Etna, del que se habla en el capítulo); otro pide ayuda desde dentro de un pozo, y tres personas lo observan, dos de ellas sonriendo. Arriba figura la inscripción *Les está bien empleado.*

46. La diosa Necedad está sentada en una rica tienda de campaña, decorada con capuchas de necios. Con una cadena tiene sujetos a distintos personajes, también ricamente vestidos.

47. Un necio arrastra monte arriba un carro de dos ruedas, unido a otro de cuatro, que está en llamas.

48. Esta xilografía ocupa la página entera. En ella aparecen cuatro barcos bien cargados de necios de todos los oficios, pues se aprecian una sierra, unas tijeras y otros utensilios. Cada cara tiene una expresión peculiar. El barco más lejano lleva el escudo de Basilea (báculo de obispo). Aún se aprecian otras naves casi en el horizonte.

49. Padre, madre e hijo tienen en la mano sendos jarrones, en parte ya rotos en el caso de los padres, y con la intención también de romperlo en el caso del hijo. El padre parece enfadado por haber perdido en el juego que lleva en la mano; la madre sonríe desafiante; el hijo señala hacia el padre y mira a su madre, aprendiendo de ambos.

50. La Vida placentera, con capucha de necia, sujeta con sendas cuerdas un pájaro, una oveja y un buey.

51. En un jardín, Dalila, con cara decidida, corta los cabellos al necio Sansón, que duerme, con gesto adusto, en su regazo.

52. Un joven necio, vestido a la moda (medio desvestido), levanta con una mano el rabo de un burro y recibe con la otra, de una vieja muy fea, un saco de monedas.

53. Tres necios luchan con una espada y dos alabardas contra un enjambre de avispas, que está en un tonel sobre un pequeño carro. Por el canillero sale burlona la cabeza de Neidhart (referencia al libro popular *Neithart el zorro*). El monte en llamas es seguramente el Etna (aquí, envidia que consume).

54. Un necio pobremente vestido y sin zapatos toca la gaita pensativo ante una puerta. En el suelo yacen un laúd y un harpa; entre ellos, dos cascabeles.

55. Un moribundo yace casi esquelético en el lecho con una vela en la mano. Junto a él están tres personajes que le miran llenos de preocupación. En primer plano, un médico necio se dirige al enfermo, observando un recipente para la orina que tiene levantado en su mano.

56. Grabado repetido (cf. cap. 37).

57. Un necio cabalga sobre un gran cangrejo y abre la boca para que le entre en ella una paloma. La caña que le servía de bastón se ha quebrado y le ha atravesado la mano.

58. Un necio intenta apagar una casa ajena con un cubo de madera. Otro necio le tira de la ropa para llamarle la atención de que su propia casa está en llamas.

59. Un necio está detrás de un sabio para pedirle algo, y un hombre está a punto de darle un palmetazo.

60. Un viejo necio de mal aspecto se mira complacido al espejo mientras mueve la comida de una olla. Junto al fogón y los utensilios de cocina aparece una pequeña oveja.

61. Gran caterva de necios y necias rodean el becerro de oro, situado encima de una columna. A la izquierda, un necio levanta a una necia, con lo que se descubren las piernas de ella.

62. Tres músicos y dos cantantes ofrecen una serenata nocturna a una joven, que se asoma desnuda por la ventana y les tira el contenido del orinal. El cantante más bajo, en primera fila, tiene la boca abierta.

63. Un mendigo, con una pierna entablillada y la capucha de necio bien calada, camina con un bastón al lado de un asno, que en sus albardas lleva a niños pequeños. Una mujer bien vestida se ha quedado atrás para echar un trago de vino. En el horizonte se advierte una ciudad al pie de un lago.

64. Grabado repetido (cf. cap. 35).

65. Un necio, que lleva colgada de la cintura una cola de zorro, enseña, con expresión ladina y gesticulando con el brazo, a un alumno, que le escucha atento. La lección es sobre astrología y el vuelo de los pájaros, pues se observan tres de éstos, junto con el sol, la luna y las estrellas.

66. Mientras que un necio trata de medir con un compás la tierra, que está pintada en el suelo y está rodeada del mar y de dos círculos, otro necio se asoma por una tapia y le hace burla.

67. Sobre una mesa dos verdugos están abriendo a un necio. Personajes de ambos sexos miran complacidos la escena. Debajo de la mesa yace una gaita. Detrás del grupo una pareja se acaricia. En el ángulo superior derecho dos necios miran asustados y están a punto de huir.

68. Un niño, montado en un caballito de madera, roza a un necio con una pequeña rama. El necio se enfada de la broma, al igual que otro necio, que está sacando ya la espada de la vaina.

69. En el detallado marco de una ciudad, un necio trata de golpear a un hombre, quien trata de apaciguarle, pero echa también la mano a la espada. Un joven observa la escena.

70. Un necio andrajoso, sin zapatos y con una cuerda en el brazo, apunta gritando hacia un montón de heno. Un oso, medio escondido, se chupa las garras. Hormigas y abejas completan el conjunto.

71. Un necio, con un rastrillo clavado en el trasero y expresión siniestra, venda los ojos a la Justicia, que tiene el semblante tranquilo. Dos rastrillos más en el suelo amenazan al necio.

72. Un necio tira de la oreja a una cerda, con corona y cencerro, para que éste suene. El rabo de la cerda está atado a la nave de los necios, que se encuentra en un lago, junto a unos acantilados y a cierta distancia de otra nave.

73. Grabado repetido (cf. cap. 27). Aquí el sentido es un tanto distinto. Los estudiantes tratan de aparentar aplicación para obtener prebendas eclesiásticas. En la 2.ª edición y las siguientes se sustituyó este grabado por otro que representa a un necio con una almohaza, sosteniendo a dos mulos por las bridas.

74. Grabado repetido (cf. cap. 18).

75. Tres necios realizan los pasos del tiro con la ballesta: uno tensa la cuerda, otro coloca la flecha, el tercero apunta y está a punto de disparar. La nave de los necios, que se encuentra cerca de la playa en la que se ha delimitado el campo de tiro, tiene en sus velas tres flechas que han errado el blanco.

76. En una espaciosa y noble sala aparecen, identificados en sendas cartelas, el doctor Maña y el caballero Pedro. El primero, que está sentado detrás de una rica mesa, lleva la capucha de necio y agarra por la oreja al segundo, viejo, necio y desgreñado, que tiene la expresión muy triste y lleva colgado del cuello su escudo de armas.

77. En torno a una mesa están sentados dos necios y dos necias, con cartas, dados y lo necesario para beber vino. Un necio mira con desagrado la capucha de los necios, que está en el aire, sobre la mesa. El otro agarra a una necia y toca con el pie a la otra.

78. Un asno pone sus patas delanteras sobre un necio, haciéndolo caer.

79. Un escribano necio está sentado en su pupitre y mira a un campesino, también necio (por exceso de confianza), que le muestra un salvoconducto. Un soldado bien armado, con una antorcha encendida, lo lleva atado por el cuello.

80. Un mensajero, con lanza, orejas de burro y escudos de armas de Basilea está bebiendo en la playa, sin poder entregar al barco de los necios, que ya ha partido, el mensaje que lleva en la otra mano.

81. La escena representa una cocina al aire libre junto a una playa. Un necio sujeta desde una barca a cinco personajes relacionados con la cocina: una mujer, en primer plano, cuida el fuego y asa un pollo; un hombre lleva mandil y llaves, por lo que parece el encargado de la bodega; otro pare-

ce cocinero, pues está removiendo en una sartén; otro bebe de un cántaro; el quinto ha cogido pícaramente carne con una larga vara.

82. Sobre un trasfondo ciudadano, con casas de entramado de madera, aparece una necia campesina ataviada del modo más insólito, con plumas de pavo en la cabeza, gruesa cadena al cuello, zapatos de punta, etc., que trata de meter un cepo de tres puntas en un saco. En una cartela se lee «Tiene que entrar».

83. Grabado repetido (cf. cap. 3). En la 2.ª edición y las siguientes se sustituyó este grabado por otro que representa a dos necios con un saco abierto, en el que meten de cabeza a una mujer, alegoría de la pobreza.

84. Grabado repetido (cf. cap. 8).

85. Bajo la inscripción «Tú quedas» figura un viejo lleno de cascabeles (en las orejas de necio, en los zapatos, en la mano) que mira con expresión aterrorizada (visible también en las orejas) a la muerte, representada casi como un esqueleto, que sujeta al necio por la túnica y lleva al hombro un ataúd.

86. Cristo, con corona en forma de rayos y el globo imperial en una mano, camina descalzo por el campo. Un necio le tira de la barba. El cielo se abre y caen sobre el necio truenos y granizo (cuñas y piedras).

87. Un necio pretende pinchar a Cristo en la cruz con una lanza de tres puntas. Al pie de la cruz, una calavera y huesos.

88. En el cielo están representados Moisés y Samuel en actitud oratoria. Bajo ellos cae sobre un necio suplicante una lluvia de ranas y langostas.

89. Un necio lleva por la brida un mulo ricamente ataviado, y se lo cambia a un joven por una gaita.

90. Un necio viejo, de larga barba y porte aún distinguido, va a entregar una bolsa con su dinero a su hijo y a su hija, que parecen a punto de darle con sendos garrotes.

91. Cinco clérigos están junto a una carreta y en las proximidades del barco de los necios, presto para partir.

92. Una mujer, sentada en una vara que sujeta el diablo (escondido en la maleza) se mira al espejo. Ambos tienen semblantes satisfechos (mucho más el diablo), aunque por razones distintas. El símbolo del fuego del infierno se aprecia ya bajo la parrilla a los pies de la mujer.

93. En una ciudad bien perfilada aparecen toneles, sacos y un recipiente de medida. Tras los sacos, un usurero necio y gordo que está a punto de desplumar a un comprador con el rostro demacrado. El usurero jura con la mano derecha y el comprador mete la mano en el bolso.

94. Un clérigo necio está herrando sobre el yunque a un asno, mientras la muerte, representada como un esqueleto y sentada sobre el burro en sentido contrario al de la marcha, trata de golpear con una tibia un nogal.

95. Un necio, con una clava cuyo extremo se le parece, intenta convencer a un bien vestido ciudadano, que va de paseo, de que le siga en sus barrabasadas. En la 2.ª edición y las siguientes se sustituyó este grabado por otro que representa el carro al que se alude al principio del capítulo.

96. Un necio regala a un anciano una bolsa, al tiempo que se rasca la cabeza como dudando si hace bien.

97. Una joven necia ha quedado dormida mientras hilaba junto al fuego, con la astilla aún en la mano que pensaba echar a éste. Indiferente a ella, un siervo mira al cielo mientras siembra el grano.

98. Sobre una gran capa de necio se hallan seis hombres y mujeres, vestidos con atuendos extranjeros y moviéndose

muy expresivamente. En el ángulo superior derecho un judío se cuelga, vestido como tal.

99. El Papa y el emperador aparecen con sus atributos. Tras ellos, su séquito. Delante se arrodilla un necio, con expresión trágico-cómica, quien con una mano ofrece una capucha de necio, a la que aquéllos tienden la mano, y con la otra mano se rasca la calva. Otros dos necios observan la escena tras una valla, uno divertido y otro compungido.

100. Un caballo golpea con las patas delanteras a un necio, que está en el suelo y lleva en una mano unas plumas de pavo (símbolo de los Austrias), y cocea con las patas traseras a otro necio, que está lamiendo un plato.

101. Un necio escucha atentamente, en campo abierto y con la capucha de necio bajada, lo que le sopla al oído otro necio.

102. En un laboratorio alquimista, con sus adminículos y un horno, aparecen dos sabios, de los que uno lleva orejas de necio, que se ocupan de las tareas propias de su oficio. También hay un necio en primer plano, que ha introducido un hueso por la piquera de un tonel.

103. La xilografía ocupa la página entera. Sobre el barco de la fe, que ha volcado, está sentado el Anticristo (lo evidencia la inscripción «el Anticristo»), con ladina sonrisa. En una mano lleva una bolsa de dinero, en la otra un látigo; junto a sí tiene la capucha de necio. Un demonio, con expresión más ladina aún y con forma de dragón, vuela junto a él y le sopla al oído. Libros y necios flotan alrededor, y alguno de estos últimos trata de asirse a los restos del naufragio, en particular unos que van en una pequeña barca. Al fondo, otros se dirigen a Narragonia. Abajo, en primer plano, aparece San Pedro, arrastrando con la llave hacia la orilla la «barquilla de San Pedro», cargada de sabios.

104. Un clérigo necio, en el púlpito, indica a los feligreses que guarden silencio haciendo el gesto con el dedo en la boca. Mientras algunos de éstos están muy excitados y blanden palos, duermen algunas mujeres y un necio (éste en la escalera del púlpito).

105. Grabado repetido (cf. cap. 42).

106. Las cinco vírgenes necias, que han agotado su aceite, como se ve al llevar las lámparas invertidas, llaman a la puerta del cielo, que no parece mucho más distinguida que la de algún otro grabado. Detrás de ellas grita un hombre que es devorado por un monstruo del infierno.

107. Sobre dos palos, uno vertical y otro inclinado, reposan, respectivamente, una corona y una capucha de necio. Debajo, un sabio, vestido con sencillez, tiene un libro abierto en la mano y explica algo a un joven, enfundado en un ostentoso atuendo.

108. Misma xilografía que en el reverso de la portada (vid. allí texto de la Vulgata). La nave de los necios va completamente cargada de necios, algunos de los cuales cantan y lloran. Destaca en el centro uno que mira hacia arriba y sostiene una bandera en la que se ve a un necio y se lee «doctor Maña». En la parte inferior, otro necio es echado al agua. Sobre el barco aparecen, como en la portada, notas musicales de la canción «Estemos todos contentos» y una cartela con la inscripción «Hacia Narragonia».

109. Un necio está sentado en una barca que hace agua, está casi partida por la mitad y apenas tiene la vela sujeta. Aunque con angustia, sigue, sin embargo, testarudo su camino, sin dirigirse a la ciudad que se ve al fondo.

110. Un necio ata un cascabel a un gato. Otro necio ha tirado un hueso a unos perros y ha alcanzado a uno, que la-

dra; no obstante, se tapa los ojos con la capucha y trata de pasar entre ellos.

110a. Grabado repetido (cf. cap. 16). (Obsérvese que el capítulo 110b, de la 2.ª ed., no lleva grabado).

111. El poeta (representando a Sebastián Brant) aparece arrodillado, con rostro sereno, delante de un altar. Tiene en la mano un gorro, pero ha dejado tras sí los atributos del necio (clava y capucha). Un grupo de necios ha entrado en la iglesia siguiéndolo: están sumamente excitados por las palabras del poeta.

112. Grabado repetido (cf. cap. 22).

Bibliografía

Vida, obra y tiempo de Sebastián Brant

Arntzen, H., *Satire in der deutschen Literatur. Geschichte und Theorie. Bd. 1: Vom 12. bis zum 17. Jahrhundert*, Darmstadt, 1989.

Besson, P., *De Sebastiani Brant sermone*, Strassburg, 1890.

Delgado Jiménez, J., «Sebastián Brant y el 'Liber Faceti'», *Revista de Archivos, Museos y Bibliotecas*, 72, 1964-1965, pp. 301-353.

Dentinger, J., *Dichter und Denker des Elsasses*, Strassburg, 1971.

Dollinger, Ph, «Sébastian Brant, le Strasbourgeois, l'Humaniste», en *Société Académique du Bas-Rhin*, 81-83, 1959-1961, pp. 8-22.

Fränger, W., *Altdeutsche Bilderbuch. Hans Weiditz und Sebastian Brant*, Leipzig, 1930.

Fuchs, J., «Sebastian Brant», *Almanach*, 1970, Köln, etc., pp. 82-90.

Gaier, U., «Sebastian Brant's 'Narrenschiff' and the humanists», *Publications of the Modern Language Association of America*, 83, 1968, pp. 266-270.

Gilbert, W., *The Culture of Basel in the Fifteenth Century. A Study in Christian Humanism*, Cornell University, 1941. (Tesis doctoral, mecanogr.).

— «Sebastian Brant: Conservative Humanist», *Archiv für Reformationsgeschichte*, 46, 1955, pp. 145-167.

Goedecke, K., *Grundriss zur Geschichte der deutschen Dichtung*, vol. I, pp. 381-392, 2.ª ed., 1884.

Humbert, A. M., *Brant and Marian Poetry*, Washington, 1944.

Knape, J., y Wuttke, D., *Sebastian-Brant-Bibliographie. For-schungsliteratur von 1800 bis 1985*, Tübingen, 1990.

Kosch, W. (ed.), «Brant», en *Deutsches Literatur-Lexikon*, 3.ª ed., Bern/München, 1968, col. 887-892.

Lemmer, M., «Brant», en *Die deutsche Literatur des Mittelalters. Verfasserlexikon*, 2.ª ed., Berlin/New York, 1978, vol. I., col. 992-1005.

Mähl, H.-J., ed. de H. A. Junghans, *Das Narrenschiff*, pp. 461-521

Müller, J.-D., «Poet, Prophet, Politiker: Sebastian Brant als Publizist und die Rolle der laikalen Intelligenz um 1500», *Zeitschrift für Literaturwissenschaft und Linguistik*, 37, 1980, pp. 102-127.

Newald, R., «Sebastian Brant», en *Elsässische Charakterköpfe aus dem Zeitalter des Humanismus*, Colmar, 1944, pp. 85-110. (Reimpr. en R. Newald, *Probleme und Gestalten des deutschen Humanismus*, ed. por H.-G. Roloff, Berlin, 1963, pp. 368-387.)

Rajewski, M. A., *Sebastian Brant. Studies in religious aspects of his life and works with special reference to the «Varia Carmina»*, Washington, 1944.

Roloff, H.-G. (ed.), *Sebastian Brant, Tugent Spyl*, Berlin, 1968.

Rosenfeld, H., «Sebastian Brant», en *Neue Deutsche Biographie*, vol. 2, Berlin, 1955, pp. 534 y ss.

Schmidt, Ch., *Histoire littéraire de l'Alsace à la fin du 15e et au commencement du 16e siècle*, Paris, 1879, vol I, pp. 189-333. (Reimpr., Hildesheim, 1966.)

Spitz, L.W., *The Religious Renaissance of the German Humanists*, Cambridge (Mass.), 1963, pp. 43 y ss.

Strobel, A.W., «Einige Nachrichten über Sebastian Brandt's Lebensumstände und Schriften», en A.W. Strobel, *Beiträge zur deutsch Literatur und Literärgeschichte*, Paris, 1827, pp. 1-35.

Westermann, R., «Sebastian Brant», en *Verfasserlexikon des deutschen Mittelalters*, Berlin/Leipzig, 1933, vol. I, col. 276 ss. (Supl., H. Rosenfeld, vol. 5, Berlin 1955, col. 107 ss.)

Wilhelmi, Th., *Sebastian Brant, Bibliographie*, Bern, etc., 1990.

Worstbrock, F.J., «Sebastian Brant», en *Deutsche Dichter. Bd. 2: Reformation, Renaissance und Barock*, Stuttgart, 1988.

Wuttke, D., «Sebastian Brants Verhältnis zu Wunderdeutung und Astrologie», en W. Besch *et al.* (eds.), *Studien zur deut-schen Literatur und Sprache des Mittelalters - Festschrift für Hugo Moser zum 65. Geburtstag*, Berlin, 1974, pp. 272-286.

— «Sebastian Brant und Maximilian I. Eine Studie zu Donnerstein-Flugblatt des Jahres 1492», en O. Herding/R. Stup-perich (eds.), *Die Humanisten in ihrer politischen und sozialen Umwelt*, Boppard, 1976, pp. 141-176.

— «Wunderdeutung und Politik. Zu den Auslegungen der sogenannten Wormser Zwillige des Jahres 1495», en Elm, K./E. Gönner/ E. Hillebrand (eds.), *Lan-*

gesgeschichte und Geistesgeschichte - Fest-schrift für Otto Herdig zum 65. Geburtstag, Stuttgart, 1977, pp. 217-244.

— «Brant», en *Lexikon des Mittelalters*, vol. 2, München/Zürich, 1982, col. 574-576.

Zarncke, F., ed. de *Narrenschiff*, pp. IX-XXV.

Zeydel, E. H., «Johannes a Lapide and Sebastian Brant», *Mod-ern Language Quarterly*, 4, 1943, pp. 209-212.

— *Sebastian Brant*, New York, 1967.

— «Sebastian Brant and his public», *Germanic Studies in honour of Edward Henry Sehrt*, Univ. of Miami Press, 1968, pp. 251-264.

— «Johannes Reuchlin and Sebastian Brant: A Study in Early German Humanism», *Studies in Philology*, 67, 1970, pp. 117-138.

Ediciones

Ediciones críticas y facsímiles (incluidas bajoalemanas y apócrifas)

Bobertag, F. (ed.), *Das Narrenschiff*, Stuttgart, s.a. [1889] (Con las xilografías y explicaciones lingüísticas).

Brandes, H. (ed.), *Hans van Ghetelen, Dat Narrenschypp*, Halle, 1914. (Versión de Lübeck de 1497).

Geeraedts, L. (ed.), *Sebastian Brant, Das Neue Narrenschiff*, Dortmund, s.a. [1981]. (Edición apócrifa, editada en Estrasburgo con interpolaciones por Grüninger, en 1494, no autorizada por Brant. De notable importancia histórica).

Goedeke, K. (ed.), *Das Narrenschiff*, Leipzig, 1872. (Texto normalizado, explicaciones de palabras).

Heitz, P., *Flugbläter des Sebastian Brant*, Strassburg, 1915. (Epílogo de Franz Schultz).

Kögler, H. (ed.), *Das Narrenschyff. Faksimiledruck für die Gesellschaft der Bibliophilen*, Basel, 1913.

Schröder, K. (ed.), *Dat nye schip van Narragonien (Rostock 1519),* Schwerin, 1892. (Facsímil, grabados según la ed. de Nuremberg de 1494).

Schultz, F. (ed.), *Das Narrenschiff. Faksimile der Erstausgabe von 1494, mit einem Nachwort von F. Schultz*, Strassburg, 1913.

Sodmann, T. (ed.), *Dat narren shyp (Lübeck 1497),* Bremen 1980. (Repr. fotomecánica de la versión bajoalemana, con un epílogo de T. Sodmann).

Strobel, A.W. (ed.), *Das Narrenschiff* [...], Quedlinburg/Leip-zig, 1839. (Con explicaciones lingüísticas).

Zarncke, F. (ed.), *Narrenschiff*, Leipzig, 1854. (Reimpr., Hildesheim, 1961; Darmstadt, 1964, 1973). (Con extensas y minuciosas explicaciones; obra fundamental).

Ediciones en alemán moderno

Hirtler, F. (ed.), *Sebastian Brant, Das Narrenschiff. Die erbauliche satirische Weltbibel*, München, 1944. (Selección, 68 cap., con las correspondientes xilografías).

Junghans, H.A. (ed.), *Sebastian Brant, Das Narrenschiff*, Stuttgart, 3.ª ed., 1964, (reimpr., 1988).

Lemmer, M. (ed.), *Sebastian Brant, Das Narrenschiff*, 3.ª ed., Tübingen, 1986.

Pradel, E.; Träger, Cl., y Stuhr, M. (ed.), *Sebastian Brant, Das Narrenschiff*, 2.ª ed., Leipzig, 1980. (Con las xilografías de la ed. original).

Richter, M. (ed.), *Sebastian Brant, Das Narrenschiff*, Berlin, 1958. (Selección, 89 cap. no completos, con las correspondientes xilografías).

Simrock, K. (ed.), *Sebastians Brands Narrenschiff, ein Hausschatz zur Ergetzung und Erbauung, erneuert von Karl Simrock*, Berlin, 1872. (Con las xilografías de la ed. original).

Ediciones en otras lenguas

Anónimo (ed.), *The shyp of folys*, London, 1509. (Repr., Amsterdam/New York, 1970).

Barclay, A. (ed.), *The ship of Fools*, Edinburgh, 1874.

Horst, M. (ed.), *Sébastian Brant, La Nef des Fous.* Adaptation française de l'oeuvre originale par Madeleine Horst, Strasbourg, 1977. (Prefacio de Ph. Dollinger. Versión muy libre, en verso, con las xilografías del original).

Locher, J., *Stultifera Navis*, imprenta de Bergmann von Olpe, Basel, 1497.

Mertlík, R. (ed.), *Sebastian Brant, Lod blaznu*, Praha, 1973. [Nave de los necios] (Selección, 50 cap., con las correspondientes xilografías; epílogo de K. Krolop).

Ozaki, M. (ed.), *Sebastian Brant, Ahobune*, 2 vols., Tokyo, 1968. [La nave de los necios]. (Con las xilografías del original).

Penkovski, L. (ed.), *Sebastian Brant, Korabl' durakov. Isbrannye satiry*; Moskva, 1965. [La nave de los necios. Sátiras seleccionadas]. (Selección, 52 cap., con las correspondientes xilografías).

Rivière, P. (ed.), *La nef des folz du monde*, imprenta de Jean Lambert, Paris, 1497.

Saba Sardi, F. (ed.), *La Nave dei folli*, Milano, 1984.

Zeydel, E.H. (ed.), *The Ship of Fools by Sebastian Brant. Translated into Rhyming Couplets with Introduction and Commentary by E.H. Zeydel, with reproductions*

of the original woodcuts, New York, 1944 (Reimpr., 1962, 1966). (Interesantes comentarios, pp. 367-391).

Estudios sobre *La nave de los necios*

Benedek, Th. G., «The image of medicine in 1500: theological reactions to the ship of fools», *Bulletin of the history of medicine*, 38, 1964, pp. 329-342.

Benkartek, D., *Ein interpretierendes Wörterbuch der Nominalabstrakta im «Narrenschiff» Sebastian Brants von Abenteuer vis Zwietracht*, Frankfurt, etc., 1996.

Böckmann, P., «Die Narrensatire als Weg der menschlichen Selbsterkenntnis bei Sebastian Brant», en P. Böckmann, *Form-geschichte der deutschen Dichtung*, vol. I, pp. 227-239, Hamburg, 1949.

Bond, R. W., «Brants 'Das Narrenschiff'», en R.W. Bond, *Studia otiosa. Some Attempts in Literary Criticism*, London, 1938, pp. 18-42.

Claus, P., *Rhythmik und Metrik in Brants «Narrenschiff»*, Strass-burg, 1911.

Dünnhaupt, G., «Sebastian Brant: 'The Ship of Fools'», en G. Hoffmeister (ed.), *The Renaissance and Reformation in Germany*, New York, 1977, pp. 69-81.

Durruck, E., «Der Todesgedanke bei Rivière und Brant», *Zeitschrift für französische Sprache und Literatur*, 73, 1963, pp. 151-163.

Eberth, H. H., *Die Sprichwörter in Brants 'Narrenschiff'*, Greifs-wald, 1933.

Eckhardt, H., *Totentanz im Narrenschiff*, Frankfurt, etc., 1995.

Fisher, C. B., «Several Allusions in Brant's Narrenschiff», *Mod-ern Languages Notes*, 68, 1953, pp. 395 y ss.

Gaier, U., *Studien zu Sebastian Brants «Narrenschiff»*, Tübingen, 1966.

— *Satire. Studien zu Neidhart, Wittenweiler, Brant und zur satirischen Schreibart*, Tübingen, 1967.

— «Zur Pragmatik der Zeichen in Sebastian Brants 'Narrenschiff'», en *L'Humanisme allemand 1480-1540*, Paris/München, 1979, pp. 231-259.

Gendre, A., *Humanisme et folie chez Sébastien Brant, Erasme et Rabelais*, Basel/Stuttgart, 1978.

Genschmer, F., *The Treatment of the Social Classes in the Satires of Brant, Murner and Fischart*, Univ. of Illinois, Urbana, 1934.

Gruenter, R., «Die Narrheit in Sebastian Brants 'Narrenschiff', *Neophilologus*, 43, 1959, pp. 207-221.

— «Das Schiff. Ein Beitrag zur historischen Metaphorik», *Tradition und Ursprünglichkeit. Akten des III Internationalen Germanistenkongresses 1965 in Amsterdam*, München, 1966, pp. 86-101.

Gumbel, H., «Brants 'Narrenschiff' und Freidanks 'Bescheidenheit' - Gestaltwandel der Zeitklage und die Wirklichkeit», *Beiträge zur Geistes- und Kulturgeschichte der Oberrheinlande*, Frankfurt, 1938, pp. 24-39.

Hartweg, F., «Literarische Schriftsprache und Lexikographie des Frühneuhochdeutschen: S. Brant - P. Dasypodius», en *Akten des VI. Internationalen Germanistenkongresses*, vol. 2, Basel, 1980, pp. 424-430.

Heberer, W. G., *Sebastian Brants 'Narrenschiff' in seinem Verhältnis zur spätmittelhochdeutschen Didaktik*, Göttingen, 1968. (Tesis doctoral, mecanogr.)

Hess, G., *Deutsch-lateinische Narrenzunft. Studien zum Verhältnis von Volkssprache und Latinität in der*

satirischen Literatur des 16. Jahrhunderts, München, 1971.

Heusler, A., *Deutsche Versgeschichte*, vol. III, Berlin/Leipzig, 1929, § 911 s.

Kemper, R., «dan numan ist dem nütz gebrist. Zur Weisheits-lehre im 'Narrenschiff'», en *Fifteenth century studies, VII*, Detroit, 1983, pp. 203-220.

Kiesel, H., *«Bei Hof, bei Höll». Untersuchungen zur literarischen Hofkritik von Sebastian Brant bis Friedrich Schiller*, Tübingen, 1979.

Könneker, B., *Sebastian Brant, Das Narrenschiff*, München, 1966.

— *Wesen und Wandlung der Narrenidee im Zeitalter des Humanismus. Brant - Murner - Erasmus*, Wiesbaden, 1966.

— *Satire im 16. Jahrhundert. Epoche - Werke - Wirkung*, München, 1991. (Sobre Brant, en especial, pp. 54-75.)

Learned, H. D., *The Syntx of Brant's Narrenschiff*, Philadelphia, 1917.

Lefebvre, J., *Les Fols et la Folie. Étude sur les genres du comique et la création littéraire en Allemagne pendant la Renaissance*, Paris, 1968, pp. 77-169.

Lemon, E. W. Y., *A Phonology and Morphology of the Dialect of Sebastian Brant's «Das Narrenschiff»*, Univ. of Massachusetts, 1975.

Manger, K., *Das «Narrenschiff». Entstehung, Wirkung und Deut-ung*, Darmstadt, 1983.

Merkl, E., *Sebastian Brants «Narrenschiff» auf dem Hintergrund der religiös-eschatologischen Vorstellungen des Mittelalters*, München, 1973. (Mecanogr.)

Mischler, B., *Gliederung und Produktion des «Narrenschiffes» (1494) von Sebastian Brant,* Bonn, 1981.

Möller, D., *Untersuchungen zur Symbolik der Musikinstrumente im «Narrenschiff» des Sebastian Brant*, Regensburg, 1982.

Müller, E. E., *Die Basler Mundart im ausgehenden Mittelalter*, Bern, 1953.

Ohse, B., «Das 'Narrenschiff' und seine Theologie», en B. Ohse, *Die Teufelliteratur zwischen Brant und Luther*, Berlin, 1961.

Rosenfeld, H., «Die Entwicklung der Ständesatire im Mittelalter», *Zeitschrift für Deutsche Philologie*, 71, 1951-1952, pp. 196 y ss.

Schönfeld, H., «Die kirchliche Satire und religiöse Weltan-schauung in Brants Narrenschiff und Erasmus' Narrenlob», *Modern Languages Notes*, 7, 1892, col. 78-92, 137-149, 345-348.

Singer, K., *Vanitas und memento mori im 'Narrenschiff' des Sebastian Brant*, Würzburg, 1968.

Skrine, P. «The Destination of the Ship of Fools: Religious Alegory in Brants's 'Narrenschiff'», *Modern Languge Review*, 64, 1969, pp. 576-596.

Sobel, E., «Sebastian Brant, Ovid and Classical Allusions in the 'Narrenschiff'», *University of California Publications in Mod-ern Philology*, 36, 1952, pp. 429-440.

Tiemann, B, «Typographie und Zahlenkomposition im 'Narrenschiff' von 1494», *Philobiblon*, 12, 1978, pp. 95-133.

Träger, C., «Über das soziale Wesen der Narrenbeschwörung bei Sebastian Brant und Erasmus von Rotterdam», en C. Träger, *Studien zur Literaturtheorie und*

vergleichenden Literaturgeschichte, Leipzig, 1970, pp. 157-181.

Zarncke, F., edición de *Narrenschiff*, pp. XL-CXLII.

— «Zur Vorgeschichte des Narrenschiffes»,1.ª contribución en *Serapium*, 29, 1868, pp. 49-54, y 2.ª contribución, Leipzig, 1871.

Zeydel, E. H., «Notes on Sebastian Brant's 'Narrenschiff'», en *Modern Languages Notes*, 58, 1943, pp. 340-346.

— «Some Literary Aspects of Sebastian Brant's 'Narrenschiff', *Studies in Philology*, 42, 1945, pp. 21-30.

Xilografías

Dentinger, J., *Bilder zu Geschichten. Die grosse Zeit der Illustration in Strassburg, Basel…*, Mundolsheim/Basel, 1989.

Homann, H., *Studien zur Emblematik des 16. Jahrhunderts*, Utrecht, 1971, pp. 13-23.

Kunze, H., *Geschichte der Buchillustration in Deutschland. Das 15. Jahrhundert*, Leipzig, 1975, pp. 382-401.

Lemmer, M. (ed.), *Die Holzschnitte zu Sebastian Brants Narren-schiff*, Leipzig, 2.ª ed., 1979.

— *Wol-geschliffener Narren-Spiegel. 115 Meriansche Kupfer, herausgegeben durch Wahrmund Jocoserius*, reed., Leipzig, 1986, pp. 128 y ss.

Marxer, E.-M., *Text und Illustration bei Sebastian Brant und Konrad Celtis*, Wien, 1960. (Tesis doctoral, mecanogr.).

Rosenfeld, H., «Sebastian Brants Narrenschiff und die Tradition der Ständesatire, Narrenbilderbogen und Flugblätter des 15. Jahrhunderts», *Gutenberg-Jahrbuch*, 1965, pp. 242-248.

— «Die Narrenbilderbogen und Sebastian Brant», *Gutenberg-Jahrbuch*, 1970, pp. 298-307.

— «Sebastian Brant und Albrecht Dürer. Zum Verhältnis von Bild und Text im 'Narrenschiff', *Gutenberg-Jahrbuch*, 1972, pp. 328-336.

Schultz, F., epílogo a la ed. facsímil, p. XVI s.

Winkler, Fr., *Dürer und die Illustrationen zum Narrenschiff*, Berlin, 1951.

Wolters, M., *Beziehungen zwischen Holzschnitt und Text bei Sebastian Brant und Thomas Murner*, Baden-Baden, 1917.

Recepción de *La nave de los necios*

Badius, J., *La Nef des Folles. Stultiferae naves de Josse Bade. Reproduction de l'édition princeps d'Angelbert de Marne (Paris, 1500),* Grenoble, 1979.

Baschnagel, G., *«Narrenschiff» und «Lob der Torheit». Zusammenhänge und Beziehungen,* Frankfurt/Bern/Las Vegas, 1979.

Baucke, L., «Das mittelniederdeutsche Narrenschiff und seine hochdeutsche Vorlage», *Niederdeutsches Jahrbuch*, 58, 1932-1933, pp. 115-164.

Bebermeyer, G., «Narrenliteratur», en *Reallexikon der deutschen Literaturgeschichte*, vol. II, 2.ª ed., Berlin, 1965, pp. 592-598.

Berger, K. H. (ed.), *Die Affenschande. Deutsche Satiren von Sebastian Brant bis Bertolt Brecht*, Berlin/Düsseldorf, 1988.

Bjorkmann, E., *Bemerkungen zu der niederdeutschen Bearbeitung des Narrenschiffes*, Uppsala, 1902.

Burger, H. O., *Renaissance, Humanismus, Reformation. Deutsche Literatur im europäischen Kontext*, Bad Hom-

burg/Berlin/Zürich, 1969.

Corsten, S., «Kölner Kaufleute lesen Brants Narrenschiff. Humanistisch gesinnte Grossbürger zu Beginn des 16. Jahrhunderts», en *De captu lectoris*, Berlin/New York, 1988, pp. 67-80.

Deufert, W., *Narr, Moral und Gesellschaft - Grundtendenzen im Prosaschwank des 16. Jahrhunderts*, Bern/Frankfurt, 1975.

Durruck, E., «Sebastian Brant in France: A «Ship of Fools» by Pierre Rivière (1497)», *Revue de Littérature Comparée*, 48, 1974, pp. 248-256.

Fraustadt, F., *Über das Verhältnis von Barclays «Ship of Fools» zur lateinischen, französischen und deutschen Quelle*, Breslau, 1894.

Gaede, F., *Realismus von Brant bis Brecht*, München, 1972.

Gaedick, W., *Der weise Narr in der englischen Literatur von Erasmus bis Shakespeare*, Weimar/Leipzig, 1928.

Geeraedts, L. (ed.), *Sebastian Brant, Der Sotten Schip (Antwerpen 1548). Verzorgd en van een nawoord voorzien door L. Geeraedts,* Merlijn, 1981. [Edición al cuidado de L. Geeraedts y provista de un epílogo de éste].

Gruenter, R., «Thomas Murners satirischer Wortschatz», *Euphorion*, 53, 1959, pp. 24 y ss.

Held, M., *Das Narrenthema in der Satire am Vorabend und in der Frühzeit der Reformation*, Marburg, 1945. (Mecanogr.)

Kärtner, J., *Des Jakob Locher Philomosus «Stultifera Navis» und ihr Verhältnis zum «Narrenschiff» des Sebastian Brant*, Frankfurt, 1924. (Tesis doctoral, mecanogr.).

Klein, R., «Le thème du fou et l'ironie humaniste», en R. Klein, *La forme et l'intelligible*, Paris, 1979, pp. 433-450.

Könneker, B, *Wesen und Wandlung der Narrenidee im Zeitalter des Humanismus. Brant - Murner - Erasmus*, Wiesbaden, 1966.

Lemmer, M., *Studien zur Wirkung von Sebastian Brants «Narrenschiff»*, Halle, 1981. (Multicopiado).

Maus, Th., *Brant, Geiler und Murner. Studien zum Narrenschiff, zur Navicula und zur Narrenbeschwörung*, Marburg, 1914.

O'Connor, D., «Notes on the Influence of Brants's Narrenschiff outside Germany», *Modern Language Review*, 20, 1925, pp. 64-70.

— «Sébastian Brant en France au XVIe siècle», *Revue de Littérature Comparée*, 8, 1928, pp. 309-317.

Pompen, F. A., *The English Versions of the «Ship of Fools». A Contribution to the History of the Early French Renaissance in Eng-land*, London, 1925.

Quilliet, B., «Le Narrenschiff de Sebastian Brant, ses traducteurs et ses traductions aux XVe et XVIe siècle», en J. L. A. Hernández et al., *Culture et marginalités au XVIe siècle*, Paris, 1973, pp. 111-124.

Rey, A., *Skelton's Satirical Poems in their Relation to Lydgate's «Order of Fools», «Cock Loreel's Bote» and Barclay's «Ship of Fools»*, Bern, 1899.

Schunk, H., *Alexander Barclay's Fassung von Brant's «Narrenschiff»*, Würzburg, 1967.

Sinnea, J. R., *A Critical Study of the Dutch Translation of Sebastian Brant's «Narrenschiff»*, Univ. de Cincinnati, 1949. (Tesis doctoral, no publ.)

Wyss, H., *Der Narr im schweizerischen Drama des 16. Jahrhunderts*, Bern, 1959, pp. 33 y ss.

Otros estudios

Cox, H., *The Feast of Fools. Essay on Festivity and Fantasy*, Cambridge (Mass.), 1969. (Tr. española, Madrid, 1972).

Elias, N., *Über den Prozess der Zivilisation. Soziogenetische und psychogenetische Untersuchungen*, 2.ª ed., Bern/München, 1969

Gaede, F., *Humanismus - Barock - Aufklärung. Geschichte der deutschen Literatur vom 16. bis zum 18. Jahrhundert*, Bern/München, 1971.

Gerteis, K., *Die deutschen Städte in der frühen Neuzeit. Zur Vorgeschichte der «bürgerlichen Welt»*, Darmstadt, 1986.

Gross, A., *Wahnsinn und Narrheit im Spätmittelalterlichen Text und Bild*, Heidelberg, 1990.

Gurjewitsch, A. J., *Das Weltbild des mittelalterlichen Menschen*, Dresden, 1978.

— *Mittelalterliche Volkskultur. Probleme zur Forschung*, Dresden, 1986.

Gurst, G. et al. (eds), *Lexikon der Renaissance*, Leipzig, 1989.

Gysi, K. et al. (eds.), *Geschichte der deutschen Literatur von den Anfängen bis zur Gegenwart. Bd. 4: von 1480 bis 1600*, Berlin, 1961.

Heers, J., *Fêtes des fous et Carnavals*, Paris, 1983. (Tr. española, Barcelona, 1988).

Hoffmeister, G., *Spanien und Deutschland. Geschichte und Dokumentation der literarischen Beziehungen*, Berlin, 1976.

Huizinga, J., *Herbst des Mittelalters*, München, 1924.

Kehrer, H., *Deutschland in Spanien. Beziehung, Einfluss und Abhängigkeit*, München, 1953. (Tr. española, Madrid, 1966.)

Kleinschmidt, E., *Stadt und Literatur in der frühen Neuzeit. Voraussetzungen und Entfaltung im südwestdeutschen, elsässi-schen und schweizerischen Städteraum*, Köln/Wien, 1982.

Lebeau, J., y Valentin, J. M., *L'Alsace au siècle de la Réforme 1482-1621. Textes et Documents*, Nancy, 1985.

McGrath, A., *The intellectual origins of the European Reformation*, Oxford (UK)/Cambridge (Mass.), 1987.

Rupprich, H., *Humanismus und Renaissance in den deutschen Städten und an den Universitäten*, Leipzig, 1935.

— *Die deutsche Literatur vom späten Mittelalter bis zum Barock, Bd. 1: 1370-1520*, München, 1970.

Smirin, M. M., *Deutschland vor der Reformation*, Berlin, 1955.

Stammler, W., *Von der Mystik zum Barock. 1400-1600*, Stuttgart, 1950.

Suutala, M., *Tier und Mensch im Denken der Deutschen Renaissance*, Helsinki, 1990.

Swain, B., *Fools and Folly during the Middle Ages and the Renaissance*, New York, 1932.

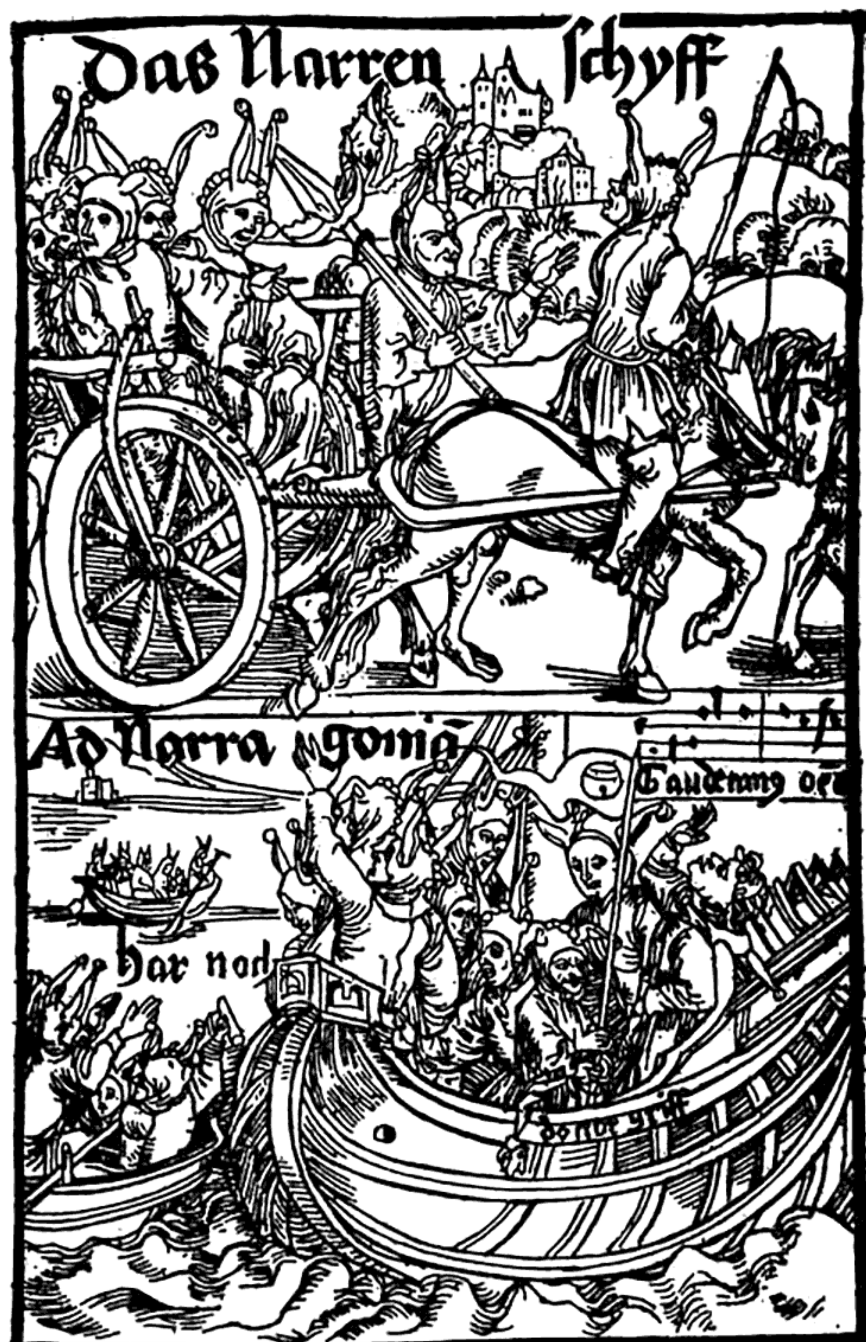
Vischer, W. , *Geschichte der Universität Basel von der Gründung bis zur Reformation 1529*, Basel, 1860.

Wackernagel, R., *Geschichte der Stadt Basel*, Basel, 1907-1916. (*Register*, 1954.)

Nota sobre la traducción

Para la traducción se ha utilizado, fundamentalmente, la edición crítica de Friedrich Zarncke (1854), complementada con otras ediciones antiguas y modernas. La traducción pretende, sobre todo, ser fiel al original. Las dificultades para ello han sido notables, en particular porque la lengua del original es muy difícil y porque hay bastante pasajes oscuros que la Filología no ha sabido esclarecer. Es probablemente la dificultad de la obra una de las razones por la que ésta ha quedado sin traducir al castellano durante más de cinco siglos. El autor de esta primera edición en esta lengua agradece cualquier tipo de sugerencias para mejorarla.

La nave de los necios



Zů ſchyff Zů ſchyff brůder. Eß gat/ eß gat


Doctor Grif
Ad Narragoniam
Gaudeamꝰ omnes

Prólogo a *La nave de los necios*

Para provechosa y salutífera enseñanza, exhortación y logro de la sabiduría, razón y buenas costumbres; también para condena y enmienda de la necedad, ceguera, desvarío e ignorancia de los humanos de todo género y condición. Recopilado[1] en Basilea, con especial diligencia, seriedad y esfuerzo, por Sebastián Brant, doctor en ambos Derechos[2].

Todos los países están ahora llenos de Sagradas Escrituras y cuanto a la santidad del alma afecta: Biblia, doctrina de los Santos Padres y muchos otros libros semejantes; en tal abundancia, que mucho me asombro de que nadie mejore con ello. Sí, se desprecia todo escrito y doctrina, el mundo entero vive en noche oscura y persiste ciego en sus pecados. Todas las calles y callejas están llenas de necios que sólo de la necedad se ocupan, pero que no quieren aplicarse el nombre. Por ello, pensé cómo pertrechar la nave de los necios: galeras, fusta, carguero, barcaza, batel, buque, barca de pesca, dragador, poderoso velero de regatas, trineos, carro, carretilla, carruaje. *Un* barco no podría llevar a todos los que ahora están en el número de los necios. Una parte no encuentra por sitio alguno una oportunidad para emprender la travesía. Acuden en desbandada como las abejas e intentan nadar hasta la nave. Todos quieren ser los primeros; muchos necios y mentecatos llegan dentro: aquí he hecho su retrato. Si hubiera alguien que despreciase la escritura o alguien que no la supiera leer, verá bien en el dibujo su propia esencia y encontrará en él quién es, a quién se asemeja y qué le falta. El espejo de los necios llamo yo a esto, en que cada necio se conoce; se le dice quién es a quien mira bien

en este espejo de los necios. Quien se mira bien en el espejo, aprende convenientemente que no ha de tomarse por sabio ni tenerse por lo que no es, pues nadie hay a quien nada falte o que pueda decir con verdad que es sabio, y no un necio. Quien se tiene por necio, pronto se convierte en sabio; pero quien quiere ser siempre docto, es fatuo, mi compadre[3], que me hace injusticia si no conserva este librillo. Aquí no hay mengua de necios, cada cual encuentra lo que le place y también para qué ha nacido y por qué abundan tanto los mentecatos; qué honra y alegría tiene la sabiduría, qué peligro el estamento de los necios. Aquí se encuentra todo el devenir del mundo. Este librillo es bueno para comprar; para broma y seriedad, y para todo lo posible, se encuentran aquí necios a gusto de cada cual. Un sabio encuentra lo que le agrada, un necio habla gustoso de sus hermanos. Aquí se encuentran tontos pobres y ricos, lo semejante busca a lo semejante, cada cual encuentra a su par. Yo les hago aquí una capa[4] a muchos que no se preocupan de ello. Si los hubiera llamado por su nombre, dirían que no los he comprendido; pero confío en que todos los sabios encuentren aquí contento y digan por experiencia que yo he dado justa y verdadera noticia. Y, puesto que estoy seguro de su testimonio, un bledo me importan los necios; todos han de oír verdad, aunque no les complazca. Si bien Terencio enseña que quien dice verdad cosecha odio[5], también quien se aprieta mucho tiempo la nariz expulsa de sí la sangre[6] y, cuando se excita la cólera, se mueve a menudo también la bilis. Por ello, no presto atención a si se me ataca con palabras a mis espaldas o a si se echa pestes contra mi provechosa doctrina; tengo más de esos necios a los que no les gusta la sabiduría; este librillo está lleno de ellos. Pero ruego a todos que miren más a la razón y a la honra que a mí o a mi humilde obra. Ciertamente no he reunido sin fatigas tal abundancia

de necios: a menudo he pasado la noche en vela, mientras dormían aquellos en que pensaba o que quizá estaban sentados jugando y bebiendo, y poco pensaban en mí. Una parte se paseaban en trineos por la nieve, hasta quedar medio congelados; otra parte jugueteaban como niños; los otros calculaban las pérdidas que les había traído el día y cómo podían trocarse en ganancias, o cómo mentirían mañana, venderían con charlatanería y engañarían a muchos. Para meditar sobre todos ellos, de modo que me agradasen su música, letra y obra, no es de extrañar que, también para que mi obra no fuese criticada, pasara muchas noches en vela, cuando nadie lo esperaba. En este espejo debe mirarse todo género de humanos, hombres y mujeres. Siempre entiendo lo uno con lo otro: los hombres no son los únicos necios, sino que se encuentran también muchas necias, a las que cubro aquí con la caperuza de necio la toca, el velo y el cendal. También las chicas llevan vestidos de necio; quieren llevar ahora, además, lo que para los hombres siempre fue motivo de escándalo: zapatos de punta[7] y vestidos escotados, para que no se cubra el *mercado de leche*; se enrollan muchas cintas en las trenzas y se ponen grandes cuernos sobre la cabeza, como si saliera de ahí un gran toro; andan dando vueltas como animales salvajes. Pero perdónenme las mujeres honradas, pues en absoluto quiero recordarlas para nada malo; para las malas, sin embargo, nunca es demasiado. De ellas se encuentra aquí una parte, que también están en la nave de los necios. Por tanto, búsquese cada cual con diligencia: si no se encuentra en este libro, puede decir que está libre de la capa y de la clava[8]. Si alguien piensa que no lo toco con mis críticas, váyase fuera, a los sabios, tenga paciencia, y esté de buen humor hasta que le traiga una capa de Fráncfort[9].



[1] El primer danzante soy en el baile de los necios, pues sin provecho muchos libros tengo, que ni leo ni entiendo.

De los libros inútiles

El que yo esté sentado delante en el barco, tiene en verdad una especial intención[1]; no se ha hecho sin motivo. Confío en mi biblioteca. De libros tengo gran tesoro, aunque en ellos entiendo muy pocas palabras, y los tengo en tal veneración, que hasta los defiendo de las moscas. Donde se habla de ciencias, digo yo: en casa las tengo yo muy bien. Me contento con ver muchos libros ante mí. El rey Ptolomeo[2] se procuró todos los libros del mundo y consideró esto un gran tesoro; mas no encontró la doctrina verdadera ni pudo instruirse con ella. Yo tengo asimismo muchos libros, pero leo poquísimo en ellos. ¿A qué iba a querer romperme la cabeza y agobiarme completamente bajo el peso del saber? Quien mucho estudia se vuelve fantasioso. Yo me tengo, no obstante, por un señor y pago a uno que aprende para mí. Cierto que poseo una mente tosca, pero cuando estoy con sabios puedo decir *ita* «sí». Contento estoy de pertenecer a la orden del alemán[3], pues sé muy poco latín; sé que *vinum* significa «vino», *gucklus*[4] «cuco», *stultus* «necio», y que yo me llamo *domine doctor*. Tengo las orejas ocultas, pues, de otro modo, se vería pronto la acémila del molinero.



[2] Quien se abandona a la violencia en el consejo y se cuelga hacia donde sopla el viento, empuja la cerda al caldero[1].

De los buenos consejeros

Muchos son los que ponen todo su empeño en cómo llegar al consejo, pero que nada entienden de Derecho y andan a ciegas por las paredes. El buen Cusaí[1] está malhadadamente muerto; Ajitofel[2] se sienta en el consejo. Quien ha de juzgar y aconsejar rectamente, piense y actúe sólo conforme al Derecho; que no resulte un tarugo con el que se empuje la cerda al caldero. En verdad, digo yo, no es adecuado: con pensar no es bastante, con ello se reduce el Derecho; es necesario que se reflexione mejor y se pregunte a otros lo que uno no sepa, pues, si no, el Derecho se acorta y no tienes excusa ante Dios. Créeme, a fe que no es una broma. Si todos supieran lo que sigue después, no tendrían tanta prisa en emitir la sentencia. Cada cual es medido con la vara que ha utilizado: como tú me juzgas y yo te juzgo, así nos juzgará Él a ti y a mí[3]. Espere cada uno tras su muerte la sentencia que él ha dado. Quien con su veredicto causa gran tormento, tiene también fijada su hora, en la que encontrará una muy rigurosa sentencia; la piedra le caerá sobre la cabeza. Quien *aquí* no actúe con justicia, la encontrará *allí* con severidad: contra sí no soporta Dios sabiduría, poder, prudencia o consejo[4].



[3] Quien pone su dicha en el bien temporal y busca en éste su alegría y ánimo, un necio es en carne y hueso[1].

De la codicia

Un necio es quien acopia bienes y no tiene paz ni contento, ni sabe para quién los ahorra cuando descienda a su lúgubre bodega. Más necio aún es quien malgasta con exuberancia y ligereza lo que Dios ha dado a su casa, de lo que es único administrador y sobre lo que tiene que rendir cuentas que valen más que una mano y un pie[1]. El necio deja mucha herencia a los amigos; no quiere cuidar de su alma y teme que le falte aquí el bien temporal, sin preocuparse de lo que ello le ocasionará en la eternidad. ¡Oh, pobre necio! ¿Cómo eres tan ciego? Temes la sarna y encuentras la tiña. Más de uno consigue bienes con pecados; por eso arde en el infierno. Sus herederos hacen muy poco caso de ello; no le ayudarían ni con un guijarro; apenas darían un penique[2] por salvarle, por profundo que yaciera en el fondo del infierno. Da, puesto que vives, para gloria de Dios; después de tu muerte, otro será señor de tus bienes. Ningún sabio ha ansiado nunca ser rico aquí en la tierra, sino aprender a conocerse. Quien sabio es, es más que rico. Craso[3] acabó bebiendo el oro por el que tanto tiempo había estado sediento. Crates[4] arrojó al mar su dinero para que no le estorbara en su aprendizaje. Quien atesora lo que es perecedero, sepulta su alma en excrementos y estiércol.



[4] Quien muchas nuevas modas lleva por el país, causa gran indignación y escándalo y toma al necio de la mano.

De las nuevas modas

Lo que antaño era cosa escandalosa, se tiene hogaño por pequeño y fútil. Un honor era antes llevar barba; ahora han aprendido los hombres el modo propio de las mujeres, y se maquillan con grasa de mono y desnudan su cuello, rodeándolo de muchos collares y de grandes cadenas, como si estuvieran ante San Leonardo[1]. Con azufre y resina se rizan el cabello, dentro se bate después clara de huevo, de suerte que quede ondulado en la cestilla[2]. Éste cuelga la cabeza fuera de la ventana, ése se pone rubio el pelo al sol y al fuego: debajo los piojos no son caros[3]. Se podrían encontrar ahora bien en el mundo, pues todas las ropas están llenas de arrugas: vestidos, abrigos, camisas y pecheras; zapatillas[4], botas, pantalones, zapatos, capas de piel, abrigos, orlas; la costumbre judía se quiere cultivar[5]. Una moda deja paso rápidamente a la otra: eso muestra que nuestro ánimo es liviano y mudadizo a toda clase de escándalos. Muchas modas nuevas hay en el país. Vestidos escandalosamente cortos y escotados, que apenas cubren el ombligo. ¡Ay, deshonra de la nación alemana! Lo que la naturaleza quiere ocultar, se desnuda y se deja ver. Por ello, lamentablemente, las cosas van mal y pasarán pronto a peor. ¡Ay de aquel que dé motivo de escándalo! ¡Ay de aquel también que no castigue ese escándalo![6] Recibirá en recompensa lo que no espera.



[5] Por más que tengo un pie en la tumba y llevo el cuchillo de desollar en el culo[1], mi necedad no puedo abandonar.

De los necios viejos

Mi necedad no me deja ser anciano. Soy muy viejo, pero también muy ignorante; un niño malo de cien años[1]. Delante de los jóvenes llevo los cascabeles[2] y a los niños imparto enseñanza, y me hago a mí mismo un testamento que me pesará tras la muerte. Doy ejemplo y mal consejo, y practico lo que en mi juventud aprendí. Quiero que se me honre por mi maldad y me atrevo a vanagloriarme de mi ignominia, de que he engañado a muchos países y he enturbiado mucha agua. En el mal me ejercito de continuo y lamento no poderlo ya realizar como en mis viejos tiempos; pero lo que ahora ya no puedo hacer, se lo encomendaré a Enrique, mi hijo, quien hará lo que yo he dejado. Éste ya se asemeja ahora mucho a mí en su mala calaña; le va magníficamente y, si vive, saldrá de él un hombre. Hay que decir que es mi hijo, entonces hará justicia a su condición de canalla, no se detendrá ante nada y viajará también en la nave de los necios. Me deleitará después de mi muerte que me sustituya tan perfectamente. De tales cosas se ocupa ahora la vejez. La senectud ya no quiere tener sabiduría. Los jueces de Susana[3] mostraron bien qué confianza se debe conceder a un viejo. Un necio viejo no cuida su alma; difícil es obrar bien si no se está acostumbrado a ello.



[6] Quien a los hijos pasa por alto sus travesuras y no los reprende, mucho sufrirá él mismo al final.

De la educación de los hijos

De necedad está completamente ciego quien no cuida de que sus hijos se eduquen como es debido y se esfuerza, en particular, en dejarlos andar descarriados sin amonestación, al igual que las ovejas van sin pastor, y les pasa por alto todas sus travesuras y piensa que no precisan castigo, que aún no están en la edad de retener en los oídos lo que se les dice, sea castigo o enseñanza.

¡Oh, gran necio, presta atención y escucha! La juventud aprende con presteza, toma buena nota de todo. Lo que se vierte en pucheros de barro nuevos no pierde el sabor. La rama verde se puede doblar; cuando se osa doblar una vieja, en seguida se parte en dos.

El castigo justo no produce ningún preocupante griterío; la vara de la disciplina expulsa sin dolor la estulticia del corazón del niño[1]. Sin castigo nadie ha sido educado. Crece el mal que no se evita. Helí[2] era justo y vivía sin pecado; mas, por no castigar a sus hijos, lo castigó Dios y murió un día lamentándose, con sus hijos. Por no querer educar a los hijos, se encuentra uno a muchos Catilinas[3]. Iría ahora mucho mejor la educación de los niños si se les pusiesen maestros como Fénix[4], al que Peleo buscó para su hijo Aquiles; Filipo indagó por toda Grecia hasta encontrar a su hijo un preceptor: al rey más grande del mundo[5] se le unió Aristóteles, quien oyó a Platón muchos años, y éste antes a Sócrates. Pero los padres de nuestro tiempo, cegados por la codicia, toman para sus hijos maestros tales, que los convierten

en necios y los devuelven a casa aún más necios de lo que eran al salir de ella. Nada tiene de extraño que los necios tengan hijos necios. El viejo Crates[6] dijo que, si le incumbiese, gritaría con voz clara: ¡Vosotros, necios insensatos! Vosotros ponéis buen cuidado en acopiar bienes y no cuidáis de vuestros hijos, para quienes amasáis esa riqueza. Al final recibiréis como recompensa, si vuestros hijos han de ir al consejo y lograr educación y honores, que sentirán inclinación sólo por aquello que han aprendido desde la niñez. Entonces se acrecienta el pesar del padre y le consumen los remordimientos por haber educado inútilmente a un espantajo. Los unos andan en pandas de bribones, blasfeman y ofenden a Dios; los otros andan con rameras. Éstos pierden en el juego caballo y camisa; los cuartos llevan una vida licenciosa de noche y de día. En esto se convierten aquellos niños a los que no se educa en la juventud ni se les dota de un buen maestro. Pues principio, medio y fin del honor brotan sólo de una buena educación. Loable cosa es ser noble, pero propio de otros es, y no tuyo: de tus padres procede. Cosa muy preciada es la riqueza, pero es un caso de azar, que sube y baja bailando como una pelota. Cosa hermosa es la gloria del mundo, pero más inconstante, como sabéis. La belleza del cuerpo en alta estima se tiene, pero apenas dura una noche. Asimismo, muy querida nos es la salud, aunque se esfuma como un ladrón. La gran fortaleza se tiene por un preciado don, pero mengua con la enfermedad y los años. Por ello, ya no queda entre nosotros nada más inmortal y duradero que la enseñanza. Gorgias[7] pregunta si sería feliz el poderoso señor de Persia. Dijo Sócrates: No sé aún si posee educación y virtud. Como si quisiera decir que el poder y el oro nada valdrían sin la enseñanza de la virtud.



[7] A quien se pone entre piedra y piedra[1] y lleva a mucha gente en la lengua, le sobrevienen pronto daño y pesar.

Del sembrar cizaña

Muchos sienten gran contento en dividir a todo el mundo y en poder sembrar la discordia, de la que brotan la enemistad y el odio. Con calumnias y grandes mentiras golpean a muchos, que sólo tiempo después lo sienten, y hacen de un amigo un enemigo; y, queriendo dejarlo bien sellado[1], ven cuánto pueden aumentar y pretenden haberlo hecho cual secreto de confesión, para que no salga de ello ninguna reprimenda. Dicen que lo tenían bajo la rosa[2] y lo habían hablado a tu propio corazón. Piensan gustar mucho con esto. El mundo está lleno de tal cizaña, de modo que más lejos se puede llevar algo en la lengua que en carruaje de ballestas; como hicieron Coré[3] y Absalón[4], que deseaban secuaces y cosecharon desgracias. En todo país está Alcimo[5], que enemista y calumnia a los amigos, y pone los dedos en los quicios de las puertas, por lo que a menudo resultan pillados. Como a uno que esperaba recibir recompensa por haber asesinado supuestamente a Saúl[6], y a los que mataron a Isbaal[7]; como sucede al que está entre ruedas de molino, que siempre sembraba mucha discordia. Al punto se ve en sus gestos lo que dice y qué clase de hombre es. Aunque se esconda a un necio detrás de la puerta, sacará las orejas.



[8] Quien no sabe decir sí y no, ni tomar consejo en lo grande y lo pequeño, él mismo recibe el daño.

No seguir el buen consejo

Un necio es quien quiere ser sabio y no muestra ni buen comportamiento ni medida, y, cuando quiere cultivar la sabiduría, un cuco es su halcón[1]. Muchos son en sus palabras sabios y discretos, pero tiran del arado de los necios. Esto hace que se fíen de su sabiduría e inteligencia y no atiendan al consejo de los demás, hasta que les sobreviene la desgracia. Tobías[2] enseñó siempre a su hijo que hiciera caso al sabio consejo; por no seguir el buen consejo y despreciarlo, la mujer de Lot[3] fue castigada por Dios y tuvo que quedar allí como un símbolo. Como Roboam[4] no quiso seguir a los sabios ancianos, como debía, y siguió a los necios, perdió diez tribus y continuó siendo un necio. Si Nabucodonosor[5] hubiera escuchado a Daniel, no se habría convertido en una bestia. Macabeo[6], el hombre más fuerte, que había realizado grandísimas hazañas, no habría sido muerto si hubiera seguido el consejo de Joram. Quien de continuo sigue a su propia cabeza, y no sigue ni cree el buen consejo, no atiende en absoluto a la felicidad y a la salvación y las echará a perder antes de tiempo. Donde hay muchos consejos, hay dicha y poder[7]. Ajitofel[8] se dio muerte porque Saúl no siguió su consejo.



[9] Quien tiene malas costumbres y maneras, y mira hacia donde se convertirá en necio, arrastra la capa por el suelo[1].

De las malas costumbres

Muchos andan en túnicas[1] ufanos y lanzan la cabeza hacia aquí y hacia allá, después hacia abajo y hacia arriba, más tarde hacia atrás y seguidamente de lado, ora andan presurosos, ora muy cadenciosos. Esto muestra como indicio y causa que tienen un carácter ligero, del que es muy oportuno precaverse. A quien es sabio y tiene buenos modales, se le adecua bien su esencia[2], y lo que empieza y realiza le parece bien a todo sabio. La verdadera sabiduría empieza con pudor, es recatada, tranquila y pacífica, y, si se acomoda con el bien, Dios la llena de Gracia[3]. Mejor es tener buenas maneras que toda la riqueza de la tierra. De los modales se colige muy pronto lo que uno tiene en su corazón. Más de uno cuida poco las maneras: no se ha acostumbrado a ellas ni está educado para ellas; por eso tiene los mismos modales que una vaca. El mejor ornato y el más alto nombre son las buenas costumbres, la modestia y el pudor. En las buenas costumbres se educó Noé, pero no se le pareció mucho Cam, su hijo[4]. Quien engendra un hijo sabio, que aprende modales, juicio y sabiduría, dé gracias a Dios por haberle otorgado la Gracia. Albino[5] se comió la nariz de su padre porque éste no le había educado mejor.



[10] Quien comete injusticia y violencia con otro hombre, que no le ha hecho nunca daño, sirve de escándalo para otros diez.

De la verdadera amistad

Un necio es, y muy estulto, quien con otro humano comete injusticia, pues con ello amenaza a muchos, que después se alegrarán de su desgracia. El que hace algo malo a su amigo, que ha depositado en él toda su esperanza, fidelidad y confianza, es un necio y carece por completo de juicio. Ya no se encuentran en absoluto amigos como lo era David con Jonatán[1], como Patroclo y Aquiles, como Orestes y Pílades, como Démades y Pitias o como lo era el escudero de Saúl, como Escipión y Lelio. Donde falta el dinero, termina la amistad. Nadie ama tanto a su prójimo como está escrito en la Ley: el egoísmo suprime todo derecho, amistad, amor, estirpe, familia. A nadie se encuentra ahora igual que Moisés, quien amaba a los otros como a sí mismo; o como Nehemías[2] y Tobías[3], el temeroso de Dios.

A quien el provecho común no es tan preciado como el provecho propio que ansía, le tengo por un necio cuco; lo que es común, es también propio. Pero Caín está en todo estamento que lamenta la felicidad que tiene Abel. Amistad: cuando se necesita, entran veinticuatro en media onza, y los que quieren ser lo mejores, entran siete en cuatro adarmes[4].



[11] Quien quiere creer a cualquier necio, cuando tanto se oye de la Escritura, se acomoda bien al juego de los necios.

Desprecio de la Escritura

Un necio es quien no quiere creer la Escritura, que afecta a la salvación, y piensa que debería vivir como si no existiera Dios ni infierno, despreciando toda prédica y doctrina, como si no viera ni oyese. Si viniera uno de los muertos, correría cien millas hacia allí, para oír de él nuevas noticias: qué seres hay en el infierno y si mucha gente entra allí; si también se escancia vino nuevo y si se ofrecen asimismo otros juegos simiescos. Tanto tenemos de la Escritura, de la antigua y la nueva alianza, que no es necesario aducir aquí nigún testimonio más ni buscar la capilla y la celda del gaitero de Niklashausen[1]. Dios dice desde su verdad: quien aquí peca, sufre allí la pena; quien aquí consagra sus días a la sabiduría, es honrado en la eternidad. Dios ha hecho, en verdad, que el ojo vea y el oído oiga. Por ello, ciego es y sordo quien no oye la sabiduría y no la cree, pero gusta de oír novedades y leyendas. Temo que vendrán pronto los días en que llegaremos a saber más novedades de lo que nos guste y sea de razón. Jeremías gritó y enseñó, y no fue oído por nadie; lo mismo otros sabios más; por ello vinieron después muchas calamidades y desgracias[2].



[12] Quien no cincha antes de cabalgar y no toma precauciones a tiempo, recibe burlas si cae por un lado.

Del necio imprudente

A la necedad bien unido está quien dice: «No lo había pensado.» Pues quien medita todas las cosas a tiempo, cincha bien antes de cabalgar. Quien se acuerda después de la acción, su plan llega generalmente demasiado tarde. Quien sabe planificar bien en la acción, ha de ser un hombre experimentado o lo ha oído de las mujeres, que son tenidas en alta estima por ese consejo. Si Adán hubiera sido más precavido antes de comer la manzana, no habría sido expulsado del paraíso por un pequeño mordisco. Si Jonatán hubiera meditado bien, habría despreciado los dones que pérfidamente le ofreciera Trifón, quien después lo mató[1]. Buenos planes sabía en todo tiempo Julio, el Emperador[2], en el combate, pero cuando tenía paz y felicidad se descuidó en una cosa: no leyó al instante las cartas que le habían enviado para ponerle sobre aviso. Nicanor[3] calculó muy poco, vendió la piel del oso antes de cazarlo: su plan falló tan claramente, que le cortaron lengua, mano y cabeza. Los buenos planes son siempre buenos. ¡Dichoso aquel que los hace a tiempo! Muchos corren y llegan demasiado tarde. Pronto se golpea quien tiene excesiva prisa. Si Asael[4] no hubiera sido tan rápido, Abner no lo habría atravesado con la lanza.



[13] A mi cuerda atados llevo, de acá para allá, muchos necios, simios, burros, cucos, que seduzco, engaño y embauco.

De los amoríos

Yo, doña Venus, la del culo de paja[1], no soy la menor en el puré de los necios. Atraigo hacia mí a muchos necios y hago un cuco de quien quiero. Nadie puede nombrar a todos mis clientes. Quien ha oído del establo de Circe, de Calipso, del yugo de las sirenas[2], piense qué fuerza tengo aún. Quien piense que es sabio, lo mojo bien dentro en el puré de los necios. A quien hiero una vez, no le sana poder de hierbas alguno. Por ello tengo un hijo ciego: ningún amante ve lo que va a hacer. Mi hijo es un niño, no un hombre: los amantes andan por ahí sin juicio ni experiencia. De ellos raramente se oyen palabras serias, igual que de un niño. Mi hijo está desnudo y descalzo todo el día, pues nadie puede ocultar los amoríos. El mal amor sale volando, no queda en pie mucho tiempo; por eso mi hijo tiene dos alas. Los amoríos son volubles en todo momento, nada hay más inconstante sobre la tierra. Cupido lleva su arco descubierto, en cada costado un gran carcaj. En uno lleva muchas flechas de arponcillo, con ellas acierta a muchos necios; son afiladas, de oro, ganchudas, puntiagudas; quien es alcanzado, pierde el sentido y baila después junto a la madera de los necios. En el otro carcaj las flechas son de ave, romas, lastradas con plomo, pesadas. La primera hiere, la segunda ahuyenta[3]. A quien alcanza Cupido, enciende Amor, su hermano, para que arda, y nadie puede apagar la llama, que quitó la vida a Dido e hizo que Medea quemara con su propia mano a su hijo y a su hermano. Tereo no sería una abubilla; Pasifae ha-

bría evitado el toro; Fedra no habría seguido a Teseo ni buscado la deshonra junto a su hijastro; Neso no habría recibido un tiro mortal; Troya no habría llegado a tales penalidades; Escila habría dejado el pelo a su padre; Jacinto no sería una flor; Leandro no habría nadado; Mesalina sería constante en la castidad; Marte tampoco se hallaría entre cadenas; Procris habría evitado el seto; Safo no habría caído del monte; las sirenas no habrían hecho naufragar las naves; Circe habría dejado a los barcos seguir su camino; el Cíclope y Pan no silbarían lastimosamente; Leucotea no habría parido un árbol de incienso; Mirra no estaría encinta de Adonis; Byblis no habría sentido amorosa pasión por su hermano; Danae no habría concebido mediante el oro; Nictimena no habría salido volando en la noche; Eco no se habría convertido en voz; Tisbe no habría teñido las blancas bayas; Atalanta no sería una leona; la mujer del levita no estaría deshonrada y, con ello, aniquilada una tribu[4]; David[5] habría dejado bañarse a Betsabé; Sansón[6] no se habría fiado de Dalila; Salomón[7] no habría adorado al ídolo; Amón[8] habría sido virtuoso con su hermana; José[9] no habría sido acusado sin motivo, como Belerofonte e Hipólito; el Sabio[10] no iría como un caballo; de la torre no estaría colgado Virgilio[11]; Ovidio tendría el favor del emperador si no hubiese enseñado el arte amatoria.

Muchos más llegarían a la sabiduría si no sintieran tan fuerte impulso hacia los amoríos. A quien tiene mucho trato con mujeres, se le quema la conciencia, y no puede servir enteramente a Dios quien tiene mucho que hacer con ellas. Los amoríos son para todo estamento motivo de burla, necedad y escándalo; pero más escandaloso es cuando lo ejercen la vieja y el viejo. Un necio es quien quiere galantear y piensa mantener medida y comedimiento, pues cultivar la sabiduría y amar torpemente no pueden estar en absoluto

en la misma silla. El amante está tan completamente ciego, que piensa que nadie le va a ver. Ésta es la más vigorosa hierba de los necios, la capa queda pegada mucho tiempo a la piel.



[14] Quien dice sólo que Dios es misericordioso, y no justo al mismo tiempo, tiene un juicio como los gansos y las cerdas.

De la insolencia frente a Dios

Bien se unta con grasa de burro y tiene la caja colgada del cuello quien osa decir que Dios nuestro Señor es misericordioso y no se encoleriza mucho cuando se comete un pecado, y considera los pecados tan poca cosa, que los tiene por absolutamente humanos. Dios no habría creado el reino de los cielos precisamente para los gansos; siempre se han cometido pecados y no se empieza hoy a pecar. Puede contar la Biblia y otras muchas historias, pero no quiere entender que está descrito después por doquier el castigo con calamidades y con venganza, y que Dios, a la larga, nunca soportó que se le golpeara en una mejilla. Dios no es bohemio o tártaro, pero entiende bien sus lenguas. Si bien su misericordia carece de medida, de número y de peso, y es infinitamente grande, así también permanece, no obstante, su justicia, y castiga los pecados por los siglos de los siglos a todos los que no obran bien, muy a menudo hasta la novena generación. La misericordia, a la larga, no permanece si Dios abandona la justicia. Cierto es que el cielo no pertenece a los gansos; pero tampoco una vaca, un necio, mono, burro o cerdo entrarán en él en toda la eternidad. Y lo que pertenece a la parte del demonio, nadie en absoluto se lo quitará.



[15] Quien quiera edificar, calcule antes qué fortuna necesitará, pues, de lo contrario, esperará en vano el final.

Del necio cálculo

Un necio es quien quiere edificar y no calcula antes cuánto va a costar y si puede llevarlo a efecto conforme a su plan. Muchos planearon grandes edificios y no pudieron salir airosos de su empeño. El rey Nabucodonosor[1] se encumbró arrogante por haber edificado con su poder Babilonia, la gran ciudad, pero le aconteció muy pronto que quedó en el campo como una vaca. Nemrod[2] quiso edificar muy alto en el aire una gran torre frente a las tempestades de agua, y no calculó que su edificio era demasiado pesado, e imposible. Cualquiera no construye tanto como en tiempos hizo Lúculo[3]. Quien quiera construir sin arrepentirse, piénseselo bien antes de edificar, pues a muchos les viene el arrepentimiento demasiado tarde, de modo que el daño le entra en el bolsillo. Quien quiera emprender algo grande, debe asegurarse de si puede llegar a donde se ha propuesto, para que no le sobrevenga un inesperado azar y todos se mofen de él. Mucho mejor es no emprender nada, que abandonarlo con daño, escándalo y burla. Las pirámides cuestan mucho y también el laberinto junto al Nilo[4]; pero todo eso ya se ha perdido hace tiempo: ninguna construcción puede durar mucho aquí en la tierra.



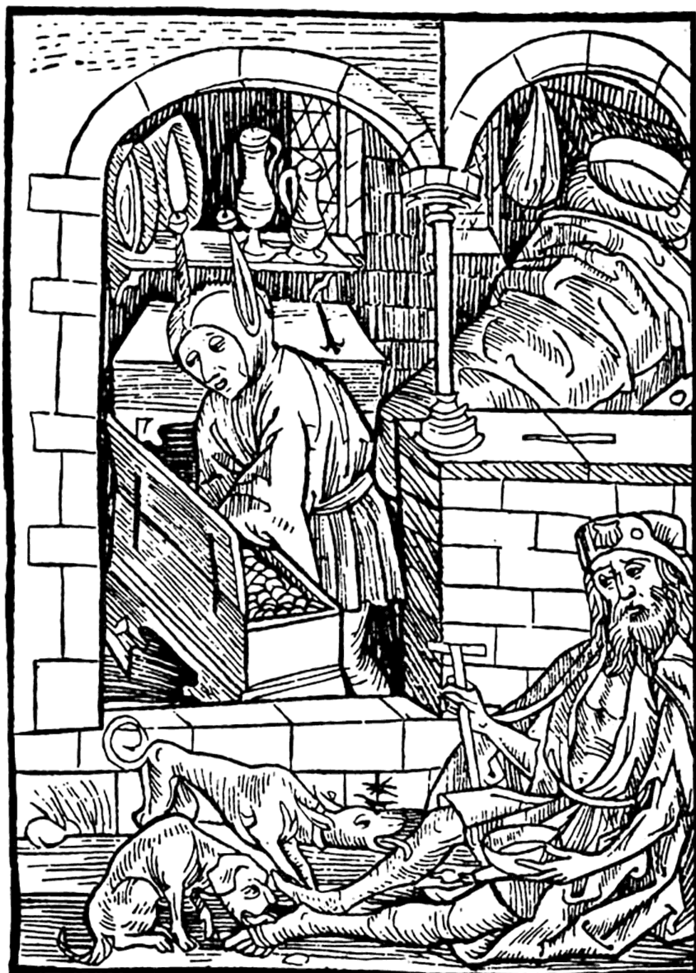
[16] Con justicia caerá en futura pobreza quien persigue siempre la golosina y la gula y se une a los juerguistas[1].

De la gula y la juerga

Calza a un necio los zapatos quien ni de día ni de noche tiene reposo pensando cómo llenar la panza y el estómago y convertirse en un pellejo de vino, como si hubiera nacido para que por él se echara a perder mucho vino y él mismo fuese una helada diaria. Éste cabe bien en la nave de los necios, pues destroza el juicio y los sentidos; con la edad se dará cuenta de que le tiemblan la cabeza y las manos, abrevia su vida y acerca su fin. Cosa dañina es el vino, junto al que nadie que busque en él alegría y placer puede ser sabio. Un hombre borracho nunca descansa ni conoce medida ni distingo. Mucha lujuria viene de la embriaguez; muchos males surgen también de ella; sabio es quien bebe moderadamente.

Noé[1] no podía soportar el vino, pero lo encontró y lo plantó. Lot[2] pecó por el vino en dos ocasiones. Por el vino fue decapitado el Bautista[3]. El vino hace que el sabio se ponga la capa de necio. Cuando Israel se daba un buen hartazgo y tenía la tripa más que llena, empezaron a jugar y también tuvieron que bailar[4]. Por ello mandó Dios a los hijos de Arón[5] que se abstuvieran del vino y de todo aquello que embriaga; pero los sacerdotes poco caso hicieron. Cuando Holofernes[6] estaba ebrio, perdió la cabeza con la barba. Támiris[7] dispuso comida y bebida cuando forzó al rey Ciro. Por el vino cayó Ben Adad[8], cuando perdió todos sus bienes; toda honra y virtud olvidaba Alejandro[9] cuando estaba bebido, y hacía a menudo en su embriaguez lo que a

él mismo le dolía después. El rico bebía como un buen compañero de copeo y comió por la mañana en el infierno[10]. El hombre sería libre, no sería un siervo, si no existiera la embriaguez y el vino. Quien ama el vino y el buen bocado no será rico ni feliz[11]. ¡Ay de él! ¡Y de su padre! Sufrirá guerras y muchas desgracias quien siempre se llena como una vaca y quiere beber a la salud de todos y responder a los brindis que se le hacen[12]. Pues quien sin necesidad bebe mucho vino se asemeja al que se duerme en el mar y yace sin sentido ni defensa: así hacen los que sólo piensan en la vida alegre y comen, beben y andan de juerga noche y día[13]. Les trae el posadero, como clientes, una pierna y un cuarto de vaca y les añade almendras, higos y arroz: le pagarán el día de San Ciruelo[14]. Muchos serían pronto muy sabios si la sabiduría estuviera dentro del vino que se echan al coleto por la mañana y por la tarde. Cada uno bebe a la salud del otro: «¡Va por ti! ¡Te toca!» El otro dice: «Espera, me defiendo, hasta que estemos los dos llenos.» Con eso se sienten los necios ahora muy bien: uno a la copa, dos para la boca. Una soga en torno al cuello sería más sano y provechoso que cultivar semejante gula. Es una gran necedad, que Séneca ya previó oportunamente y sobre la que habló en sus libros, el que algún día se concederá más honra a un ebrio que a un sobrio y se querrá ser enaltecido por estar embriagado de vino. También me refiero aquí a los bebedores de cerveza, cuando uno solo bebe un barril y se queda tan lleno, que se podría abrir bien la puerta con él. Un necio tiene que haber bebido mucho; un sabio puede beber moderadamente y está con ello mucho más sano que el que se llena de jarras. El vino es muy suave al entrar, pero muerde al final como una serpiente y derrama su veneno por toda la sangre[15], como lo hace el basilisco.



[17] Quien tiene bienes, se deleita con ellos y no los comparte con los pobres, recibirá una negativa cuando él mismo pida.

De la inútil riqueza

La mayor necedad de todo el mundo es que se honre el dinero por delante de la sabiduría y que se prefiera al hombre rico. Quien tiene orejas y cascabeles encima, ha de ser consejero sólo porque tiene mucho que perder. A cada cual cree el mundo tanto como dinero tiene en su bolsillo: el señor Penique ha de estar siempre delante. Si viviera Salomón, no se le dejaría entrar en el consejo si fuera un pobre tejedor o tuviera el bolsillo vacío. A los ricos se les invita a la mesa y se les traen venados, aves y pescado, y se les hace la corte interminablemente, mientras que el pobre está ante las puertas y suda, queriendo congelarse. Al rico se le dice: «¡Comed, señor!» ¡Oh Penique, a ti se te concede el honor! Tú consigues que muchos te sean propicios. Quien tiene peniques, encuentra amigos. Todos le saludan y le tratan con familiaridad. Si alguien quiere tener esposa, la primera pregunta es: «¿Pero qué tiene éste?» No se pregunta por la honradez o por la sabiduría, la educación, la inteligencia; se busca a uno del gremio de los necios, que tenga para echar pan a la leche, aunque sea un rufián. Toda ciencia, honra y sabiduría son ociosas donde falta el penique. Quien su oído cierre ante el pobre, no será escuchado por Dios cuando él también clame[1].



[18] Dos liebres pretende cazar a la vez quien piensa servir bien a dos señores y se carga sobre los hombros más de lo que debe.

Del servicio a dos señores

Un necio es quien pretende servir al mundo y también a Dios, pues, cuando un siervo tiene dos señores, nunca los puede servir bien[1]. Muy a menudo se arruina el artesano que conoce muchas artes y muchos oficios. El que quiere cazar y coger al mismo tiempo dos liebres con un perro, al final apenas conseguirá una y, a menudo, no conseguirá ninguna en absoluto. Quien quiere tirar desde muchas ballestas, difícilmente alcanzará alguna vez el blanco. Quien asume muchos cargos, no puede hacer lo que a cada uno de ellos conviene. Quien tiene que estar aquí y también en otra parte, no estará en su sitio ni aquí ni allí. El que quiere hacer lo que a todos agrada, tiene que tener el aliento caliente y frío[2], y tragar muchas cosas que no le gustan, y ajustarse mucho a los medios disponibles, y poder poner a cada uno almohadones debajo de los codos, y untar a todos bien la frente, y mirar de no encolerizar a nadie. Mas muchos cargos saben bien, se calienta uno pronto ante un gran fuego de carbón; pero quien prueba muchos vinos no piensa que cada uno sea bueno. Un aderezo sencillo está pronto listo. El sabio ama la sencillez. A quien a uno sirve y cumple con él su deber, se le considera un fiel servidor. Murió el burro y nunca estuvo harto de tener cada día nuevos amos[3].



[19] Quien custodia su lengua y su boca, protege del miedo su alma y su voluntad[1]; un pájaro carpintero desveló a sus crías por su griterío.

Del mucho cotorrear

Un necio es quien quiere censurar lo que todos guardan en silencio y quiere ganarse odio sin necesidad, mientras que podría mejor callarse con honor. Quien desea hablar donde no debe, vale bien para la orden de los necios. Quien responde antes de que se le pregunte, muestra por sí mismo el sentido de un necio[1]. Muchos se complacen en hablar, aunque de ello resulten daños y pesares. Más de uno se abandona tanto a la charlatanería, que podría quitar a la cotorra una nuez; sus palabras son tan fuertes y profundas, que hace un agujero en un documento y dispone un parloteo con total facilidad; pero, cuando llega a la confesión, donde se trata del premio eterno, la lengua no quiere moverse del sitio. Hay muchos Nabal[2] aún en la tierra, que cotorrean más de lo que les aprovecha. Muchos serían tenidos por sabios si no se hubieran ido ellos mismos de la lengua. Un pájaro carpintero desvela con su lengua dónde se encuentran su nido y sus crías. Con silencio se responde mucho; daños recibe quien mucho cotorrea. La lengua[3] es un pequeño miembro, pero trae mucho desasosiego y discordia, mancilla muy a menudo a toda la persona y ocasiona muchas riñas, pugnas y disputas; y tengo por gran maravilla que se puedan domar todas las fieras, siendo tan rudas, tan salvajes, tan feroces, y que nadie sea señor de su propia lengua. La lengua es un bien inquieto, gran mal causa al ser humano: con ella injuriamos a Dios, denostamos con burlas, con blasfemias, calumnias y desprecios al prójimo, a quien

Dios ha hecho a su imagen; por ella descubrimos a mucha gente, por ella nada queda en secreto. Muchos se dan buena vida con la garrulería: no necesitan comprar vino ni pan[4]. La lengua se necesita para el Derecho, con ella se tuerce lo que era recto. Por ella pierde sus cosas más de un pobre hombre y tiene que ir a mendigar. Al charlatán no le cuesta mucho hablar: se hace cosquillas y ríe cuando quiere, y nada bueno dice de nadie, sea baja o alta su posición. A quienes arman gran griterío y zarabanda se les alaba ahora y se les presta atención, sobre todo a los que andan con elegancia y llevan grandes vestidos y anillos; éstos valen hoy para la gente, no se paran mientes en los vestidos finos. Si estuvieran aún en el mundo Demóstenes, Tulio[5] o Esquines[6], nada se les daría por su sabiduría, si no supieran engañar a la gente y pronunciar muy floreados discursos y lo que todo necio gusta de oír. Quien mucho habla, habla a menudo demasiado y tiene también que disparar a la diana, lanzar el mazo lejos y distante[7], y maquinar intrigar por causa de la disputa. El mucho charlatanear, raramente está libre de pecado; quien mucho miente no es amigo de nadie. Quien difama al señor, no queda callado mucho tiempo; aunque suceda lejos de él, los pájaros llevan allí la voz, y la cosa, a la larga, no tendrá un buen final, pues los señores tienen manos muy largas. A quien quiere serrar mucho por encima de sí, le caerán muchas virutas en los ojos; y quien pone su boca en el cielo, a menudo es recompensado con daños. El necio muestra su espíritu de una vez; el sabio calla y espera su momento[8]. Del discurso inútil no nace provecho. La garrulería trae más perjuicios que beneficios. Por ello es mejor guardar silencio que cotorrear, charlar o gritar. Sótades[9] fue encarcelado por sus pocas palabras como por un crimen. Teócrito sólo dijo que Antígono era tuerto, y murió por ello en su propia casa, como Demóstenes y Tulio[10]. Ca-

llar es loable, justo y bueno; pero mejor es hablar, si se hace sabiamente.



[20] Quien algo encuentra y lo lleva a casa, y piensa que Dios quiere que sea suyo, ha sido engañado por el diablo[1].

Del encontrar un tesoro

Un necio es quien algo encuentra y, está tan ciego en su juicio, que dice: «esto me lo ha regalado Dios, no reparo en a quién pertenece». Lo que uno no ha sembrado, vedado le está segarlo. Cualquiera sabría por su honor que pertenecía a otro. Lo que sabe que no es suyo, de nada sirve que carezca de ello y lo encuentre sin engaño: mire que vuelva a aquél de quien ha sido, si lo conoce, o entrégueelo a sus herederos; si no se pueden saber todos ellos, désele a un pobre o destínese a otro fin que sea grato a Dios. No debe quedar en tu casa, pues es un bien separado de su legítimo dueño. Y por ello, muchos se hallan condenados por tales pecados en el fuego del infierno, a quienen se frota a menudo, cuando no sudan. Acor[1] retuvo lo que no era suyo y trajo con ello penalidades a su pueblo; a la postre le sucedió lo que no pensaba, pues se le lapidó sin compasión. Quien carga un pequeño fardo sobre sus espaldas, tomaría uno mayor, si se le ofreciera la oportunidad. Encontrar y robar juzga Dios igual, pues mira a ti y a tu corazón. Mucho mejor es no encontrar nada, que encontrarlo y no devolverlo. Lo que se encuentra y se lleva a casa, de muy mal grado vuelve a salir de ella.



[21] Quien indica un buen camino, pero queda él mismo en el charco y el cieno, carece de sentido y de sabiduría.

Del criticar y hacer uno lo mismo

Un necio es quien quiere criticar lo que para él mismo no es demasiado hacer; un necio es, y deshonrado, quien toma todas las cosas por su lado peor y a todo cuelga un sambenito, pero no piensa en sus propias faltas. La mano que está en el crucero muestra un camino que ella no sigue; quien en el ojo lleve una viga[1], échela fuera antes de decir: «hermano, ten cuidado, veo en ti una paja que me disgusta». Impropio es del maestro criticar a cada cual cuando él mismo tiene dentro de sí el vicio que censura en los demás y cuando tiene que sufrir el proverbio: «señor doctor, cuídate tu primero»[2]. Muchos aconsejan a los demás y no saben aconsejarse a sí mismos. Como Gentile y Mesué[3]: cada uno de ellos murió del mismo mal que padecían todos aquellos a quienes querían ayudar y sobre el que habían escrito más que nadie.

Cualquier vicio que aparece, tanto más claro se ve cuanto más estimado es aquel que lo tiene[4]. Obra primero y enseña después, si quieres merecer alabanza y honor. El pueblo de Israel tenía deseos de castigar a los hijos de Benjamín[5] y, sin embargo, sufrió una derrota, pues él mismo estaba en pecado.



[22] Quien gusta de oír y enseñar la sabiduría y siempre hacia ella se vuelve, es honrado eternamente.

La enseñanza de la sabiduría

La sabiduría clama con voz diáfana[1]: «¡género humano, oye mi voz! ¡Vosotros, hijos, atended a la experiencia! ¡Tenedlo en cuenta todos los que estáis en la estulticia! ¡Buscad la enseñanza, y no el dinero! ¡La sabiduría es mejor que todo el mundo y que todo lo que se pueda desear! ¡Buscadla noche y día! Nada hay que se le iguale sobre la tierra». «La sabiduría es muy valiosa en los consejos, toda la fuerza y la prudencia me pertenecen a mí sola», dice la sabiduría. «Por mí tienen los reyes su corona, por mí nacen todas las leyes con justicia, por mí tienen los príncipes su país, por mí tiene todo el poder su sentencia jurídica. A quien me ama, también amo; quien temprano me busca, me hallará. Conmigo hay riquezas, bienes y honra. Dios nuestro Señor me poseyó desde el principio de la eternidad. Por mí dispuso Dios todas las cosas, y sin mí nada se ha hecho. ¡Bienaventurado aquel que siempre me sigue! Por ello, hijos míos, no seáis tan perezosos; bienaventurado es el que va por mi camino. Quien me encuentra, halla la salvación y la felicidad; quien me odia, muy a menudo sucumbe.» El castigo caerá sobre los necios, contemplarán la sabiduría y el premio que para ella está dispuesto y perdurará toda la eternidad, mientras ellos mismos se desangran en su interior y se corroen eternamente en su desesperación.



[23] Quien piensa que nada le falta y que tiene la mejor felicidad del mundo, acaba recibiendo el mazo del cielo[1].

Del jactarse de la felicidad

Un necio es quien osa jactarse de que le sonríe mucho la fortuna y tiene suerte en todas las cosas: éste espera el rayo sobre el tejado. Pues la fortuna es un signo de la fugacidad de las cosas y una señal de que Dios se despreocupa del hombre, a quien no visita en todo momento. En el proverbio se dice comúnmente: «el amigo visita a menudo al otro». El padre reprende con frecuencia a su hijo, para que tenga temor y aprenda a obrar rectamente; el médico proporciona bebedizos ácidos y amargos, para que el enfermo cure tanto más pronto; el cirujano sonda y saja la herida, para que el enfermo sane en seguida, y pobre del enfermo si el médico pierde el valor y no amonesta ni dice: «esto no debería haberlo hecho el enfermo, y eso y aquello debería haberlo dejado»; sino que dice: «dadle en buena hora todo lo que quiera y le guste». A quien el diablo quiere engañar, le da felicidad y mucha riqueza. La paciencia es mejor en la pobreza que toda la felicidad, la riqueza y los bienes del mundo. De su felicidad nadie se jacte, pues, si Dios lo desea, se la arrebatará. Un necio es quien a menudo se lamenta: «¡Oh felicidad! ¿Por qué me abandonas? ¡Oh felicidad! ¿Qué me reprochas? ¡Dame lo suficiente para seguir siendo un necio más tiempo!» Por ello, nunca han existido necios más grandes que los que aquí siempre tuvieron felicidad.



[24] Quien la tribulación de todo el mundo carga sobre sí y no piensa en su propio perjuicio y beneficio, tenga paciencia si al final se le baña[1].

De la excesiva preocupación

Un necio es quien quiere llevar lo que para él es ya demasiado levantar y quien quiere conseguir él solo lo que no podría hacer aun siendo tres. Quien toma el mundo entero sobre sus espaldas, cae en un momento.

Se lee de Alejandro que el mundo entero le era demasiado estrecho y sudaba en él como si no tuviera bastante espacio para su cuerpo; pero se contentó al final con siete pies de terreno[1]. Sólo la muerte puede mostrar con qué nos hemos de contentar. Diógenes era más poderoso, aunque su vivienda era un tonel; y no tenía nada en toda la tierra, pero nada había que deseara, excepto que Alejandro siguiera su camino y no se le pusiera delante del sol[2].

Quien altas cosas persigue, altamente ha de arriesgar también su suerte. ¿Qué ayuda al hombre el ganar el mundo si él mismo se pierde en él?[3] ¿Qué te ayuda a ti que tu cuerpo llegue alto y tu alma baje al agujero del infierno? Quien se preocupa porque los gansos van descalzos y quiere barrer todas las callejas y calles, y allanar montes y valles, no tiene en absoluto paz ni descanso.

La excesiva preocupación, para nada es buena. A muchos pone pálidos y enjutos. Un necio es quien se atribula cada día por lo que no puede cambiar.



[25] A quien mucho quiere tomar prestado, los lobos no le devoran el final del plazo[1], y el burro le cocea cuando desea.

Del tomar prestado

Más necio que otros necios es quien toma fiado y simplemente espera, sin querer reparar en que se dice: «los lobos no devoran el plazo». Así obran también aquellos cuya maldad pasa Dios por alto mucho tiempo, esperando su enmienda, y que, sin embargo, cargan cada día más maldad sobre sus espaldas, por lo que Dios nuestro Señor los espera hasta que llega la hora en que pagan hasta el último céntimo. Mujeres, animales y niños murieron cuando les llegó el plazo del pecado de los amorreos[1] y de los sodomitas. Jerusalén se derrumbó cuando Dios había esperado muchos años. Los ninivitas[2] pagaron la primera vez muy pronto sus deudas y quedaron en paz; pero a la larga no se mantuvieron firmes: tomaron fiados males aún mayores, por lo que Dios ya no les envió a otro Jonás.

Todas las cosas tienen su tiempo y su final, y siguen su camino como Dios desea. Quien se siente bien tomando fiado, no tiene preocupación alguna para pagar. No seas de aquellos que rápidamente dan la mano y quieren ser fiadores de tus deudas, pues, si no tuvieras nada para pagar, te tomarían la colcha de la cama[3]. Cuando en Egipto había hambre, cogieron tanto grano, que después se convirtieron en siervos y tuvieron que pagarlo con creces[4]. Cuando el burro empieza a bailar, por el rabo no es fácil de sujetar[5].



[26] Quien desea lo que no necesita y no confía a Dios sus cosas, recibe a menudo daños y burlas.

Del inútil desear

Un necio es quien desea lo que tan pronto le daña como le aprovecha, pues, si lo tuviera y se cumpliera, seguiría siendo tan necio como antes. El rey Midas[1] quería y deseaba que todo lo que tocara se convirtiera en oro; cuando esto se hizo realidad, sufrió dificultades, pues en oro se le trocaron el vino y el pan; razón tuvo al cubrir su cabello para que no se le viesen sus orejas de burro, que después le crecieron en el cañizal.

¡Ay de aquel a quien se le cumplen todos sus deseos! Muchos desean tener una larga vida[2], pero ponen el alma en tanta tribulación al comer, beber y darse la gran vida en la taberna, que tienen que partir antes de tiempo. Además, si llegan a viejos, están macilentos, enfermos, deformes; sus mejillas y su piel están tan vacíos como si una mona fuera su madre. Muy placentera es la juventud; la vejez está siempre en la misma situación: le tiemblan los miembros, la voz y el cerebro; una nariz moqueante y una frente pelona; a su mujer resulta el viejo casi odioso, a él mismo y a sus hijos una carga pesada; no le gusta ni agrada nada de lo que se hace, y ve mucho que no le parece bien.

Quienes tienen larga vida, tienen también gran pesar de estar siempre en una nueva desgracia; en duelos y en constante sufrimiento acaban sus días en un traje negro. Néstor, Peleo y Laertes se quejaban en la vejez de que Dios les hubiese permitido vivir tanto tiempo, pues habían visto muertos a sus hijos[3]. Si Príamo[4] hubiera fallecido antes y no

hubiese vivido tantos años, no habría visto una desgracia tan desgarradora sobre sus hijos, esposa, hijas, estado e imperio. Si Mitrídates y Mario, Creso y el gran Pompeyo no hubieran llegado a ser tan viejos, habrían muerto teniendo gran poder[5].

Quien desea belleza para sí y para sus hijos, busca una causa para el pecado. Si Helena no hubiera sido hermosa, la habría dejado Paris en Grecia[6]. Si hubiera sido fea Lucrecia[7], no habría padecido tanta ignominia. Si Dina[8] hubiera tenido bocio y joroba, Siquem la habría dejado marchar. Muy raro es que se lleven unidas la belleza y la castidad. En particular, los lindos petimetres quieren hacer ahora toda suerte de granujadas y muy a menudo se les hace caer, para que se les vea en la cuerda de los necios.

Más de uno desea casa, mujer e hijo, o encontrar muchos florines, o tonterías por el estilo, de modo que Dios entiende bien cómo debe resultar todo ello. Por eso, a menudo no nos da nada, y lo que nos da nos lo quita al momento.

Algunos desean el poder y subir muy alto, y no se dan cuenta de que cuanto más alto es el poder tanto más profunda será la caída, y de que quien está tumbado en el suelo no necesita tener miedo de caer.

Dios nos concede todo lo que quiere; sabe lo que es adecuado, lo que es excesivo; también lo que nos es de provecho y nos conviene, y aquello de lo que nos ha de venir daño; y, si no nos amara más que nosotros a nosotros mismos, y si hiciera y nos cumpliera lo que nosotros deseásemos, nos arrepentiríamos antes de que pasara un año, pues nuestra codicia nos ciega y deseamos cosas que van en contra de nosotros mismos. Quien quiera vivir como es debido, desee que Dios le conceda un sentido, un cuerpo y un ánimo sanos y que le proteja del miedo a la muerte, de la ira, de la

concupiscencia y de la artera avaricia. Quien lo consigue en esta vida, mejor ha orientado sus días de lo que hizo nunca Hércules o Sardanápalo[9] en sus placeres, francachelas y camas de plumas. Y si tiene todo lo que le es necesario, no precisa invocar a la felicidad en vez de a Dios. El necio desea a menudo su propio perjuicio: su deseo se convierte a menudo en su desgracia.



[27] Quien no estudia la verdadera ciencia, él mismo se toca los cascabeles y es conducido en la cuerda de los necios[1].

Del inútil estudiar

A los estudiantes tampoco los paso por alto. Tienen de antemano la capa como premio, y, a poco que toquen ésta, la capucha sigue detrás; pues, cuando deberían estudiar de firme, prefieren ir a golfear. La juventud tiene en muy poca estima toda la ciencia; ahora prefieren aprender sólo lo que es inútil e infecundo. Lo mismo se echa en falta también en los profesores, pues no respetan la verdadera ciencia y sólo prestan atención a una inútil charlatanería; si era de día o de noche, si un hombre ha fabricado un burro, si corre Sortes[1] o Platón. Tal enseñanza es lo que hoy ofrecen las escuelas. ¿No son necios y tontos de capirote los que noche y día andan por ahí con esas cosas y se atormentan ellos mismos y atormentan a los demás? No respetan ninguna ciencia mejor. Por eso Orígenes[2] dice de ellos que son las ranas y las langostas que devastaron Egipto[3].

Así se nos va la juventud. Hemos permanecido en Leipzig, Erfurt, Viena, en Heidelberg, Maguncia, Basilea, pero al final volvemos a casa con deshonra. El dinero se ha agotado, entonces estamos contentos de la imprenta[4] y de aprender a servir el vino: de un Juan sale un Juanillo. Así el dinero está bien invertido: la capa de los estudiantes quiere tener cascabeles.



[28] Si Dios tuviera que obrar según nuestra voluntad, mal iría en todas las cosas. Lloraríamos más que reiríamos.

Del hablar contra Dios

Un necio es quien hace un fuego para ayudar a la luz del sol o quien enciende antorchas y quiere apoyar así el resplandor solar; mucho más el que critica a Dios y a su obra: éste se llama Enrique de Montenecios, ya que a todos los necios supera y su necedad confirma por escrito. Pues la Gracia y la Providencia de Dios están tan llenas de sabiduría, que no precisan de la enseñanza de los hombres o que se las acreciente con alabanzas. Por tanto, necio, ¿por qué criticas a Dios? Tu sabiduría es una broma al lado de la suya. Deja a Dios obrar según su Voluntad, sea buena acción, castigo o venganza; déjale que desate tormentas, déjale que traiga buen tiempo; pues, por muy enojado que estés, no sucederán las cosas más pronto; tu deseo te causa sólo dolor. En eso pecas muy gravemente; mejor te sería guardar silencio.

Rezamos que se haga su voluntad así en el cielo como en la tierra, y tú, necio, le quieres enseñar a castigar, como si tuviera que hacerte caso. Dios sabe regir todas las cosas mejor que con tu necio desvarío. El pueblo judío nos enseña bien si Dios quiere que se murmure[1]. ¿Quién era su consejero cuando hizo todas las cosas y las creó de la nada?[2] Quien le haya dado algo antes, jáctese de ello y critíquelo más.



[29] Quien se tiene por único íntegro y a los otros juzga malvados y poca cosa, choca a menudo con una dura piedra.

Quien juzga a los otros

Un necio es quien se consuela en su desvarío y piensa que es el más grande, sin saber que en una hora su alma se hundirá en el fondo del infierno. Pero todo necio tiene su consuelo. Piensa que no será el siguiente que haga el viaje. Si a otros ve morir, pronto se ha pensado un motivo y puede decir: «Éste obró así, ése era demasiado salvaje, aquél casi nunca estaba contento, éste había hecho eso y aquél lo otro; por eso los ha dejado Dios morir.» Juzga a uno que, tras su muerte, quizá ha conseguido la Gracia de Dios, mientras que él mismo vive en los más grandes pecados, se enfrenta contra Dios y el prójimo, y no teme por ello castigo ni penitencia, aunque sabe que tiene que morir. ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo? Eso lo ignora hasta que el alma le sale de la boca; mas no piensa que es el infierno hasta que entra en él a través del umbral. Entonces comprenderán, cuando estén en medio de las llamas. Cada cual cree buena su vida, pero sólo Dios conoce el corazón. Por malos se tiene con frecuencia a muchos que, sin embargo, Dios conoce y ama. Muchos otros son venerados en la tierra, pero van al infierno tras la muerte. Un necio es quien osa decir que está completamente limpio de pecado. Pero todo necio tiene este defecto: que no quiere ser lo que es.



[30] A quien ambiciona aquí muchas prebendas, se le cae el burro más que anda: muchos sacos son la muerte del asno[1].

De la abundancia de prebendas

Un necio es quien tiene una prebenda que él solo apenas puede atender, y sigue cargando muchos sacos, hasta que asfixia al burro. Una prebenda adecuada alimenta bien a uno; quien toma otra más, debe tener cuidado de conservar un ojo, para que no se le vaya también; si añade aún otra, quedará ciego de los dos ojos; después no tendrá descanso ni de noche ni de día mirando cómo añadir innumerables más. Así, al saco se le rompe el fondo, hasta que va al osario del cementerio. Pero ahora se dispensa[1]; por ello, muchos se dejan seducir, pensando que están totalmente seguros, hasta que les caen en suerte el once[2] y la desgracia. Más de uno posee muchas prebendas, aunque él no valdría ni para una pequeña que pudiera atender bien él solo. Entonces se asegura previamente, cambia, compra tantas prebendas, que a menudo se equivoca en el número, y le es, por tanto, doloroso elegir en cuál querría quedarse, dónde malgastar placenteramente su vida. Ésta es una colecta muy peligrosa. En verdad, la muerte está en la olla[3]. Pocas veces se reparten hoy prebendas; Simón y Guejazi[4] corren también. Advierte: quien quisiera tener muchas prebendas, esperará la última en el infierno; allí encontrará una prebenda que produce más que aquí seis ausencias[5].



[31] Quien canta «cras, cras»[1] igual que un cuervo, sigue siendo un necio hasta la sepultura. Mañana tendrá una capa aún mayor.

Del buscar dilación

Un necio es aquel a quien Dios dice que hoy debe enmendarse y debe desistir de su pecados, empezar una vida mejor, y él mismo se busca una dilación y se pone como plazo otro día, y canta «cras, cras», el canto del cuervo, y no sabe si vivirá tanto tiempo. Por eso se han perdido muchos necios, que siempre cantaban «mañana, mañana, mañana». En lo que toca al pecado y a la necedad, se acude presuroso y con gran placer; en lo que se refiere a Dios y a las buenas obras, se avanza muy a duras penas y se busca siempre aplazamiento: «confesarse es mejor mañana que hoy; a partir de mañana aprenderemos a obrar bien». Así hablan muchos hijos pródigos. Ese mañana no llega nunca más, huye y se derrite igual que la nieve, hasta que el alma no puede ya permanecer: sólo entonces llega el *día de mañana.* En ese momento el cuerpo está tan debilitado por el dolor, que no piensa en el alma. Así también perecieron en el desierto muchos de los judíos; ninguno de ellos había de llegar al país que Dios les había prometido con su mano misericordiosa[1].

Quien hoy no está dispuesto a arrepentirse, encuentra mañana aún más cosas que le oprimen[2]. A quien hoy llama la voz de Dios, no sabe si mañana lo llamará. Muchos miles están ahora perdidos, que pensaban enmendarse *mañana.*



[32] Cuida langostas al sol y echa agua al pozo quien vela por que su mujer siga siendo honrada[1].

Del cuidar a las mujeres

Muchos días necios y pocas veces buenos tiene quien cuida a su mujer; pues la que quiere el bien, obra ella misma rectamente, y la que quiere el mal, se las arregla pronto para llevar a cabo todos los días sus malos propósitos y planes. Aunque se ponga un candado con tal fin, y se cierren todos los pasadores, portones y puertas, y se metan en la casa muchos vigilantes, todo resulta como ella quiere. Penélope[1] estaba libre, y no sujeta, y tenía alrededor muchos grandes pretendientes, y su esposo estuvo veinte años fuera, pero ella permaneció honrada en casa.

Sólo diga que está aún libre del engaño de su mujer y tiene a ésta también cariño y afecto aquel a quien su mujer nunca quiso engañar. Una mujer hermosa, pero necia, se asemeja a un caballo al que le faltan las orejas. Quien quiere arar con ella, hace muchos surcos torcidos. Una mujer buena ha de saber comportarse: bajar los ojos al suelo y no intercambiar gentilezas cortesanas con cualquiera, ni mirar a todos con ojos sonrientes, ni oír todo lo que se le dice. Muchos rufianes van vestidos de corderos. Si Helena no hubiera respondido por escrito al regalo de Paris, y Dido[2] mediante su hermana, ambas estarían sin marido ajeno.



[33] Quien puede ver a través de los dedos y deja su mujer a otro hombre… entonces mira la gata dulce y sonriente a los ratones[1].

Del adulterio

El adulterio se considera cosa nimia, como lanzar una piedrecilla. El adulterio menosprecia ahora totalmente la ley que hiciera el emperador Julio[1]. No se teme hoy ni pena ni castigo; esto se debe a que los que están en el matrimonio rompen igual cántaros y ollas[2], y «si tú me arañas, yo te araño», y «si tú me callas, yo te callo». Se puede poner los dedos delante de los ojos para ver a través de ellos, y estar vigilante aparentando roncar. Se puede sufrir ahora la deshonra de la mujer y no sigue castigo ni venganza. Los hombres tienen un estómago fuerte en el país, pueden digerir muchísimo escarnio y hacer como una vez hizo Catón, que prestó su mujer a Hortensio. Pocos son aquellos a quienes ahora por el adulterio llegan al alma tal pena, tribulación y dolor como a los Atridas, que dieron su merecido castigo cuando se deshonró a sus mujeres[3], o como hizo Colatino[4] cuando se enfrentó a Lucrecia. Por ello el adulterio es ahora moneda tan común; Clodio[5] deja sus excrementos en todos los caminos y calles. Quien ahora diera buenos latigazos a los que se jactan de su adulterio, como se dio a Salustio de estipendio… muchos estarían llenos de cardenales. Si siguiera a cada adulterio un castigo como el que sucedió a Abimelec[6] y a los hijos de Benjamín[7], o resultara un beneficio como el que acaeció a David con Betsabé[8], muchos no tendrían ganas de romper el matrimonio.

Quien puede soportar que su mujer esté cometiendo adulterio y vive con ella, sabiéndolo con certeza y viéndolo,

no es ningún sabio, según mi criterio. Él le da más motivo para caer en la deshonra. Además todos los vecinos murmuran que tiene en ella parte propia y compartida, que le trae también a casa el botín y le dice: «Juan, querido esposo mío, a nadie puedo querer más que a ti.» La gata persigue con gusto a los ratones cuando ya los ha mordido antes. La que ha probado a otros muchos hombres se torna tan infame y desenfrenada, que no atiende ya al pudor ni a la honra. Sólo busca su placer. Procure cada cual vivir sin dar a su mujer motivo para ello; manténgala amiga, enamorada y hermosa, y no tema cualquier sonido de campanas, ni regañe con ella noche y día, pero mire lo que toca la campana[9]. Después, de buena fe, no aconsejo a nadie que lleve muchos huéspedes a casa. Ante todo, mire con especial cuidado aquel que tenga una mujer hermosa, bella y distinguida, pues no es bueno fiarse de nadie: el mundo entero está lleno de falsedad y de infidelidad. Menelao habría conservado a su mujer si hubiera dejado a Paris fuera de su casa. Si Agamenón no hubiera dejado en su casa a Egisto ni le hubiera confiado la corte, los bienes y la esposa, no habría perdido su vida, como Candaules[10], el gran necio, que mostró su mujer desnuda a otro. Quien no quiere tener él solo su placer, recibe su merecido cuando ese placer se vuelve compartido. Por ello, debe considerarse lo mejor que los esposos no gusten de tener huéspedes, sobre todo los que no son de fiar. El mundo está lleno de engaño y perfidia. Quien tiene sospechas, cree al momento que se le hace lo que no le gusta, como sucedió a Jacob[11] con la túnica, que vio empapada de sangre; Asuero[12] creyó que Amán pensaba deshonrar a Ester, pero en realidad Amán estaba llorando; Abraham temió una vez por su mujer, antes de llegar a Guerar[13]. Mejor cicatero en casa que incubar huevos ajenos. Quien quiere volar mucho al bosque, se convierte pronto en una curruca. Quien se pone

carbón ardiendo en el regazo y lleva culebras en su pecho, y en el bolsillo guarda un ratón… tales huéspedes poco beneficio producen en casa.



[34] Muchos gustan de pensar que son sabios, mas son unos gansos hogaño y antaño, pues no quieren aprender buena educación ni buen criterio.

Necio hogaño como antaño

Un necio es quien oye muchas cosas buenas y no se le acrecienta su sabiduría; el que siempre ansía saber mucho, y no quiere perfeccionarse con ello, y lo que ve, lo quiere también tener, para que se note que es un cuco. Pues es un defecto de todos los necios el que, lo que es nuevo, siempre les place; mas pronto han satisfecho su curiosidad y quieren tener algo diferente. Un necio es quien viaja por muchos países, y no aprende ni ciencia ni virtud; el que ha salido volando como un ganso y vuelve a casa como un cuco. No basta con que uno haya estado en Roma, en Jerusalén, en Pavía, sino que allí haya aprendido algo, que se posea juicio, conocimientos, sabiduría: esto es lo que considero bueno para un viaje. Pues, aunque tu gorro de peregrino estuviera lleno de cruces y tú pudieras cagar primorosas perlas, no valoraría sólo el que hubieras escudriñado muchas tierras… y anduvieras sin sabiduría como una vaca. Viajar no es ningún honor especial, a no ser que se aprenda especialmente. Si Moisés[1] no hubiera aprendido en Egipto, y Daniel[2] cuando estaba en el país de los caldeos, no habrían tenido tanta fama. Muchos llegan cubiertos de polvo a la confesión, pensando que quedarán completamente blancos y ligeros[3], y vuelven a casa aún más sucios, llevando al cuello una rueda de molino[4].



[35] Quien siempre en el burro pica espuelas, se resbala a menudo hasta las orejas: encolerizarse en seguida es muy propio del inepto.

Del encolerizarse fácilmente

El necio cabalga en el asno todo el año. Quien se enfurece mucho por nada y gruñe alrededor como un perro, no deja salir palabra amable de su boca, no conoce otra letra que la *r* y piensa que se le debe temer mucho porque puede encolerizarse cuando quiere. Así dice toda la buena gente: «¡Cómo se pone así de furioso el necio! ¡Nos quiere hacer confundir la desgracia con la necedad! ¡Piensa que no se ha visto antes a otro que a Juan Orejas de Burro!» La ira impide el espíritu del sabio. El airado no sabe lo que hace. Arquitas[1], cuando le ocurrió una injusticia por su siervo, le dijo: «no debería regalarte ahora esto, si no notara ira en mi interior». Lo mismo sucedió a Platón; nunca se vio cólera en Sócrates. Aquel a quien su ira lleva fácilmente a la impaciencia, cae pronto en el pecado y la culpa. La paciencia amansa la contrariedad, las palabras suaves quiebran la dureza; la impaciencia entierra toda virtud; quien está encolerizado, no reza. Cuídate siempre de la cólera presurosa, pues la cólera habita en el espíritu del necio. Mucho menor sería la cólera de un oso que hubiera perdido sus crías, que soportar lo que te hace un necio que pone su ánimo en la necedad[2]. El sabio es siempre mesurado; el impulsivo, con justicia cabalga en el asno.



[36] Quien sale volando a su capricho y sube a los nidos de los pájaros, se encuentra a menudo en el suelo.

Del querer tener siempre razón

Con afiladas espinas se pincha quien piensa que no precisa de nadie, y cree que sólo él es muy listo, en todas las cosas lo bastante sabio. Éste se extravía muy a menudo en un camino llano, y, si se mete en una zona muy agreste, es fácil que no vuelva a casa. ¡Ay de aquel que cae y está solo! En herejes se han convertido con frecuencia muchos que no querían que se les enseñara, confiando en su propia ciencia para alcanzar fama y favor. De lo alto cayeron a veces muchos que habían subido por nidos y buscaron un camino donde no había ninguno. Sin escalera, muchos terminaron sentados en el suelo. El menosprecio mueve a menudo el suelo. La temeridad extravía muchos barcos. Nunca consigue provecho ni honra quien no quiere que se le enseñe. El mundo nunca quiso oír a Noé, hasta que perecieron las gentes y el ganado[1]; Coré[2] deseaba hacer lo que no era de razón, por eso murió con su pueblo. El animal solitario devora muchísimo[3]. Quien quiere servirse de su propia cabeza, tiene a menudo la osadía de desgarrar la túnica que ahí está aún sin costura[4]. Quien confía en huir de la nave de los necios, ha de tener cera en los oídos. La usó Ulises en el mar cuando vio el ejército de las sirenas, y escapó de ellas por su sabiduría, con lo que el orgullo de éstas llegó a su fin[5].



[37] Quien se sienta en la rueda de la fortuna, tiene que esperar también caer con daño y que alguna vez se tomará un baño.

Del azar

Un necio es quien sube alto, para que se vea su oprobio y deshonra, y busca siempre un peldaño más arriba, sin pensar en la rueda de la fortuna.

Todo lo que llega a lo más alto, cae por sí mismo al suelo. Nadie puede llegar aquí tan alto que se asegure el día siguiente o que mañana tenga suerte, pues Cloto[1] no deja parar la rueda, o cuya riqueza y poder le salven un solo instante de la muerte.

Quien tiene poder, tiene miedo y dificultades; muchos han sido asesinados por causa de su poder. El poder no se conserva mucho tiempo, hay que protegerlo con la violencia. Donde no hay amor, favor a la comunidad, muchas son las cuitas y pequeña la dicha. Mucho ha de temer quien quiera ser muy temido. El miedo es un muy mal siervo; a la larga no puede proteger bien. Quien tiene poder, aprenda a amar a Dios y busque su honra. Quien tiene justicia en la mano, puede tener buen acervo de poder. Su poder ha utilizado bien aquel por cuya muerte se lleva luto. ¡Ay del gobernante cuando tras su muerte hay que decir: «alabado sea Dios»! Al que hace rodar una piedra hasta lo alto, le cae encima y le causa dolor[2]. Y quien confía en su suerte, cae a menudo en un instante.



[38] Quien está enfermo y se halla en peligro, y no sigue el consejo del médico, tenga el daño merecido[1].

De los enfermos que no obedecen

Un necio es quien no entiende lo que el médico le aconseja en casos de gravedad y cómo debe llevar correctamente la dieta que le ha puesto, y toma por vino el agua, u otra cosa que no le conviene, y procura disfrutar su placer, hasta que le lleva a la tumba. Quien quiera librarse pronto de la enfermedad, debe resistir al principio[1], pues la medicina tiene que actuar mucho tiempo cuando la enfermedad llega a prevalecer en exceso. Quien quiera sanar pronto, muestre al médico bien la herida y soporte que se le abra o que se le punce con una sonda, o se le suture, lave y vende (aunque se le desolle la piel), para que sólo quede la vida y no se expulse de él el alma. Por ello, un buen médico no huye aunque el enfermo esté con un pie en la sepultura. El enfermo debe sufrir lo que sea de razón, en la esperanza de que sanará pronto. Quien al médico miente en la enfermedad, al cura engaña en la confesión y a su abogado dice mentira cuando quiere que le asesore, sólo se engaña a sí mismo.

Un necio es quien busca un médico, sus palabras y enseñanzas no le gustan, y sigue el consejo de las viejas y se deja bendecir para la muerte con signos mágicos y con raíces de necios; por ello se precipita al infierno. Hay ahora mucha superstición, con la que se quiere buscar la salud. Si recopilara yo todo esto, sacaría, sin duda, un grueso libro de herejes. Quien está enfermo, desearía estar sano, y no mira de dónde le viene la ayuda: al demonio implorarían muchos para librarse de la enfermedad, si esperaran de él ayuda y

no tuvieran que temer más graves consecuencias. En su necedad, totalmente impío es aquel que busca la salud contra Dios y, sin verdadera sabiduría, ansía ser inteligente e ilustrado: no está sano, sino completamente enfermo; no es inteligente, sino despreciable en su necedad; persevera en su constante enfermedad, enloquecido totalmente en su desatino y su ceguera.

La enfermedad surge a menudo de los pecados; el pecado trae muchas graves dolencias. Por ello, quien quiera salvarse de la enfermedad, debe tener a Dios delante de los ojos, tratar de acercarse a la confesión antes de recibir la medicina, y de que sane el alma antes de que llegue el médico del cuerpo. Pero ahora dicen muchos cucos: «¡lo que mantiene el cuerpo, mantendrá también el alma!». Al final, sin embargo, se mantendrá de tal forma, que no quedarán ni cuerpo ni alma, y tendremos enfermedad eterna si queremos evitar aquí la temporal. Muchos están ahora putrefactos y muertos desde hace tiempo. Si hubieran buscado a Dios, alcanzado su Gracia, ayuda y favor, antes de buscar la ciencia de los médicos y querer vivir sin su Gracia... pero murieron con perjuicio del alma. Si el Macabeo[2] hubiera confiado sólo en Dios, y no en Roma, como había hecho en un principio, habría vivido aún muchos años. Ezequías[3] habría fallecido, estaría muerto, si no se hubiera tornado a Dios y conseguido así lo que Dios quería: que viviera más tiempo. Si Manasés[4] no se hubiera convertido, Dios nunca más le habría oído. El Señor dijo al paralítico que había estado enfermo muchos años: «¡vete, no peques más, no seas un necio, no vaya a ser que te ocurra algo peor!»[5]. Algunos, en su enfermedad, prometieron mucho cómo iban a enmendar sus vidas. De ellos se dice: «cuando el enfermo sanó, se hizo peor de lo que era». Y creen que con esto pueden engañar a Dios: ¡pronto les sobrevendrán mayores desgracias!



[39] Fácilmente se puede uno proteger de quien declara públicamente su intención y tiende su red delante de todo el mundo.

De la intención declarada

Un necio es quien quiere cazar gorriones[1] y tiende la red ante sus ojos; con toda facilidad puede huir el pájaro de la red que ve colocada delante de sí. Si uno no hace más que amenazar todo el día, no hay miedo de que golpee duro; de quien declara públicamente sus planes, cualquiera puede protegerse bien. Si Nicanor[2] no hubiera cambiado y no hubiese adoptado una actitud diferente de la que tenía antes, Judas no habría notado su intención ni se habría protegido tan pronto de él.

Me parece ser un señor sabio el que sabe su asunto y, fuera de él, nadie más, sobre todo cuando de ello depende su fortuna. Quiere ahora todo el mundo charlatanear y andar con esos negocios que lamen delante y arañan detrás. No tengo por hombre sabio a quien no puede ocultar su intención. Pues el consejo de los necios y el amor carnal, una ciudad construida sobre un monte, y paja dentro de los zapatos son cuatro cosas que no se pueden ocultar ni un momento[3]. El pobre guarda bien el secreto; el asunto del rico se divulga mucho y, por la infiel servidumbre de la casa, se destapa y se hace rápidamente público. Cualquier asunto sale con facilidad a la luz, por aquellos que están en nuestra casa. Para perjudicarnos no hay peor enemigo que los que están viviendo siempre con nosotros; aquellos de los que uno no se protege, quitan a muchos la vida y los bienes.



[40] Quien ve caer a un necio violentamente y no se guarda de ello después, agarra a un necio por la barba[1].

Escandalizarse de los necios

Cada día se ven caídas de necios y la mofa sobre ellos es general, y son despreciados por los sabios, que, sin embargo, se engalanan con la capa de los necios. Y reprende un necio a otro necio, pero lleva el carro por su camino y se golpea a cada instante donde el necio ha caído antes. Hipomenes[1] vio decapitar a muchos necios delante de sí, pero quiso arriesgarse también y arriesgar completamente su vida: por ello, su juego casi termina en desgracia. Un ciego regaña al otro ciego, aunque los dos han caído[2]. Un cangrejo criticaba al otro porque había ido detrás de él, pero ninguno de ellos andaba hacia delante, y uno seguía al otro[3]. Quien no quiere obedecer al padre, obedece a menudo al padrastro. Si Faetón[4] hubiese dejado su viaje, Ícaro[5] hubiera obrado con más sosiego, y ambos hubiesen seguido el consejo de sus padres, no habrían muerto en su juventud. Quien siguió el camino de Jeroboam[6], nunca llegó a alcanzar la Gracia, pero vieron que siempre seguían sin cesar calamidades y venganzas.

Quien ve a un necio caer violentamente, trate de tener cuidado de sí mismo, pues no es un hombre necio el que puede escandalizarse de los necios. El zorro no quiso entrar en el monte porque nunca había vuelto a salir nadie de él[7].



[41] Campana sin badajo no da sonido, aunque se le cuelgue una cola de zorro; por ello, deja que las habladurías te pasen por delante de las orejas.

No prestar atención a todo lo que se habla

Quien quiere estar a buenas con el mundo, tiene que soportar ahora muchas penalidades y oír muchas cosas delante de la puerta, y ver lo que no desearía. Por eso reciben grandes alabanzas los que se han apartado del mundo y han recorrido montes y valles para que el mundo no los hiciera caer, y quizá pecaron. Pero el mundo no los deja sin lanzada, aunque no puede merecer tener a estas gentes junto a sí.

Quien tenga voluntad de obrar rectamente, no atienda a lo que hable cada cual, sino permanezca firme en sus principios, no haga caso alguno a la flauta de los necios. Si los profetas y los sabios hubieran hecho caso en sus días a la difamación y no hubieran dicho la verdad, hace tiempo que se habrían arrepentido de ello. No vive absolutamente ningún hombre sobre la tierra que pueda contentar a todos los necios. Quien pudiera servir bien a cualquiera, tendría que ser un buen siervo y levantarse temprano antes de amanecer y pocas veces volverse a ir a dormir. Harina ha de tener, más que mucha, quien quiera atascar la boca de todos, pues no está en nuestras manos lo que cada necio hable, difame o vocifere. El mundo tiene que hacer lo que puede, lo ha hecho antes ante muchos otros más. Un cuco canta «cucú» a menudo y prolongadamente, como cada pájaro su propio canto.



[42] Se puede prescindir bien de los necios que gustan de tirar siempre piedras[1] y no quieren aprender de la amonestación y de la sabiduría.

De los pájaros burlones

¡Vosotros, necios, quered aprender de mí el principio de la sabiduría, el temor del Señor![1] Todo el saber de los santos está esparcido en el camino de la prudencia. Por la sabiduría se honra al hombre, por ella se aumentan los días y años. El sabio es provechoso para la comunidad. El necio sólo lleva su clava y no quiere oír de la sabiduría; se burla del sabio a cada instante. Quien quiere enseñar a un pájaro burlón, se pone él mismo en gran peligro. Quien reprende al malvado, se cuelga un sambenito. Amonesta al sabio: te oye gustoso y se apresura a aprender de ti más sabiduría. Quien reprende al justo… éste considera buena su reprensión. El injusto insulta mucho, pero a veces es insultado él también. El arrendajo es un pájaro burlón, y tiene muchos defectos. Si al burlón se le echa a la calle, se va con él toda la burla, y las disputas e injurias a que se dedica quedan entonces delante de la puerta[2]. Si David no hubiera cuidado de sí mismo, Nabal[3] habría sido premiado por su burla. Sambalat[4] se arrepintió de su burla cuando se construyó la muralla de Jerusalén. A manos de los osos murieron los niños que habían motejado de calvo al profeta[5]. Semeí[6] tiene aún muchísimos hijos que gustan de tirar piedras.



[43] El que yo mire sólo lo temporal y no preste atención alguna a lo eterno, se debe a que un mono me ha engendrado.

Desprecio de la alegría eterna

Un necio es quien se vanagloria de haber dejado a Dios su reino de los cielos, ansiando poder vivir en la necedad hasta su último día y seguir siendo un buen bribón, aunque vaya después donde Dios quiera. ¡Ay, necio! Aunque hubiera sobre la tierra una alegría que durara sin pena una noche y un día, sin que se trocara en amargura, pensaría, sin embargo, para mis adentros que desearías tener algún motivo, aunque fuera necio, pequeño y débil. Pues, en verdad, tiene un necio deseo quien ansía vivir aquí mucho tiempo, donde nada hay más que el valle de lágrimas: breve alegría y pena por doquier. Debe recordarse bien que aquí no existe ningún ser imperecedero, mientras vamos todos juntos de este mundo a otro desconocido. Muchos han pasado; nosotros seguimos, tenemos que contemplar a Dios, sea para alegría o castigo. Por ello, di tú, necio borrego, si alguna vez vino a la tierra mayor necio que el que ansiaba contigo eso. Deseas apartarte de Dios y te apartarás eternamente. Una gotilla de miel te gusta, y allí tendrás mil veces hiel; un instante duran aquí todas las alegrías, allí se encuentran alegrías y penas eternas. A quienes impíamente usan esta palabra, se les malogra su propósito aquí y allí.



[44] Quien lleva a la iglesia pájaro y perro, e impide a otra gente rezar, acaricia y unta de grasa al cuco.

Ruido en la iglesia

No es necesario preguntar quiénes son aquellos junto a los que los perros ladran cuando se dice misa, se predica y se canta, o junto a quienes aletea el halcón y hace sonar tan fuerte sus cascabeles, que no se puede ni rezar ni cantar. Así pues, hay que cubrir los arrendajos con el capirote: ¡es un matraqueo y un parloteo! ¡Se tiene que criticar todo y hacer *clic clac* con los zapatos de madera[1], y cualquier otro tipo de desafuero! Después se mira dónde está la señora Crimilda, por si quisiera mirar boquiabierta a su alrededor y hacer del cuco un mono. Si cada cual dejara su perro en casa, para que algún ladrón no le robara nada de ella mientras él ha ido a la iglesia; si dejara el cuco en la percha y llevase los zapatos de madera en la calle, donde podría coger un penique de mierda[2] y no aturdiría a todo el mundo los oídos, entonces no se conocería nunca a un necio. Pero la naturaleza se muestra a cualquiera: la necedad no quiere ocultarse. Cristo nos dio el ejemplo: expulsó del templo a los cambistas y a los que vendían palomas, los expulsó, encolerizado, a latigazos[3]. Si expulsara ahora a los pecadores, pocos quedarían en la iglesia. Empezaría muy a menudo por el párroco y llegaría hasta el sacristán. Propia de la casa de Dios es la santidad, pues en ella tiene Dios nuestro Señor su morada.



[45] Quien su libre decisión lleva al fuego o salta al pozo por propia iniciativa, recibe su merecido si se ahoga.

De la desgracia voluntaria

Hay muchos necios que rezan continuamente y, según creen, oran con devoción dando muy grandes gritos a Dios, para salir de su piel de necios, pero no quieren abandonar el capirote. Ellos mismos se lo ponen cada día y piensan que Dios no los quiere oír: no saben ni lo que piden. Quien salta al pozo con petulancia y, temiendo ahogarse dentro, grita muy fuerte que se le traiga una cuerda… dice su vecino: «¡le está muy bien! ¡Ha caído dentro por su propia voluntad! ¡Podría haberse quedado fuera! Empédocles[1] llegó a tal necedad, que saltó en el Etna a las llamas. Quien lo hubiera sacado de allí, habría cometido violencia e injusticia, pues estaba tan poseído por la necedad, que lo hubiera vuelto a intentar. Así hace quien piensa que la voz de Dios le debe arrastrar con fuerza hacia Él, concederle la Gracia y muchos dones, pero, sin embargo, no quiere conformarse con ello. Muchos se acortan sus días porque Dios ya no los quiere oír, pues ya no les concede la Gracia porque nada de provecho le piden. Quien reza y no sabe lo que reza, sopla al viento y golpea a la sombra. Lo que muchos ansían de Dios, lo lamentarían si se lo concediera. Quien vive lleno de preocupaciones, tenga el daño merecido.



[46] La necedad tiene una gran tienda; en ella acampa el mundo entero, delante quien tiene poder y mucho dinero.

Del poder de los necios

Necesario es que haya muchos necios, pues muchos se han vuelto ciegos queriendo ser sabios por la fuerza, ya que cualquiera ve su necedad y le resulta patente. Pero nadie se atreve a decirles: «¿Qué haces, necio?» Y si se consagran a la gran sabiduría, es enteramente por causa de los cucos. Y si nadie los quiere alabar, se alaban a sí mismos a menudo y con largueza, aunque el sabio da testimonio de que apesta la alabanza que sale de la boca propia.

Quien pone en sí mismo su confianza, es un necio y un gran majadero; mas quien anda de la mano de la sabiduría, es alabado en todo instante[1]. Feliz es el país que tiene un señor que se halla en la sabiduría y cuyos consejeros comen también a su debido tiempo y no buscan lujuria ni codicia[2]. ¡Ay de aquel país que tiene un señor que está en la niñez y cuyos príncipes comen ya por la mañana temprano y no atienden a lo que la sabiduría demanda![3] Un niño pobre, pero que posee sabiduría, es mucho mejor en su nación que un rey, viejo y mentecato, que no prevé los años venideros[4]. ¡Ay de los justos, y otra vez ay, si los necios llegan a lo alto! Pero si los necios caen, entonces los justos permanecen muy bien[5]. Para todo el país es un honor cuando el justo se convierte en el señor. Pero cuando reina un necio, muchos son llevados con él a la ruina[6].

No obra rectamente quien en el juicio, por amistad, mira a uno a la cara, y él mismo también, por un bocado de pan, abandona la verdad y la justicia[7]. Juzgar rectamente es

propio del sabio; un juez no debe conocer a nadie[8]. El consejo y el tribunal de justicia no tienen amigos; aún hay muchos jueces de Susana[9], que actúan con veleidad y violencia. La justicia es muy fría. Las dos espadas[10] están herrumbrosas y no quieren salir nunca de la vaina, ni cortan donde es preciso: ¡la justicia está ciega y muerta! Todo está sometido al dinero. Jugurta[11], cuando salió de Roma, dijo: «¡Oh tú, ciudad venal, cuán pronto estarías jaque mate si tuvieras simplemente un comprador!» Se encuentra aún más de una ciudad donde se acepta de buen grado untar la mano y, con ello, se hacen muchas cosas que no son de recibo. Dádivas y amistad invierten toda verdad, como enseñó a Moisés su suegro[12]. Dinero, envidia, amistad, poder y favor quebrantan ahora el Derecho, los documentos y el conocimiento.

Los príncipes eran antaño sabios, tenían viejos consejeros, doctos y ancianos, las cosas iban bien en todos los países, el pecado y el escándalo eran castigados y reinaba la paz en el mundo entero. Hoy la necedad ha armado toda su tienda de campaña y está presta para el combate; obliga a los príncipes y sus ejércitos a abandonar la sabiduría y la ciencia, a mirar sólo por su propio beneficio y a elegirse un consejo infantil. Por ello, desgraciadamente, las cosas van mal e irán peor en el futuro: gran necedad hay cuando grande es el poder. Dios hubiera permitido que muchos príncipes gobernaran largo tiempo si no se hubiesen corrompido y se hubieran vuelto inmisericordes e injustos por instigación de pérfidos consejeros y siervos. Éstos toman dádivas, regalos y pagos: ¡protéjase de ellos el príncipe adecuadamente! Quien acepta dádivas no es libre, aceptar regalos produce traición, como sucedió a Eglón[13] por Aod, y cuando Dalila[14] traicionó a Sansón. Andrónico[15] tomó algunas vasijas de oro, por lo que fue asesinado Onías; por

Ben Adad[16] rompió el rey su alianza, al ver los regalos; Trifón[17], queriendo conseguir con engaño que Jonatán le creyera, le hizo previamente regalos, para poderlo traicionar.



[47] Muchos persisten *aquí* en la necedad y arrastran con fuerza un pesado carretón; *allí* irá después la verdadera carreta.

Del camino de la salvación

Dios no hace entender al necio los milagros que ha hecho y que diariamente hace; por ello se pierden muchísimos necios, que mueren aquí temporalmente y allí están eternamente muertos, porque no aprendieron a conocer a Dios y a vivir según su voluntad. Aquí tienen calamidades, allí sufrirán tormentos; aquí tienen que llevar el peso del carretón, allí tendrán que tirar ya dentro de la carreta. Por tanto, necio, no preguntes por el sendero que lleva al camino del infierno. Con suma facilidad puede llegarse allí: el camino está abierto noche y día, y es ancho, liso, bien desbrozado, pues muchos son los necios que lo andan. Pero el camino de la salvación, que está dispuesto sólo para la sabiduría, es muy angosto, estrecho, difícil y escarpado, y poca gente se atreve a dirigirse a él o tiene el valor de andarlo[1].

Con esto quiero dar por contestada la pregunta de los necios, que a menudo se plantea, de por qué se ven más necios, o van más al infierno, que gente que sigue en pos de la sabiduría. El mundo está ciego en su arrogancia. Hay muchos necios, pocos sabios. Muchos son llamados a la cena, pocos elegidos[2]. ¡Anda con cuidado! Seiscientos mil hombres, sin contar las mujeres y los niños pequeños, sacó Dios a través de la arena del mar: dos llegaron a la tierra prometida[3].



[48]

Un barco de pasajeros[1]

Un barco de pasajeros navega ahora hacia aquí, está cargado de artesanos de todos los oficios y negocios, y cada cual lleva consigo su utillaje.

Ningún trabajo artesanal tiene ya su valor, todo está desbordado, sobrecargado; cada aprendiz quiere ser maestro, por eso hay hoy tantas artesanías. Muchos se las dan de maestros sin haber aprendido nunca el oficio. El uno trabaja en perjuicio del otro, y a menudo se pone a sí mismo más allá de la frontera; por poder producir a módico precio, con frecuencia tiene que salir por la puerta de la ciudad. Lo que éste no quiere dar barato… se encuentran otros dos o tres que piensan producirlo bien, pero no realizan el trabajo como se debe, pues ahora todas las cosas se hacen mal y pronto, para que puedan darse a bajo precio. En esta situación no se puede permanecer mucho tiempo: comprar caro, vender barato. Alguno hace a otro una compra: éste queda, mientras que aquél tiene que salir por la puerta. Todos van a ofrecer barato, pero no hay absolutamente ninguna garantía en el producto, pues se invierte poco en los costos y se hace todo deprisa y corriendo, para que ese producto tenga sólo una determinada forma externa; con esto, los artesanos van completamente cuesta abajo, no pueden alimentarse bien. Lo que tú haces, lo hago yo, y no empleo en ello ni costos ni tiempo, con tal de poder hacerlo sólo en gran cantidad.

Yo mismo, a decir verdad, he pasado muchos días con esos necios antes de componer estas líneas. Todavía no es-

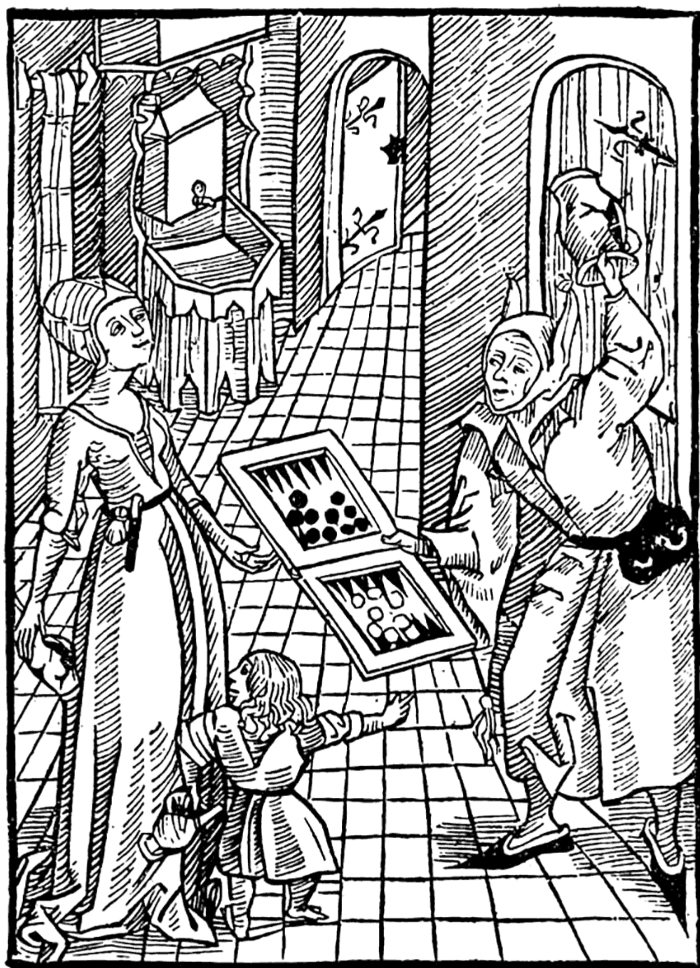
tán bien aderezadas, hubiera necesitado aún muchos días. Ninguna buena obra puede soportar las prisas.

El pintor que trajo a Apeles[2] su cuadro, que había hecho rápidamente, y le dijo que se había dado mucha prisa con él, no dejó de recibir su respuesta. Le dijo Apeles: «El trabajo muestra a las claras que has empleado poco esfuerzo, y un milagro es que no hayas hecho muchos de ese género en ese breve tiempo». Las prisas nunca fueron buenas para ningún trabajo. No pueden superar bien la prueba: ¿terminar veinte pares de zapatos en un día, una docena de espadas? El trabajar mucho y el esperar después a que se pague quita a muchos a menudo la risa. Mal carpintero, buen virutero. Los albañiles gustan de hacer grandes hendiduras. Los sastres dan puntadas muy separadas, con lo que la costura resulta muy débil. Los impresores andan de jolgorio, en un día se comen el salario de una semana, éste es su modo de vida; sin embargo, su trabajo es difícil y duro, con el imprimir y el ajustar, con el componer, igualar, corregir, entintar, con el arte de imprimir, quemar los colores a la llama del fuego y después frotarlos y afilar las varillas de los espacios.

Muchos son los que están sentados largo tiempo trabajando, pero no por ello hacen un trabajo mejor; es decir: son de Montelosmonos y no han aprendido mejor el saber. Bastantes navegan gustosos en esta nave, pues hay muchos buenos aprendices dentro, que tienen mucho trabajo y pocas ganancias, y se las liquidan fácilmente, pues se encuentran bien con la humedad del vino. Tienen pocas preocupaciones por el futuro, si se les da fiado. Bastantes pueden hacer una venta de saldos, en la que no ganan mucho. Hoy ya no se puede vender nada antes de jurar por Dios; y, si se jura mucho tiempo sin saber qué hacer, lo que sale de ahí es una adjudicación de pescador[3]. Se nota en eso que todo este mundo se adhiere a las pequeñas ofertas de Colonia: «la

mitad menos» es ahora a menudo la fórmula para el apretón de manos; «Dios te aconseje» no rompe a nadie la bolsa del dinero.

Todos los gremios vienen navegando y aún están muchas navecillas vacías.



[49] Los niños se vuelven iguales a los padres cuando no se avergüenzan éstos de romper los cántaros y las ollas delante de aquéllos[1].

Mal ejemplo de los padres

Quien ante mujeres y niños quiere hablar mucho del amor carnal o del libertinaje, espere que les suceda lo mismo que él ha osado hacer delante de ellos.

Ya no hay educación ni honra sobre la tierra. Niños y mujeres aprenden las palabras y los modales: las mujeres, de la mano del marido; los hijos toman la deshonra de los padres; y, si el abad pone los dados, los monjes están preparados para jugar.

El mundo está ahora lleno de malas enseñanzas, no se encuentran, por desgracia, educación ni honra algunas: los padres tienen la culpa, la mujer aprende de su marido, el hijo sigue a su padre y la hija es igual que su madre. Por tanto, no se apresure nadie a maravillarse de que sean tantos los necios que hay en el mundo. El cangrejo anda igual que su padre; ningún lobo hace un corderillo; Bruto y Catón están los dos muertos, por eso se multiplica la banda de Catilina[1]. Los padres sabios, honrados y virtuosos engendran hijos iguales a ellos. Diógenes[2] vio a un joven que estaba ebrio, y le dijo: «¡Hijo mio, éste es el modo de vida de tu padre! ¡Un borracho te ha engendrado!» Es necesario que se mire con la mayor precisión lo que se habla y se hace delante de los hijos, pues la costumbre es otra naturaleza[3], y hace que los niños adquieran muchos defectos. Viva cada cual debidamente en su casa, para que no se produzca ningún escándalo.



[50] La vida placentera ha hecho caer a bastantes por ser simples, a otros los tiene sujetos por el ala, muchos son los que en ella han elegido su final.

De la vida placentera

El placer terrenal se asemeja a una mujer ligera[1], que está sentada a la vista de todos en la calle y se desgañita para que alguien entre en su casa y le haga compañía, pues por poco dinero está en venta, pidiendo que se ejercite con ella en la vida placentera y en el falso amor: así van los necios a su regazo como el buey va al desollador, o un inocente y retozón corderillo, que no comprende que ha caído en la cuerda y en la soga hasta que la flecha le atraviesa el corazón[2].

Piensa, necio, que está en juego tu alma y que caerás al fondo del infierno si intimas con ella. Quien huye de la vida placentera, *allí* se hace rico. No busques placer y dicha terrenales como Sardanápalo[3], el pagano, quien pensaba que se debe vivir bien *aquí*, con vida regalada, alegría y francachela, que no hay vida placentera tras la muerte. Era el consejo de un verdadero necio buscar una dicha tan perecedera, pero acertó el vaticinio sobre sí mismo. Quien persigue en demasía la vida placentera, compra una pequeña alegría con dolor y daño. Ningún placer temporal se vuelve tan dulce, que al final no destile hiel. Todo el placer terrenal termina a la postre con amargura, aunque el maestro Epicuro[4] coloca el bien más alto en la vida regalada.



[51] A quien no puede guardar el secreto, y a otro dice su plan, le vienen arrepentimiento, daño y pesar.

Guardar el secreto

Un necio es quien dice a su mujer o a otros un secreto. Por ello perdió el hombre más fuerte, Sansón[1], los ojos y el cabello. Traicionado fue así también el adivino Anfiarao[2], pues las mujeres son, como dice la Escritura, malas custodias de secretos. De quien no puede guardar los secretos, de quien anda con engaños y abre sus labios como un zote, cuídese todo sabio.

Muchos se jactan de grandes cosas, de dónde velan el amor por la noche; si se llegara bien al fundamento de sus palabras, se les encontraría a menudo en un montón de estiércol. De ello resulta también muchas veces que se nota que es un necio. Pues lo que quieres que yo no diga, si lo callas, también tengo que callarlo yo. Si no puedes mantener el secreto que secretamente me has confiado, ¿qué secreto exiges de mí que no puedes mantener en ti? Si Acab[3] no hubiera dicho su secreto a su mujer Jezabel y hubiese callado esas palabras, no se hubiera producido un crimen.

Quien lleve algo secreto en el corazón, cuídese de no decírselo a nadie: así estará seguro de que nadie se enterará de ello y lo propalará. Dijo el Profeta: quiero tener yo solo mi secreto, no compartido con todos[4].



[52] Quien por ninguna otra causa que el dinero echa mano del matrimonio, obtiene mucha disputa, desgracia, riña y aflicción.

Casarse por dinero

Quien se mete en el burro por la manteca, vacío está de juicio y sabiduría. Si toma en matrimonio a una mujer vieja, un buen día y ninguno más. Poca alegría obtendrá de ello, ningún fruto puede salirle de ahí y tampoco tendrá nunca un buen día, menos cuando ve el saco de los peniques, que a menudo le pasa también por los oídos; por él se ha convertido en un necio. De ello resulta asimismo con gran frecuencia muy poca felicidad, cuando sólo se mira el dinero y no se presta atención a la honra y a la rectitud. Cuando uno se ha casado mal, no queda alegría ni amistad. Más fácil sería estar en el desierto que tener que vivir mucho tiempo con una mujer iracunda y mala[1]; pues pronto dejará enjuto el cuerpo del marido. En verdad no hay que confiar en el que da su juventud por dinero. Como le huele bien el aroma de la manteca, se atrevería también a desollar el burro; y, cuando ha pasado mucho tiempo, no encuentra más que estiércol y excremento. Muchos persiguen a la hija de Acab[2] y caen en su pecado y venganza. El diablo Asmodeo[3] tiene hoy mucho poder en el estamento matrimonial. Ya se encuentran a muy pocos Boz[4] que deseen a Rut para el matrimonio; por ello no se oyen más que gritos y lamentos, y *criminor te, arañor a te*[5].



[53] Envidia y odio andan por doquier, se encuentra gran envidia en todo estamento, Neidhart[1] aún no está muerto.

De la envidia y el odio

Enemistad y envidia producen muchos necios, de los que quiero hablar aquí. Mas la envidia nace sólo de que tú codicias lo que yo tengo y tendrías gustoso lo mío, o, si no, no puedes tenerme afecto. La envidia es una herida mortal que nunca realmente vuelve a sanar, y tiene en sí la propiedad de que, cuando se propone algo, no descansa noche y día hasta que ha ejecutado su plan. Ningún sueño ni alegría le son tan caros como para hacerle olvidar el sufrimiento de su corazón. Por ello tiene una boca pálida; es seca, enjuta como un perro; sus ojos son rojos y no mira a nadie con los ojos enteros[1]. Esto era claro en Saúl con David y en José con sus hermanos. La envidia no ríe sino cuando se hunde el barco que ella misma ha hecho naufragar; y, cuando la envidia muerde y roe mucho tiempo, se devora a sí misma, no de otro modo a como se degulle el Etna. Por ello se convirtió Aglauro[2] en una piedra. El veneno que tienen en sí la envidia y el odio se aprecia mejor entre los hermanos: Caín, Esaú, Tieste[3], los hijos de Jacob, y Etéocles[4] llevaban gran envidia en su interior, como si no hubieran sido hermanos, pues la sangre emparentada se incendia de tal forma, que arde mucho más que la de fuera.



[54] Aquel al que la gaita[1] da alegría y solaz y no presta ninguna atención al harpa y al laúd, tiene su sitio ciertamente en el trineo de los necios.

Del no soportar la reprensión

Un signo cierto de la necedad es que el necio nunca soporta ni puede aguantar con paciencia que se hable de cosas sabias. El sabio oye con gusto de la sabiduría; con ello se aumenta su propia sabiduría. La gaita es el juguete del necio, al harpa no le presta mucha atención. Ningún bien en el mundo place más al necio que la clava y la gaita; difícilmente se deja reprender el loco. El número de los necios ha aumentado sin fin.

¡Oh necio! ¡Recuerda en todo momento que eres un ser humano y mortal, y nada más que barro, ceniza, tierra y estiércol! ¡Y, entre todas las criaturas que tienen juicio en la naturaleza, la más insignificante eres tú, y un desecho, una hez, un saco de gusanos! ¿A qué te enorgulleces de tu poder, de tu nobleza, riqueza, juventud, donosura, si todo lo que está bajo el sol es vano cuando le falta la sabiduría? Mejor que te reprenda un sabio a que te sonría una oveja necia, pues, como cruje un cardo al caer, así es también el necio cuando ríe[1].

Feliz el hombre que siempre tiene en sí un temor[2] dondequiera que va. El corazón del sabio tiene en cuenta la tristeza; el necio sólo piensa en la gaita[3]. Cántese y háblese, suplíquese y ruéguese: de sus once ojos no se apartará[4]. Nada dará por ninguna reprensión y enseñanza.



[55] Quien ejerce la medicina y no sabe curar ningún mal, es un buen mentecato[1].

De la necia medicina

A casa va con otros necios el que a un moribundo mira la orina y dice: «espera hasta que te haga saber lo que encuentro en mis libros». Mientras va a casa por los libros, el enfermo viaja a la morada de los muertos.

Muchos se arrogan el arte de la medicina, y ninguno sabe de ella nada más que lo que enseña el librillo de plantas o lo que oye de las viejas. Tienen una ciencia que es tan buena, que cura todos los males y no necesita ya hacer distingos entre joven, viejo, niño, mujer u hombre, o húmedo, seco, caliente y frío. *Una* hierba tiene tal fuerza y poder, igual que el ungüento en el alabastro; de ella hacen los barberos todos sus emplastos, con ella curan todas las heridas, ya sean úlceras, picaduras, fracturas o cortaduras: dómine Cuculus[1] no los abandona. Quien quiera curar con *un* ungüento todos los ojos lagrimosos, rojos ciegos, y purgar sin orinal, es un médico como lo fue Zuohsta[2]. A él se asemeja mucho el abogado que no sabe dar consejo en asunto ninguno. Un confesor se parece mucho también a aquel que no se sabe informar de cuál es el remedio para cada enfermedad y clase de pecado[3]; sí, sin juicio ronda la olla.

Por los necios es corrompido más de uno, que se echa a perder antes de notarlo.



[56] Nunca tan gran poder llegó a la tierra que no encontrara a tiempo su final, cuando le llegó su plazo y su hora.

Del final del poder

Aún se encuentran innumerables necios que confían en su poder, como si fuera a mantenerse eternamente en pie, cuando lo que hace es derretirse como la nieve. Julio, el Emperador[1], era suficientemente rico, poderoso y avisado en sus sentidos antes de que tomara por la fuerza y gobernara el Imperio Romano. Cuando tomó el cetro, se le acumularon la preocupación y el miedo, y ya no era tan juicioso en el consejo: por ello murió apuñalado. Darío[2] tenía un país grande y poderoso, y habría permanecido allí sin escarnio y conservado bienes y honra, pero, al querer buscar más y tener lo que no era suyo, perdió, con lo ajeno, también lo propio. Jerjes[3] llevó a Grecia tanta gente de su pueblo como la arena del mar, el mar la cubrió de barcos, quería tener atemorizado al mundo entero. Pero ¿qué beneficio sacó de ello? Atacó a Atenas cruelmente, como el león ataca al pollo, y, sin embargo, huyó como las liebres. El rey Nabucodonosor[4], al sonreírle la fortuna más que antes y vencer a Arfaxad, quiso poseer todos los países y se propuso conseguir un poder divino; pero fue convertido en un animal. De más podría contaros fácilmente, en el Antiguo y Nuevo Testamento, pero me parece que no es necesario. Muy pocos murieron en paz[5] o perecieron en su cama, sin que se les asesinara. Por ello, tenedlo presente todos vosotros, poderosos: estáis sentados, en verdad, en la rueda de la fortuna. Sed sabios y pensad en el final, que Dios no os dé vuelta a la rueda. Temed al Señor y servidle. Si cae sobre vosotros su cóle-

ra y su ira, que pronto se encenderán sobremanera, no permanecerá ya vuestro poder y os desvaneceréis con él. La rueda de Ixión[6] nunca se para, pues gira por pequeños vientos. ¡Feliz el que sólo en Dios confía! Cae y no queda a lo alto la piedra que, con tribulación y tormento, hace rodar Sísifo[7], el necio, hacia la cima del monte. La dicha y el poder no duran muchos años, pues, según el proverbio y el dicho de los antiguos, la desgracia y el cabello crecen todos los días. El poder injusto declina completamente, como muestran Jezabel y Acab[8]. Aunque un señor no tenga ningún enemigo, debe cuidarse de su servidumbre y, a veces, de su amigos más íntimos: lo matarán por su poder. Zimri[9] persiguió el reino de su señor y cometió con éste un crimen, y fue señor por siete días. Alejandro sojuzgó el mundo entero: un sirviente lo mató con un bebedizo. Darío huyó y estaba libre de peligro: Besso, su siervo, lo asesinó. Así se acaba el poder: Ciro bebió su propia sangre. Ningún poder sobre la tierra llegó nunca tan alto que no encontrara con aflicciones su final. Nunca nadie tuvo tan poderosos amigos que le pudieran prometer *un* día y que estaría seguro *un* instante de que tendría poder y fortuna. Lo que el mundo tiene en más alto aprecio, a la postre se acibara. El que se vanagloria de mantenerse arriba, mire que no caiga en la arena, que no reciba daño, escarnio y deshonra.

Gran necedad hay cuando grande es el poder, pues raramente se le mantiene mucho tiempo. Y, si examino todos los imperios hasta hoy, Asiria, medos, persas, Macedonia y Grecia; Cartago y el Estado de los romanos, todo ello ha tenido su final: el Imperio Romano[10] permanecerá mientras Dios quiera; Dios le ha fijado su tiempo y medida; que Él nos conceda que se engrandezca aún tanto, que toda la tierra le esté sometida, como es de justicia y de ley.



[57] Sobre un cangrejo[1] irá el plan del que quiere tener el salario sin trabajar y desea sostenerse sobre una débil caña.

Providencia de Dios

Se encuentra más de un necio también que trata de embellecer su necedad con las Escrituras y que se cree distinguido[1] e ilustrado, cuando ha puesto los libros al revés y ha engullido el Salterio justamente hasta el verso «Beatus vir»[2], pensando que, si Dios le ha deparado algún bien, nunca le será retirado. Si ha de ir al infierno, quiere ser un buen compañero de copeo y vivir bien con los demás; mas le pasa lo que le tiene que pasar.

Necio, déjate de ese desvarío (pues de lo contrario pronto estarás metido en el puré de los necios), de que Dios dé salario sin trabajo. Fíate de ello y no ases, y espera a que te caiga del cielo un pichón asado. Pues, si sucediera tan sencillamente, cada siervo recibiría su salario, trabajase o no, lo cual, sin embargo, no es costumbre sobre la tierra. ¿Por qué, pues, había de conceder Dios un premio eterno a uno que quería haraganear, otorgar su Reino y tan gran soldada a un siervo que sólo quería dormir? Yo digo que nadie vive en la tierra a quien Dios dé algo sin piedad o a quien esté obligado a servir, pues Él nada nos adeuda. El señor libre regala a quien le place, y da poco o mucho según le venga en gana; ¿a quién le importa? Él sabe por qué lo ha hecho. El alfarero hace de la masa de barro una vasija noble y otras muy despreciadas[3], como potes, escudillas, cántaros, para que se meta en ellas lo malo y lo bueno. El pote no le dice: «debería ser un cántaro, una escudilla». Dios sabe, sólo a Él compete, por qué ha ordenado todas las cosas, por qué prefirió a

Jacob y no valoró a Esaú tanto como a él; por qué castigó a Nabucodonosor, que había pecado muchos años, y, sin embargo, le permitió llegar al arrepentimiento y lo aceptó en su Reino, después de expiar sus culpas; y castigó con severas plagas al Faraón, que con ello se hizo todavía peor. *Una* medicina cura a uno y pone a otro aún más enfermo. Pues el uno, después de sentir el castigo de Dios y su poderosa mano, pensó en sus pecados con muchos gemidos; el otro siguió su libre albedrío y, advirtiendo la Justicia de Dios, abusó de su Misericordia. Dios no ha abandonado a nadie, Él sabe por qué lo ha hecho. Si hubiera querido considerar todo igual, no hobría creado más que rosas; pero quería tener también cardos, para que se viese su Justicia. Había un criado envidioso y alegre del mal ajeno, que pensaba que su señor cometía con él injusticia, al darle el salario convenido y conceder a otro lo que quería: al que había trabajado poco, le dio, no obstante, un salario igual[4]. Se encuentran muchísimos hombre justos que sufren aquí en la tierra malos tiempos, y Dios les deja sufrir el destino, como si hubieran cometido muchos pecados. Por el contrario, se encuentran muchos necios que para todo tienen mucha fortuna y son tan libres en sus pecados como si su obra fuera sacrosanta.

Secretos son los veredictos de Dios, sus causas nadie las sabe por completo; cuanto más se tratan de indagar, menos se sabe de ellas. Si alguien cree que ya las conoce, sigue ignorándolas. Pues todas las cosas se nos reservan hasta el futuro, incierto viaje al más allá. Por eso, deja estar como están la Providencia de Dios y el orden de la Previsión. ¡Obra rectamente y con bondad! ¡Dios es misericordioso y está lleno de Gracia! Hazle saber todo lo que Él ya sabe. ¡Obra rectamente! Te prometo la recompensa. ¡Persevera! Te doy mi alma en prenda: no irás al infierno.



[58] Quien quiere apagar el fuego de otro y deja arder el granero propio, maestro es en la lira de los necios.

Olvidarse de sí mismo

Quien tiene gran fatiga y desazón viendo cómo fomentar cosas ajenas y causar el beneficio de otro, es más mono que ese otro, si no mira de ser aplicado y despierto en las cosas propias. El librillo de los necios lee merecidamente el que es sabio y se olvida de sí mismo. Pues, el que quiere tener amor verdadero, debe empezar por sí mismo. Como también advierte Terencio: «Yo soy el pariente más próximo de mí»[1]. Cada cual mire por su suerte antes de preocuparse por cómo baila el otro. Se echará a perder antes de tiempo el que siembre para sí y coseche para otro; y quien limpie con diligencia el vestido de otro y ensucie el suyo propio. Quien quiere apagar la casa de otro cuando las llamas salen por arriba, y arde con toda su fuerza la suya, poco atiende a su provecho. El que quiera empujar la carreta de otro y ponerse a sí mismo obstáculos, es ciertamente un necio. Quien se cargue con cosas ajenas y no se atienda a sí mismo, reciba su daño. El que se deja convencer por aquello de lo que le vendrá escarnio y daño, a la larga no se puede defender: el necio le atrapará por los faldones; que la sabiduría le haga aprender con el perjuicio. A quien con mayor crueldad oprime su muerte es a aquel a quien todos conocen, y muere y acaba su vida sin haberse conocido él mismo.



[59] Quien anhela que se le sirva todos los días, pero niega el agradecimiento y la gratitud, merece recibir un palmetazo.

De la ingratitud

Un necio es quien mucho anhela y no se comporta honorablemente, y causa muchas preocupaciones y fatigas a aquel al que poco quiere agradecer. Quien quiera obtener beneficio de una cosa, piense convenientemente en su espíritu que ha de contar con los costos, si es que desea vencer con honor. Muy raramente queda en su estado un caballo cansado al que se le sigue montando; un caballo dócil se torna testarudo cuando se le retiene la comida. Quien osa exigir muchas cosas a otro, sin recompensarlo, es, ciertamente, un necio. Quien no puede dar por bueno lo que se le hace por una recompensa adecuada, no debe quejarse cuando se le rechace el trabajo: hay que darle un palmetazo. Todo el que quiera disfrutar de algo, mire también de recompensarlo. La ingratitud recibe mal premio, deja la fuente sin agua. La cisterna vieja no da agua si no se vierte agua en ella. El quicio de la puerta muy pronto chirría, si no se le unta de aceite. No es digno de grandes obsequios quien no se acuerda de los pequeños; con justicia le son negadas todas las dádivas a quien no da las gracias por las pequeñas; se llama, en verdad, Sinrazón y Grosería. Todos los sabios han odiado siempre al que han conocido como ingrato.



[60] El puré de los necios nunca olvidé, pues me gustaba el espejo. Juan Orejas de Burro era mi hermano.

Del gustarse a sí mismo

Remueve bien el puré de los necios el que piensa que es sabio y sólo se gusta mucho a sí mismo. Mira siempre como loco en el espejo y no puede apreciar que ve a un necio en el cristal. Pero, aunque tuviera que hacer un juramento, y lo dijeran sabios y cortesanos, pensaría que estaba solo, que no se encuentra en la tierra a nadie como él, y juraría también que no tiene absolutamente ningún defecto; su hacer y dejar de hacer le gusta en todo momento. No aparta de sí el espejo, esté sentado o tumbado, cabalgue o ande a pie, dondequiera que esté. Igual que hacía el emperador Otón[1], que tenía un espejo en el combate y se afeitaba todos los días dos veces las mejillas y las lavaba después con leche de burra. Ésta es una ocupación muy del gusto de las mujeres; sin espejo nada hace ninguna; antes de que se coloquen bien el pañuelo y se acicalen, pasa bien un año. Aquel al que tanto le gustan el modo de obrar, la apariencia y la actuación, es el mono de Heidelberg[2]. A Pigmalión[3] le gustaba su propia imagen; por ello era completamente salvaje en su locura. Si Narciso[4] no se hubiera reflejado en el agua, habría vivido aún mucho tiempo. Muchos miran siempre al espejo, pero no ven en él nada hermoso. Quien es tan necia oveja que tampoco soporta que se le reconvenga, permanece en su propia esencia y no quiere ser sabio a la fuerza.



[61] Lo mejor del baile es que no siempre se va hacia adelante, sino que se puede dar la vuelta a tiempo.

Del baile

Casi tomaría por enteramente necios a aquellos que en el baile tienen alegría y contento y corren alrededor, como si estuvieran chiflados, para cansarse los pies en el polvo. Pero, cuando pienso cómo el baile nació con el pecado, puedo notar y observo que el demonio lo creó cuando ideó el becerro de oro e hizo que Dios fuese totalmente despreciado[1]; aún consigue así mucho. Del baile nace mucha desgracia: hay en él ostentación y voluptuosidad, y preludio de la impureza; se toma a Venus de la mano, toda honestidad encuentra su final. Por ello, no conozco en todo el reino terrenal broma alguna que se asemeje tanto a lo serio como que el baile fue ideado en la consagración de una iglesia, y llevado también al cantar misa: ahí bailan clérigos, monjes y legos, el hábito tiene que hincharse por detrás; ahí se corre, se le da la vuelta a una para que se le vean arriba las piernas desnudas; y quiero callar otras vergüenzas. El baile sabe mejor que comer higos. Si Kunz puede bailar con Metzen[2], no pasa hambre un día entero; se ponen de acuerdo en el precio, en cómo poder malcambiar un cabrón por una cabra[3]. Si eso ha de llamarse diversión, abundante necedad he conocido. Muchos esperan largo tiempo por el baile, aunque el baile no los llena por completo.



[62] Quien tiene muchas ganas de dar serenatas por la noche en la calle delante de la puerta, gusta también de congelarse pasando la noche en vela.

De las serenatas nocturnas

Ahora el baile de los necios estaría casi concluido, pero la representación no sería completa si no figuraran aquí también los lechuginos, los pisacalles y los bragueteros que por la noche no pueden tener reposo si no andan por la calle y tocan el laúd delante de la puerta, a ver si quiere mirar la rapazuela. Y no se van de la calle hasta que se les echa encima lo de un orinal o se les lanza una pedrada. Es pequeña, en verdad, la alegría: congelarse así en las noches de invierno, cuando cortejan a la necia con música de cuerda, pífanos, cánticos, y en el mercado de madera saltan sobre los troncos. Hacen esto estudiantes, clérigos y legos, que tocan para la fila de necios; cada cual chilla, grita de alegría, ruge, bala, como si fuera asesinado justamente en ese momento. Cada necio dice al otro dónde tiene que esperar la llamada, allí hay que organizarle la serenata. Tan en secreto lleva sus cosas, que todos tienen que hablar de ello; los pescadores tienen que propalarlo a los cuatro vientos. Más de uno deja en la cama a su mujer, que preferiría tener diversión con él, y baila a cambio en la cuerda de los necios. Si eso ha de acabar bien, se precisa una buena estrella. Callo sobre aquellos a quienes divierte andar por ahí en vestido de necio; si se les llamase mentecatos, muchos se sorprenderían de la denominación.



[63] Temeroso de que me faltaran necios, escudriñé a los que llevan el bastón de mendigo; poca sabiduría allí encontré.

De los mendigos

La mendicidad tiene también muchos necios. Todo el mundo se enriquece ahora con la pordiosería y quiere alimentarse mendigando. Clérigos y órdenes monásticas son muy ricos y se quejan como si fueran pobres. ¡Ay mendigo! ¡Que Dios se apiade de ti! Has sido pensado para la indigencia y has acumulado grandes montones de dinero. Y aún grita el prior: «¡trae aquí más!». El saco ha perdido el fondo. Lo mismo hacen los vendedores ambulantes de reliquias, los peregrinos que se golpean la frente, los que trafican con cosas sagradas, que no se pierden nunca romería alguna en la que no se desgañiten proclamando que lo que llevan en el saco es la paja que estaba enterrada muy profunda bajo el pesebre de Belén; o una pata del burro de Balaam, una pluma del ala de San Miguel, también una brida del caballo de San Jorge o los zapatos de colores de Santa Clara.

Muchos ejercen la mendicidad en los años en que bien podrían trabajar y son jóvenes, fuertes y sanos; sólo que no gustan de doblar bien el espinazo, tienen clavado un hueso de bribón en la espalda. Sus hijos permanentemente tienen que ir a mendigar y aprender bien el vocerío del mendigo; si no, antes les partirían un brazo en dos o les producirían heridas e hinchazones para que pudieran gritar y aullar. Veinticuatro de ellos tienen aún su asiento en Estrasburgo, en el Dummenloch[1], sin contar a los que se mete en la inclusa. Pero los mendigos raramente ayunan. En Basilea, en el Kohlenberg[2], hacen muchas granujadas. Su jerga hampesca tie-

nen en el país, y abundante comida por esos lugares. Cada mendigo tiene una chula, que va mintiendo, embaucando, haciéndose la enferma para conseguir dinero al pordiosero, que mira dónde es potable el morapio y corre por todos los bochinches; dónde jugar a los dados es su oficio, hasta que trampea aquí y allí, y pone pies en polvorosa hacia otro lugar; largándose por los campos, afana todo pato y gallina, les da garrote y les corta el gañote; les acompañan falsos tullidos y vagabundos de romerías.

Una insólita propiedad del mundo es con qué codicia se busca hoy el dinero. Heraldos, trovadores y farautes sin blasón censuraban en otros tiempos el escándalo público y conseguían así mucha honra; ahora cualquier necio quiere hablar y llevar bastoncillo decorado y liso, para quedar saciado con la mendicidad. A uno le molestaría que estuvieran enteros sus vestidos. Los mendigos timan a todos los países. Pero tienen que tener un cáliz de plata, pues todos los días entran en él siete jarras. Éste anda con muletas cuando se le ve, y, cuando está solo, no las necesita. Ése puede caer como un epiléptico ante la gente, para que todos puedan prestarle atención. Aquél toma prestados a otros sus hijos, para tener un buen montón de dinero; carga un burro con alforjas como si quisiera ir a Santiago. Uno anda cojeando, otro cual jorobado, un tercero ata una pierna a una muleta o un hueso de muerto en los pliegues del faldón; si se le mirara bien la herida, se vería cómo estaba atado. Sobre la mendicidad voy a permitirme detenerme aún algún tiempo, pues, por desgracia, los mendigos son legión y siguen aumentando cada vez más, pues el mendigar a nadie hace sufrir, sólo al que por necesidad tiene que hacerlo. Fuera de esto, excelente cosa es seguir siendo mendigo, pues del mendigar nadie se convierte en polvo: muchos se consiguen así pan blanco; no beben el vino corriente, ha de ser

de Rivoglio o de Alsacia. En el mendigar confían muchos que juegan, fornican y se comportan lujuriosamente; pues, aunque hayan derrochado sus bienes, no se les niega el mendigar: les está permitido el bastón de mendigo[3]. Muchos que tienen más dinero que tú y yo se alimentan de la mendicidad.



[64] Muchos cabalgarían con gusto tarde y temprano si pudieran llegar ante las mujeres, pero éstas pocas veces dejan en paz al borrico.

De las malas mujeres

En el prefacio he dado testimonio y hecho protesta de que en mi obra no deseaba acordarme con malicia de las buenas mujeres; pero se me reprocharía pronto si no dijese nada de las malas. La mujer que oye con placer de la sabiduría, no se convierte fácilmente en ignominia. La buena mujer amansa la cólera del hombre. Asuero[1] había realizado un juramento, pero Ester lo ablandó y suavizó. Abigaíl[2] apaciguó prontamente a David. Pero las malas mujeres dan malos consejos, como hizo la madre de Ococías[3]; Herodías[4] mandó a su hija que hiciera decapitar al Bautista; por el consejo de las mujeres se trastornó tanto Salomón[5], que adoró a los dioses ajenos. La mujer se convierte pronto en una urraca si se siente bien con la garrulería y cotorrea *lip-lep* por la noche y por el día. Piero[6] engendró muchas jóvenes, cuya lengua estaba tan emponzoñada, que ardía tanto como el carbón. Ésta se queja, ésa chismorrea, aquélla miente, la de más allá carda la lana a todo lo que se dispersa y vuela; la otra arma gresca en la cama, su marido pocas veces tiene paz: muy a menudo tiene que oír el sermón cuando muchos monjes descalzos reposan y duermen en sus lechos. Más de uno tira de la soga[7] y sólo puede llevarse la peor parte. Muchas mujeres son bastante honradas e inteligentes, y sólo son para el marido demasiado listas porque no pueden soportar de él que las enseñe y diga algo. Muchísimas veces cae un hombre en la desgracia sólo por la boca de su mujer, como sucedió a Anfión de Tebas[8], cuando vio

morir a todos sus hijos. Si las mujeres debieran hablar mucho, Calpurnia[9] entraría pronto en juego. La mala mujer siempre tiende a la maldad: la mujer que servía a José[10] lo evidencia. Nunca se siente mayor cólera que cuando una mujerzuela se enfurece; se pone rabiosa como una leona a la que se quitan los cachorros, o como una osa que amamanta: Medea lo pone de manifiesto, y Procne[11]. Cuando se llega hasta el fondo de la sabiduría, no se encuentra hierba más amarga sobre la tierra que la mujer, cuyo corazón es una red y un lazo, en los que caen muchos necios[12].

Por tres cosas tiembla la tierra, la cuarta no la puede resistir: un esclavo que se ha convertido en señor, un necio que se ha hartado de comida, quien se casa con una mujer envidiosa, mala y venenosa; la cuarta cosa echa a perder por completo cualquier amistad: la esclava que es heredera de su señora[13].

Tres cosas no se pueden saciar, la cuarta grita siempre «¡trae aquí más!»: una mujer, el infierno y la tierra, que absorbe todos los aguaceros; el fuego nunca dice «¡basta ya! ¡Tengo bastante, no traigas más!»[14].

Tres cosas no comprendo, de la cuarta nada sé en absoluto: cómo vuela un águila en el aire; una culebra que se desliza sobre la roca; la nave que surca el mar; un hombre que tiene aún un saber infantil. Igual es el camino de una mujer que se ha preparado para el adulterio: se chupa y limpia la boca muy lindamente, y dice: «¡nada malo he hecho!»[15].

Un tejado con goteras en invierno se parece a una mujer que es rencillosa[16]; el que con una así tira del arado, tiene bastante infierno y demonio del purgatorio. Vasti[17] ha dejado muchas sucesoras, que poco respetan a sus maridos. Voy a callar por completo sobre la mujer que osa preparar una *sopita*, como Poncia y Agripina[18], las Danaides[19] y

Clitemnestra, que apuñalaron a su marido en el lecho, como a Fereo[20] le hizo su mujer. Muy rara es una Lucrecia o Porcia de Catón. Mujeres casquivanas se encuentran muchas, pues Tais[21] anda en todos los juegos.



[65] Mucha superstición hoy se inventa; el porvenir se ve en las estrellas; todos los necios por ellas se guían.

De la interpretación de las estrellas

Un necio es quien promete más de lo que se sabe capaz de dar o tiene el valor de hacer. Prometer sienta bien a los médicos; pero el necio promete en un día más de lo que todo el mundo puede realizar.

Por lo venidero todos se orientan, por lo que nos dicen las estrellas y el firmamento y el curso de los planetas o por lo que Dios pretende en su Voluntad, y creen que se debe saber todo lo que Dios quiere hacer con nosotros, como si las estrellas impusieran una ley por la que hubieran de regirse todas las cosas, y Dios no fuese Maestro y Señor, que unas cosas alivia y otras agrava, y hace que muchos hijos de Saturno[1] sean, sin embargo, justos, píos y santos, y, por el contrario, el Sol y Júpiter tengan hijos que no estén libres de maldad.

No corresponde a un cristiano andar con ciencia pagana y observar en el curso de las estrellas si este día es bueno para comprar, para construir, para la guerra, para casarse, para la amistad, y muchas cosas semejantes más. Toda palabra nuestra, obra, acción y omisión ha de venir de Dios y a Él sólo ha de ir. Por ello, no cree rectamente en Dios el que tiene tal fe en las estrellas, que piensa que una hora, mes, día y año son tan propicios, que ni antes ni después se debe comenzar nada grande, sino sólo en ese momento, y que no se puede hacer en día distinto, nefasto. Y quien nada nuevo se ha ingeniado, ni por el año nuevo va a cantar, ni pone en su casa verdes ramas de abeto, piensa que no sobrevirá al

año: ¡ya lo creían así los egipcios![2] Lo mismo en el año nuevo: quien no recibe algún regalo, piensa que todo el año no será bueno. E igual con la superstición de toda especie, con la bienaventuranza y los gritos de los pájaros, con letras mágicas, bendiciones, libro de sueños y buscando a la luz de la luna o persiguiendo la magia negra[3]; nada hay que no se quiera saber. Cada cual jura que nada le falta, y le faltan siete leguas.

No es que interpreten sólo el curso de las estrellas; cualquier cosa, por pequeña que sea, hasta lo más mínimo en el cerebro de una mosca, se quiere ahora leer de las estrellas, y lo que se hablará y aconsejará, cómo ése tendrá suerte, el comportamiento y la intención, la voluntad, el azar de la enfermedad se profetizan hoy impíamente desde las estrellas. Todo el mundo ha caído en la locura, hoy se cree a cualquier necio. Mucho calendario de augurios y mucha ciencia adivinatoria sale ahora de la gracia de los impresores; imprimen todo lo que se les trae; lo que escandalosamente se dice y se canta, no recibe castigo alguno. El mundo quiere ser engañado.

Si se cultivara y enseñara ahora la ciencia, y no se la torciera tanto hacia el mal o hacia cualquier otra cosa que dañase al alma, como Moisés sabía, y Daniel, no sería una mala ciencia; sería, sí, digna de alabanza y protección. Pero se me predice que el ganado morirá, o cómo se echarán a perder el grano y el vino, o si nevará o lloverá, cuándo hará buen tiempo o soplará el viento. Los campesinos preguntan por ese escrito porque afecta a su ganancia el tener grano tras sí, y vino, hasta que sean más caros.

Cuando Abraham[4] leyó tal libro y buscó en las estrellas de Caldea, se quedó sin la luz y la esperanza que Dios le había enviado en Canán. Pues es una ligereza hablar de tales cosas como si con ellas se quisiera obligar a Dios a que ten-

gan que ser así, y no de otro modo. Apagado está el amor de Dios y su favor, por eso se busca ahora la ciencia del demonio. Cuando el rey Saúl[5] fue abandonado por Dios, llamó al diablo.



[66] Quien mide cielo, tierra y mar, y en ello busca placer, contento y sabiduría, mire de precaverse de la necedad.

Del estudio de todos los países

No tengo tampoco por muy sabio al que dirige todos sus sentidos y su aplicación a explorar todos los países y ciudades, y toma en la mano el compás para informarse de cuán ancha, larga y grande es la tierra y a cuánta profundidad y distancia se extiende el mar, y qué es lo que sustenta la última esfera; cómo se sostiene el mar en el extremo del mundo, para no desplomarse; si se puede dar la vuelta a todo el mundo; qué pueblos viven en cada grado; si bajo nuestros pies hay también gente o allí nada existe, y cómo se sostienen para no caer en el aire; cómo se calcula con una varilla que el mundo entero se puede medir de punta a punta.

Arquímedes sabía mucho de eso: hacía en la arena círculos y puntos, con lo que era capaz de calcular muchas cosas, y no quería abrir la boca por temor a que se le escapara un soplo de aire que le borrara esos círculos; y antes que decir una palabra, prefirió dejarse asesinar. En geometría era muy diestro, mas no supo calcular su propio final[1].

Dicearco[2] se afanaba por medir la altura de los montes, y encontró el Pelión más alto que todos los montes que había medido; pero no midió la altura de los Alpes en Suiza con sus propias manos, ni midió tampoco la profundidad del infernal agujero en que cayó y aun se halla.

Tolomeo[3] calcula hasta con grados la longitud y latitud que posee la tierra; traza la longitud desde oriente y la acaba en occidente, y la toma como de ciento ochenta grados: sesenta y tres hacia el septentrión la latitud de la línea equi-

noccial; hacia el mediodía es más estrecha: encuentra veinticinco grados de tierra que ha sido descubierta. Plinio lo calcula con pasos, y Estrabón obtiene de ello millas. Desde entonces se han encontrado muchas tierras detrás de Noruega y Tule: como Islandia y Laponia, que antes no eran conocidas. También con posterioridad se han encontrado en Portugal y en España, por todas partes, islas de oro y gentes desnudas, de las que antes nada se sabía decir.

Marino[4] según el mar calculó el mundo, y erró muy horriblemente; Plinio[5], el gran maestro, dice que es un sinsentido querer entender las dimensiones del mundo y, además, abandonar éste antes de tiempo y medir hasta detrás del mar. En eso la razón humana se equivoca mucho: mide todo el tiempo tales cosas y no puede medirse a sí misma, y cree que entiende las cosas que el propio mundo en sí no tiene.

Hércules puso en el mar, según se dice, dos columnas de bronce: una termina África, otra empieza Europa. Gran atención prestaba al de la tierra, y no sabía qué fin a él mismo se le deparaba, pues quien despreciaba todos los portentos fue asesinado con la artimaña de una mujer[6].

Baco desfiló con gran ejército por todos los países del mundo y por el mar, y era su único designio que cada cual aprendiera a beber vino; y, donde no había vino ni vid, enseñaba a hacer cerveza e hidromiel. Sileno[7] no se pasó la vida tumbado en casa, sino que navegó también en la nave de los necios, acompañado de muchos otros randas y rapazas con gran jolgorio y música de cuerda. Era un bribón bebedor, que se sentía de maravilla con el vino. No hubiera necesitado entregarse tanto al trabajo, pues también sin él habría aprendido bien a beber. Con la francachela se causa aún gran deshonra; ahora es cuando anda él verdaderamente dando vueltas por el país y pone en descrédito de glotón

bebedor a más de uno, cuyo padre jamás cató un vaso de vino. Pero ¿qué consiguió Baco con ello? A la postre tuvo que irse de sus gentes y marcharse allí donde ahora bebe, lo que le da más sed que placer; como quiera que los paganos le adoraron, no obstante, como un dios y le tuvieron en gran estima, de ellos ha venido después en el país la costumbre de andar pidiendo el día de *San Bertaco*[8], y, después de su muerte, se honra aún a aquel que tanto mal nos ha traído. Las malas costumbres perviven mucho tiempo, la injusticia prevalece; pues el diablo trata siempre de que no nos liberemos de su yugo.

Con esto quiero volver a mi asunto e intención. ¿Qué necesidad tiene el hombre de buscar cosas más grandes de lo que él es? No sabe qué beneficio le causa aprender cosas tan altas, y no conocer el momento —que cual sombra huye de aquí— de su muerte[9].

Aunque esta ciencia[10] es cierta y verdadera, es, sin embargo, un gran necio quien tiene tan poco sentido, que quiere saber cosas lejanas y conocerlas con pelos y señales, pero no sabe conocerse a sí mismo ni piensa cómo aprenderlo. Busca sólo gloria y fama terrenal, y no piensa en el Reino eterno, en su blancura, belleza y excelsitud, y en sus muchas moradas. Por lo terreno se ciega todo necio y busca su placer y contento en tener más perjuicio que provecho. Muchos han descubierto países lejanos y extraños, pero en ellos nadie se conoció jamás a sí mismo. Quien sabio es[11], como lo fue Ulises, que anduvo mucho tiempo en su viaje y vio numerosos países, gentes, ciudades y mares, y acrecentó en sí el buen saber; o como hizo Pitágoras, que nació en Menfis[12]; también Platón viajó por Egipto y llegó después a Italia, con lo que aprendió cada día algo más y aumentó su ciencia y sabiduría; Apolonio[13] recorrió todos los lugares donde había oído hablar de sabios, buscó y siguió diaria-

mente a éstos para aumentar sus conocimientos y encontró por doquier lo que más le instruía y antes nunca había oído… A quien hiciera ahora tales marchas y viajes para aumentar de continuo su sabiduría, se le podría pasar mejor por alto, aunque no sería suficiente, pues no puede servir cumplidamente a Dios quien es dado a viajar.



[67] El necio Marsias perdió y se le quitó piel y cabello, mas la gaita todavía tocó como hiciera antes de aquello.

No querer ser un necio

Propio es de todo necio no querer observar que es objeto de burla; por ello perdió el necio Marsias[1] piel y cabello. Pero la estulticia es tan ciega, que el necio piensa siempre que es sabio cuando se burlan de él y le gastan bromas pesadas; si se pone serio sobre el asunto, se le tiene también por sabio… hasta que se le cae la gaita de la manga[2].

Quien tiene muchos bienes, tiene muchos amigos; se le ayuda convenientemente también a pecar y cada cual mira cómo lo puede desollar; esto dura hasta que se empobrece; entonces dice: «¡ay! ¡Que Dios tenga piedad! ¡Cuántos seguidores tenía antes, y ahora no hay amigo que me quiera consolar! ¡Si lo hubiera observado a tiempo, aún sería rico y no despreciado!» Gran necedad es, ciertamente, disipar en un año aquello con lo que se ha de vivir el resto de los días; derrocharlo alegremente y creer antes de tiempo que ya ha acabado el trabajo de la jornada, para después… seguir al mendigo. Cuando entonces en sus manos le golpean la pobreza, el desprecio, la burla, la miseria, y corre deshecho y desnudo, le llega el golpe del arrepentimiento. ¡Dichoso aquel que, mediante bienes que, sin embargo, ha de dejar aquí, sabe hacerse amigos, que le consuelan y asisten, cuando todos lo han abandonado!

En cambio, hay mucho necio sobre la tierra que adopta necios modales y que, aunque se le desollara y cociese, nada en absoluto entendería, a no ser que mueve las orejas; quiere ser necio con toda aplicación, mas a nadie placen sus ne-

cias maneras; aunque actúa como un bufón, nadie cree buenas sus bufonadas. También dicen de él algunos compañeros: «¡El necio querría actuar como necio, y no sabe ni los modos ni los modales! ¡Es un necio y no vale nada!»

Y sucede una cosa singular en la tierra: más de uno quiere ser un sabio, pero se acomoda a la estulticia, y cree que se le debe alabar cuando se dice: «¡Ése conoce bien la necedad!» Por el contrario, hay también muchos necios que han incubado un cuco; pretenden hablar de la verdad, sea a palos o a puñaladas; piensan que son contados entre los sabios, cuando se les tiene por necios. Si se machaca bien a un necio, como se hace a la pimienta en el mortero, y se le echa dentro muchos años, tan necio seguirá como antes. Pues a todo necio se le olvida que don Locuelo es hermano de don Señuelo[3].

Alguno se dejaría medio desollar y atar con cuerdas las cuatro patas si de ello sacara dinero y tuviese mucho oro en casa; también soportaría estar en cama, si tuviera la enfermedad de los ricos[4]; y que se le tachase de granuja, si obtuviera de ello pago e interés; nadie se conforma con poco: quien tiene mucho, quiere tener mucho más. De la riqueza nace la soberbia; muy raramente trae la riqueza humildad. ¿Qué es la mierda si no huele?

Muchos están solos, no tienen hijos, hermanos ni amigos próximos, y no dejan de trabajar; sus ojos no llena tampoco riqueza alguna, y no piensan: «¿Para quién trabajo y ahorro yo? Necio e imbécil de mí, ¿es que paso malos tiempos?» Dios da a alguno fama y riqueza, y a su alma sólo le falta que Dios no le concede que las necesite en el momento oportuno y también que se atreva a disfrutar con medida lo que está ahorrando para un crápula de fuera. Tántalo[5] está en placenteras aguas, mas no puede calmar su sed; aunque

mira las manzanas, poco se alegra con ello. Porque él mismo de todo se abstiene.



[68] Quien anda con niños y necios, ha de tomarse a bien sus bromas, porque, si no, tiene que irse con los necios.

No entender las bromas

Un necio es el que no entiende cuándo habla con un necio; un necio es el que ladra siempre en contra y se pelea con un borracho, y quiere bromear con niños y necios, sin aceptar el juego de la necedad. Quien quiera ir con cazadores, acose; quien quiera jugar a los bolos, ponga[1]; aúlle el que esté entre los lobos; miente, digo yo, aquel al que nada le falta. Dar palabra por palabra es necedad; dar bueno por malo tiene alto precio. A quien da lo malo por bueno, lo malo no se le sale nunca de casa; al que se ríe porque otro llora, le ocurrirá lo mismo antes de que lo piense. El sabio gusta de estar entre sabios. El necio gusta de andar entre necios. El que nadie pueda soportar a un necio, se debe a su soberbia. Más apesadumbra a un necio ver a algunos ir delante de él que le alegra el que todos le sigan y caigan a sus pies. Y para que veas cómo lo entiendo: el orgulloso gustaría ser único señor. Amán[2] no sentía tan gran placer porque le adorara todo el mundo, como aflicción porque no le adorara un solo hombre, Mardoqueo. No es menester fijarse en los necios, pues se les conoce por sus obras. Quien quiera ser sabio (como debe quienquiera), manténgase de los necios bien apartado.



[69] Lanza hacia arriba la pelota y no espera que caiga, el que quiere enfurecer a toda la gente.

Hacer el mal y no esperar[1]

Un necio es el que a los otros hace lo que él mismo de nadie puede tomar por bueno. Mire cada cual lo que hace a los demás, para que se le contente también con ello. Como uno grita ante el bosque, así recibe siempre su eco; quien quiere meter a otros en el saco, espere también sufrir la bofetada. El que a muchos dice lo que a cada cual le falta, oye muy a menudo quién es él mismo.

Como Adonisedec[2] hizo a muchos otros, así recibió en recompensa; el propio Perilo[3] cantaba en la vaca que había preparado para otros; lo mismo sucedió a Busiris[4], Diómedes[5] y Falaris[6]; alguno cava a otro una fosa, pero cae él mismo en ella. Una horca para otro dispuso Amán[7], pero en ella fue colgado él mismo. Confía mucho en todos, pero sé precavido, pues en verdad se echa ahora de menos la confianza. Prevé lo que se esconde detrás de cada cual: *Confíamucho* se fue cabalgando muchos caballos[8]. No comas con un envidioso ni quieras ir con él a la mesa, pues él calcula desde ese instante lo que nunca has pensado en tu interior. Él te dice: «¡amigo, come y bebe!»; pero su corazón está muy alejado de ti, como si dijese: «¡te lo concedo de tan buen grado como si un ladrón me lo hubiera robado!» Alguno que en broma te mira risueño, te comería el corazón en secreto.



[70] Quien no sabe mover la horca del heno en verano, ha de sufrir penurias en invierno y contemplar a menudo el baile del oso[1].

No proveerse a tiempo

Se encuentra mucho hombre despreciado, que es tan haragán, que nunca se apresta a realizar lo que ha empezado. Nada dispone a tiempo, nada guarda durante la noche, pues es tan indolente, que no piensa en lo que le falta y en lo que ha de tener en caso de necesidad. Cuando ésta le sobreviene, no piensa más lejos, a todas horas, que desde la nariz a la boca. A quien sabe recolectar en verano para poder pasar el invierno, le llamo yo un hombre sabio; mas el que en verano no quiere hacer otra cosa que dormir todo el tiempo al sol, ha de tener provisiones previamente acopiadas, o mal se las arreglará en el invierno, y tendrá que chupar mucho de las garras hasta vencer el hambre. Quien no hace heno en verano, anda a voces en invierno; tiene sólo una cuerda liada[1] y grita que se le venda heno. El perezoso ara de mal grado en invierno, y en el verano se alimenta mendigando[2], y tiene que soportar tiempos difíciles: pide mucho y recibe poco.

¡Aprende, necio, y hazte como la hormiga! Abastécete en el buen tiempo, para que no tengas que sufrir penurias cuando otras gentes van en pos de su alegría[3].



[71] Muy a menudo siente el rastrillo[1] quien siempre anda en disputas como un niño y quiere dejar ciega a la Verdad.

Disputar e ir a los tribunales

De los necios quiero también contar que en cualquier asunto quieren pleitear y no llegan a avenencia alguna sin haber tenido antes disputas; para que el proceso se alargue y para huir de la justicia, se hacen citar, rogar, exhortar, proscribir, dictar públicamente la sentencia y desterrar[1], confiando en curvar bien el Derecho, para que no siga recto, como si fuera una nariz de cera. No piensan que son la liebre que viene a la sopa de los escribanos. El magistrado, apoderado, defensor y abogado[2] tienen que llevarse también a la mesa su buena porción de pescado. Éstos pueden entonces dilatar bien el proceso y tender sus redes a la presa, de suerte que de un asuntillo salga un asunto y de un reguero un arroyo. Hay que contratar ahora costosos oradores y traerlos de lejanas tierras, para que con sus sutilezas encubran y den la vuelta a las cosas y con su garrulería embauquen al juez. Después hay que diferir mucho los plazos, para que los honorarios puedan engordarse y se derroche en viajes y banquetes más de lo que vale el asunto principal. Muchos gastan en *perejil*[3] más de lo que ganan en su jornada, pero piensan tapar los ojos a la Verdad no dejando que el juicio termine pronto.

Desearía a quien guste disputar que llevara clavados en el culo pesados rastrillos.



[72] Las palabras groseras y obscenas producen excitación, y se perturban muy a menudo las buenas costumbres cuando se sacude con excesiva fuerza el cencerro de la cerda[1].

Del necio grosero

Hay un nuevo santo, que se llama San Grobiano[1], al que ahora todos quieren festejar y rendir culto por doquier con obscenas y groseras obras, maneras y palabras, y quieren bromear con él, aunque su propio cíngulo tiene poco decoro[2]. Don Decente[3], por desgracia, ha muerto: el necio tiene a la puerca por la oreja y la sacude para que suene el cencerro de la cerda y le cante la marranada[4]. La cerda dirige ahora sola el baile, sostiene con el rabo la nave de los necios, para que no naufrague por su peso, lo que sería gran pena sobre la tierra; pues donde los necios no beben vino, apenas costaría una perra chica. Pero la cerda tiene ahora muchos hijos; la chusma grosera ha arrinconado la sabiduría, y a nadie deja acercarse al tablero de las damas[5], sólo la cerda lleva puesta la corona; quien sabe tocar bien el cencerro de la cerda, tiene que ir ahora delante. Quien ahora sabe realizar tal menester, como lo hizo el cura de Kalenberg[6] o el monje Eilsam[7] con su barba, quien creía que hacía un buen viaje de armas. Algunos obran y hablan de tal guisa, que, si los viera y oyera Orestes, aunque tenía perturbados todos los sentidos, diría que no podía haberlo hecho ningún cuerdo. Limpioalpueblo se ha quedado ciego porque los campesinos están ahora borrachos[8]. Don Tarugo es el primero en el baile, con don Grosero y don Tragón. Todo necio quiere hacer cerdadas, que se le deje la caja que se lleva por ahí con la grasa de burro. La caja de asno nunca se vacía, por mucho que cada cual quiera meter en ella la ma-

no y engrasar así sus gaitas. La grosería se extiende en nuestros días y vive casi en cada casa; poco se ejercita ya el buen juicio. Lo que ahora se habla o escribe, de la caja se ha tomado. Sobre todo, cuando se reúnen los calaveras, la cerda eleva sus maitines: la prima es en tono de asno, la tercia es de San Grobiano; aprendices de sombrereros cantan la sexta, de grosero fieltro es el texto[9]; la chusma grosera está sentada en la nona, glotones y crápulas vienen aquí; toca después la cerda a vísperas; don Sucio y don Inmundo cantan a continuación, pues se celebrarán las completas cuando se haya entonado el «Todos están llenos»[10]. El sebo de asno no descansa, mezclado está con grasa de cerdo; el uno se lo frota al otro, al que desea tener por compañero y quien quiere ser grosero, pero no puede. No se respeta a Dios ni a la honradez, de toda cosa grosera se habla; a quien sabe ser el summum de la grosería, se le ofrece un vaso de vino. Y se ríen de él hasta hacer temblar la casa, y se le pide que cuente otra gracia. Se dice: «¡éste es un buen chiste, con él no se nos hace largo el rato!» Un necio grita al otro: «¡sé buen compañero y alegre! ¡*Fetti gran schyer e belli schyer*![11] ¿Qué otra alegría tenemos en la tierra, a no ser esta buena compañía? ¡Seamos felices, llenemos la panza, gritemos! Poco tiempo nos queda en este mundo: ¡que nos traiga algún contento!; pues quien de muerte fallece, así yace, y no disfruta después de ningún tiempo gozoso. ¡Nunca hemos sabido de nadie que haya vuelto del infierno y que nos diga cómo van las cosas por allí! ¡Cultivar la buena compañía no es pecado! Los curas dicen lo que quieren, y que esto y aquello está prohibido; si el pecado fuera como nos lo pintan, ellos mismos no pecarían. Si el cura no hablara del demonio, y el pastor no se quejara de los lobos, nada sacarían los dos». Con tal discurso andan los necios y con su grosera chusma escarnecen al mundo entero y también a Dios, mas a la pos-

tre sirven de mofa a la gente.



[73] Algunos aspiran a la clerecía, a vestir sotana de cura y hábito de convento, y después se arrepienten y lo lamentan.

Del hacerse clérigo

Otra cosa más se enseña ahora, que tiene también su sitio en la nave de los necios y de la que todos se sirven: cada campesino quiere tener en la familia un cura, que se alimente de la ociosidad, viva sin trabajar y sea un señor[1]. No es que lo haga por devoción o porque cuide de salvar el alma, sino que desearía tener un señor que pudiera alimentar a sus hermanos. Y poco le deja aprender. Se dice: «¡puede entenderlo con facilidad! ¡No necesita pensar en grandes saberes para conseguir una prebenda!». Y tiene el sacerdocio en tan poco aprecio como si fuera cosa liviana. Por ello encontramos ahora muchos curas jóvenes que saben tanto como los monos, pero toman sobre sus espaldas el cuidado de las almas, cuando apenas se les confiaría una res; tanto saben de dirigir una iglesia como el burro del molinero tocar la lira[2]. Los obispos son los culpables: no deberían permitir recibir las sagradas órdenes, ni, sobre todo, cuidar de las almas, a quienes no sean completamente dignos; y así cada uno sería un sabio pastor que no descarría a sus ovejas. Mas ahora piensan los jóvenes lechuguinos que, si fueran curas, cada uno tendría lo que quisiera. En verdad no es todo oro lo que en la silla de montar reluce. Algunos ensucian sus manos haciéndose ordenar sacerdotes siendo jóvenes y se maldicen después por no haber esperado más; hay de ellos incluso quienes acabaron mendigando. Si hubieran tenido una adecuada renta antes de abrazar el sacerdocio, no hubieran llegado a tal extremo. A muchos se ordena por pro-

tección de los señores o por la mesa de éste o aquél[3], aunque de ella como poco pescado. Se prestan nombramientos[4] unos a otros para tener un título, y creen engañar al obispo, cuando se engañan a sí mismos con su propia corrupción. No hay ganado más pobre sobre la tierra que el clero que carece de sustento. Tiene gastos por doquier: obispo, vicario y fiscal, el señor de la renta, sus propios amigos, la sirvienta y los niños pequeños le dan un buen empujón para que entre en la nave de los necios y se olvide así de todo contento.

¡Ay Dios! A algunos de los que dicen misa, mejor les fuera abstenerse de ello y no tocar nunca el altar, pues Dios no se acuerda de nuestra ofrenda cuando se realiza en pecado y con pecado. A Moisés[5] habló Dios nuestro Señor: «¡Que todo animal se aleje y no toque el monte sagrado, para que no sucedan grandes calamidades!» Por haber tocado el Arca, murió Oza[6] al instante; Coré[7] tocó el incensario y murió, con Datán y Abirón.

La carne consagrada[8] sabe bien a muchos; quien gusta de calentarse con el carbón del convento, tórnasele a la postre fuego y rescoldo[9]. ¡Fácil es predicar a gente inteligente! Encontramos ahora a muchos niños en las órdenes, antes de hacerse hombres; antes de entender si esto les aprovecha o perjudica, están metidos en el embrollo. Aunque la buena costumbre trae buen beneficio, en ocasiones se arrepienten algunos, que maldicen a todos los amigos que son causa de tal ordenación. Muy pocos entran hoy en el convento en una edad en que lo entienden; o van allí por mor de Dios, y no de su propio sustento. No respetan la clerecía y hacen todo sin devoción, especialmente en todas las órdenes en que no se mantiene la observancia[10]. Tales gatos monacales son muy vivaces: no hay cordel que los ate. Pero mejor

sería al fraile no pertenecer a orden ninguna que no obrar con justicia.



[74] Gran dispendio hacen muchos en la caza, que poco provecho les reporta, aunque usen muchos dichos de cazador.

Del ocioso cazar

Cazar no está falto tampoco de necedad, pues se pasa así mucho tiempo sin provecho. Aunque debe ser una diversión, exige grandes dispendios; pues el sabueso, galgo, mastín y perro braco no llenan gratis sus carrillos. Como el perro, el ave de cetrería y el halcón no traen ningún provecho y ocasionan muchos gastos. Aunque no se cace ni una liebre ni una perdiz, le cuesta al cazador una libra[1]. Además, se necesita mucho tiempo y pasar penalidades para correr tras la presa, para seguirla a pie y a caballo, y para rastrear montes y valles, bosques y setos, donde el cazador pueda apostarse, esperar y ocultarse. Los unos espantan más que cazan: no han hecho bien el cerco; el otro, caza a menudo una liebre que ha comprado en el mercado. Algunos que quieren dárselas de muy valientes, osan ir en pos de leones, osos y jabalíes, y hasta escalar tras las gamuzas, mas reciben su último trofeo[2].

Los campesinos cazan en la nieve, la nobleza no tiene ya su privilegio: si persigue largas horas al venado, el aldeano ya lo ha vendido en secreto. Nemrod[3] fue el primer cazador, al ser completamente abandonado por Dios. Esaú[4] cazaba porque era un pecador y se había olvidado de Dios. Pocos cazadores se encuentran ahora como Huberto y Eustaquio[5], que dejaron de cazar, pensando que, de no hacerlo, no servían a Dios.



[75] Quien quiera disparar, apunte y acierte, pues a la nave de los necios tira el que no atina.

De los malos tiradores

Si no molestara a los tiradores, organizaría también un concurso para necios y haría un campo de tiro en la orilla del mar; más de uno fallaría, no sin su perjuicio. Además, están previstos también premios: el que más se acerca a la diana, gana, o, al menos, desempata. Pero apunte y no dispare al suelo ni a las alturas, sino a la diana. Si quiere tocar el clavo, no se prepare con prisas. Muchos son los que tiran por encima; a uno se le rompe el arco, cuerda y gatillo; a ése, al tensar, se le resbala varias veces la cuerda; a aquél se le pone loco el armazón o el sostén; la ballesta de aquel otro se suelta con sólo tocarla: la cuerda está engrasada; a éste no le está la diana como antes, y ya no puede orientarse; ése ha hecho muchos disparos, que le son de bien poco provecho: si acaso, gana la cerda, cuando los otros al final deben tirar para desempatar.

No hay tirador en el mundo que no encuentre siempre lo que precisa —primero esto, luego aquello— para tener una disculpa que salve su honra; si no hubiera fallado *en aquello*, en verdad habría ganado el premio.

En particular, conozco aún más tiradores que oyen que se celebra lejos una competición y acuden allí en el momento oportuno gentes de todas las regiones, los mejores que encontrar se puede, de los que ninguno ganaría el premio a no ser que pusiera todos los tiros en el blanco… Pues bien, un fatuo es el que sabe que nada ganará y, sin embargo, osa acudir allí y tentar también su suerte. Me quedo antes con

los gastos de su viaje que con su parte del premio[1]. De lo puesto por participar, voy a guardar silencio: ¡la cerda le chillará en la manga![2]

Muchos quieren disparar hacia la sabiduría, pero pocos dan en el blanco. No se apunta bien a ella: éste pone la mira demasiado baja, ése demasiado alta; aquél se aparta del punto de mira, a aquel otro se le parte el tope; uno hace un disparo como Jonatán[3], a otro se le sale el tope por atrás[4]. Quien desee acertar bien a la sabiduría, necesita tener muchas flechas como aquellas que Hércules tenía en demasía, con las que acertaba cuanto deseaba, y lo que acertaba caía muerto a la tierra. Quien desee disparar bien a la sabiduría, mire de apuntar al blanco y guardar la medida, pues, si falla o yerra en el tiro, tendrá que ir con los necios. Quien desea disparar y falla el tiro, a casa se lleva la cerda en la manga.

Quien quiera cazar, tornear o disparar, tendrá pequeño beneficio y grandes perjuicios.



[76] Caballero Pedro de viejos tiempos, debo cogeros por las orejas. Me parece que ambos éramos necios, por más que vos llevéis espuelas de noble.

Del mucho vanagloriarse

Traigo también aquí a los mentecatos y necios que se jactan de grandes cosas y quieren ser lo que no son, pensando que el mundo entero está ciego, que no se les conoce ni se pregunta por ellos.

Alguno quiere pasar por noble y de alta cuna, aunque su padre hacía *¡pum! ¡pum! ¡pum!* y trabajaba de tonelero[1], o se ganaba su sustento luchando con una vara de hierro[2] o corriendo con una lanza de judío y haciendo caer a muchos al suelo[3]. Y quiere que se le llame *doncel*, como si no se conociera a su padre; que se le diga *maestre Juan de Maguncia*, y también a su hijo *doncel Vicente*[4].

Muchos se jactan de grandes cosas y a cual más fanfarronean, aunque son tan necios en su pellejo como el caballero Pedro de Porrentruy[5], que quiere que se le diga *caballero*, pues habría estado en la batalla de Murten[6], donde tenía tales ansias de huir, que la mierda le había llenado el pantalón tan hasta arriba, que hubo de lavársele hasta la camisa. Mas sacó de allí escudo y yelmo, para demostrar que era noble: un azor con color como de garza, y sobre el yelmo un nido con huevos, en el que está posado un gallo en muda, que quiere incubar los huevos. De esos necios se encuentran más: quieren tener muy gran honor por haber estado delante; al querer huir, miraban mucho a sus espaldas, por si les seguían otros.

Algunos se hacen grandes lenguas de sus combates, de cómo atravesaron con la espada a éste y abatieron de un

disparo a aquél, aunque estaban tan lejos de ellos, que con ningún arcabuz les harían algún daño.

Muchos se esfuerzan hoy por conseguir nobiliarios escudos de armas, por poder llevar muchas pezuñas y garras de león, un yelmo coronado y un campo gualdo: son del noble linaje de Bennefeld[7].

Una buena parte son nobles por sus mujeres, cuyos padres moraban en Ruprechtssau[8]; bastantes llevan el escudo de armas de su madre, porque quizá se equivocan en su padre.

Muchos tienen buenos títulos y sellos, como si fueran de sangre noble; quieren ser, de Derecho, los primeros en ser nobles en su linaje. Aunque yo no lo repruebo ni lo encomio: de virtud y perfección está hecha toda nobleza. Por noble tengo a quien conserva aún las buenas costumbres, la honra, la virtud y perfección. Pero, a quien no tuviera virtud, educación, pudor, honra y buenas costumbres, lo consideraría vacío de toda nobleza, aunque su padre fuera príncipe. La nobleza sólo en la virtud se mantiene; de la virtud sale toda nobleza.

De igual modo quiere ser alguno doctor, que nunca vio el Sexto, la Clementina, el Decreto, el Digesto o las Instituciones[9], sólo para tener una piel de pergamino[10], en el que está escrito su derecho: el propio título indica todo lo que él sabe y que es muy bueno tocando la gaita de los necios.

Por ello está aquí el doctor Mañas[11], que es un hombre erudito e inteligente: coge a todos por las orejas y sabe más que lo que saben muchos doctores. Ha estado en muchas universidades en países próximos y lejanos, adonde nunca han ido los necios que por la fuerza[12] quieren ser doctores; hay que decirles «señor doctor» porque llevan togas rojas y porque su madre es un mono.

Conozco todavía a otro, que se llama Juan Boñiga[13] y quiere convencer a todo el mundo de que ha estado en Noruega y en Suecia, en Argel y en Granada, y donde la pimienta crece y florece[14], aunque nunca fue tan lejos: si su madre hubiera hecho allá en su casa una tortilla o una salchicha, él las habría olido y oído crepitar.

Tanta jactancia hay en la tierra, que llevaría mucho tiempo enumerarla; pues lo que a todo necio le ocurre es que quiere ser lo que no es.



[77] Muchos tienen tantas ansias de jugar, que olvidan cualquier otra diversión y no piensan en la futura pérdida.

De los jugadores

Aun encuentro yo muchos necios de toda necedad, que sólo en el juego tienen todo su contento. Piensan que no podrían vivir si no pudieran andar con él, y noche y día se pasan jugando a las cartas, echando a los dados y empinando el codo. Estarían sentados toda la noche, sin dormir ni comer, pero tienen que beber, que el juego inflama el hígado y se quedan secos y sedientos. Por la mañana bien se nota: uno tiene la pinta de las buenas peras[1], el otro vomita tras las puertas, un tercero ha tomado un color como si acabara de llegar de la tumba o le reluce la cara como a un aprendiz de herrero antes de comenzar el día[2]. La cabeza tiene tan saturada, que bosteza todo el día como si quisiera cazar moscas; nadie podría ganar mucho oro si tuviera que estar sentado una hora en un sermón y olvidarse del sueño: ocultaría la cabeza en los faldones como si el predicador debiera acabar. Pero en el juego, aunque se esté sentado mucho tiempo, no se presta atención al sueño. Muchas mujeres están también tan ciegas, que olvidan quiénes son y que todos los usos prohíben tal mezcla de los dos sexos; se sientan junto con los hombres y no sienten el pudor de su debida educación y de su condición femenina, y juegan y tiran a los dados tarde y temprano, lo que no es propio de las mujeres. Deberían lamer en la rueca[3] y no estar metidas en el juego con los hombres. Si cada cual jugase con su igual, tanto menos tendría que avergonzarse de ello. Cuando el padre de Alejandro quería que corriera para conseguir premios,

pues era muy rápido corriendo, le dijo esto a su padre: «Justo sería que hiciera todo lo que mi padre ordenara y pidiera; sin duda, me gustaría correr si hubiera de hacerlo con reyes; no se necesitaría pedírmelo si tuviera a alguien igual a mí»[4]. Pero se ha llegado hoy al punto de que los buenos clérigos, nobles y burgueses se sientan con los proxenetas[5], que no les son iguales en la buena fama. Sobre todo los clérigos deberían dejar su juego con los legos, si tuvieran bien en cuenta su enemistad y el viejo odio. Neidhart[6] está también entre ellos, se excita al ganar y al perder, máxime estándoles prohibido jugar un juego a cada instante. A quien consigo mismo puede jugar, nunca nadie le puede ganar, y libre está de preocupaciones por perder o por que se le echen malos juramentos.

Mas si tengo que decir lo que conviene a un buen jugador, traeré aquí a colación a Virgilio[7], quien habla así de estos mismos asuntos: «Desprecia el juego en todo momento y no te turbe la ignominiosa codicia, que el juego es loca ansia que toda razón en ti destruye. ¡Vosotros, valientes, proteged vuestra honra, que el juego no os la dañe! El jugador ha de tener dinero y valor; si pierde, darlo por bueno; nunca debe lanzar coléricos insultos, maldiciones y juramentos. Quien trae dinero, mire bien a su suerte, pues muchos vienen al juego con buen peso y salen por la puerta vacíos. Al que sólo juega por la gran ganancia, raramente le sale conforme a su idea. De buena paz disfruta quien no juega; el que juega, tiene que seguir poniendo. Quien quiere sentarse en toda cantina[8] y buscar la suerte en todo juego, ha de tener mucho que poner o volver muy a menudo sin blanca a casa. ¡Si alguien tres enfermedades tiene y me sigue, cuatro serán nuestras hermanas!» El juego sólo muy raramente puede estar libre de pecado. Un jugador no es amigo de Dios: ¡los jugadores son hijos del diablo!



[78] Muchos necios, que estultos son en múltiples sentidos, están en este aprieto: sentado les está el asno en las espaldas.

De los necios abrumados

Tantos son en la orden de los necios, que yo, por estar sentado, casi habría pasado inadvertido y habría perdido el barco, de no haberme susurrado al oído el asno su aviso.

Yo soy aquel al que todas las cosas abruman, me quiero agachar bien en un rincón por si el burro me quisiera abandonar y no estar siempre en mis espaldas; y, si tengo la suficiente paciencia, espero escapar del asno. Pero tengo muchos compañeros a los que abruma todo lo que a mí me abruma: Como quien no sigue el buen consejo; quien sin necesidad se encoleriza; quien compra desdicha, quien sin razón se aflige; quien prefiere tener disputas que sosiego; quien ve de buen grado las diabluras de sus hijos; quien a su vecino no tiene como amigo; quien sufre que le apriete el zapato[1] y hace que su mujer tenga que ir a buscarle a la taberna, en el libro de los necios su lugar debe ocupar. Quien come más de lo que gana, y toma prestado mucho, que entre los dedos se le escapa; quien a su mujer exhibe a los otros, un necio es, cernícalo, borrico y sandio; quien piensa en sus muchos pecados y el tormento que ha de sufrir por ellos, y puede, no obstante, estar contento, no debe andar sobre el asno, sino llevarlo en las espaldas, para que le aplaste por el suelo. Un necio es quien ve el bien y sigue el mal.

Atañe esto a muchos necios que este asno lleva consigo.



[79] Cuando salteadores de caminos y escribanos[1] atacan a un sencillo y honrado campesino bien acomodado[2], éste tiene que tener la culpa[3].

Salteadores y escribanos

Escribanos y salteadores son también motivo de mofa por estar en la banda de los necios; se alimentan casi con el mismo sustento: éste despelleja en secreto, aquél a las claras. Éste arriesga su vida en seco y en mojado, aquél mete su alma en el tintero. El salteador pega fuego a muchos graneros, el escribano tiene que tener a un campesino que esté rollizo y pueda gotear bien para que haga oler su col[1]. Si cada uno hiciera como debe, serían los dos merecedores del dinero: éste con la pluma, aquél con la espada. No se desearía prescindir de ambos si su cosecha no fuera más alta que donde alcanza la mano[2] y si por ellos no sufriese menoscabo el derecho: se alimentan desde el estribo[3]. Mas, dado que cada uno tiene puesto su ánimo y sentido en su propio beneficio, tengan a bien perdonarme que también los lleve en la nave de los necios. No los he invitado, cada uno se paga su pasaje y se quiere seguir comprometiendo a traer al barco muchos conocidos. Hay aún muchos escribanos y farsantes que cometen hoy feroz bandidaje y se alimentan con lo que les viene a la mano, como la soldadesca por los campos. Es, en verdad, un gran escándalo que no se quiera proteger los caminos, para que los peregrinos y comerciantes estén seguros, pero sé bien la razón: se dice que el dinero del salvoconducto sienta muy bien[4].



[80] He corrido allí y allá, la botellita nunca estuvo todo el tiempo vacía, hasta que esta carta entrego al necio.

Necio mensaje

Si me olvidara ahora de los mensajeros y no les concediera también su necedad, me advertirían ellos mismos. Los necios tienen que tener un mensajero, que lleve en la boca[1], y que no sea descuidado, una cartita que no se moje, que vaya limpiamente por el tejado, para que las tejas no crujan, y que mire también que no se le confía hacer más de lo que se le encomienda; y ante el vino no sabe lo que debe hacer y se le ha ordenado, y se retrasa mucho tiempo en el camino para cruzarse con mucha gente; procura comer cerca y mirar tres horas las cartas, por si pudiera saber lo que lleva, y lo que sabe, pronto lo cuenta, y por la noche deja su bolsa en un banco; si por el vino coge una mona y vuelve a casa sin respuesta… esos son los necios a los que me refiero. Corren tras la nave de los necios, sin encontrarla entre aquí y Aquisgrán[2]; pero deben tener la osadía de no olvidar la botellita, pues del correr y el mentir se les seca el hígado y los genitales. Al igual que la nieve nos da refrigerio cuando la encontramos en el estío, el fiel mensajero reconforta al que lo ha enviado. Digno es de alabanza y honra el mensajero que presto puede cumplir lo que se le encarga.



[81] Aquí vienen bodegueros, cocineros, sirvientes, todos los que reinan en las labores de la casa y a su antojo disponen en el barco.

De los cocineros y los bodegueros

Un mensajerillo acaba de pasar ante nosotros corriendo y nos pregunta por la nave de los necios: le damos sopa salada, para que pueda empinar bien la botellita; tanta prisa se daba en correr como en sacar sin descanso la botella; queríamos darle una carta, pero no quiso detenerse tanto. Por ello llegamos aquí de forma sencilla, sin habernos anunciado, los bodegueros y cocineros, mozas, sirvientes y criados, que de la cocina nos cuidamos. Servimos a gusto del cliente, y no nos causa dolor alguno, pues de nuestra bolsa no sale. Sobre todo, cuando nuestro amo no está en la mansión, y nadie lo ve, comemos opíparamente y bebemos como en la taberna, también nos llevamos a casa a juerguistas de fuera y empinamos bien las cántaras, jarras y botellas. Cuando por la noche el amo se va a dormir y ha echado el cerrojo y candado la puerta, entonces bebemos, y no del peor vino, y lo sacamos del barril más grande: así no es tan fácil de descubrir. A la cama nos llevamos después unos a otros, pero poniéndonos doble par de calcetines, para que el amo no nos oiga andar y, si se oye crujir algo, se piense que son los gatos los que lo hacen. Y, cuando pasa un poco de tiempo, piensa el señor que aún tiene unos buenos tragos en su barrilito, pero entonces hace la espita *glu, glu, glu…* Esto es señal de que ya queda muy poco en el barril.

Después nos cuidamos con gran diligencia de cómo preparar muchos platos, y para ello despertamos el apetito y el estómago cociendo, hirviendo, friendo, haciendo en su salsa[1], asando, amasando[2], con salsa bien aliñada[3]; lleno de azúcar, condimentos y especias damos un ojimiel[4] a uno que sufre vómitos en la escalera, o tiene que purgárselos con siropes y con lavativas. A ello no prestamos especial atención, pues de ahí también salimos bien llenos, que de nosotros no nos olvidamos: comemos lo mejor del puchero;

pues si muriéramos de hambre, se diría que se había debido al hartazgo. El bodeguero dice: «¡Fríeme una salchicha, cocinero, y te calmo la sed!» El bodeguero es el traidor del vino, el cocinero es el asador del diablo; aquí está acostumbrado al fuego, lo que allí[5] le servirá de ayuda. Bodegueros y cocineros nunca andan de manos vacías, sirven la mesa a sus anchas: en la nave de los necios tienen puestas todas sus ansias. Cuando José llegó a Egipto, el príncipe de los cocineros lo llamó a su lado, y Jerusalén consiguió a Nebuzardán[6].



[82] Habría olvidado casi incluir otro barco, donde tratar la necedad de los campesinos.

Del derroche campesino

Los campesinos eran aún bastante sencillos en tiempos recientes, hace pocos años; reinaba la justicia entre los moradores del campo; cuando ella huyó de las ciudades y murallas, quiso albergarse en chocillas de paja, antes de que los campesinos bebieran vino, que también ahora pueden soportar de buen grado. Se meten en grandes deudas; aunque el grano y el vino les reporta gran beneficio, los toman a fiado y a plazo, y piensan no pagar a tiempo: hay que desterrarlos y dar a conocer con las campanas la sentencia[1]. El cotí doble no les gusta como antaño, los campesinos no quieren ya zamarras[2]; tienen que ser trajes de Leiden y Malinas[3] y llenos de aberturas y guarnecidos de todo tipo de colores, piel salvaje sobre piel salvaje, y sobre la manga la figura de un cuco[4]. La gente de la ciudad aprende ahora de los campesinos cómo incrementar su maldad; todo engaño viene hoy de los campesinos, cada día tienen una nueva moda, ya no hay llaneza en el mundo; los campesinos están rebosantes de dinero, grano y vino guardan tras de sí, amén de otras cosas, para hacerse ricos, y cuidan de que se encarezca, hasta que el trueno viene con fuego y arden grano y granero.

De igual modo, en nuestros tiempos ha surgido más de un necio que antes era burgués y comerciante, y ahora quiere ser noble y de la misma alcurnia que el caballero. El noble anhela ser barón, el conde devenir príncipe, el príncipe la corona de rey ansía; muchos llegan a caballeros, sin

haber blandido una espada en pro de la justicia; los campesinos llevan vestidos de seda y cadenas de oro; la mujer de un burgués se pavonea más que una condesa. Donde ahora hay dinero, hay soberbia. En lo que un ganso del otro ve, piensa sin descanso: hay que tenerlo; si no, duele. La nobleza ya no tiene ningún privilegio. Se encuentra a una mujer de artesano que lleva en su cuerpo vestidos, anillos, abrigos y finos pasamanos de más precio que todo lo que tiene en casa. Por ello se pierde más de un hombre honrado, que tiene que ir con su mujer a mendigar, y en invierno beber en un jarro[5], para poder darle contento a su mujer; si tiene ella hoy todo lo que apetece, muy pronto cuelga todo ello ante el prendero. Quien cede a los caprichos de la mujer, muy a menudo pasa frío, aunque diga «¡uf, qué calor!». En todos los países reina gran escándalo, nadie se conforma ya con su condición, nadie piensa quiénes eran sus antepasados, por ello está ahora el mundo colmado de necios. Esto es lo que en verdad puedo deciros: el trípode tiene que entrar en el saco[6].



[83] A estos necios nada contenta en el mundo, a no ser que huela a dinero. Su sitio está también en el campo de los necios.

Del desprecio de la pobreza

Los necios del dinero son también tantos por doquier, que no se conoce el número de quienes prefieren tener dinero que honra. De la pobreza hoy ya nadie quiere saber; muy raramente pueden hoy subsistir los que en la casa tienen virtud, pero nada más. Ya no se rinde homenaje a la sabiduría, la honradez tiene que estar muy atrás; y muy difícilmente llega ésta a hacer carrera, se quiere ahora que de ella se calle; y quien a la riqueza se aplica, mira también de hacerse pronto rico y no retrocede ante el pecado, el crimen, la usura, la infamia y también la traición a su país; esto es hoy común en el mundo. Toda maldad se encuentra hoy por dinero: la justicia por dinero se vende, y por el dinero llegaría más de uno a una soga, si con dinero no se rescatara; por dinero queda mucho pecado impune. Y te digo en cristiano cómo lo entiendo: sólo a los pequeños ladrones se cuelga; un tábano no queda prendido en la tela de araña, ésta sólo a los pequeños mosquitillos envuelve en su red. Acab[1] no se contentó con todo su reino y quiso tener también el huerto de Nabot: por ello murió injustamente el pobre honrado.

Sólo el pobre tiene que entrar en el saco; lo que dinero trae, bien sabe. La pobreza, que ahora en nada se tiene, era antaño querida y muy respetada, y cara a la época áurea[2]. Allí nadie había que estimara el dinero o que poseyese algo en exclusiva: todas las cosas eran allí comunes y se daban por contentos con lo que la tierra sin fatigas y la naturaleza sin preocupaciones regalaba. Mas cuando se usó el arado, se

empezó también a ser codicioso y surgió el «¡si fuera mío lo tuyo!» Todas las virtudes seguirían en la tierra si sólo se anhelase lo provechoso. La pobreza es un don de Dios, por mucho que hoy sea la mofa del mundo; esto viene sólo de que no hay nadie que recuerde que la pobreza no echa nada en falta y que nada puede perder quien antes nada tiene en el saco y que fácilmente puede nadar lejos quien está desnudo y sin nada encima. El pobre canta libre por el bosque[3]; al pobre raramente se le pierde algo. El pobre tiene la libertad de poder ir a mendigar, aunque se le mire mal; y, aunque nada se le dé, no por ello tiene menos. En la pobreza se encontraba mejor consejo que el que diera nunca la riqueza: Quinto Curio lo evidencia, y el famoso Fabricio, que no quiso tener bienes y dinero, sino que eligió el honor y la virtud[4]. La pobreza ha dado fundamento y principio a todo gobierno; la pobreza ha erigido todas las ciudades; la pobreza ha descubierto todo saber; de toda maldad está libre la pobreza; de la pobreza todo honor puede florecer; en todos los pueblos de la tierra ha sido largo tiempo apreciada la pobreza; sobre todo los griegos sojuzgaron con ella muchas ciudades, gentes y naciones. Arístides[5] fue pobre y justo; Epaminondas[6], severo y recto; Homero fue pobre e ilustrado; por su sabiduría fue respetado Sócrates, y en generosidad nadie supera a Foción[7]. Este encomio recibe la pobreza en la Escritura: nada tan grande existió nunca en la tierra, que no fluyera en un principio de la pobreza. El Imperio romano y su gran fama proceden primeramente de la pobreza. Quien observe y advierta que Roma fue fundada por pastores, gobernada mucho tiempo por campesinos pobres y conducida después al desastre por la riqueza, puede apreciar bien que más aprovechó a Roma la pobreza que la gran riqueza. Si Creso[8] hubiera sido pobre y sabio, habría conservado lo suyo. Cuando se preguntó a Solón[9] si había alcan-

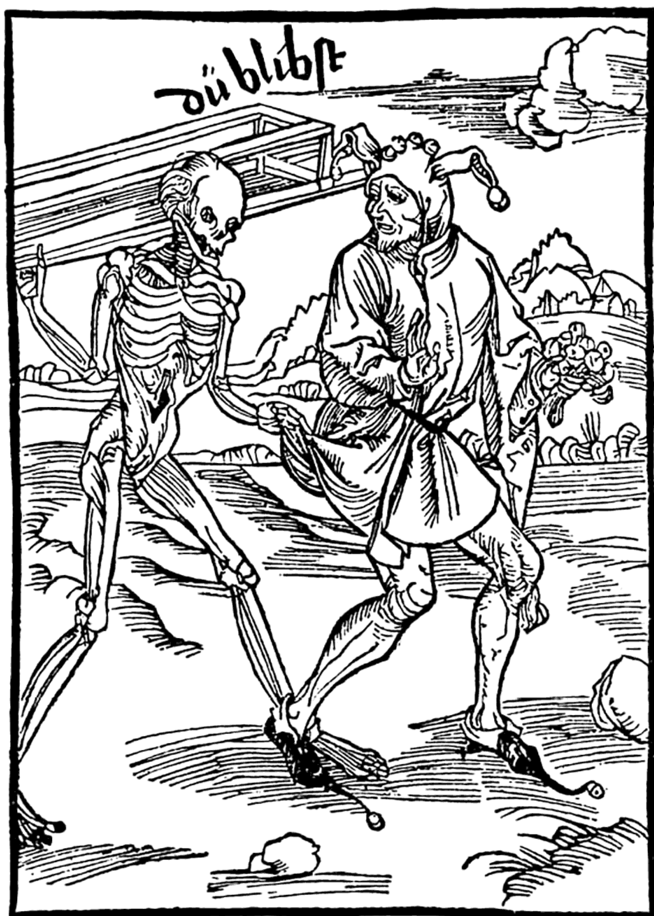
zado la verdadera felicidad, pues era poderoso, rico y respetado, contestó: «No se debe aquí en la tierra llamar a nadie dichoso antes de morir, pues no se sabe lo que después le acontece.» Quien cree que está hoy todavía seguro, no conoce, sin embargo, el futuro. Dijo el Señor: «A vosotros, dolor y aflicción; vosotros los ricos tenéis aquí vuestra dicha y disfrutáis de vuestros bienes; ¡bienaventurado el pobre de libre espíritu!»[10]. Quien acopia bienes gracias a mentiras, despreciable es y muy cobarde, y alimenta su propia desdicha de quedar colgado en la soga de la muerte[11]. Quien comete injusticia contra un pobre, queriendo con ello multiplicar sus bienes, encontrará a otro más rico al que se los entregará, quedando él en la pobreza[12]. No pongas tus ojos en los bienes que huyen continuamente de ti, pues al punto consiguen plumas, como el águila, y vuelan en el viento[13]. Si fuese bueno ser rico aquí en la tierra, no habría sido Cristo un dechado de pobreza. Quien dice que nada le falta, a no ser que su bolsa no tiene un penique, desnudo está de toda sabiduría. Le falta más de lo que puede decir: sobre todo, que no ve que es más pobre aún de lo que se imagina.



[84] Muchos pusieron muy presto la mano sobre el arado[1], mas a la postre mal terminaron, porque el cuco sigue en el nido[2].

Del perseverar en el bien

Muchos ponen su mano sobre el arado y están en un principio harto sedientos de sabiduría y de buenas obras, mas no suben a la cima del monte que les conduce al reino de los cielos, sino que miran tras de sí y les place Egipto, donde dejaran sus ollas de carne[1], y corren tanto en pos de los pecados como el perro de su vómito, que ya ha comido muchas veces[2]. ¡En verdad, tienen muy mal remedio! Muy raramente vuelve a cerrarse la herida que se abrió más de una vez. Si el enfermo no se comporta bien y recae en su enfermedad, es de temer que no curará en mucho tiempo. Mejor sería no empezar que tras el comienzo abandonar. Dice Dios: «Deseaba que tuvieras forma, que fueras caliente o muy frío; mas porque quieres ser tibio, haces vomitar a mi alma»[3]. Aunque uno haya hecho muchas buenas obras, no recibirá su justa recompensa si no persevera hasta el final. De grandes males salió apresuradamente y fue liberada la mujer de Lot[4], pero, al no cumplir lo ordenado y volver a mirar tras de sí, quedó allí petrificada de la forma más insólita. El necio vuelve a su cascabel como el perro a su vómito.



[85] ¿Pueden la nobleza, la riqueza, la fortaleza y la flor de la juventud vivir en paz, oh muerte, ante ti? Todo lo que un día consiguió la vida y es perecedero, ha de perecer.

No prever la muerte

Estamos engañados, queridos amigos, todos los que vivimos aquí en la tierra, al no prever a tiempo la muerte, que no nos perdona. Sabemos y conocemos bien que se nos ha fijado la hora, y no sabemos dónde, cuándo y cómo. La muerte nunca dejó a nadie aquí. Todos morimos y pasamos como el agua en la arena. Grandes necios insensatos somos, al no pensar en los muchos años que Dios nos deja vivir para que nos preparemos para la muerte y aprendamos que tenemos que irnos de este mundo y no podemos escapar por otro camino. El vino que sella la compra ha sido bebido, no podemos desistir de ella[1]. La primera hora trajo consigo también la última, y el que creó al primer hombre sabía asimismo cómo moriría el último. Mas la necedad nos engaña, impidiéndonos recordar que la muerte no nos va a dejar aquí y que no va a perdonar nuestro hermoso cabello, ni nuestros verdes laureles y coronas[2]. Se llama con justicia Juan sin Miedo, pues al que coge y arrastra hacia sí, por fuerte, hermoso o joven que sea, le enseña un salto muy singular, que con justicia llamo el salto de la muerte, y se apoderan de él el frío, la angustia y el sudor, y se estira y retuerce como un gusano, pues allí se celebra el verdadero combate[3].

¡Oh muerte, cuán grande es tu poder, que de todos te apoderas, jóvenes y viejos! ¡Oh muerte, que cruel es tu nombre para la nobleza, el poder y el alto linaje; ante todo, para quien pone su alegría y su ánimo sólo en los bienes

temporales! La muerte con el mismo pie aplasta la sala del rey y la choza del pastor[4]: no respeta la pompa, el poder ni la riqueza; al Papa trata como al campesino. Un necio, por tanto, es quien huye constantemente de quien no se puede librar, y piensa que si sacude sus cascabeles, la muerte no le verá. Cada cual viene a este mundo con la condición de que también se irá de él y que es propiedad de la muerte cuando el alma se separa del cuerpo. Con la misma justicia se lleva la muerte todo cuanto la vida ha tocado: tú mueres, aquel queda aún mucho tiempo en el mundo, mas nunca nadie permaneció aquí eternamente. Incluso quienes vivieron mil años, también tuvieron a la postre que partir. Apenas el hijo sobrevive al padre lo que dura su vestido; muere a veces otro antes que el padre, pues se encuentra también mucha piel de ternero[5]. Cada uno se va detrás del otro; quien no muere como debe, encuentra su merecido.

Igualmente ponen su necedad de manifiesto los que se afligen y lloran por un muerto y les espanta su reposo, al que, sin embargo, todos nosotros aspiramos. Pues nadie partirá demasiado pronto hacia donde vivirá eternamente; sí, les aprovecha a muchos que Dios les llame pronto de aquí. La muerte ha sido para muchos ventajosa, pues se libraron de tribulaciones y sufrimientos. Muchos ansiaron también ellos mismos la muerte, y muy de agradecer les pareció a otros, a los que llegó antes de ser llamada: a muchos presos procuró la libertad; a muchos otros sacó de la prisión, que para toda la vida se les había previsto. La fortuna reparte desigual bienes y riquezas, mas la muerte todo lo iguala; es un juez que nada perdona, le implore quien le implore. Es el único que todo lo recompensa, que nunca protegió a nadie, que nunca a nadie prestó obediencia. Todos tuvieron que seguir sus pasos y danzar para ella tras sus filas: papas, emperadores, reyes, obispos y gentes de a pie; y mu-

chos de ellos nunca habían pensado que encabezarían la danza y tendrían que bailar en la ronda el *westerwälder* y el *trotter*[6]; Si se hubieran preparado antes, no habrían sido cogidos tan de improviso.

Más de un gran necio hay ahora en el otro mundo, que estaba preocupado por su tumba y empleó en ella tan gran riqueza, que aún maravilla a muchos. Como el Mausoleo, que Artemisa hizo construir para su esposo, y tanto dinero invirtió en él, con tanto lujo y largueza, que es una de las siete maravillas que se encuentran en el mundo[7]. También las tumbas de Egipto que se han llamado pirámides. Principalmente Cheops se construyó allí una tumba, en la que puso sus bienes y fortuna, pues trescientos sesenta mil hombres trabajaron en ella, a quienes entregó tanto dinero para coles (y en otros gastos no quiero entrar), que no tengo hoy a nadie por tan rico que hubiera podido pagar solo todo aquello[8]. Amasis se construyó otra igual, como se la había construido también Rodopis[9]. ¡Qué gran necedad del mundo gastar tanto dinero en tumbas, para arrojar en ellas el saco de cenizas y la osamenta, y hacer tanto dispendio para construir una casa a los gusanos, y no dar nada al alma, aunque tiene que vivir eternamente!

En nada ayuda al alma una tumba suntuosa o tener una gran losa de mármol y colgados escudo, yelmo y pendón; «Aquí yace un gran señor y un noble de blasón», se le graba después en una piedra. El escudo idóneo es una calavera, que corroen gusanos, culebras y sapos[10]; tal escudo portan emperadores y labradores, y quien en este mundo tiene una buena barriga, es también el que más tiempo alimentará a sus fieles acompañantes. Ahí se lucha, se golpea, se aniquila; los amigos se matan a puñaladas, pues cada cual querría quedárselo todo; los demonios se apoderan del alma y triunfan alborozados sobre ella, de un baño al otro la llevan, del

helado como el hielo al caliente como el fuego[11]. Sin juicio alguno vivimos los humanos, pues al alma no atendemos y del cuerpo sin cesar nos preocupamos.

La tierra entera está consagrada a Dios; en paz descansa el que en paz perece. El cielo cubre a muchos muertos que no yacen bajo una losa. ¿Cómo podrían tener más bella tumba que el firmamento sobre ellos, allí arriba, refulgente? Dios encontrará los huesos a su tiempo[12]. Quien bien muere, la mejor tumba tiene; quien muere pecador, tiene la peor.



[86] A quien cree que Dios no le va a castigar porque Él acostumbra esperar, le fulmina a menudo el rayo antes de declinar el día[1].

Del desprecio de Dios

Un necio es quien desprecia a Dios y noche y día le contradice, pensando que Él es como los hombres, que calla y deja que de Él se burlen. Pues muchos tienen por seguro que, si el rayo no les incendia al punto la casa y los fulmina cuando cometen su fechoría, o no mueren pronto, no tienen por qué seguir temiendo, pues Dios se ha olvidado de ellos y esperará aún muchos años y hasta puede que les recompense por su acción. Así ofende a Dios más de un necio que persevera en su pecado; dado que Dios a veces no se ocupa de ellos, dan en la idea de tirarle de la barba, como si quisieran bromear con Él y Dios hubiera de soportarlo.

¡Escucha, insensato! ¡Sé sabio, necio! ¡No confíes en tales aplazamientos de tu deuda! Gran suplicio, en verdad, padece el que cae en manos de Dios; pues, aunque tenga contigo indulgencia mucho tiempo, se te pasarán cumplidamente las cuentas de la espera. A muchos permite pecar Dios nuestro Señor para castigarlos después con mayor severidad y para que le paguen todo de un golpe: se dice que eso deja limpia la bolsa[1]. A algunos que mueren en pecado venial, Dios les concede la gracia de llevárselos a tiempo de este mundo, para que no se echen muchos pecados a sus espaldas y ello redunde en mayor perjuicio para la salvación de su alma. Dios ha prometido a todos los arrepentidos su perdón y misericordia. Mas nunca prometió a ninguno que le dejaría vivir hasta que se arrepintiera y corrigiera o asumiera el propósito de la enmienda. A menudo concede Dios su

gracia *hoy* a algunos, pero *mañana* ya no quiere otorgársela. Ezequías[2] consiguió de Dios no morir al llegar su día, y vivió aún quince años; por el contrario, a Baltasar[3] le llegó su final antes de tiempo a causa de sus pecados. La mano que le apartó de todos los placeres fue la que escribió *mené, teqel, ufarsin*[4]; era demasiado ligero para el buen peso, por lo que se le privó de su luz; y no reparó en que su padre[5] había sido castigado por Dios muchos años antes y se había corregido y había hecho penitencia, por lo que el Señor lo escuchó, y no murió en forma de bestia, sino que por su arrepentimiento consiguió la Gracia y el tiempo para la expiación.

A cada mortal se le ha fijado su tiempo de vida y el número de sus pecados, nada más; por ello, nadie se apresure a pecar, que quien mucho peca, pronto llega a la meta. Muchos han muerto ahora en este año: si se hubieran enmendado antes y hubieran girado a tiempo su reloj de arena, ésta no se habría consumido, y, sin duda, seguirían viviendo aún en este día.



[87] Quien blasfema contra Dios con maldiciones y juramentos, con oprobio vive y sin honra muere. ¡Ay de aquel también que no lo impide!

Del blasfemar

Los más grandes necios también conozco, y no sé cómo se les podría llamar, que no se contentan con todos los pecados y con ser hijos del demonio; tienen que mostrar públicamente que están llenos de odio contra Dios y le han declarado la guerra a muerte. El uno echa en cara a Dios su impotencia, el otro su martirio, su bazo, su cerebro, su asadura y el riñón[1]. A quien ahora sabe juramentos inauditos, que van en contra de todo lo que es honesto y de ley, se le tiene por un tipo valiente. Ha de llevar una lanza y una ballesta, atreverse él solo contra cuatro y ser intrépido con la botella. Horribles juramentos se lanzan bebiendo vino o aunque esté en juego poco dinero; no sería extraño que Dios, ante tales injurias, hiciera hundirse el mundo o que el cielo se desplomara en mil pedazos, tan graves son las blasfemias y los denuestos contra el Señor. Toda honradez, por desdicha, ha muerto, y con la ley no se persiguen esos desmanes; así padecemos tantas calamidades y castigos, pues se ultraja ahora tan públicamente, que todo el mundo lo advierte, oye y ve; no hay por qué admirarse de que Dios imparta la justicia por sí mismo, pues no puede soportarlo mucho más tiempo. Él ordenó lapidar a los hijos de los israelitas[2]. Senaquerib[3] insultó a Dios y fue castigado con oprobio y vergüenza. Licaón[4] y Mecencio[5] sufrieron lo mismo, al igual que Antíoco[6].



[88] Quien piensa que Dios nos castiga en demasía, al enviarnos en ocasiones sus plagas, le espera la próxima a menos de un cuarto de milla.

De las plagas y castigos de Dios

Un necio es quien tiene por gran maravilla que Dios nuestro Señor castigue ahora al mundo y le envíe plaga tras plaga, aunque sean muchos los cristianos, y entre éstos haya muchos clérigos que en todo tiempo, y sin cesar, están en ayuno y en oración. Pero oye: no es gran maravilla, pues no encontrarás estamento alguno en el que no haya entrado hoy la ponzoña, en el que no reine la degradación y la degeneración. Sobre esto dijo el sabio: «Si tú destruyes lo que yo edifico, no nos quedará a ambos más que la aflicción y que nuestra fatiga ha sido ociosa»[1]. Así habla además el Señor, con ira: «Si no guardáis mis mandamientos, os enviaré plagas y muerte, guerra, hambre, peste, carestía de la vida, calor, heladas, frío, granizo y rayos, y los multiplicaré de día en día y no escucharé plegarias ni lamentos; así me lo pidieran Moisés y Samuel, tan enemigo soy del alma que no desiste del pecado, que ha de recibir su castigo, pues ¡Dios soy yo!»[2].

Se veía ya en el reino judío que lo perdieron por su pecado; que muy a menudo los expulsó Dios de la Ciudad Santa por sus faltas. Los cristianos también lo perdieron, al hacerse merecedores de la cólera de Dios. Mi miedo es que nuestra pérdida sea aún mayor y que nos vaya todavía peor.



[89] Quien su mula da por una gaita, no disfruta de su trueque, y a menudo tiene que caminar cuando desearía cabalgar.

Del necio trueque

Más gran fatiga tiene el necio para que su alma vaya al infierno, que la que nunca tuvo ermitaño alguno, en pleno desierto y lugar solitario, para servir a Dios con ayunos y oraciones. Se ve qué trabajos trae consigo el orgullo, cómo la gente se acicala, se maquilla, se ata y anuda, sufriendo grandes angosturas de variadas formas. La codicia lleva a muchos a ir allende los mares, entre tempestades, lluvia, nieve, a Noruega y a Laponia[1]. Ni calma ni reposo tienen los galanes; los jugadores sufren infortunios, y mucho más el salteador de caminos, que osa cabalgar a donde se juega el cuello[2]. Del juerguista prefiero callar, que está todo el tiempo ahíto hasta el corazón, aunque el sufrimiento le abruma y el dolor secreto; los tiempos de los celosos no son los mejores: temen encontrar a otro pardillo en su nido; la envidia les roe sus propios miembros[3]. Nadie quiere sufrir penalidades por la gloria de Dios, ni contempla con paciencia su alma, como Noé, Job y Daniel. Muchos son aquellos a los que place el mal, y muy pocos los que eligen el bien. El bien ha de elegir el sabio, que el mal ya viene cada día por sí mismo. Quien el reino de los cielos cambia por unas boñigas, un necio es y lo sigue siendo; no obtendrá provecho del trueque quien dé lo eterno por lo perecedero. Para decirlo en una palabra: da un asno por una gaita.



[90] Honra siempre a tu padre y a tu madre, para que Dios te conceda larga vida y no sufras tú mismo la deshonra.

Honra a tu padre y a tu madre

Un necio es quien da a sus hijos aquello con lo que ha de vivir sus días, confiando en su ilusión de que no lo abandonarán, sino que lo ayudarán también cuando lo necesite. A éste se le desea todos los días la muerte y se convierte muy pronto en una carga para sus hijos, en un huésped indeseable. Pero le sucede casi lo merecido, pues, en verdad, ha razonado muy mal al dejarse adular con palabras: ¡hay que molerlo a palos![1]

Pero no vive mucho tiempo en la tierra quien a su padre y a su madre no tiene en la debida estima; en medio de las tinieblas se extingue la luz de quien no honra a su padre y a su madre[2]. Por su padre sufrió infortunios Absalón[3] siendo aún joven. Del mismo modo fue maldecido Cam[4], por haber desnudado las vergüenzas de su padre; Baltasar[5] no tuvo mucha dicha por hacer a su padre pedazos. También Senaquerib[6] murió a manos de sus hijos, aunque ninguno de estos heredó el reino; Tobías[7] enseñó a su hijo que honrara a su madre; y por ello el rey Salomón[8] se levantó del trono ante su madre; como hizo Coriolano[9], el buen hijo; a los hijos de Recab[10] los alabó el propio Dios por cumplir el mandato de su padre. «Quien quiera vivir», dice Dios nuestro Señor, «honre a su padre y a su madre, y así vivirá muchos años y conseguirá grandes riquezas».



[91] En el coro se encuentran también muchos necios que charlan, ayudan y aconsejan sin tino ni sentido: su barco y barquilla pronto de tierra firme se alejan[1].

Del charlar en el coro

Se encuentran muchos en la iglesia y en el coro que charlan y debaten todo el año sobre cómo aprestar la nave y la barquilla para navegar hacia Narragonia. Allí se habla de la guerra francesa[1], allá se mira de mentir con diligencia y de poner algo nuevo en circulación. Así se empiezan los maitines y la cosa se prolonga muchas veces hasta las vísperas[2]. Muchos no vendrían si no les empujara la codicia y no se diera dinero en el coro[3]; si no fuera así, pasarían muchos años sin pisar la iglesia. Para alguno sería mejor, ciertamente, y más provechoso, quedarse todo el año en casa e instalar en otro sitio su banquito de chismorreo y su mercado de gansos[4], que querer aburrirse en la iglesia y molestar a otros muchos más. Lo que alguno no sabe realizar, en la iglesia lo pregona con jactancia: cómo equipa la nave y la barca y trae muchas novedades, y pone gran esfuerzo y serios ademanes, para que el barco no se detenga; gustaría de ir a pasear, para poder engrasar bien el carro. Pero no me atrevo a hablar aquí en letra impresa de aquellos que sólo echan una mirada al coro, para hacer acto de presencia, y vuelven a encontrar rápidamente la puerta[5]. Devota y excelente oración es hacer semejantes cosas, y bien se merecen prebendas cuando al Roraffe se bosteza[6].



[92] A quien es orgulloso y se alaba a sí mismo y quiere estar sentado él solo en lo más alto, el diablo lo pone de señuelo sobre su trampa.

La fatuidad del orgullo

Fuego enciende sobre tejado de paja el que consagra su vida a la gloria en este mundo y todo lo hace por honores pasajeros; a la postre sólo le queda que su desvarío le ha mentido como a quien construye sobre el arco iris. A quien levante una bóveda sobre una columna de abeto, se le arruinará su plan antes de tiempo; el que ansía aquí la gloria y la honra mundanal, no espere que se le aumenten en el más allá.

Más de un necio mucho se pavonea de venir de países latinos[1] y de haberse hecho sabio en escuelas[2] lejanas, en Bolonia, en Pavía y París, y de haber adquirido la sapiencia en la alta Siena[3], y también en la escuela de Orleans, y de haber visto al Roraffe y al maestro Pedro de Conniget[4]. Como si en la nación alemana no hubiera también juicio, sentido y excelentes cabezas para poder aprender la ciencia y la sabiduría, sin necesidad de ir tan lejos a las escuelas. Quien desea estudiar en su país, encuentra ahora libros de todo género, de modo que nadie puede poner disculpas, a no ser que quiera mentir como un bellaco. Se pensaba antaño que no existía buena formación más que en Atenas, allende el mar; después se encontró entre los italianos[5]; ahora se la ve también en Alemania, y nada nos faltaría, a no ser el vino y que nosotros alemanes queremos estar como cubas y ganar sin trabajar. ¡Feliz quien tiene un hijo sabio!

No tengo en mucho el que se posea gran saber buscando con ello la vanidad y el lucro y que se piense llegar así a es-

tar orgulloso y a ser inteligente: quien es sabio, suficiente saber posee. Quien estudia por vanidad y por dinero, se mira al espejo sólo para el mundo, igual que la necia que se maquilla y se mira al espejo para deslumbrar al mundo, abriendo la red del diablo haciendo que vayan al infierno muchas almas. Ella es el mochuelillo de reclamo y la vara de la trampa, con los que el demonio busca gran encomio y se ha llevado a muchos que antes creían ser inteligentes. Balam[6] dio a Balac un consejo, de suerte que Israel encolerizó a Dios y no pudo vencer en el combate, sino que por causa de las mujeres tuvo que huir. Si Judit[7] no se hubiera ataviado con tantas galas, no habría seducido a Holofernes. Jezabel[8] se pintó sobremanera cuando quiso gustar mucho a Jehú. El sabio dice: «¡Vuelve presto la espalda a las mujeres! ¡Ellas te incitan a pecar!»[9]. Pues muchas necias son tan alocadas, que pronto ofrecen al primero que pasa su mirada, pensando que no les va a traer ningún mal el mirar sin recato al necio. En verdad, la mirada trae consigo malos pensamientos y pone a algunos en el banco de los necios, sin que pueda escapar de él fácilmente hasta haber capturado el arrendajo. Si Betsabé[10] hubiera cubierto su cuerpo, no habría resultado mancillada por el adulterio. Dina[11] quería mirar a unos hombres extranjeros, hasta que perdió su virginidad. La mujer modesta digna es de honra y merecedora de ser respetada; mas aquella que abraza el orgullo, que es también completamente ilimitado, quiere estar asimismo siempre en primera fila, de modo que nadie puede vivir en su compañía. La mayor sabiduría que hay en el mundo es saber hacer lo que a cada cual le place; y si esto no se tiene por bueno, al menos saber hacer lo que a cada uno le conviene. Pero quien quiera contentar a las mujeres, tendrá que ser a la postre más fuerte que un guerrero, pues muy a me-

nudo consiguen ellas más con su fragilidad que con su astucia.

El orgullo de aquellos que Dios tanto odia, sube incesantemente, cada vez más y más, pero al final cae al suelo, a los dominios de Lucifer, en la sima del infierno. Escucha, orgullo; te llega la hora en que estas palabras saldrán de tu propia boca[12]: «¿Qué alegría me trae mi altivez, cuando estoy aquí inmerso en tribulaciones y sufrimientos? ¿De qué me sirven dinero, bienes y riquezas? ¿Para qué la honra, la fama y la gloria de este mundo? ¡No ha sido más que una sombra, que se desvanece en un instante!» ¡Dichoso aquél que todo eso ha despreciado y sólo a la Eternidad ha dirigido su mirada! Nada cree demasiado alto el necio en este mundo, pero todo acaba por caer con él, y, en especial, el ignominioso orgullo, que tiene en sí la condición y el poder de expulsar del cielo al ángel de más alto rango y de no dejar tampoco en el paraíso al primer hombre. El orgullo no puede sobrevivir en la tierra, tiene que buscar siempre su asiento; junto a Lucifer, en el lodazal del infierno, busca el que se ha ideado: el orgullo lleva pronto al fuego eterno. Agar[13] fue expulsada de casa, con su hijo, por su orgullo; y por orgullo encontró su perdición el faraón[14], y murió Coré[15] con sus secuaces. El Señor montó en cólera cuando con vano orgullo se construyó la torre[16]; cuando David[17], por orgullo, hizo contar a su pueblo, tuvo que elegir una plaga; Herodes[18] se vestía con tanto orgullo como si su naturaleza fuese divina, y quería también recibir honores propios de Dios, por lo que fue duramente golpeado por el ángel.

A quien practica el orgullo, Dios le humilla; mas al humilde, siempre lo ensalza[19].



[93] Los usureros practican un oficio ilegítimo[1], rudos y duros son para los pobres y no les importa que el mundo entero perezca.

Usura y acaparamiento

A la caperuza[1] hay que echarle mano y sacudirle bien las pulgas[2] y arrancarle las plumas de las alas a quien acapara y oculta en casa más de lo que necesita, a quien arrambla con todo el vino y el grano por el país entero, sin temer ni pecado ni deshonra, para que el pobre no encuentre nada y muera de hambre con su mujer y sus hijos. Por ello es hoy la vida tan cara, y estamos hogaño peor que antaño. Ultimamente el vino valía apenas diez libras, y en un mes ha subido tanto, que ahora cuesta bien a gusto treinta; lo mismo sucede con el trigo, el centeno y la espelta. Y no quiero hablar de los réditos de la usura, que se practican con intereses y pagos en especie, con préstamos, compras a bajo precio[3] y con créditos. Muchos ganan una libra por la mañana, más de lo que se debe ganar en todo el año. Calderilla le prestan hoy a uno a cambio de oro. En lugar de diez, se escriben once en el libro. Los intereses de los judíos eran bastante soportables, pero no pueden seguir así: los cristianos judíos ahora los expulsan, y ellos mismos corren con la lanza del judío[4]. Conozco a muchos, que no quiero citar, que practican un comercio ilícito, y sobre ello calla toda la ley y el derecho. Muchos de ellos se inclinan agradecidos ante el granizo, apuntan riendo hacia las heladas[5].

Mas sucede también muy a menudo que alguno se cuelga en la soga. Quien quiere ser rico a costa de la comunidad, un necio es… pero no sólo un necio[6].



[94] Algunos se alegran de los bienes de los demás, de cómo recibirán de ellos una buena herencia y los llevarán a la tumba; pero éstos varean las nueces con los huesos de aquéllos[1].

De la esperanza de heredar

Un necio es quien con desmedida ansia espera heredar a otro o piensa sucederle, tras su muerte, en sus bienes, prebendas y cargos. Algunos se alegran con la muerte de *otro*, cuyo fin nunca llegarán a ver; piensan llevar a la tumba a uno, que con los huesos *de ellos* vareará las peras. Quien confía en la muerte de otro, sin saber cuándo le abandonará su propia alma, hierra al asno que le llevará a Montenecios. Muere gente joven, fuerte, alegre; así, se encuentran también muchas pieles de ternero: no sólo se necesitan vacas[1]. ¡Conténtese cada cual con su pobreza y no suspire por acrecentarla! En el mundo anda todo completamente del revés: Bulgaro[2] heredó también de su hijo, sin haber esperado nunca tener que hacerlo. Príamo[3] vio morir a todos sus hijos, que deseaba que fueran sus herederos; Absalón[4] buscó la muerte de su padre y obtuvo su herencia en una encina.

A algunos les viene por la noche una herencia en la que nunca habían pensado; otros reciben una herencia que mejor sería que la recibiera un perro. No a todos se le cumplen sus deseos como a Abraham y a Simeón[5]. ¡Preocupaos tan poco como los pájaros![6] Cuando Dios quiere llega la felicidad, el tiempo, el fin y la meta. La mejor herencia se halla en aquella patria a la que todos esperamos arribar, pero que muy pocos llegan a alcanzar.



[95] A la iglesia deberían ir y las fiestas deberían guardar algunos que a muchos trabajos se dedican.

Del descarrío en los días festivos

Habitantes de Montenecios son quienes dejan todos sus asuntos y trabajos sólo para las fiestas de guardar: ¡Al carro de los necios deben ir![1] A uno hay que herrarle los caballos, al otro coserle los botones; lo cual se debería haber hecho antes, cuando estaban jugando y dándole al vino en la cantina. A ése se le rellenan las puntas de los zapatos, y muchos trapos hay que meter en ellas[2]; a aquél hay que probarle levitas y pantalones, que, si no se hiciera en día de fiesta[3], no se podría poner. Los cocineros preparan el fuego y las brasas antes de que la iglesia abra por la mañana; así se puede llenar allí muy bien la panza y darse el gran festín. Antes de que alguien salga a la calle, las tabernas están ya casi a tope.

Hoy en día se hace continuamente el loco; sobre todo en las fiestas de guardar, cuando no hay que resolver otros asuntos, se anda con los carros[4]. El día festivo convierte a muchos en necios, pues creen que ese día ha sido pensado para que Dios pase por alto los pequeños trabajos, para que se tale la madera en el tablero[5] y se pase todo el día jugando a las cartas. Muchos hacen trabajar a la servidunbre, sin preocuparse de que siervos e hijos vayan a la iglesia, a la homilía y a los oficios divinos o de que se levanten temprano para la misa. Primero quieren terminar de hervir bien el hidromel que han macerado en la semana.

No hay oficio del que no pueda decirse que nada hace en los días festivos; tan obsesionados están por el penique co-

mo si ya no hubiera más días en la tierra. Parte anda de cháchara en la calle; los otros están sentados jugando y comiendo y bebiendo, y a alguno se le va ahí en el vino más de lo que gana con el trabajo de una semana. Un tacaño y chapucero tiene que ser quien no quiera sentarse a beber por el día y por la noche, hasta que cante el gato[6] o sople el viento de la mañana.

Los judíos se mofan mucho de nosotros, de cuán gran honra rendimos a los días de fiesta —que ellos tienen en tan alta y sagrada estima—, y no quisiera meterlos en la nave de los necios, si no anduviesen todo el tiempo errando por ahí como un perro rabioso. Un pobre recogió leña en día festivo[7], y sólo por ello fue lapidado. Los macabeos no quisieron aprestarse para la lucha en el día sagrado, y muchos de ellos fueron asesinados[8]. No se recoge en día festivo el maná, como Dios ordenó[9]. Mas nosotros trabajamos sin necesidad y reservamos para el día de fiesta muchas cosas que no queremos hacer otros días.

¡Oh necio, guarda y honra el día del Señor! Hay aún muchos días más de la semana, cuando tú te pudres en la tierra. De la avaricia proceden todos los vicios.



[96] Un necio es quien de continuo se lamenta de lo que no puede cambiar; o se arrepiente de haber hecho el bien a aquel que no lo sabe comprender.

Regalar y arrepentirse

Un necio es quien regala y no lo hace de buen grado, y aun mira irritado y con odio que nadie obtenga a cambio ningún contento. Pierde así obsequio y recompensa el que tanto se arrepiente de su regalo. Sucede así también a quien hace alguna buena obra por honrar a Dios y cumplir su voluntad, mas se arrepiente y apena si Dios no le concede al punto su recompensa.

Quien quiera, pues, regalar dignamente, hágalo sonriendo y con la alegría del buen compañero, y no diga «¡en verdad, a disgusto lo hago!», si no desea quedarse sin reconocimiento y recompensa. Tampoco Dios muestra aprecio por el don de quien no sabe regalar con alegría[1]. Que cada cual conserve lo suyo, a regalar no ha de obligarse a nadie. Sólo del corazón libre procede el regalo que a cada cual bien conviene. El agradecimiento raramente se pierde: aunque a veces tarda en llegar, de costumbre acaba por hacerse justicia, pues lo uno por lo otro se acomoda al orden debido. Aunque alguien sea ingrato, se encuentra, no obstante, frente a tal deshonor, a algún sabio agradecido que todo lo puede recompensar. Mas quien siempre está recordando y echando en cara los regalos que ha ofrecido, no quiere darse por contento con el apretón de manos[2] y no quiere esperar a su recompensa. Refregar a uno por las narices los regalos, es de todo punto grosero. Por encima del hombro se mira a quien sólo sabe echar en cara sus buenas obras. Y, además, ningún beneficio obtiene con ello.



[97] La pereza se encuentra por doquier, ante todo en sirvientas y criados: nunca se les puede retribuir lo bastante, aunque ellos se saben cuidar con creces.

De la pereza y la holgazanería

No hay mayor necio en ningún caso que quien reposa de continuo y es tan vago, que le arde la tibia antes de darse la vuelta[1]. Así como el humo no es bueno para los ojos, o el vinagre no lo es para los dientes, así resulta el perezoso y holgazán para aquellos que lo han mandado[2]. El perezoso no es para nadie útil, a no ser como espantajo de invierno y que se le deje dormir a voluntad: sentarse a la estufa es su derecho. ¡Feliz el que trabaja con su azada! Quien anda ocioso, es el más necio. A los haraganes los castiga el Señor; al trabajo, le da premio y enaltece. El maligno Enemigo se aprovecha de la pereza y en ella siembra al instante su semilla. La pereza, causa de todo pecado, hizo murmurar a los hijos de Israel[3]; David cometió adulterio y asesinato por yacer holgazán y ocioso; por ser Cartago completamente devastada, fue Roma también enteramente destruida: mayor daño sufrió Roma al caer Cartago que el que había sufrido luchando contra ella ciento dieciséis años. El perezoso no gusta de aparecer en público, y dice: «¡El león está en la puerta!»[4]. El perro rabioso le retiene en casa. La holgazanería inventa pronto una disculpa. Se da la vuelta una y otra vez, como el quicio de la puerta[5].



[98] Aquí he reunido aún a muchos que son necios y así se les llama, pero de los que otros necios se avergüenzan[1].

De los necios extranjeros

Existen además muchos individuos inútiles, que están embutidos en pieles de necio muy espantosas y que se aferran a ellas, atados al rabo del demonio, sin que se les pueda separar. Voy a pasar de largo ante ellos, y en silencio, y a dejarlos que sigan en su necedad, y a escribir poco sobre su locura: los sarracenos, turcos, paganos, todos los que están separados de la fe; y en pie de igualdad con ellos también sitúo a la escuela de herejes[1] que mantiene en Praga su cátedra de necios y que ha extendido su orden hasta llegar a tener ahora también a Moravia. Muy mal entran en su capucha de necios, como todos aquellos que rezan a alguien distinto del Dios uno y trino, y para quienes nuestra Fe es como un motivo de mofa. No tengo a éstos por simples necios: tienen que permanecer *encima* de la capucha, pues su necedad es tan grande y manifiesta, que no hay paño suficiente para hacerles una a cada uno.

Lo mismo se aplica a todos los que se han separado de la Fe y se han enredado en las mallas del diablo: como las mujeres necias y las hembras pérfidas, todas las alcahuetas y proxenetas[2] y otras que viven en el pecado y a las que su necedad ciega por completo. Con ello quiero traer asimismo a la memoria a aquellos que se dan muerte o se ahorcan, y a quienes matan o ahogan el fruto de su vientre. No merecen tener leyes, ni que se les eduque con seriedad o con chanzas: forman parte de la masa de los necios, su necedad les proporcionará a todos su caperuza.



[99] Yo os suplico, Señores, grandes y pequeños, que penséis en el bien de la comunidad. ¡Dejadme a mí solo mi propia caperuza de necio!

Del ocaso de la Fe[1]

Cuando pienso en la dejación y el escándalo que se sienten en todo el país, por causa de los príncipes, señores, regiones y ciudades, nada extraño sería que tuviera ya mis ojos bañados en lágrimas, al tener que presenciar con tal ignominia el declinar de la Fe cristiana. ¡Perdóneseme por haber añadido aquí también a los príncipes! Sentimos (por desventura) con claridad las penalidades y los angustiosos lamentos de la Fe cristiana, que de día en día se empequeñece. Primero, los paganos la han medio desgarrado y destruido sin piedad; después, el abominable Mahoma la ha devastado más y más; con su falsa doctrina ha mancillado una Fe que antes era grande y poderosa en Oriente, cuando toda Asia era creyente, y el país de los moros y África. Ahora no tenemos allí ya absolutamente nada; tendría que doler hasta a una dura piedra lo que nosotros solos hemos perdido en Asia Menor y Grecia, que hoy se llama la Gran Turquía, y está separada de la Fe; allí estuvieron las siete iglesias, a donde escribiera Juan[2], allí se perdió un país tan excelente, que todo el mundo debería haber jurado que no se perdería. Y eso sin contar lo que en tan breve tiempo se ha perdido en Europa desde entonces: dos imperios[3], muchos reinos, muchos países poderosos y ciudades, como Constantinopla y Trebisonda; estos países son bien conocidos de todo el mundo: Acaya, Etolia, Beocia, Tesalia, Tracia, Macedonia, Atica, las dos Misias, también tribulos y escordiscos, bastarnos y también táuricos, Eubea —llamada Negroponto—, asi-

mismo Pera, Cafa e Idront, sin contar otros daños y pérdidas que también sufrimos en Morea, Dalmacia, Estiria, Carintia y Croacia, en Hungría y en la Marca venda. Ahora son los turcos tan fuertes, que no sólo son dueños del mar, sino que también el Danubio les pertenece. Irrumpen por doquier cuando quieren. Muchos obispados e iglesias son profanados: ahora ataca el turco la Apulia; después, muy pronto, será Sicilia, e Italia, que linda con ella; más tarde llegará también a Roma, a la Lombardía y hasta Francia[4]. El enemigo lo tenemos a las puertas: ¡Pero todos quieren morir durmiendo! El lobo está en el redil y roba las ovejas de la Santa Iglesia, mientras el pastor sigue durmiendo.

La Iglesia de Roma tenía cuatro hermanas, en las que se habían puesto patriarcas como gobernantes: Constantinopla, Alejandría, Jerusalén y Antioquía[5]; mas ahora se han separado completamente de ella, y muy pronto se llegará también a la cabeza. Todo esto es culpa de nuestros pecados, nadie tiene paciencia con el otro ni compasión por su desgracia, todos querrían que ésta fuera mayor. Nos sucede como sucedió a los bueyes, que el uno contemplaba al otro, hasta que el lobo los destrozó a todos: sólo entonces el último se puso a sudar. Cada uno toca ahora con la mano para ver si aún están fríos su muro y su pared, sin pensar en apagar el fuego antes de que llegue a su casa[6]; después se arrepiente demasiado tarde y sufre los daños. Las discordias y la desobediencia destruyen la Fe de los cristianos; inútilmente se vierte su sangre. Nadie piensa cuán cerca está de él la desgracia, y se cree que se librará siempre de ella, hasta que se le presenta delante de la puerta: entonces levantará la cabeza[7]. Las puertas de Europa están abiertas, por todas partes viene el enemigo, que no duerme ni descansa: sólo está sediento de sangre cristiana.

¡Oh Roma! Cuando tú en un tiempo tuviste reyes, fuiste largos años esclava; después te condujeron a la libertad cuando te gobernó un Consejo Común[8]. Mas cuando caíste en la soberbia, te orientaste a la riqueza y al gran poderío, y luchaba ciudadano contra ciudadano, nadie se preocupaba del bien común; entonces el poder se perdió en buena medida, al final fuiste súbdita de un Emperador, y bajo ese poder y apariencia hasta quince siglos has permanecido[9], y siempre te has enflaquecido, al igual que se empequeñece la luna cuando desaparece y le falta el resplandor, que ahora subsiste muy poco en ti. ¡Ojalá quisiera Dios que tú también te agrandaras, para que te igualases por completo a la luna! No piensa que tiene algo quien no se lo arrebata al Imperio Romano. Primero la mano de los sarracenos se apoderó del santo y ensalzado país; después los turcos poseen tanto, que contarlo llevaría demasiado tiempo. Muchas ciudades echaron mano a las armas[10], y no prestan ahora ya atención a ningún Emperador; cada príncipe despluma por entero todo aquello de lo que pueda obtener una pluma; por ello no produce gran sorpresa que también el Reino se haya quedado pelado y sin plumas.

Se ata a cada uno[11] de manera que no pueda exigir lo suyo y que tenga que dejar a cada cual en su estado, tal como lo había disfrutado hasta entonces. ¡Por Dios, príncipes, mirad qué daños vendrán a la postre si el Reino llega a desplomarse! ¡Vosotros tampoco perduraréis eternamente! Toda cosa gana más en fortaleza cuando está unida en sus partes que cuando está dividida. La unanimidad en la comunidad hace florecer pronto todas las cosas, pero por la desunión y la disputa también grandes cosas se destruyen. El nombre de los alemanes fue muy ensalzado, y lo habían conseguido con tanta fama, que se les otorgó el Imperio. Pero también los alemanes se aplicaron a buscar el modo de aniquilar

ellos mismos su propio Imperio. Para que la yeguada se aniquile, se muerden los propios caballos sus colas[12]. En verdad está ahora en pie la Cerastes y el Basilisco[13]. Muchos se envenenarán al entregar zalameramente el veneno al Imperio Romano. ¡Pero vos, Señores, Reyes, naciones, no queráis permitir tal escarnio! ¡Si queréis ayudar al Imperio Romano, la nave puede aún seguir erguida!

Tenéis de hecho un Rey generoso, que os conduce con escudo de caballero, que puede doblegar a todos los países a la vez, sólo con que le queráis ayudar: el noble príncipe Maximiliano[14] muy digno es de la corona romana; sobre su mano recae, sin duda, la santa herencia y la tierra prometida; y empezará a hacerlo todo el día en que pueda confiar en vosotros.

Alejad de vosotros semejante escarnio y burla: que sobre el pequeño ejército gobierna Dios. Aunque muchos se han apartado, son aún tantos las naciones cristianas, piadosos reyes, príncipes, nobles y gentes comunes, que ellos solos pueden conquistar y dar la vuelta a todo el mundo, con sólo mantenerse firmes y unidos, con sólo poner en evidencia fidelidad, paz y amor. Confío en Dios: ¡todo saldrá bien! Mas vosotros sois gobernantes de los países: despertad y arrojad de vosotros todo escarnio, que no os equipare con el gobernante de la nave de quien el sueño en el mar se apodera sigilosamente cuando ve una tormenta; o con el perro que sólo llora, o con el guardián que no guarda y a lo que ha de guardar no presta en absoluto atención. ¡Levantaos, despertad de vuestro sueño! En verdad el hacha está en el árbol[15].

¡Ay Dios! Concede a nuestros gobernantes que busquen tu honra, y no cada cual sólo su propio beneficio. Así podré estar sin cuitas, tú nos darás la victoria en breves días, y nosotros a cambio te alabaremos eternamente. Apelo a la conciencia de todos los estamentos del mundo entero, sea cual

fuere el rango en que se cuentan, a que no hagan como los marineros que están desunidos y tienen disputas cuando están en el medio del mar, entre grandes vientos y tormentas, y, antes de que se pongan de acuerdo sobre el rumbo, la galera ya se ha ido al fondo. ¡Quien tenga oídos para oír, que oiga! La navecilla se tambalea en el mar[16]. Si el propio Cristo ahora no vigila, pronto se hará noche a nuestro alrededor. Por ello, vosotros, que siguiendo su consejo habéis elegido a Dios para poder estar delante en la proa, no os dejéis quitar esa posición. ¡Tened cuidado de que el escarnio no se asiente sobre vosotros! Haced lo que os conviene conforme a vuestra condición para que no se agrande el daño, y el sol y la luna mengüen por completo[17], de forma que la cabeza y los miembros perezcan: ¡sólo con profunda preocupación se puede contemplar!

Si vivo, apelaré a la conciencia de otros muchos, y, a quien no quiera pensar en mis palabras, la capa de los necios le regalo.



[100] Quien ahora sabe acariciar bien el caballo, muy inteligente se revela: piensa que será quien más dure en la corte.

Acariciar el caballo amarillento[1]

Me vendría ahora muy bien un barco cubierto[2], para meter en él a los siervos de los nobles y a otros que van a la corte a lamer y haraganear y se meten con confianza en casa de sus señores, para sentarse completamente solos y sin las apreturas de las gentes de a pie, que no quieren soportar. El uno espurga plumas[3], el otro frota tiza[4]; éste acaricia, aquél murmura al oído, para ascender tan pronto que pueda alimentarse de lameplatos. Más de uno con mentiras llega a ser señor, porque sabe acariciar la lechuza[5] y sabe tratar con el caballo amarillo; para soplar harina es rápido[6], con gusto cuelga el abrigo a favor del viento[7]; traer y llevar ayuda ahora a muchos a subir, que, de otro modo, estarían ante la puerta de la calle. Quien sabe mezclar pelos y lana[8], debe permanecer gustoso en la corte: allí es él ciertamente querido y valioso, no se ansía la honradez. De la necedad todos se ocupan, no me quieren dejar la capa de los necios. Pero cepillan algunos también demasiado fuerte, de modo que el caballo les golpea en la barriga o les da una patada en las costillas, y el plato se les cae en los pesebres.

Sería bueno pasar ocioso de todos éstos[9], si se quisiera entender la verdad. Si todo aquel al que se tiene por valioso y de ley fuera como se presenta, o se presentara como fuera, estarían vacías muchas capas de necio.



[101] Un signo de ligereza es creer todo lo que cada cual dice: el murmurador pronto a mucha gente divide[1].

Del soplar al oído

Un necio es el que mete en su cabeza y cree con ligereza cualquier cotorroteo; éste es el signo de un necio: tiene orejas finas y amplias. No se tiene por un hombre honrado a quien quiere irle a uno por atrás y golpearle antes de decírselo, de suerte que no pueda defenderse. Pero calumniar a las espaldas debe ser ahora una obra maestra, que no se puede parar fácilmente[1]. Esto hace ahora andar a cada cual con maledicencia, alejamiento del honor, traición y muchas otras cosas semejantes; se sabe afeitar y embellecer, para poder mentir tanto mejor y hacer que se crea tanto más pronto; a la otra parte ya no se la escucha[2]. Una sentencia lleva más de uno sobre sí, que nunca ha respondido[3] y que ha desvelado su inocencia; es decir, se le ha metido en el saco, como Aman[4] hizo a Mardoqueo, y Siba[5] el siervo a Mefiboset. Gran alabanza se otorgó a Alejandro[6] porque no quiso creer con ligereza a los que acusaban a Jonatán. Creer demasiado rápido nunca trajo buen final: Adán no habría sido privado de la Gracia si no hubiera creído enseguida a la mujer, y ésta las palabras de la serpiente. Quien cree con excesiva prisa, provoca a menudo un crimen. No hay que creer a todo espíritu, el mundo es falso y está lleno de mentira: por ello el cuervo sigue siendo negro[7].



[102] Se aprecia bien en la alquimia y en la medicina del vino[1] cuánto engaño hay sobre la tierra.

De la falsificación y el engaño[1]

Embusteros y falsificadores hay muchos, que bien se acomodan al espectáctulo de los necios; falso amor, falso consejo, falso amigo, falso dinero: ¡completamente lleno de infidelidad está ahora el mundo! El amor fraterno está ciego y muerto; cada cual piensa en el embuste, para poder tener provecho sin pérdidas, aunque cien se arruinen. Ya no se ve ninguna honradez; el alma puede así echarse a perder; un buen negocio es para todos más querido. ¡Dios les tenga en su gracia, aunque mueran miles de ello!

Ante todo, no puede quedar el vino. Gran embuste se hace con él: salitre, azufre, huesos de muerto, potasa, mostaza, leche, hierbas impuras se echan por la piquera en el tonel. Las mujeres encinta se alegran de beber eso, pensando que darán a luz antes de tiempo, y nos ofrecen un lamentable aspecto. Mucha enfermedad nace también de ahí, y más de una se va a la casa mortuoria.

Se hace herrar ahora a un jamelgo cojo, que propiamente tiene su sitio en el carro del desollador; tiene que aprender a sostenerse sobre fieltros[2], como si tuviera que ir por la noche a maitines; aunque es quebradizo y cae, tiene que traer ahora su dinero, para que el mundo sea engañado.

En estos tiempos se tienen reducidos pesos y medidas: las varas se hacen cortas; la tienda tiene que estar oscura, para que no se aprecie el aspecto del paño; mientras que uno mira a ver que juguete pueda haber sobre el mostrador[3], la balanza recibe un empujón, para que se mueva hacia abajo;

se nos pregunta ¿cuánto desea?, y el pulgar se pesa con la carne. El camino ahora se ara convirtiéndolo en surcos. La moneda vieja está completamente desgastada, y no podría durar mucho tiempo si no se le hubiera hecho un añadido[4]. No sólo la moneda se debilita: el dinero falso se ha hecho general, y el falso consejo; la falsa clerecía se amplía con monjes, curas, beguinas[5] legos[6]: muchos lobos andan ahora en ropas de cordero.

Para que no olvide yo aquí el mayor engaño de la alquimia, ésta hace aparecer la plata y el oro que previamente se habían puesto en la varilla. Embaucan y engañan burdamente; dejan ver primero una prueba, y pronto sale de ahí un sapo[7]. El mirar en las redomas saca a muchos de sus casas; quien antes estaba sentado mullido y seco, arroja ahora sus bienes a las retortas de los necios, hasta que se quema y reduce a polvo, de suerte que ni él mismo ya se reconoce. Muchos se arruinaron así, muy pocos pudieron conseguir algo, pues, como dice Aristóteles: «La forma de las cosas no se transforma»[8]. Muchos caen gravemente en esta adicción, aunque de ella poco fruto les viene. Cobre ahora se pule para el oro; mierda de ratón se mezcla bajo la pimienta; la piel se tiñe a voluntad, y tan débilmente se curte en nuestros días, que sólo conserva muy pocos pelos cuando se la lleva puesta un cuarto de año; Los ratones de campo producen mucho almizcle, cuyo mal olor apesta a media milla; los arenques podridos se mezclan con los buenos, para poder vender todos como frescos. Todas las calles están llenas de vendedores; cultivar el pequeño comercio gusta muchísimo, pues se puede juntar lo viejo y lo nuevo. Con engaño anda todo el mundo: ninguna mercancía de comerciante tiene su valor, con falsificación es como mejor se anda, cada cual mira cómo librarse de su mercancía, aunque tenga tumores del caballo o enfermedad de la pata de éste[9].

Feliz, sin duda, es el hombre que puede protegerse ante la falsificación. Los padres son engañados por su hijo, el padre no le pregunta. El posadero engaña al cliente, el cliente al posadero. Se siente por completo la falsedad, la infidelidad, el engaño. Esto es abrir el camino al Anticristo; éste falsea con engaño toda su compra, pues lo que él piensa, incita, hace y enseña, no se torna en otra cosa que en mal, en infidelidad, en el mundo al revés.



[103]

Del Anticristo[1]

Después de haber hecho este preludio sobre los que andan con la falsedad[2], encuentro otros muchachos más que andan trotando en torno a la nave de los necios, que se mienten mucho a sí mismos y a los demás, y deforman y doblan las Sagradas Escrituras; dan golpes a la Fe y mojan el barco de papel[3]; cada cual arranca algo, para que tenga menos altura sobre el agua, coge timón y remos, para que pueda hundirse antes. Muchos son tan listos en su mente, y se creen tan inteligentes, que con las ocurrencias de su propio entendimiento quieren interpretar las Sagradas Escrituras; y cometen ahí muchas faltas, y es castigada su falsa doctrina. Pues podrían informarse por otros escritos (el mundo está lleno de ellos), si no quisieran ser vistos de modo especial por la otra gente. Ahí va la nave a la deriva en nuestros tiempos.

A esos mismos se les puede llamar borrachos, pues conocen la verdad, pero le quieren dar la vuelta por completo, para que se vea su propio brillo y esplendor. Es ésta la enseñanza de los falsos profetas, de los que el Señor nos manda precavernos; que quieren enseñar la Escritura de modo distinto a como la enseña el Espíritu Santo; éstos tienen una balanza falsa en la mano y ponen encima lo que ellos elucubran, hacen una cosa fácil y otra difícil, para que la Fe ahora perezca. Estamos ya en medio de los que están descarriados; ya se mueve con firmeza el escorpión[4], por esos incitadores de los que había hablado Ezequiel, el Profeta[5].

Los pisoteadores de la ley procuran al Anticristo su tesoro, de modo que tenga mucho de antemano; cuando sus años han pasado, entonces tiene a muchos que están a su lado y que van con él a su falsedad. ¡De ellos tendrá muchos en el mundo! Cuando él reparta su dinero y saque a la luz todos sus tesoros, no necesitará forzar mucho con palos: la mayoría correrá hacia él, con dinero se comprará a muchos, que le ayudarán para que él pueda después hacer caer a los buenos todos los días. Pero no irán mucho tiempo con él, pronto se les romperá la nave y la barquilla, aunque vayan de un sitio para otro. Torcerá la verdad, pero a la postre ésta seguirá siendo verdad y expulsará por completo a la falsedad, que ahora anda por todos los estamentos. Temo que el barco no llegue nunca a tierra.

La navecilla de San Pedro[6] se tambalea, temo mucho que se hunda; las olas golpean por todas partes, tendrá muchas tormentas y calamidades. Muy poca verdad se oye hoy, la Sagrada Escritura se vuelve completamente del revés y hoy se interpreta de forma muy distinta a como dice la boca de la verdad. ¡Perdóneme aquel a quien esto afecte! El Anticristo está sentado en la gran nave[7] y ha difundido su mensaje, falsedad anuncia por todo el país, falsa Fe y muchas falsas enseñanzas crecen de día en día más y más, para lo cual los impresores ahora bien se aplican al timón. Si se arrojaran muchos libros al fuego, se quemaría en él mucha injusticia y falsedad. Muchos piensan sólo en el beneficio, buscan libros por toda la tierra, y muy poco se preocupan de las correcciones; muchos estudian ahora gran engaño: mucho imprimir, poco corregir; poco miran por sus cosas cuando están haciendo reimpresión tras reimpresión[8]. Se causan ellos mismos perjuicio y escándalo, incluso más de uno se tiene que ir fuera del país, y entonces la nave ya no

lo puede llevar, tiene que ir en la barquilla, donde el uno puede cazar al otro.

¡El tiempo viene! ¡Viene el tiempo! ¡Temo que el Anticristo no esté lejos! Repárese en esto y téngase presente: sobre tres cosas reposa nuestra Fe: sobre la indulgencia[9], los libros[10] y la enseñanza, a las cuales ahora ya no se presta ninguna atención. Se ve la multitud de libros: ¡quién ve la multitud de imprentas! Ahora se editan todos los libros que escribieron alguna vez nuestros padres; su número es tan grande, que nada valen en ningún sitio, pronto no se les presta atención. Lo mismo sucede con la enseñanza. Nunca se encontraron tantas escuelas[11] como ahora se tienen en todos los países; pronto no habrá ciudad en la tierra donde no exista también una escuela superior, ahí hay también muchos sabios que ahora no se aprecian en absoluto. Todo el mundo desprecia la ciencia y se encoge de hombros ante ella; los sabios se tienen casi que avergonzar de su enseñanza y vestimenta[12] y de su propio nombre; ahora se prefiere a los necios[13]: los sabios tienen que ponerse detrás de la puerta. Se dice: «¡Mira a los vagos! ¡El demonio nos engaña bien con los curas!» Esto es un signo de que la ciencia no tiene ya ningún honor, ningún aprecio ni favor. Por ello desaparecerá también pronto la enseñanza, pues el arte es alimentado por el honor[14] y, si no se la tiene en alta estima, pocos se esforzarán por conseguirla.

La indulgencia tiene tan poco valor, que nadie pregunta por ella ni la ansía; nadie quiere ya buscar la indulgencia, más de uno querría no renegar de ella, y más de uno no daría un penique aunque la indulgencia le llegara a casa, y, si se pusiera a correr detrás de ella, la alcanzaría más lejos de Aquisgrán[15]. Por ello nos amenaza lo mismo que a aquellos con el maná; era para ellos un hastío, decían que no era de provecho, que el alma sentía repugnancia, y hacían burla de

él[16]. Así se hace también con la indulgencia: es despreciada por muchos necios. De ahí saco yo estas consecuencias: ahora está la Fe como una luz; antes de que se apague por completo, hay aún esplendor y brillo. Por ello puedo decir con libertad: ¡se acerca muy terriblemente el Juicio Final! Puesto que se desprecia la luz de la Gracia, pronto se hará totalmente la noche; y lo que nunca antes se había oído: la nave ya da la vuelta hacia arriba a la quilla[17].



[104] Quien, por causa de adulación o de amenaza, pone la verdad en un rincón, está llamando a la puerta del Anticristo.

Callar la verdad

Un necio es quien se siente turbado en su ánimo cuando se le habla con aspereza y se le quiere forzar con violencia a que calle la verdad y a que oculte su verdad, y se vaya al camino de la necedad, por el cual, sin duda, anda el que se doblega ante esa amenaza. Pues Dios está, no obstante, de su lado y protege siempre al que no se separa de la verdad, de suerte que nunca saca de ella su pie. Quien permanece en la verdad, pronto aleja de sí a todos los enemigos. El sabio se esfuerza por alcanzar la verdad aunque vea la vaca de Falaris[1]. Quien no puede permanecer en la verdad, tiene que andar el camino de la necedad. Si Jonás[2] hubiera hecho a tiempo pública la verdad, la ballena no lo habría devorado; Elías[3] ensalzó la verdad y por eso fue al Paraíso; Juan huyó del camino de los necios, y por ello vino Cristo a él para que lo bautizara. Quien censura a uno con amistoso talante, y éste no lo toma bien enseguida, llegará la hora en que tendrá que agradecerlo y dará más las gracias por las palabras de censura que por la palabrería que le agrada. Daniel[4] no quiso aceptar ningún regalo cuando tenía que decir y explicar la verdad a Baltasar: «tu dinero», dijo, «quédese en tu casa». El ángel[5] castigó a Balam porque aceptó los regalos, y lo quiso hacer en contra de la verdad; por ello, estaba del revés todo lo que decía, y el asno castigó al que lo cabalgaba.

Dos cosas no se pueden ocultar, y por toda la eternidad se puede buscar una tercera: una ciudad construida en lo alto;

a un necio, esté de pie, sentado o andando, se le ve pronto su esencia y condición; a la verdad se la ve eternamente y nunca perderá su valor[6], por mucho que los necios se desgasten el cuello de gritar. A la verdad se la honra por todos los países; la alegría de los necios es objeto de burla y escarnio.

He sido atacado muy a menudo mientras construía esta nave, reprochándoseme que la debía pintar un poco[7] y no curtirla con corteza de roble, sino lubricarla con savia de tilo, y suavizar un poco algunas cosas; pero los dejé congelarse, antes que decir otra cosa que la verdad. La verdad permanece eternamente, y permanecería siempre visible para todos aunque no hubiera escrito este librillo. La verdad es más fuerte que todos los que me difaman a mí o la difaman a ella. Si no hubiera hecho caso de ella, estaría yo entre los más grandes necios que tengo en todas las naves.



[105] Quien quiere ayudar a la verdad, tiene que tener muchos enemigos, que tratan de impedírselo.

Impedimento del bien

Un necio es por toda su sangre el que quiere impedir el bien del otro y tiene el atrevimiento de oponerse a aquello de lo que no recibe ningún perjuicio, y ve con gusto que otro sea igual que él y que esté metido en el puré de los necios. Pues los necios tienen siempre que odiar a los que se ocupan de cosas buenas. Un necio no ve con agrado al otro; pero al verdadero necio le ocurre que no se ahorra alegría por no ser el único necio; por ello, siempre se esfuerza en que todos se le asemejen y trata de no ser él solo el necio que lleva la clava[1] a casa.

Cuando se ve a uno que quiere obrar bien y estar tranquilo en la sabiduría, se dice: «¡Mira el hipócrita! Él quiere sólo ser un cartujo, y tiene esa hipócrita condición porque ha dudado completamente de Dios. Nosotros queremos también conseguir que Dios nos permita morir en Gracia como él, aunque día y noche está de rodillas, rezando y haciendo vigilia; quiere ayunar y construir celdas, y no se atreve a confiar en Dios ni en el mundo. Dios no nos ha creado para que seamos monjes o curas ni, sobre todo, para que nos separemos del mundo. No queremos llevar hábito ni capucha. Ésta tiene también cascabeles. ¡Mira el necio y el pardillo! Habría hecho aún en el mundo mucho bien y habría recibido mayor recompensa que ahora si se hubiera instruido y se hubiese orientado al camino de la bienaventuranza, y no yaciendo ahí como un cerdo, cebándose en su celda o privándose de tantas cosas, que no encuentra alegría ni contento.

Si hicieran todos como él hace, llevar el hábito en la cartuja, ¿quién seguiría aumentando el mundo? ¿quién instruiría y educaría a la gente? ¡No es voluntad ni pensamiento de Dios que nos apartemos del mundo y nos ocupemos sólo de nosotros mismos!» Tales discursos hacen noche y día los necios que en el mundo tienen puesto todo su ser, por lo que no buscan la salvación del alma.

¡Escucha! Aunque tú fueras sabio e inteligente, habría, no obstante, suficientes necios; aunque tú llevases hábito de monje, habría más necios en la tierra. Mas si todos fueran iguales a ti, no habría ser humano alguno en el reino de los cielos; aunque tú fueses un tipo inteligente, irían, sin embargo, muchos al infierno. Si tuviera en mí dos almas, daría una al necio; pero como sólo tengo una, tengo que preocuparme por ella: ¡Dios no tiene nada en común con Belial![2]



[106] Quien aquí enciende bien su lámpara y deja encender su luz y su aceite, se alegrará eternamente[1].

Olvido de las buenas obras

Un necio es quien, en el momento en que Dios le dicta su última sentencia, tiene que sentenciar por su propia boca que ha perdido el talento que le había confiado el Señor para que multiplicara las ganancias. A él se le quitará ese talento y él mismo será arrojado al infierno[1].

Del mismo modo, también los que han vaciado su lámpara y no han quemado el aceite, y quieren buscar otro aceite, ahora que se les está yendo su alma.

Cuatro cosas pequeñas hay en la tierra que son, sin embargo, más sabias que el ser humano[2]: la hormiga, que no se preserva de ningún trabajo; una liebrecilla, que vive en la roca; las langostas, que no tienen un rey y van, no obstante, todas juntas al combate; el lagarto se agarra con las manos y vive, sin embargo, en la casa del rey.

Quien encuentra miel y panales llenos, no coma nunca más de lo que necesite, y cuídese de llenarse de dulzor, no sea que tenga que vomitarlo[3].

Aunque un sabio muera repentinamente, su alma nunca se le condena[4], pero el hombre necio e ignorante se condena y tiene que tener su morada en su tumba por toda la eternidad. A otro deja él su alma y sus bienes[5]. Nunca fue creado necio más grande que el que no presta atención al futuro y toma lo temporal por eterno.

Arden muchos árboles en el fuego del infierno que no quisieron dar buenos frutos.



[107] A mano derecha se encuentra la corona[1], a mano izquierda está la capucha; el mismo camino andan todos los necios y encuentran al final una mala recompensa.

De la recompensa de la sabiduría

A la ciencia aspira más de un necio, a cómo se hace pronto maestro[1] o doctor, a que se le tenga por una luz del mundo, y, sin embargo, no puede considerar cómo aprender la verdadera ciencia, con la que él se dirige al cielo, ni que toda la sabiduría de este mundo es, comparada con Dios, una necedad[2]. Muchos se creen en el camino verdadero, pero se pierden en el sendero que lleva a la verdadera vida. Dichoso aquel que no se pierde en el camino cuando lo ha encontrado, pues a menudo sale un sendero secundario, de modo que uno pronto se sale del camino, a no ser que Dios no le deje.

Hércules, en su juventud, pensó qué camino quería tener en cuenta, si quería ir en pos del placer o permanecer sólo en la virtud. En esta meditación, llegaron hasta él dos mujeres, que, aunque no dijeron palabra, pronto reconoció bien por su forma de ser: una estaba llena de dicha y hermosamente adornada; con dulces palabras, le prometió placer y alegría, el final sería, sin embargo, la muerte con dolor, y después ninguna alegría ya ni placer. La otra parecía pálida, triste y severa y tenía un aspecto serio, sin alegría; dijo: «No prometo ningún placer, ningún descanso, sólo trabajo en tu sudor; ve de virtud en virtud, hijo; a cambio de ello recibirás una recompensa eterna.» A esta última siguió Hércules; rehuyó siempre el placer, el descanso y la alegría[3].

¡Si quisiera Dios que todos ansiásemos vivir conforme a nuestra complacencia y que ansiásemos también al mismo tiempo tener una vida virtuosa! ¡En verdad rehuiríamos más de un sendero que nos lleva al camino de los necios! Pero, dado que todos nosotros no queremos pensar dónde vamos a terminar, y vivimos parpadeando en la noche, no prestamos atención al buen camino, de manera que muy a menudo no sabemos siquiera a dónde nos conducen nuestros pasos. De ello resulta que todos los días nos produce remordimientos nuestro plan; cuando lo conseguimos, no sin dolor, tanto más lo ansiamos. Esto se debe sólo a que todos nosotros tenemos un ansia innata por que se nos conceda a fin de cuentas en la tierra el bien más alto. Pero como esto no puede ser y andamos errantes en las tinieblas, Dios ha dado la luz de la sabiduría, para iluminar nuestro semblante y terminar la oscuridad cuando nos volvemos a ella; nos muestra pronto la diferencia entre el camino de los necios y el de la sabiduría. Esta sabiduría persiguieron Pitágoras, el gran Platón, Sócrates y todos los que por su enseñanza han conseguido gloria y honra eternas, aunque nunca pudieron demostrar que *aquí* encontraron la verdadera sabiduría. Por eso de ellos dice Dios nuestro Señor: «Quiero de-sechar la ciencia y la enseñanza y la sabiduría de aquellos que son sabios *aquí* y enseñan esto a los niños pequeños»[4]. Son todos aquellos cuya sabiduría ha adquirido allí en la patria de arriba; quienes han aprendido esta sabiduría, serán honrados por toda la eternidad y brillarán como el firmamento; a los que han reconocido siempre lo justo y se han instruido en ello, y a otros muchos, los comparo yo al lucero del alba, de oriente, y a la estrella vespertina, hacia el occidente. Bion el maestro[5] nos dice cómo los pretendientes de Penélope nunca alcanzaron su meta y, por ello, andaban con las doncellas de ésta; así hacen los que aquí no pueden comprender

por completo el esplendor de la verdadera sabiduría, pero que se acercan a ella medinte el adorno de la virtud (que son sus doncellas).

Toda la alegría del mundo tiene un triste final. Que cada cual mire a dónde se dirige.



[108] ¡Vosotros, compañeros, venid aquí en seguida! Vamos al País de las Maravillas[1], pero estamos metidos en el fango y en la arena.

La nave del País de las Maravillas

No pienses que los necios estamos solos: tenemos también hermanos mayores y pequeños; en todos los países, por doquier, sin fin es nuestro número de necios. Andamos dando vueltas por todos los países, desde Narbona[1] al País de las Maravillas; después queremos ir hacia Montefiascone[2] y al país de Narragonia[3]. Visitamos todos los puertos y orillas, andamos dando vueltas con gran daño, pero no podemos encontrar la orilla a que se debe arribar. Nuestro viaje no tiene final, pues nadie sabe dónde debemos llegar; y no tenemos descanso ni de día ni de noche, nadie de nosotros presta atención a la sabiduría. Además tenemos muchos compañeros, muchos satélites y cortesanos[4] que van siempre detrás de nuestra corte, pero que al final entran en la nave y viajan con nosotros buscando beneficio. Sin preocupaciones, razón, sabiduría y sentido, hacemos ciertamente un preocupante viaje, pues nadie cuida, mira, observa y atiende a las cartas y al compás marinos o al curso del reloj de arena. Aún menos a las estrellas, a dónde van Boyero, Osa, Arturo o Hiades[5]. Por ello encontramos las Simplégades[6]. de modo que las rocas nos dan un golpe al barco por ambos lados y lo aplastan hasta convertirlo en pedazos, y poco del naufragio flota. Nos atrevemos a pasar por Malafortuna[7], por ello apenas podemos llegar a tierra, por Escila, Sirte y Caribdis[8], y estamos fuera del buen camino. No es ningún milagro, por tanto, que veamos en el mar muchos animales maravillosos, como delfines y sirenas, que nos

cantan dulces cantinelas y nos hacen dormir tan profundamente, que para nuestra arribada no hay puerto[9]. Y tenemos que ver por fuerza al Cíclope con el ojo redondo, que le sacó Ulises[10] sin que por su astucia le viera, y no pudiera infligirle más daño que rugir y mirar como un buey al que se le da un palo. El astuto se apartó de él y lo dejó gritar, lloriquear y llorar, pero le lanzó aún grandes piedras. Ese mismo ojo le vuelve a crecer mucho cuando ve al ejército de necios: lo abre tanto hacia ellos, que no se le ve la cara; su boca pasea hacia las dos orejas para tragar a muchos necios. Los otros que se le escapan los alcanzará Antífates con su pueblo de los lestrigones[11], que se dedican a los necios, pues no comen otra cosa que carne de necio todo el tiempo y beben sangre en lugar de vino. ¡Ahí estará el albergue de los necios!

Homero ingenió todo esto para que se prestara atención a la sabiduría y no se osara irse al mar con ligereza. Con esto alabó mucho a Ulises, que dio sabios consejos y planes mientras estaba en la guerra de Troya y cuando, diez años después, anduvo con gran suerte por todos los mares. Cuando Circe, con el poder de su bebedizo, convirtió a sus compañeros en figura de animal, Ulises fue tan sabio que no tomó bebida ni comida hasta que superó en su engaño a la pérfida mujer y liberó a todos sus compañeros con una hierba que se llama moly[12]. Así le ayudó al astuto su sabiduría y prudente consejo para librarse de muchas penalidades, pero, como quería siempre viajar, a la larga no se pudo librar: al final le llegó un viento contrario que rápidamente destrozó su nave, de modo que se ahogaron todos sus compañeros y se hundieron todos los remos, la nave y las velas. No obstante, su sabiduría vino en su ayuda, de manera que nadó él solo, desnudo, a la orilla y pudo contar muchas desgracias pero fue asesinado por su hijo, cuando llamó a su

propia puerta; aquí no le pudo ayudar la sabiduría[13]. No le reconoció nadie como su señor en toda la corte, sólo los perros, y murió porque no se le quiso conocer como se debía en justicia.

Con esto vuelvo a nuestro viaje: nosotros buscamos beneficio en este barro, por ello tendremos pronto un mal final, pues se nos rompen el mástil, las velas y las cuerdas y no podemos navegar en el mar; las olas son difíciles de remontar: cuando uno piensa que está arriba, lo empujan abajo. El viento los lleva arriba y abajo: la nave de los necios no volverá nunca, cuando se haya hundido por completo. No tenemos ni sentido ni astucia para nadar a la orilla, como hizo Ulises después de su desgracia, quien sacó más nadando desnudo de lo que perdió y encontró en casa. Navegamos sobre el resbaladizo borde de la desgracia, las olas golpean por encima de la nave y nos cogen muchas barcas de salvamento, también se apoderan de los marineros y, al final, lo mismo le ocurre a los capitanes. La nave se queda desierta en las oscilaciones, y puede encontrar muy fácilmente un torbellino que engulla al navío y a los navegantes. Toda ayuda y consejo nos han abandonado, nos iremos a pique, el viento nos lleva con violencia. Un hombre sabio se queda en casa y obtiene de nosotros una buena enseñanza, no osa echarse al mar con ligereza, a no ser que pueda luchar con los vientos, como hizo Ulises en su día, y, si el barco se hunde, que sepa nadar a tierra firme.

Dado que muchos necios se ahogan, acuda presto cada uno a la orilla de la sabiduría y coja el remo en la mano, para que sepa dónde desembarca; el que es sabio, llega a tierra como se debe: ¡pero hay necios bastantes! El más inteligente es el que él mismo sabe bien lo que se debe hacer y dejar de hacer, y al que no hay que enseñar, sino que él mismo ensalza la sabiduría; es también inteligente el que oye a

otros y aprende de ellos educación y sabiduría; pero quien no sabe nada en absoluto, cuenta entre los necios. Si éste ha perdido esta nave, espera hasta que llegue otra; encontrará bastante compañía para cantar el *Gaudeamus*[14] o la *Canción en tono de necios.* Hemos dejado a muchos hermanos fuera, también así la nave se irá a pique.



[109] Un necio es quien no entiende cuando le sucede una desgracia que se tiene que preparar sabiamente: la desgracia no quiere ser despreciada.

El desprecio de la desgracia

A más de uno no le va bien con la desgracia, pero lucha tras ella siempre como un loco; por ello no le debe maravillar si se le va el barco a pique: aunque la desgracia sea aún pequeña, raramente viene sola, pues, según dice el viejo proverbio: «la desgracia y el cabello crecen todos los días». Por eso, cámbiese el principio, que no se sabe a dónde tiende el final. Quien se arriesga a ir al mar, necesita suerte y buen tiempo, pues tras sí navega rápidamente el que quiere navegar con viento contrario. El sabio aprende a navegar con viento de popa; el necio, pronto ha hecho zozobrar la nave. El sabio sujeta en su mano el timón y anda con facilidad hacia tierra; el necio no se maneja al timón, por ello a menudo naufraga. El sabio guía a otros y a sí mismo; el necio se echa a perder antes de darse cuenta.

Si no se hubiera conducido sabiamente Alejando en alta mar, que le lanzó su nave a un costado, y no se hubiese guiado por el tiempo, se habría ahogado en el mar y no habría muerto del vino envenenado.

Pompeyo tenía gran fama y honra por haber limpiado los mares y haber expulsado a todos los piratas, pero cayó en Egipto.

Los que tienen sabiduría y virtud nadan desnudos bien a tierra: así dice Sebastián Brant[1].



[110] Muchos necios calumnian a todos y ponen al gato el cascabel[1], pero no quieren mantener su palabra.

Difamación del bien

Muchos estaban contentos por haber yo reunido a muchos necios, y sacan una provechosa enseñanza de cómo se pueden apartar de la necedad. Por el contrario, esto les parece mal a muchos otros, que piensan que les he dicho la verdad, pero que no me he atrevido a hablar públicamente, de modo que censuran la obra y ponen al gato el cascabel que está bien en sus propias orejas. El caballo sarnoso no aguanta tranquilo mucho tiempo cuando se le quiere almohazar; si se arroja un hueso entre muchos perros, sólo grita el afectado. Paso prudentemente por alto que los necios me van a criticar pensando que no tengo derecho a censurarlos y a mostrar a cada uno lo que le molesta. Cada uno habla lo que le place, y se queja donde le aprieta el zapato. Al que no le guste este libro de necios, que lo deje correr. Yo no pido a nadie que lo compre, a no ser que quiera hacerse sabio con él y quitarse él mismo la capa, de la que he tirado mucho tiempo, pero que no se la he quitado por completo. Quien censura lo que no entiende, que compre este libro, que lo necesita, pues, en lo que entendió en él, cada cual encontró amor y afecto. Quien se atreve a contradecir la verdad y quiere ser sabio, es un necio.



[110a] En la mesa se cometen muchas groserías, que con razón se llaman necedades: de ellas quiero hablar para concluir[1].

De las malas costumbres en la mesa

Si trato de escudriñar hasta el final todas las necedades, debo colocar con justicia al final del libro a algunos que se tiene por necios, en los que no había pensado antes; pues, aunque cometen muchos abusos con los que la buena educación resulta escarnecida, y son groseros y maleducados, sin embargo no están tan completamente ciegos como para vulnerar la honradez, como los que coloqué delante, o como para olvidar a Dios; sólo que en el beber y en el comer son muy groseros y poco experimentados, de manera que se les llama *necios descorteses.* No se lavan las manos cuando se quieren sentar a la mesa, o, cuando se sientan a la mesa, quitan el sitio a otros que deberían sentarse antes que ellos; olvidan tanto la razón y la cortesía, que se les tiene que decir: «¡Eh! ¡Levántate, amigo, y deja sitio! ¡Deja sentarse a éste en tu lugar!»[1]. O el que no ha rezado la bendición del vino y del pan antes de ir a la mesa; o el que echa mano el primero a la fuente y se lleva la comida al hocico, delante de respetables gentes, señoras y señores, que él debería honrar con sensatez, para que cogieran primero y él no lo hiciera delante de ellos. Él tiene también tantas ansias de comer, que sopla en la sopa y en el puré, e hincha los carrillos como si fuera a pegar fuego a un granero. Muchos salpican el mantel y la ropa, y vuelven a poner en la fuente lo que tan groseramente se les ha caído, lo cual produce desagrado en todos los comensales. También algunos son tan vagos, cuando llevan la cuchara a la boca, que dejan abierto el ho-

cico sobre la fuente plana u honda y sobre el puré, de manera que todo lo que se les cae vuelve a la fuente. Algunos son tan sabios de nariz, que huelen primero la comida, y causan desagrado y escándalo a la otra gente. Otros mastican en la boca y lo arrojan en seguida sobre el mantel, la fuente o el suelo, de modo que a algunos le entran náuseas. Al que ha comido un bocado y lo pone después sobre la fuente o al que se inclina sobre la mesa y mira dónde está la buena carne y el buen pescado, aunque esté delante de otro, echa mano y lo trae hacia sí deprisa, y deja un plato delante de él, sin pasárselo a nadie más… a ése se le llama *cuervo zampón*: en la mesa sólo se conoce a sí mismo, y además se esfuerza y aplica por comer él solo toda la comida y por llenarse él solo y no conceder lo mismo a los demás. A este mismo le llamo yo *limpiacamino, engrasapanza, llenabarriga*. Un mal compañero de mesa es éste y se le llama *tragón*, que no deja esa mala costumbre de que, cuando la bienaventuranza le concede buena comida, no la reparte con los otros. También el que se llena los carrillos como si los tuviera llenos de paja; y el que, al comer, mira en torno a sí a todas las esquinas, como un mono, y observa a cada uno con ansia, no vaya a ser que coma más que él, y, antes de que se meta un bocado, él mismo ya ha tragado cuatro o cinco; y, para que no le sobre nada, todavía se lleva platos a casa; y, para que no olvide nada, mira cómo puede limpiar las fuentes. Antes de tragar la comida, tiene que echar un trago de la copa, y se hace una sopa con el vino[2] y mueve los carrillos, y se siente tan acuciado, que una parte le sale por la nariz o riega por completo a su vecino el vaso o la cara.

Nueve tragos de paloma y un poquito de papilla[3], éste es ahora el modo de beber. La boca sucia no se la limpia nadie: en la copa nada la grasa. No alabo el chasquear con la lengua al beber, que con ello se molesta a la otra gente. Si se

sorbe entre los dientes, esta manera de beber no es de buen tono. Más de uno bebe con tal griterío como si viniera una vaca del heno. Beber después era en un tiempo signo de distinción, pero ahora sólo se necesita el pellejo de vino, para poder beber rápidamente delante: levanta la copa y dice a uno «a tu salud», para que esa copa haga *gluglu*; piensa así que honra a los otros dando la vuelta a la copa[4]. No necesito esa cortesía, que se me llene el vaso delante o que se me ofrezca de beber; yo bebo para mí, y para nadie más: quien le gusta llenarse, es una vaca.

También es un necio el que parlotea solo a la mesa, y no deja a nadie meter baza, sino que todos tienen que oírle a él lo bien que sabe parlotear. A ningún otro le concede la palabra, pero su propia palabra va contra todos y calumnia constantemente a muchos que no están presentes. También el que se rasca en la tiña y mira a ver si no encuentra un venado, de seis patas[5], con un escudo de Ulm[6], que después destripa en el plato, y pasa los dedos por la fuente para hacer una *sopa de uñas*[7]. También cuando se limpia la nariz y se frota los dedos en la mesa. Otros están tan bien educados, que se apoyan en los brazos y en los codos y mueven la mesa, se ponen encima a cuatro patas, como hizo la novia de Geispitzhain[8], que junto al plato puso su pierna, y, cuando se inclinó a coger el velo, se le escapó un pedo encima de la mesa; y dejó salir un regüeldo, que si no se hubiera ido con cubos y no hubiera abierto la boca, no le quedaría un diente. Algunos muestran tan finas maneras, que untan muy aplicadamente el pan con las manos sucias en la salsa de pimienta, para que esté verdaderamente bien untado.

Es una ventaja servir: el mejor trozo se mueve y lo que no me gusta se lo paso gustoso a otro, así se abre un camino para que yo pueda tratar de conseguir lo mejor, mientras que el otro recibe lo que yo no quiero; lo mejor para mí, y

yo me callo. Muchos me han servido, y hubiera deseado que no hubiesen tocado nada, para que me hubiera quedado lo que estaba delante de mí y me gustaba más. Más de uno anda maquinando y gira la fuente sobre la mesa para que lo mejor quede delante de él. He observado a menudo que muchos practican esas aventuras y ofrecen ayuda a sus intenciones para que su panza quede bien llena.

Así que en la mesa hay muchas costumbres extrañas; si las contara todas, escribiría una leyenda completa[9]: cómo muchos silban en la copa, o meten los dedos en el recipiente de la sal, lo cual muchos consideran muy grosero; en verdad, alabo esto mucho más que el que se coja la sal con el cuchillo: una mano limpia es mucho mejor y más limpio que la hoja de un cuchillo que se saca de la vaina y que muchas veces no se sabe si se ha despellejado con él un gato. Como desatino se puede también considerar golpear y partir en dos los huevos, y otras bufonadas por el estilo, de las que ahora no quiero hablar, pues eso son costumbres finas, y yo escribo aquí sólo de groserías, no de cosas sutiles y finas; si no, podría escribir una biblia, si tuviera que describir todos los desatinos que se realizan al comer. Asimismo, no presto atención a, cuando hay algo en el vaso, si se sopla con la boca o se coge con el cuchillo o con una rebanada de pan; aunque esto último es la costumbre más fina, considero que se puede hacer todo. Pero donde se considera bueno que se haga todo con la copa y se cambie ésta por otra limpia, como es norma entre los ricos, no se tiene derecho a criticar; para pobres no es esta inofensiva costumbre: el pobre se contenta con lo que Dios le da y aconseja, no necesita cultivar costumbres refinadas.

Por último, dígase la bendición; y, cuando se ha saciado uno de beber y comer, se dice «Deo gratias». Y a quien no cumple esta obligación, no le tengo yo por sabio, sino que

con razón puedo decir que lleva puesta la capa de los necios.

[110b]

De los necios del carnaval[1]

Conozco aún a algunos necios del carnaval[2] que persisten en la capa de los necios. Cuando comienza el tiempo sagrado[3], molestan a todo el mundo: una parte se tizna completamente la cara y disfraza por entero su cuerpo, y corre por ahí a modo de fantasma. Su plan está sobre una fina capa de hielo. Muchos no quieren que se les reconozca, pero a la postre ellos mismos se llaman por su nombre; aunque sus cabezas están tapadas, quieren que se les preste atención, que se diga: «Mira, el señor de Runkel. Viene y lleva del brazo a una moza; tiene que significar algo importante el que venga aquí a la gente pobre, tan misericordioso, para visitarnos.» Pero sólo quiere tratar de menospreciarnos, ponernos un huevo en carnaval, que cante «cucú» en mayo. Buñuelos se ofrecen en muchas casas, aunque mejor sería quedarse fuera; contar las causas es tan largo, que prefiero callarme. Pero la necedad ha ingeniado que se busque alegría en carnaval; cuando se debería cuidar de la salvación del alma, los necios dan la bendición y buscan su fiesta cuando es casi noche delante de la puerta[4]. Es bien conocida la consagración de la iglesia que hacen los necios, con razón se le llama «muy de noche»[5]. Se corre con bullicio por las calles entre la suciedad, como si hubiera que coger abejas; y el que se comporta con mayor locura, piensa que se merece la corona. Corren de casa en casa y se llenan bien sin comprarlo con dinero; esto dura a menudo hasta medi-

anoche: ¡el demonio ha inventado este juego! Cuando se debería buscar la salvación del alma, se danza en la cuerda de los necios. Muchos se olvidan cuando están llenándose, como si no fueran a comer en todo un año, y no se contentan con llenarse hasta maitines. La comida prohibida[6] no causa preocupación: se come hasta que se hace de día.

En verdad, hablo, asevero y digo que ni los judíos, los paganos y los gitanos tratan con tanto escarnio su Fe como nosotros, que queremos ser cristianos y lo demostramos muy poco con nuestras obras, pues, antes de que empiece la devoción, nos pasamos primero tres o cuatro noches de carnaval, faltándonos todo sentido, y esto dura todo el año. Cortamos la cabeza de la cuaresma[7] para que tenga menos fuerzas.

Pocos se acercan a la ceniza, para recibirla con devoción; temen que la ceniza vaya a morderlos; prefieren embadurnarse la cara y ponérsela negra como el carbón; la señal del demonio les gusta mucho, no quieren tener la señal de Dios[8], no quieren resucitar con Cristo. Las mujeres gustan de ir a las calles, tanto más ser ensuciadas; algunos no respetan las iglesias, se corre en ellas de un lado para otro y se embadurna allí a las mujeres: esto se tiene por una costumbre fina. Bandas zafias traen al borrico[9], con él recorren toda la ciudad. Después se invita al baile y al torneo, ahí hay que romper las lanzas y reunir a muchos necios. Campesinos y artesanos no se avergüenzan y participan también en el torneo, aunque muchos no saben cabalgar; y así recibe más de uno una lanzada, que le parte el cuello o la espalda: ¡esto se tiene por una *broma cortés*! Después se llenan de vino; de ayunar nadie puede hablar. Esto sigue durante catorce días, algunos ayunan completamente al final, la Semana Santa apenas lo puede cambiar. Se van a confesar cuando tocan las tablas de madera[10], y así empieza su arrepenti-

miento. Por la mañana ya se quiere seguir, colgar más a la cuerda de los necios; todos tenemos prisa por ir a Emaús[11]. Los bollos consagrados[12] no nos saben bien, no se quiere cubrir más la cabeza, pues fácilmente podría levantarse un viento que podría quitar el velo a las mujeres y dejárselo colgado en el siguiente seto. A las mujeres no les gusta cubrirse, así excitan a los hombres y a los muchachos; prefieren llevar la caperuza de los necios para poder estirar las orejas a cubrirse con los velos.

De ello puedo concluir, aunque a algunos les moleste, que, donde se busca sólo carnaval, nunca puede salir devoción. Pero, según nos comportamos con Dios, así nos deja Él a menudo hasta la muerte. La capa de los necios trae miedo y penalidades, y no puede estar quieta: ahora se pone incluso en la abstinencia y en la Semana Santa.



[111] Fácil sería ocuparse de la necedad, si también se pudiera apartarse de la necedad; a quien ya quisiera empezar, a menudo se le impide.

Disculpa del poeta

Es un gran necio y un gran ignorante quien paga a los trabajadores antes de acabar; no puede triunfar honradamente en el mercado el que no trabaja para un pago futuro. Muy raramente se merece el salario que previamente ya se ha comido y gastado; muy lentamente avanza la obra que se levanta por el pan ya comido. Por ello, se me habría pagado de antemano para que hubiera tratado bien a los necios: habría hecho poco caso a ello; además ahora ya estaría consumido el dinero, si no me hubiera proporcionado más seguridad[1], porque todo lo que existe sobre la tierra, es considerado como inútil necedad. Si hubiera hecho este libro por dinero, me temo que no habría recibido gran recompensa; hace tiempo que lo habría dejado ya; pero no lo dejé: por la honra de Dios y el provecho del mundo lo hice, no he visto ni favor ni dinero ni ningún otro bien temporal, lo cual Dios bien me puede atestiguar, pero sé que no puedo quedar totalmente sin castigo por mi libro. De los buenos quiero aceptar su crítica y objeciones, aprender; ante Dios puedo atestiguar: si hay algo aquí en lo que miento, o que sea en contra de la doctrina de Dios, de la salvación del alma, de la razón y la honra, soportaré con paciencia el reproche; no quiero tener culpa en la Fe, y pido a todos que se tome por bueno y no se interprete como malo, ni se saque de ello enfado o escándalo, pues ¡para eso no lo escribí! Pero sé que me sucede igual que a la flor que hermosamente florece; de ella la abejilla saca miel, pero, cuando sobre ella viene una

araña, busca ésta el veneno para su provecho. Esto tampoco se deja de hacer aquí; cada cual obra según su forma de ser. Donde no hay nada de bueno en una casa, no se puede sacar algo bueno fuera. Quien no guste de oír la verdad, se quejará de mí con tanta mayor frecuencia, y en sus palabras se oirá qué clase de bufón es.

He visto a más de un necio que se levantaba derecho y erguido de orgullo como el cedro del Líbano, que se creía libre de necedad, pero, cuando esperé un poco, se le había ido la jactancia, tampoco se podía encontrar el lugar donde este necio había vivido[2]. ¡Quien tenga oídos, que se fije y oiga! Yo callo: el lobo no está lejos de mí[3]. Un necio critica a muchos antes de tiempo, no sabiendo lo que a éstos les hace daño. Si cada uno tuviera que ser la espalda del otro, se daría cuenta pronto de lo que le aprieta. Quien quiera, que lea este libro de los necios, yo sé bien dónde me aprieta el zapato; por ello, cuando me quieren criticar y dicen «médico, cúrate a ti mismo, pues tú eres también de nuestra banda», yo sé y confieso a Dios que he cometido muchas necedades y tengo que ir en la orden de los necios; por fuerte que tire de la caperuza, nunca me abandonará. Pero he empleado mucha aplicación y seriedad, de manera que, como ves, han aprendido que yo ahora conozco a muchos necios y tengo deseo, si Dios quiere, de mejorarme con el tiempo, mientras Dios me conceda su Gracia. Cada cual mire de no equivocarse, de que no se le quede el rastrillo[4]; la clava se hace vieja en su mano; adviértase esto a todos los necios.

Así concluye Sebastián Brant, que la sabiduría a todos aconseja, sea quien sea y esté donde esté: ¡Ningún buen trabajador llega demasiado tarde!



[112] De necios os he hablado para que tuvieseis buena noticia de ellos. Quien quiera ser sabio, que lea a mi amigo Virgilio[1].

El hombre sabio

Un hombre bueno, razonable e inteligente es difícil de encontrar en todo el mundo, como Sócrates (Apolo[1] le dio el conocimiento). Él mismo es juez de sí mismo; donde le falta sabiduría, se examina hasta una uña; no tiene en cuenta lo que dice la nobleza o el grito del pueblo llano; es redondo como un huevo, para que no le quede ninguna mácula extraña que no se pueda quitar por un fácil camino; mientras el día se extiende en cáncer[2], mientras la noche cubre a capricornio[3] medita y sopesa, para que no le perturbe ningún ángulo en su casa, o diga una palabra que no pese lo mismo por todas las partes[4], para que no falte la escuadra y sea firme lo que ha medido; para que pare con la mano todo ataque y pronto lo haya desviado. Por ello, no le agrada mucho el sueño como para que no medite y se critique lo que ha hecho a lo largo del día, lo que haya podido omitir, lo que debía haber considerado a tiempo, lo que ha realizado a destiempo; por qué había terminado este asunto sin razón y sin causa, y había pasado mucho tiempo ocioso; por qué había permanecido en ese plan, que podía aún ser mejorado; por qué había pasado por alto a los pobres, por qué había sentido en su ánimo mucho dolor y aversión; por qué había hecho esto y había dejado sin hacer aquello; por qué se había zaherido tantas veces y había puesto el provecho delante del honor y había obrado mal de palabra o con el rostro, y no había atendido a la honradez; por qué siguió la inclina-

ción de la naturaleza y no orientó ni obligó a su corazón hacia la buena educación.

Así examina las obras y las palabras desde la mañana a la noche, pensando todas las cosas que hace: rechaza lo malo y alaba lo bueno. Este es el natural de un verdadero sabio, que en su poema nos muestra Virgilio, el muy loado. Quien, por tanto, vive aquí en la tierra, sería sin duda grato a Dios, porque habría conocido la verdadera sabiduría, que un día le ha de conducir a la patria celestial. Que Dios nos lo quiera conceder pronto, os lo deseo yo, Sebastián Brant.

Deo gratias[5]

Protesta[1]

Hace un tiempo escribí *La nave de los necios*, con gran trabajo la compuse, y tan cargada de necios, que no se necesita bañarlos[2] de otra manera: cada uno se ha frotado a sí mismo. Pero lo cosa no ha quedado ahí: muchos (quizá después de haber bebido) han colgado a su arbitrio nuevos versos. Deberían pensar que ellos ya estaban sentados en la nave cuando les golpeé a ellos y a otros; se podían haber ahorrado su esfuerzo.

Este barco navega con la antigua vela, vuela como el primero y se contenta con un viento suave. Es verdad que lo habría aumentado gustoso, pero se ha dado la vuelta a mi trabajo y se han mezclado otros versos que carecen de arte, clase y medida. Muchos versos míos se me han cortado, el sentido se pierde a la mitad; cada verso se ha tenido que plegar a la forma en que se quería imprimir y a lo que exigía el formato[3]; por ello, están tan mal muchos versos, lo cual me ha dolido en mi corazón mil veces y más que todo mi grande y penoso trabajo que empleé sin culpa y con candor; y tengo que ver públicamente lo que nunca permití salir, lo que nunca me vino a la boca y a la garganta. Pero yo se la encomiendo a Dios, pues esta nave navega en su nombre, no necesita avergonzarse de su escritor, igual que la antigua en todas las cosas. No la sabe hacer cualquier necio, a no ser que se llame como yo me llamo: el necio Sebastián Brant.

Final de *La nave de los necios*

Aquí termina *La nave de los necios*, que, para provecho, salutífera enseñanza, amonestación y seguimiento de la sabiduría, razón y buenas costumbres, y también para desprecio y crítica de la necedad, ceguera, error e ignorancia de todas las ciudades y generaciones de los hombres, con especial aplicación, esfuerzo y trabajo, ha sido compuesta por Sebastián Brant, doctor en los dos Derechos. Impreso en Basilea, en carnaval, que se llama la consagración de la iglesia de los necios, en el año mil cuatrocientos noventa y cuatro del nacimiento de Cristo.



SEBASTIAN BRANT (Estrasburgo, 1457 o 1458 - 10 de mayo de 1521) fue un humanista alsaciano y escritor de obras satíricas.

Brant estudió en Basilea, donde hizo un doctorado canónico y civil en 1489. Fue profesor de derecho y poesía. En Basilea editó antiguas obras de derecho, obras poéticas de Virgilio, las obras completas de Petrarca y tratados de los Padres de la Iglesia. En 1500, cuando Basilea se unió a la Confederación Suiza (1499), regresó a Estrasburgo, allí, en 1503 fue nombrado secretario municipal. Maximiliano I lo designó como consejero imperial y conde palatino.

En 1485, se casó con Elisabeth Bürgis, con la que tuvo siete hijos. En 1494, crea un nuevo género literario, el género bufo, al publicar su obra maestra *Das Narrenschiff* (*La na-*

ve de los necios), crítica de la debilidad y locura de sus contemporáneos. Su éxito fue inmediato hasta el punto que se tradujo a numerosas lenguas.

Notas

[1] En realidad, Brant había recopilado una serie de pasajes de la Biblia, de autores clásicos, etc., a los que dio forma literaria. <<

[2] En Derecho civil y canónico. <<

[3] Juego de palabras en el original: *fatuus* y *gfatter* «compadre». <<

[4] La capa es uno de los principales atributos del necio. A menudo es una simple caperuza, que cubre también los hombros y parte de la espalda. <<

[5] *Andria* I, 1, 41: *veritas odium parit.* <<

[6] Proverbios de Salomón 30,33. <<

[7] Muy criticados en la época, e incluso prohibidos en algunos lugares. Aparecen representados en varias xilografías. <<

[8] La clava, el palo tosco que va engrosando hasta la punta, es, como la capa, un atributo esencial del necio. <<

[9] De la feria de Fráncfort. <<

[1] Probablemente la intención de burlarse de la necedad asociada con la extensión de la imprenta (interés excesivo por el acopio de los libros salidos de ésta). <<

[2] Quizá Ptolomeo I de Egipto (siglos IV-III a. de C.), que pasa por fundador de la biblioteca de Alejandría, o Ptolomeo II *Filadelfo*, en cuyo reinado (285-247 a. de C.) se potenciaron

las letras y las artes (v. gr., se realizó la traducción, llamada *de los setenta*, de la Biblia). <<

[3] Aunque se han propuesto otras hipótesis, la más fiable es, a mi juicio, que se refiere a los hablantes de alemán (como contrapuesto a los del latín). <<

[4] Latín *cuculus* «cuco», «necio». <<

[1] El significado de esta frase proverbial no es claro: merecerse un buen asado por su mala fe o, lo más probable, ser mero instrumento de otro. Según Geiler, despellejar a los pobres. <<

[1] 2 Samuel 15-17. Fiel espía de David contra Absalón. <<

[2] Ibíd. Mal consejero que encontró una muerte deshonrosa. <<

[3] Mateo 7,2. <<

[4] Proverbios 21,30. <<

[1] En el original, *inn lib und bluot*, «en cuerpo y sangre». <<

[1] Alusión a la pena consistente en cortar una mano y un pie. <<

[2] Las monedas, acuñadas toscamente, también se pesaban. No pondrían, pues, en la balanza, para salvarle, ni un guijarro ni la más pequeña moneda. <<

[3] Triunviro con César y Pompeyo. Vencido por los partos en el 53, se le habría hecho beber oro líquido. <<

[4] Floreció a finales del siglo IV a. de C. Era filósofo cínico y vivía como un mendigo. <<

[1] Ante el patrón de los reclusos se dejaban las cadenas de las condenas cumplidas. <<

[2] La cestilla se ponía para dar forma, por su entretejido, al pelo engrasado, que se metía dentro. <<

[3] Por su abundancia. <<

[4] Formaban parte, como el resto de las prendas citadas, del modo elegante de vestir. <<

[5] La de llevar vestidos largos y con pliegues, como el caftán de los judíos. <<

[6] Crítica apenas velada a las autoridades, que eran aquí muy benévolas en la práctica, a pesar de las numerosas ordenanzas sobre la vestimenta. <<

[1] Proverbialmente, tener un pie en la tumba. <<

[1] Isaías 65,20. <<

[2] Atributo del necio. <<

[3] Daniel 13. La virtuosa Susana fue condenada a muerte por dos viejos jueces que la pretendían. El pretexto fueron unas falsas acusaciones. <<

[1] Proverbios 22,15. <<

[2] 1 Samuel 2,12 y 4,18. <<

[3] Catilina, el promotor de la conjura en Roma (63 a. de C.), es presentado aquí y en el cap. 49 como prototipo de la oposición a la ley y el orden. <<

[4] Según Plutarco, *De educatione*, 7,3. Brant sigue en buena medida este tratado desde aquí hasta el final de este capítulo. <<

[5] Alejandro Magno. <<

[6] Según Plutarco, *De educatione*, 7,13. En buena parte de este capítulo se sigue a Plutarco. <<

[7] Brant no lo toma del diálogo de Platón, sino de Plutarco, *De educatione*, cap. 8. <<

[1] Del molino, como en el grabado. <<

[1] Bajo el sello del silencio. <<

[2] En la antigüedad se ponía una rosa sobre los comensales invitados, como símbolo del silencio sobre lo tratado (en latín, *sub rosa*). <<

[3] 4 Moisés 16. <<

[4] 2 Samuel 15. <<

[5] 1 Macabeos 7,5 ss. <<

[6] 2 Samuel 1,1 ss. <<

[7] 2 Samuel 4. <<

[1] Cuco es muy utilizado por Brant en el sentido de «necio». Aquí se toma, sin embargo, en sentido literal: es un necio el que adiestra para la caza un cuco en vez de un halcón. <<

[2] Tobías 4,19. <<

[3] 1 Moisés 10,26. <<

[4] 1 Reyes 12,8 ss. <<

[5] Daniel 4, 24-30. <<

[6] 1 Macabeos 9,1-18. Aquí no se cita, sin embargo, a Joram como el que da el consejo. <<

[7] Proverbios 11,14. <<

[8] Samuel 17,1-23. Brant se equivoca, pues no fue Saúl, sino Absalón, el que no siguió el consejo de Ajitofel, como consecuencia de lo cual éste se ahorcó. <<

[1] Es decir, es completamente necio. La capa, el atributo del necio, es tan larga que la arrastra por el suelo. <<

[1] En *schuben*, túnicas para hombres y mujeres, abiertas por delante, como se ve en el grabado. <<

[2] Brant, siguiendo una larga tradición, piensa que en los buenos modales se refleja la virtud interior. <<

[3] Jacob 3,17. <<

[4] 1 Moisés 9,22. <<

[5] Procede, en última instancia, de una fábula de Esopo. Un hijo, antes de ser ajusticiado, corta la nariz de su padre,

pensando que la mala educación que le ha dado es la causa de su desgracia. <<

[1] 1 Samuel 18 y 20. <<

[2] Citado aquí, quizá, porque reconstruyó Jerusalén y la vida comunitaria. Cf. Esdras II, 1 ss. <<

[3] Tobías 1,3; 15,19 ss. <<

[4] El sentido es que, en la dificultad, no aparece ningún amigo, y, en la bonanza, aparecen por todas partes. <<

[1] Se trata de Hans Böheim, predicador de Niklashausen an der Tauber. Aseguraba que se le había aparecido la Virgen María. Se oponía de forma muy revolucionaria a la autoridad civil y eclesiástica. Fue detenido en 1476 y quemado en la hoguera en Würzburgo, a instancias del obispo. <<

[2] Se piensa, principalmente, en la destrucción de Jerusalén y en la prisión en Babilonia. <<

[1] 1 Macabeos 12,43 ss. <<

[2] Julio César. <<

[3] 2 Macabeos 8, 10-14; 15, 30 ss. Nicanor pretendía vender como esclavos a judíos que no había capturado, y por los que después fue vencido. <<

[4] 2 Samuel 2,17-23. Asael había perseguido a Abner, hasta que éste lo mató. <<

[1] Por lo fácilmente inflamable. <<

[2] Referencia a la *Odisea*, como en el cap. 108. <<

[3] Tomado de Ovidio, como la mayoría de los ejemplos que siguen (principalmente de *Metamorfosis*, secundariamente de *Remedia Amoris, Heroides* y *Tristia*). <<

[4] Jueces 19-20. <<

[5] 2 Samuel 11. <<

[6] Jueces 16. <<

[7] 1 Reyes 11. <<

[8] 2 Samuel 13. <<

[9] 1 Moisés 39. <<

[10] Aristóteles, que según cierta tradición, se habría dejado cabalgar, como un caballo, por su amante. <<

[11] Según una leyenda, una mujer, que se había puesto en una cesta para ser izada hasta la ventana de Virgilio, metió a éste en ella y estuvo así colgado toda la noche. <<

[1] Daniel 4,26-30. <<

[2] Pasaba por ser el constructor de la torre de Babel. <<

[3] Este rico romano (siglo II-I a. de C.) había protegido las letras y las artes, y, en particular, la arquitectura. <<

[4] Esta localización del laberinto tiene un origen antiguo. Cf. Plinio, *Historia naturalis*, XXXVI, 84 ss. <<

[1] El exceso en la comida y en la bebida era considerado como el peor vicio nacional de los alemanes. <<

[1] 1 Moisés 9,20 ss. <<

[2] 1 Moisés 9,20 ss. <<

[3] Marcos 6,17 ss. <<

[4] En torno al becerro de oro. Cf. 2 Moisés 32,6 ss. <<

[5] 3 Moisés, 10,9. <<

[6] Judit 12,21 ss. <<

[7] Probablemente tomado de Herodoto. <<

[8] 1 Reyes 20,16 ss. <<

[9] La referencia a Alejandro Magno puede haberla tomado Brant de Plutarco <<

[10] Lucas 16,19 ss. <<

[11] Proverbios 21,17. <<

[12] Proverbios 23,29 s. <<

[13] Proverbios 23,34. <<

[14] Es decir, probablemente nunca. <<

[15] Proverbios 23,31 s. <<

[1] Proverbios 21,13. <<

[1] Mateo 6,24. <<

[2] Agradar a todo el mundo. Según se decía, se expulsa el aliento frío para enfriar la sopa, y el caliente para calentar las manos (cf. Bonerio, XCI). <<

[3] Alusión a la fábula del asno que nunca estaba contento (Bonerio, LXXXIX). <<

[1] Proverbios 13,3. <<

[1] Proverbios 18,13. <<

[2] 1 Samuel 25. <<

[3] En estas consideraciones sigue Brant Jacob 3,5 ss. <<

[4] Es decir, lo más cotidiano e indispensable en la época. <<

[5] Marco Tulio Cicerón. En la Edad Media se le llamaba casi siempre Tulio. <<

[6] Famoso orador opuesto a Demóstenes (siglo IV a. de C.). <<

[7] Estos juegos se toman aquí figuradamente: «decir lo que le viene a uno a la punta de la lengua». <<

[8] Proverbios 29,11. <<

[9] El mordaz poeta y crítico griego (siglo III a. de C.) fue arrojado al mar por Ptolomeo Filadelfo en un cofre de plomo (280 a. de C.). <<

[10] Todos ellos murieron por sus dotes oratorias. Estos ejemplos y el de Sótades fueron tomados de Plutarco, *De educatione*, cap. 14, 26, 29, 30. <<

[1] Tomado de un comentario de San Jerónimo al Levítico. <<

[1] Josué 7. <<

[1] Mateo, 7,4-5. En el original *trotboum*, la viga para apretar la prensa en el lagar. <<

[2] Lucas 4,23. <<

[3] Gentile Gentili da Foligno (siglo XIV), italiano, y Juan Mesué, sirio (siglo IX), fueron dos famosos médicos, estudiosos de las fiebres. <<

[4] Juvenal VIII, 140. <<

[5] Jueces 20. <<

[1] Este capítulo, con excepción de unas pocas líneas al final, sigue Proverbios 8. <<

[1] *Klüpfel* «mazo», como se muestra en el grabado, se usaba para los *golpes del destino.* <<

[1] Si se le trata como a un necio. <<

[1] Con una tumba de siete pies de hondo. <<

[2] Brant sigue aquí a Plutarco. <<

[3] Mateo 16,26. <<

[1] En que tiene que devolver el préstamo. <<

[1] Brant se confunde con los habitantes de Gomorra. Cf. 1 Moisés 18,20 ss. <<

[2] Jonás 3. <<

[3] Proverbios 22,26 s. La cama no se podía dar en prenda. <<

[4] 1 Moisés 47,13 ss. <<

[5] Variante del proverbio *wenn dem esel zu wol ist, so geht er aufs eis gumpen* «cuando al burro le va demasiado bien, va al hielo a bailar». <<

[1] Ovidio, *Metamorfosis*, XI, 102 ss. <<

[2] Brant sigue hasta el final la sátira X (v. 188 ss.) de Juvenal. <<

[3] Relacionado con la guerra de Troya. Los hijos eran, respectivamente, Antíloco, Aquiles y Ulises. <<

[4] Rey de Troya en la *Ilíada*. <<

[5] Mitrídates, rey del Ponto, instó a un esclavo galo a que lo matara (63 a. de C.); Cayo Mario, el famoso general romano, murió repentinamente (86 a. de C.), después de vencer a los seguidores de Sila; Pompeyo, no menos famoso general romano, fue asesinado en Egipto (48 a. de C.), adonde había huido de César; Creso, el último rey de Lidia, famoso por su poder y riquezas, fue condenado a morir en la hoguera, pero Ciro lo perdonó y lo retuvo a su lado (siglo VI a. de C.). <<

[6] Recuérdese la guerra de Troya. <<

[7] Según la leyenda, la virtuosa Lucrecia fue deshonrada por el hijo del rey, tras lo cual se suicidó con un puñal. <<

[8] 1 Moisés 34. <<

[9] Último rey de Siria (siglo VII a. de C.). Según la tradición, que recoge Juvenal, habría llevado una vida disoluta y habría muerto quemado, con sus mujeres y riquezas, tras la conquista de Nínive. <<

[1] En este capítulo Brant ataca sobre todo los métodos filosóficos y gramaticales al uso en la época, que son en buena medida los manuales de la Edad Media. <<

[1] Abreviatura escolástica de *Sócrates*, usada aquí con intención crítica e irónica contra los manuales escolásticos. <<

[2] Este doctor de la Iglesia (siglos II-III d. de C.) comparó las langostas y las ranas con la palabrería sofística de algunos pensadores. <<

[3] 2 Moisés 8,1 ss. <<

[4] Los malos estudiantes pasaban a menudo a las imprentas. <<

[1] 4 Moisés 14. <<

[2] Epístola a los Romanos 11,34 s. <<

[1] Las prebendas, los cargos religiosos, tenían una gran trascendencia política. <<

[1] De la ordenanza que prescribe tener como máximo una prebenda. <<

[2] Número de mal agüero en los dados. <<

[3] El origen de esta expresión se encuentra en 2 Reyes 4,40. <<

[4] Historia de los Apóstoles 8,18 ss. y 2 Reyes 5,21 ss. Simón quiso comprar con dinero a los apóstoles la Gracia del Espíritu Santo. El siervo Guehazi enfermó de peste por solicitar un gran regalo por el milagro hecho por su señor. <<

[5] Los ingresos de una prebenda pueden ser de *praesentia* (el propietario tiene que estar presente en la prebenda) o de *absentia* (el propietario puede estar ausente, los costos son superiores). En el infierno, por el contrario, la *presencia* es peor que la *ausencia*. <<

[1] Latín *cras*, «mañana». <<

[1] 4 Moisés 14,22 s. <<

[2] Ovidio, *Remedia amoris*, v. 94. <<

[1] La visión negativa de la mujer y los malos tratos eran muy comunes en la época. <<

[1] La esposa de Ulises. <<

[2] Cartas imaginarias. *Heroidas*, VII, XVI, XVII. <<

[1] El anacoluto es muy frecuente en esta obra. <<

[1] Brant piensa en la *Lex Iulia de adulterio*, promulgada por Augusto. <<

[2] Se comportan igual, con la misma imprudencia. <<

[3] Si Menelao se vengó en los troyanos, Agamenón, sin embargo, fue asesinado por su esposa y el amante de ésta. <<

[4] Esposo de Lucrecia, la mujer virtuosa que se clavó el puñal al ser deshonrada por el hijo del rey. <<

[5] Del famoso adúltero de Roma trata Juvenal, VI, 345. <<

[6] 1 Moisés 20,18. <<

[7] Reyes 20. <<

[8] 2 Samuel 11-12. <<

[9] Lo que se dice, para saber a qué atenerse. <<

[10] Herodoto, I, 8-13. <<

[11] 1 Moisés 37,31 ss. <<

[12] Ester 7,7 y 8. <<

[13] 1 Moisés 20,2. <<

[1] Historia de los apóstoles 7,22. <<

[2] Daniel 1,17 ss. <<

[3] Puros y sin el peso del pecado. <<

[4] Alusión a Mateo 18,6. <<

[1] Arquitas de Tarento (siglo IV). Pitagórico muy polifacético y erudito. Cf. Valerio Máximo, IV, 1. <<

[2] Proverbios 17,12. <<

[1] 2 Pedro 2,5. <<

[2] 4 Moisés 16. <<

[3] Se refiere a la obstinación. Cf. Salmos 80,14. <<

[4] La túnica de Cristo sin coser representa la unidad de la Iglesia. <<

[5] Probablemente tomado de Juvenal, 9. <<

[1] La más joven de las tres Parcas. Según la mitología griega, presidía el nacimiento e hilaba el destino de los hombres. <<

[2] Eclesiástico 27,28. <<

[1] En la edición original se cambió el grabado, por error, por el del capítulo 55. <<

[1] Ovidio, *Remedia Amoris*, v. 91 s y 115 s. <<

[2] I Macabeos 8,9. Aquí, sin embargo, no se asocia con los romanos la muerte de Judas Macabeo. <<

[3] 2 Reyes 20, 1 ss. <<

[4] 2 Crónicas 33, 12 s. <<

[5] Alusión a Mateo 9,2. <<

[1] Proverbios 1,17. <<

[2] 2 Macabeos 14,30 ss. <<

[3] Proverbio latino. Cf. también Mateo 5,14. <<

[1] A sí mismo. <<

[1] Ovidio, *Metamorfosis*, X, 560 ss. Se arriesgó a competir con Atalanta, que siempre había matado a sus pretendientes. <<

[2] Mateo 15,14; Lucas 6,39. <<

[3] La fuente es una fábula de Esopo. <<

[4] Hijo del dios Helios, cayó del carro que había suplicado. <<

[5] Hijo de Dédalo, cayó al mar porque, al acercarse demasiado al sol, se le derritió la cera de las alas. <<

[6] 1 Reyes 13,33 y 14,10 s. <<

[7] Según una fábula de Esopo. <<

[1] 2 Reyes 16,5 ss. <<

[1] Cf. Proverbios 9,10 ss., también para lo que sigue. <<

[2] Proverbios 22,10. <<

[3] 1 Samuel 25. <<

[4] Nehemías 4,1 ss. <<

[5] Elías. Cf. 2 Reyes 2,23 s. <<

[6] 2 Samuel 16,5 ss. <<

[1] En realidad eran unas gruesas suelas de madera, que se ataban a los zapatos. <<

[2] Algo insignificante, nada. <<

[3] Mateo 21,12 s. <<

[1] Filósofo griego (siglo IV a. de C.). Su muerte en el Etna pertenece a la leyenda. Cf. Horacio, *Ars poetica*, v. 458-469. <<

[1] Proverbios 28,26. <<

[2] Eclesiastés 10,17. <<

[3] Eclesiastés 10,16. <<

[4] Proverbios 4,13. <<

[5] Proverbios 28,28. <<

[6] Proverbios 18,12. <<

[7] Proverbios 28,21. <<

[8] Proverbios 24,23. <<

[9] Daniel 13. La virtuosa Susana fue condenada a muerte por dos viejos jueces que la pretendían. <<

[10] Símbolos del poder del emperador y del Papa. <<

[11] Salustio, *Bellum Jugurthimun*, cap. 35. <<

[12] 2 Moisés 18,21. <<

[13] Jueces 3,15 ss. <<

[14] Jueces 16,4 ss. <<

[15] 2 Macabeos 4,32 ss. <<

[16] 1 Reyes 15,18 ss. <<

[17] 1 Macabeos 12,42 ss. <<

[1] Mateo 7,13-14. <<

[2] Mateo 20,16. <<

[3] 2 Moisés 12,37; 4 Moisés 14,30 ss. <<

[1] Este capítulo carece no sólo de lema, sino de título. Se recoge aquí el del índice temático. <<

[2] Plutarco, *De educationes*, IX, 20. <<

[3] Los pescadores tenían fama de pedir precios muy altos y hacer después grandes rebajas en el regateo. <<

[1] No significa aquí «pelearse», «discutir», sino «poner poco cuidado», «pecar de negligencia». <<

[1] Como en el cap. 6, Brant se pone del lado del orden y en contra de la revuelta de Catilina (63 a. de C.), a la que se había opuesto Cicerón. <<

[2] Plutarco, *De educatione*, III, 3. <<

[3] *Consuetudo altera natura* (proverbio latino). <<

[1] Proverbios 7,10 ss. <<

[2] Proverbios 7,22-23. <<

[3] Sardanápalo IV, rey de Asiria. Ocupó el trono del 836 al 817 a. de C. Rodeado en Nínive por sus enemigos, se tiró a la hoguera con todos sus tesoros, mujeres y eunucos. <<

[4] Al filósofo griego (siglo III a. de C.) se le ve, conforme a una cierta tradición cristiana, no sólo como materialista, sino como defensor de la sensualidad. <<

[1] Reyes 16,4 ss. <<

[2] Fue traicionado por su esposa, que le delató cuando se había escondido para no participar en la campaña de Tebas. Murió en esta campaña, cuyo mal final había previsto. <<

[3] 1 Reyes 21. <<

[4] Isaías 24,16. <<

[1] Proverbios 21,19. <<

[2] 2 Reyes 8,18. Probablemente no se refiere Brant a la hija, sino a la esposa (Jezabel). <<

[3] Tobías 3,8. En la época de Brant es el diablo por excelencia del matrimonio. <<

[4] Rut 2 ss. <<

[5] *Te acuso* (de adulterio), dice la mujer; *soy arañado por ti*, responde el marido. El original alemán está revestido de algunos elementos gramaticales del latín <<

[1] Personificación del envidioso a partir de los *Neid* «envidia» y *hart* «fuerte, mucho». Alusión también a Neithart Fuchs, que compuso una colección de narraciones populares. <<

[1] Ovidio, *Metamorfosis*, II, 775 ss. <<

[2] *Metamorfosis*, II, 730 ss. <<

[3] Hermano de Atreo, que le habría puesto como alimento de sus propios hijos. <<

[4] Hermano de Polinice. Estaban enfrentados por el dominio de Tebas. <<

[1] La gaita, atributo del necio, era usada sólo por las capas más bajas de la sociedad. <<

[1] Eclesiastés 7,6-7. <<

[2] En particular, el temor de Dios. <<

[3] Eclesiastés 7,5. <<

[4] Proverbial. Once ojos indica infortunio. <<

[1] En la primera edición de la obra se cambió, por error, este grabado por el del capítulo 38. <<

[1] Cuco, necio. <<

[2] Probablemente un médico o alquimista del tiempo de Brant. <<

[3] Crítica a la casuística de los libros para poner la penitencia. <<

[1] Julio César. Con él se solía empezar a contar los emperadores romanos. <<

[2] Darío I, rey de Persia. Reino del 521 al 485 a. de C. Fue vencido por los griegos en Maratón. <<

[3] Rey de Persia, hijo de Darío I. Reinó desde el 485 al 465 a. de C. Vencido en Salamina, tuvo que huir a Asia. <<

[4] Judit 1 y 2. <<

[5] *jn ruowen* es dudoso: «en paz» o errata por *ruewen* «arrepentimiento». <<

[6] Virgilio, *Geórgica*, IV, 484. Ixión era rey de los lapitas y abuelo de los centauros. Por faltar el respeto a Juno, fue arrojado desde el Olimpo al Tártaro y atado a una rueda ardiendo. <<

[7] Según la leyenda, rey de Corinto. Como condena por sus robos, Teseo lo mató y envió a los infiernos, donde tenía que subir una gran piedra, que después volvía a caer. <<

[8] Reyes 21 s. <<

[9] 1 Reyes 16,9 ss. <<

[10] El Imperio Romano de la Nación Alemana, de la época de Brant. <<

[1] 2 Epístola a Timoteo 2,17. <<

[1] El original dice *stryffecht*, es decir, con vestidos a rayas. Los clérigos y los profesores no los podían llevar. <<

[2] Así comienza el Salterio: «Bienaventurado el varón…». <<

[3] Epístola a los Romanos 9,20 ss. <<

[4] Alusión a la parábola de Mateo 20,1-16. <<

[1] *Andria*, IV, 1, 12. <<

[1] Se refiere al emperador romano. Cf. Juvenal, II, 99 ss. y Suetonio, *Otho*, XII. <<

[2] En Heidelberg había, como emblema de la ciudad, un mono, que atraía la atención de la gente con ver versos jocosos. <<

[3] Ovidio, *Metamorfosis*, X, 243 ss. <<

[4] *Metamorfosis*, III, 407 ss. <<

[1] 2 Moisés 32. <<

[2] Hipocorístico de Mechthilde. Nombre genérico para las chicas. <<

[3] El macho era más caro que la hembra. <<

[1] Calle en la que estaban los enfermos de viruela. <<

[2] Lugar próximo a Basilea (introducido en la muralla después) donde vivían muchos mendigos. Con ello se trataba de mitigar este gran problema social. Los mendigos disponían de normas propias y de unas notables libertades. <<

[3] Era de color blanco para todos los mendigos. <<

[1] Ester 8,3 ss. <<

[2] 1 Reyes 25,14 ss. <<

[3] 2 Reyes 11,1 ss. <<

[4] Mateo 14,6 ss. <<

[5] 1 Reyes 11,1 ss. <<

[6] Ovidio, *Metamorfosis*, V, 295 ss. <<

[7] Juego, tal como se practica en la actualidad (el que está asido a un extremo de la soga trata de arrastrar al del otro extremo). <<

[8] *Metamorfosis*, VI, 146 ss. <<

[9] Mujer de mala fama en el Derecho alemán. Su mal comportamiento habría ocasionado que ninguna mujer pudiera aparecer sola en los juicios. <<

[10] 1 Moisés 39,7 ss. <<

[11] Esposa de Tereo, que vengó a su hermana (violada) presentando su propio hijo a Tereo para que lo comiera. Cf. *Metamorfosis*, VI, 587 ss. <<

[12] Eclesiastés 7,26-27. <<

[13] Proverbios 30,21-23. <<

[14] Proverbios 30,15-16. <<

[15] Proverbios 30,18-20. <<

[16] Proverbios 19,13. <<

[17] Ester 1,12 ss. <<

[18] Juvenal VI, 620 y 638. <<

[19] Las cincuenta hijas de Danao, por matar a sus pretendientes, fueron condenadas en los infiernos a llenar de agua barriles agujereados. Cf. Juvenal, VI, 655 ss. <<

[20] Ovidio, *Ibis*, v. 321 s. <<

[21] Ovidio, *Remedia amoris*, v. 383 ss. <<

[1] La constelación de Saturno se consideraba perniciosa, a diferencia de Júpiter y el Sol. <<

[2] Brant ve en Egipto el origen de toda la superstición. <<

[3] Con la expresión *ciencia negra* alude el autor probablemente también a la imprenta. <<

[4] 1 Moisés 15. <<

[5] 1 Samuel 28,5 ss. <<

[1] Fue asesinado por soldados romanos en Siracusa (212 a. de C.), mientras resolvía cuestiones matemáticas. <<

[2] Filósofo y geógrafo griego. Floreció hacia el 320 a. de C. <<

[3] Uno de los principales astrónomos y geógrafos de la antigüedad (hacia 85-160 d. de C.). <<

[4] Geógrafo griego. Floreció hacia el 100 a. de C. <<

[5] Plinio el viejo, *Historia naturalis*, II, 1. Plinio vivió del 23 al 79 d. de C. <<

[6] Ovidio, *Metamorfosis*, IX, 152 ss. <<

[7] Sátiro, maestro de Baco. <<

[8] La expresión inventada por Brant —*um bachten*— parece querer imitar festivamente una etimología popular de Baco. Como la costumbre de ir pidiendo los jóvenes una especie de aguinaldo se asoció con el día de *Berchta* (Berta), Brant derivó también aquella expresión del nombre de esta figura popular del sur de Alemania, que, durante doce noches iba volando y trayendo bienes o desgracias. <<

[9] Salmo 144,4. <<

[10] El saber sobre el que versa este capítulo. <<

[11] Brant no termina su frase. El anacoluto se da con frecuencia en la obra. <<

[12] La confusión de Samos, patria chica de Pitágoras, con Menfis se debe quizá a que probablemente pasó aquí algunos años, tal como se deduce de Porfirio y Jámblico (*De Vita Pythagorae*, 7). <<

[13] Filósofo y predicador pitagórico del siglo I, famoso por sus profecías y milagros, que los cristianos compararon con los de Jesucristo. <<

[1] Ovidio, *Metamorfosis*, VI, 382 ss. <<

[2] En la manga se solían llevar muchas cosas. <<

[3] *wonolff / btriegolfs bruoder ist.* Antiguo dicho, con dos nombres propios, de crea-ción festiva, derivados de «desvarío» y «engaño». El significado es que la locura y la necedad van acompañadas siempre del engaño. <<

[4] Es decir, la podagra, aunque esto no elimina la referencia literal a los ricos. <<

[5] Tántalo está condenado a vivir sediento en el agua, que, al igual que la fruta, no puede alcanzar. <<

[1] Probablemente se trata de poner peniques, aunque Geiler, Locher y otros contemporáneos entendieron también poner de pie los bolos caídos. <<

[2] Ester 3,2 ss. <<

[1] Es decir: Hacer el mal y no esperar que el castigo recaiga sobre el culpable. <<

[2] Jueces 1,6-7. <<

[3] Ovidio, *Tristia*, III, 11, 29 ss. En realidad, construyó un toro de metal para los condenados a muerte, y él mismo fue metido el primero. <<

[4] Rey egipcio que sacrificaba a los que llegaban al país. Cf. Ovidio, *Ars amatoria*, I, 645 ss. <<

[5] Rey tracio que alimentaba sus caballos con humanos. Cf. Ovidio, *Metamorfosis*, IX, 194 ss. <<

[6] Murió también en el toro de metal que había mandado fabricar. <<

[7] Ester 7,10. <<

[8] El sentido de esta expresión proverbial es que la excesiva confianza acarrea perjuicios. <<

[1] Se creía que en invierno los osos se sacaban de las garras algo de grasa para alimentarse. Para enseñarles a bailar, se les hacía pasar hambre. <<

[1] Para atar la gavilla o la paca <<

[2] Al seguir aquí Proverbios 20,4, Brant se contradice, por la natural diferencia climática entre Palestina y Alemania, con lo antes expuesto. <<

[3] Proverbios 6,6-8. <<

[1] Para cardar y limpiar el lino. Véase el grabado. <<

[1] Es probable que los oscuros términos traducidos aquí como «citar», «rogar» y «exhortar» fueran propios de la jerga jurídica de Basilea y constituyesen una primera, segunda y tercera citación. Se diferencian en el original dos tipos de extrañamiento: uno civil y otro eclesiástico. <<

[2] Brant alude al juez y a tres tipos de abogados que se diferenciaban poco entre sí. <<

[3] Se juega aquí con *petterle* «perejil» e *in petitorio* «en el proceso del demandante». <<

[1] Sacudir el cencerro de la cerda significa «decir groserías, obscenidades, cosas indecorosas». <<

[1] *Grobian* fue ingeniado por Brant a partir de *grob* «grosero» y *Johann* «Juan». La creación dio lugar en el siglo XVI a todo un subgénero literario, el *grobianismus*. <<

[2] *glympf* significa, a la vez que «decencia» o «decoro», una bolsa que algunos varones se colgaban del cinto. Se quiere decir que la grosería es incompatible con la broma. <<

[3] Creación de Brant, como, más abajo, don Tarugo, don Grosero y don Tragón. <<

[4] Juego de palabras entre la canción del noble Moringer y el alto alemán medio *môre* «cerda negra». El sentido es el de «canción puerca, procaz». <<

[5] Quizá «conseguir lo que se pretende». <<

[6] El cura de Kalenberg, lugar próximo a Viena, se hizo famoso por sus travesuras, que se compilaron en forma de farsas, juguetes cómicos, etc. <<

[7] Personaje de la epopeya alemana medieval *Rosengarten*. La contradicción entre la condición religiosa de Eilsam y su carácter belicoso propiciaba situaciones grotescas. <<

[8] *Sufer jns dorff*, «Limpioalpueblo», procede de un refrán y es un nombre festivo para el probo campesino que se atildaba cuando iba a la villa. <<

[9] *Filtz* «fieltro» significaba también «hombre grosero». <<

[10] Canción muy popular en la época. <<

[11] En desfigurado francés en el original, en vez de *Faites grand chère et belle chère*: «daos un grande y lindo banquetazo», aquí «no os lo toméis a pecho, sed divertidos». <<

[1] Esta crítica no es tan rotunda como hoy pudiera parecer. En el siglo XV aún se identifican ampliamente el estudiar y el estudiar para clérigo, y «trabajo» tiene un sentido mucho más restringido y menos elevado que hoy. Lutero y la revolución francesa dignificarán mucho el concepto de trabajo. <<

[2] *qwintyeren* tiene que ver con tocar un instrumento de cinco cuerdas. No se sabe cuál en concreto. <<

[3] Por «mesa» entiende Brant la «renta o prebenda de mesa». Probablemente, alguien tenía que hacerse fiador de los gastos de manutención del joven destinado al sacerdocio. <<

[4] Credenciales para ocupar puestos o desempeñar cargos. <<

[5] 2 Moisés 19,12-13. <<

[6] 2 Samuel 6,7. <<

[7] 4 Moisés 16. <<

[8] En tono festivo, para la comida de la comunidad de religiosos. <<

[9] El «fuego y rescoldo» se refiere al fuego del infierno. <<

[10] El estado o régimen antiguos de las órdenes religiosas renovadas. <<

[1] Es decir, la respetable cantidad de 240 peniques o 1/4 de florín de la zona y de la época. <<

[2] Estos tipos de caza, en particular el último, producían muchos accidentes, a menudo mortales. <<

[3] El hijo de Cus y nieto de Cam ha pasado a la tradición como fundador de Babilonia, como primer rey y como primer y más esforzado cazador. Cf. 1 Moisés 10,9. <<

[4] 1 Moisés 25,27. <<

[5] San Huberto, muerto en 797, se habría convertido en una cacería de ciervos, por lo que es el patrón de los cazadores. De San Eustaquio (siglos I-II d. de C.) se dice que era un soldado romano. Es también patrón de los cazadores, al haberse convertido de forma similar a San Huberto. <<

[1] El sentido es que cualquiera cambiaría lo mucho gastado por lo poco conseguido. <<

[2] La cerda, cuyo valor era muy inferior al precio de la inscripción en el concurso, constituia el premio de consolación para el peor tirador. <<

[3] Es decir, por encima del blanco, como Jonatán disparó más allá del mozo. Cf. 1 Samuel 20, 36. <<

[4] El tope es el dispositivo que permite fijar la cuerda de la ballesta, una vez tensada. <<

[1] *bumble bum* del original pretende imitar el sonido del martillo al golpear sobre el tonel. <<

[2] Muy probablemente *vara de hierro* se refiere a los que se ganaban la vida comprando en las subastas de bienes embargados. Están bien documentados términos como *stangen recht* «derecho de vara» o *stangen urtail* «sentencia de va-

ra». En este pasaje se supone también una alusión irónica a la embestida con la lanza en los torneos. <<

[3] Ir con una lanza de judío significaba, además del sentido literal, decicarse a la usura. <<

[4] El realce de la necedad es mayor si se piensa que Juan y Vicente eran nombres muy populares y que los maguntinos tenían fama de fanfarrones y embusteros. <<

[5] No se ha podido identificar a ese personaje, que podría ser creación de Brant. Los habitantes de Porrentruy no gozaban de simpatías en Basilea, por haber luchado al lado de Carlos el Temerario en las guerras de Borgoña (1476-1477). <<

[6] En esa batalla (1476) los confederados suizos vencieron a Carlos el Temerario de Borgoña. <<

[7] Bennefeld, pequeño lugar no muy lejano de Estrasburgo, figura aquí de modo burlesco como prototipo de lo aldeano. <<

[8] Este pueblo, cercano a Estrasburgo, era conocido como lugar de diversión: según la *Conjura de los Necios*, de Murner, las mujeres perdían allí su honra. <<

[9] Las fuentes básicas del Derecho romano —y, en parte, canónico— en la época, máxime si Brant, al citar el *Decreto*, pensaba también en los *Decretales*. <<

[10] Un título de doctor, en pergamino de piel de asno. <<

[11] El *doctor Gryff*, que coge por las orejas y sabe probablemente otras *mañas*, no parece ser invención de Brant, aunque fue éste quien lo introdujo en la literatura. <<

[12] *Por la fuerza* significa aquí, traducido más libremente, *forzando la justicia, injustamente*. <<

[13] Personaje popular en el carnaval, junto con otros relacionados con los excrementos. <<

[14] Expresión proverbial, como *a cien leguas.* <<

[1] Está amarillo, pálido. <<

[2] Según algunos, antes de lavarse; según otros, antes de empezar a trabajar. En cualquier caso, creemos, mientras está limpio. <<

[3] Probablemente, el hilo de la rueca, como al enhebrar una aguja. De todas formas, quedarse en casa haciendo sus labores. <<

[4] Según la *Vida de Alejandro* (cap. 4), de Plutarco. <<

[5] El original habla de *criados de bañistas*, es decir, de unos individuos que merodeaban por los baños públicos y ejercían de proxenetas. <<

[6] Apelativo del envidioso (*Neid* «envidia», *hart* «fuerte»). <<

[7] Se trata de la obra *De ludo*, falsamente atribuida a Virgilio. <<

[8] Se supone que el raro *ürte* significaba la solicitud al cliente del pago de lo consumido, de donde pasaría a designar al grupo de consumidores y la taberna. Otros entiende aquí «en todos los lugares». <<

[1] Al decir de Geiler, era moda llevar cierto calzado de reducidas dimensiones, que retorcía los dedos de los pies. <<

[1] Se incluyen en los *escribanos* también a los notarios y abogados. <<

[2] Textualmente, *gordo, rollizo*, pero con el sentido básico de «adinerado». <<

[3] *Tiene que haber comido el hígado*, dice Brant, con un giro proverbial difícil, si no imposible, de documentar en otros textos alemanes. <<

[1] Es decir, un campesino adinerado, al que se pueda *exprimir* bien para aderezar la *col*, la *comida.* <<

[2] Ganancia abusiva. El leñador corta hasta donde alcanza la mano. <<

[3] De lo primero que roban, como los que van de pillaje sin bajar del caballo. <<

[4] Las autoridades, según Brant, estarían interesadas en mantener los ingresos por las tasas de protección de los caminantes, las cuales no existirían si los caminos quedaran expeditos de salteadores. <<

[1] Los mensajeros transmitían no sólo mensajes escritos, sino también *orales*; de ahí la chanza de la carta en la boca. <<

[2] En ningún sitio. <<

[1] Según Zarncke, *schweitzen* «hacer sudar», significaría en el lenguaje culinario añadir a la carne una salsa hecha con sangre, casi siempre obtenida de esa misma carne. <<

[2] *bachen* significa también «cocinar», «cocer», «freír», «asar», «hacer», etc. <<

[3] *pfeffer bry* es una salsa o un puré con especias, no específicamente *con pimienta*, pues *pfeffer* «pimienta» se usaba también para «especias». <<

[4] Vinagre con miel. <<

[5] En el infierno. <<

[6] La imprecisión de Brant es aquí patente. El que hizo mayordomo a José fue Putifar (Génesis 39), no el «príncipe de los cocineros» (el jefe de los reposteros), quien, conforme al sueño de José, fue colgado de un árbol (Génesis 40). Nebuzardán (2 Reyes 25) tampoco viene aquí muy a cuento, pues en la destrucción de Jerusalén no se cita para nada a los cocineros y demás figuras de este cap. 81. <<

[1] El destierro era, efectivamente, una de las posibles penas por impago. Recuérdese también el cap. 71. <<

[2] Las sencillas zamarras usadas en el campo eran con frecuencia de tosco cotí doble, es decir, de una tela similar a la de los sacos, cosida sobre otra para darle mayor consistencia. <<

[3] En *lündsch* entienden bastantes «londinense»; más acertado parece, no obstante, «de Leyden», ciudad con gran fama a este respecto, que no por azar se asocia aquí con la próxima y no menos prestigiosa Malinas. <<

[4] Por los cortes o aberturas salían las telas, de otro color, del forro. *wild über wild* «salvaje sobre salvaje» encierra un juego de palabras: piel de animal salvaje sobre piel de animal salvaje y vestido de modo extraño y ridículo. Existía la costumbre de llevar en la manga esas imágenes de cucos y otras representaciones del necio. <<

[5] En vez de en un vaso. <<

[6] *dry spitz*, literalmente «tres puntas», es controvertido. Pudiera referirse a un cepo, a un yunque o, menos probablemente, a un sombrero de tres picos. El objeto en forma de estrella de cuatro puntas que la campesina del grabado intenta meter en el saco, resulta igual de enigmático. El sentido, sin embargo, es claro: el mundo está lleno de locos porque se quiere meter en un saco algo que no cabe en él. <<

[1] 1 Reyes 21,1-16. <<

[2] Textualmente, *aceptable para el mundo de oro*, es decir: para la «edad de oro» o el «paraíso» del pasado. Cf. Ovidio, *Metamorfosis*, I, 89 ss.; Virgilio, *Geórgica*, I, 125 ss. <<

[3] Sin miedo a atraer a los ladrones, que tanto frecuentaban los caminos. <<

[4] El *dux* romano M. Curius Dentatus se hizo célebre por vencer a los samnitas y a los ausonios y por abrazar la pobreza. C. Fabricius Luscinus, también general romano y vencedor de los samnitas, rechazó los regalos que le hizo Pirro

para granjearse su amistad y vivió con proverbial honradez y austeridad hasta su muerte, a finales del siglo III a. de C. <<

[5] General y político de Atenas. Vencedor en Maratón. Murió en la pobreza (hacia 469 a. de C.). <<

[6] Otra de las figuras principales de su tiempo (411-362 a. de C.). General, político y orador. Proverbiales se hicieron sus últimas palabras: «He vivido bastante, pues dejo a mi patria victoriosa.» <<

[7] Foción (400-317 a. de C.), general y orador ateniense, a quien llamaba Demóstenes «el hacha de sus discursos», pasó a la leyenda como ejemplo de altruista. <<

[8] Último rey de Lidia, famoso por sus riquezas. Vencido por Ciro (546 a. de C.), quien, tras condenarle a muerte e indultarle, le distinguió con su amistad, en atención a sus muchas y buenas cualidades. <<

[9] Solón (hacia 640-tras 561 a. de C.), fue uno de los siete sabios de Grecia, y legislador, poeta, filósofo y político. <<

[10] Marcos 10,23-26; Mateo 5,3. <<

[11] Proverbios 21,6. <<

[12] Proverbios 22,16. <<

[13] Proverbios 23,5. <<

[1] Basado, como el principio de este capítulo, en Lucas 9,62. <<

[2] Ningún necio se ha liberado de la necedad. <<

[1] Éxodo 16,3; Números 14,2 ss. <<

[2] Proverbios 26,11; 2 Pedro 2,22. <<

[3] Apocalipsis 3,15-16. <<

[4] Génesis 19,15-26. <<

[1] Era costumbre, aún no del todo perdida, «certificar» públicamente ciertas transacciones con un apretón de ma-

nos y unas jarras de vino. <<

[2] Las coronas solían llevarlas las jóvenes solteras, a modo de guirnaldas o diademas. <<

[3] El trasfondo son las danzas de la muerte. <<

[4] Horacio, *Odas* I, 4, 13. <<

[5] Expresión proverbial referida a los jóvenes, como la piel de vaca hace referencia a los mayores. Ambas se ofrecían en los mercados. <<

[6] En la ronda: en la fila o hilera del baile. *Westerwälder* y *trotter* son dos de los bailes más populares de la época. El primero hace referencia a la región del Rin entre Lahn y Sieg. El segundo guarda relación con *trotten*, «pisar». <<

[7] Mausolo, que reinó en Caria desde 377 a 355 a. de C., se casó con Artemisa II, quien mandó erigirle en Halicarnaso el suntuoso sepulcro que se conoce como *Mausoleo.* <<

[8] Cheops es el rey egipcio de la 4.ª dinastía (hacia 2500 a. de C.) que levantó la pirámide que lleva su nombre. Según Herodoto (II, 124), sólo en ajos y cebollas Cheops habría gastado 160 talentos de plata. Brant concuerda con la *Biblioteca histórica*, de Diodoro (libro I). <<

[9] Amasis, faraón de la 26.ª dinastía (570-526 a. de C.), contribuyó al florecimiento de Egipto. Rodopis, famosa cortesana del siglo VI a. de C., fue obligada por su amo Janto a ejercer la prostitución. Se decía que se hizo tan rica, que construyó la tercera pirá-mide. Brant toma de Herodoto (III, 10; cf. también II, 134) lo referido a Amasis, pero sigue la tradición de Diodoro, Plinio y Estrabón (frente a Herodoto II) en lo tocante a Rodopis. <<

[10] Proverbiales herederos de los ricos. <<

[11] La idea de que el infierno es muy frío y muy caliente no es novedosa en la época. <<

[12] En el juicio final. Hasta la edición de Estrasburgo de 1512 no se añade un verso para completar el pareado iniciado con *Dios encontrará los huesos a su tiempo*. Dice así: *La tumba no procura al alma ningún contento*. <<

[1] Este capítulo enlaza con el 23, incluso en el grabado. <<

[1] Que así se hace tabla rasa con las cuentas. <<

[2] 2 Reyes 20,1-6. <<

[3] Daniel 5. <<

[4] La interpretación que hace Daniel 5,28 es: «*mené*, ha contado Dios tu reino y le ha puesto fin; *teqel*, has sido pesado en la balanza y hallado falto de peso; *ufarsin*, ha sido roto tu reino y dado a los medos y persas.» <<

[5] Nabucodonosor. <<

[1] Era frecuente, como lo atestiguan las amonestaciones de Geiler y otros moralistas o los propios edictos municipales, hacer referencias de ese tipo en las blasfemias. <<

[2] Si maldecían a Dios, como lo acababa de hacer el hijo de Salumit. Cf. Levítico 24,10-16. <<

[3] 2 Reyes 19. <<

[4] Ovidio, *Metamorfosis*, I, 198 ss. <<

[5] *Eneida*, VII, 648, entre otros lugares. <<

[6] 2 Macabeos 9. <<

[1] Eclesiástico 34,28. <<

[2] Probablemente se siguen Jeremías 14 y 15, y Ezequiel 14,12. <<

[1] En el cap. 66 se había referido Brant a los viajes y, en concreto, a descubrimientos como el de Laponia. <<

[2] A *halßacker* «campo de cuello», el lugar en que al bandolero le amenaza la pena capital, la horca. <<

[3] Brant usa *kochen* «cocer», «guisar». <<

[1] Muy frecuente era el refrán «quien da pan a sus hijos y pasa necesidad, a palos debe terminar» (con variantes). El texto dice *mit kolben lusen* «despiojar con mazas o clavas», expresión festiva procedente del carnaval. <<

[2] Proverbios 20,20. <<

[3] 2 Samuel 15-18. <<

[4] Génesis 9,20 ss. <<

[5] Probablemente esta imputación a Baltasar es fruto de una confusión, pues no figura en la Biblia (cf. Daniel 5,18-23). <<

[6] 2 Paralipómenos 32,21; *el reino* es, probablemente, sólo Israel. <<

[7] Tobías 4,3. <<

[8] En 1 Reyes 2,19 se narra cómo Salomón se levantó del trono para salir al encuentro de Betsabé, se arrodilló ante ella, se volvió a sentar en su trono y puso otro para su madre, que se sentó a su derecha. <<

[9] Según Plutarco, este general romano (siglo v a. de C.) sólo atendió a las lágrimas de su madre y de su mujer, y no a los ruegos de los representantes de Roma, cuando, desde el destierro, llevó a los volscos hasta las puertas de la Ciudad Eterna. <<

[10] Jeremías 35,2 ss. y 38,18-20. De hecho, no fueron los hijos de Recab, sino sus nietos, los hijos de Jonadab, los que cumplieron el mandato de no beber vino. <<

[1] En el *coro* están los clérigos y en la *iglesia* los seglares. <<

[1] *welsch* era para un alsaciano como Brant lo que estaba «más allá de los Vosgos»: primariamente Francia, pero también la Suiza románica, Italia y, en general, la Romania. <<

[2] Desde el primer servicio religioso, hacia medianoche, hasta el último, al atardecer. <<

[3] Probablemente se pagaban allí las prebendas, sinecuras y demás gajes de los clérigos. <<

[4] *klapper benckly* y *genßmerckt* son expresiones populares con el significado translaticio de «chismorrear», «cotorrear». <<

[5] Locher cita expresamente al *dormentarius*, cuya función era despertar a los durmientes y pasar lista de los presentes y ausentes. «Mirar fuera y dentro», era, según Geiler, la chanza popular para ese fugaz acto de presencia. <<

[6] El Roraffe, de *affe* «mono», «necio», y el bajo alemán *rôren* «chillar», era una figura cómica, en forma de marioneta, que representaba, al parecer, a un campesino con barbas y estaba instalada, junto a otras, en el órgano de la catedral de Estrasburgo. En ocasiones señaladas se le hacía «actuar», es decir, moverse con el aire del órgano. <<

[1] *welsch*: francés, de la Suiza románica, italiano, etc. <<

[2] Escuelas superiores, universidades. <<

[3] Este apelativo acompaña a menudo a la ciudad toscana, no sólo por su situación sobre las tres colinas, sino también por sus admirables torres o su prestigio económico, político y cultural, que declinó al ser vencida por Florencia, su rival, en 1559. <<

[4] Sobre el Roraffe de Estrasburgo, vid. el cap. 91. En cuanto a *Meter pyrr de Conniget*, no hay pistas sobre su posible identidad. Podría ser la traducción de *Peter von Brunndrut* (Pedro de Porrentruy) del cap. 76. <<

[5] *byn walhen* se refiere genéricamente a los nacionales de los pueblos románicos, aquí específicamente a los italianos. <<

[6] Números 31,16. <<

[7] Judit 10 ss. Judit se sacrifica para salvar a su pueblo, por lo que no encaja con la mujer culpable, casquivana y loca y necia. <<

[8] 2 Reyes 9,30-37. <<

[9] Eclesiástico, 9,8. <<

[10] 2 Samuel 11. <<

[11] Génesis 34,1-2. En realidad, según el texto bíblico, Dina salió «para ver a las hijas de aquella tierra; y viéndola Siquem, [...] la arrebató, se acostó con ella y la violó». <<

[12] Sabiduría 5,8-9. <<

[13] Génesis 16,4-6. <<

[14] Éxodo 5,2 ss. <<

[15] Números 15. <<

[16] De Babel. Génesis 11,1-9. <<

[17] 2 Samuel 24,1 ss (y, en particular, 24,12). <<

[18] Hechos de los Apóstoles 12,21-23. <<

[19] Posiblemente Epístola de Santiago 4,6 («Dios resiste a los soberbios, pero a los humildes da la Gracia»), igual que 1 Epístola de San Pedro 5,5. <<

[1] *wild* no significa aquí «salvaje», sino «ilegítimo». El acaparamiento era muy frecuente, aunque distintas disposiciones y costumbres trataban de prohibirlo. <<

[1] *hube* «cofia», «gorro». <<

[2] *im die zaecken wol ab kluben* significa «arrancarle bien y reunir las garrapatas»; es casi seguro que se esté jugando también con *zaecke* «garrapata» y *zechine*, «cequí», moneda de oro acuñada en Venecia y otras naciones. <<

[3] *blätskouff*, muy raro, se suele interpretar como «compra de cosas usadas de poco valor»; en realidad, se refiere a una variada gama de abusos en la compraventa. <<

[4] Con *los cristianos judíos* se refiere Brant a esos cristianos que se empezaban a comportar como judíos. *Correr con la lanza del judío significa* significa «practicar la usura». El origen concreto de la imagen es desconocido. Pudiera tener algo que ver con la propia *herida* que produce el préstamo. <<

[5] Porque se perderá el grano y la uva, con lo que subirán los precios y, consiguientemente, los beneficios de usureros y acaparadores. <<

[6] El original es muy elíptico. El sentido más probable es que *es un necio y más que un necio.* <<

[1] Es decir, el necio que pretende heredar a alguien, muere antes que él, y es éste quien, por el contrario, le *varea sus nueces*, obtiene de su muerte los beneficios, le hereda. <<

[1] *Ternero* y *vaca* aluden a los jóvenes y a los mayores, pero sin perderse el sentido literal y la realidad de la compraventa de pieles y cueros en el mercado. <<

[2] Prestigioso jurista italiano del siglo XII, que, ciertamente, sobrevivió a su hijo. <<

[3] Cf. cap. 26. <<

[4] 2 Samuel 18,9. <<

[5] Entre los deseos cumplidos de Abraham destaca el de tener un hijo (Génesis 17). A Simeón se le concedió el deseo de no morir sin ver a Cristo (Lucas 2,25 ss.). <<

[6] Mateo 6,26. <<

[1] Es el carromato que figura en el grabado de la segunda edición y siguientes. El carro aparece bien engalanado y cargado de monos, que miran cómo un necio trata de colocar una rueda que se ha salido al pasar el carruaje por delante de una iglesia. <<

[2] Para que esas largas puntas de los zapatos de pico se mantengan erguidas. <<

[3] *En viernes* dice erróneamente el original, por confusión de *frytag* «viernes» y *fyrtag* «día festivo». <<

[4] Probablemente hay que sobreentender aquí «a demasiada velocidad», «alocadamente». <<

[5] Y no en el bosque. <<

[6] Se nos escapa el trasfondo de por qué Brant aplica este verbo al gato. Quizá hay que entender que el gato no cantará nunca. <<

[7] En sábado: cf. Números 15,32 ss. <<

[8] 1 Macabeos 2,32 ss. <<

[9] Éxodo 16,23 ss. <<

[1] 2 Corintios 9,7. <<

[2] Con el agradecimiento de quienes recibieron los regalos. <<

[1] Ante el fuego del hogar. <<

[2] Proverbios 10,26. <<

[3] *Israhel die kind* «Israel los hijos» es un hipérbaton muy infeliz, que pone en evidencia las limitaciones poéticas del autor. <<

[4] Proverbios 26,13. <<

[5] Proverbios 26,14. <<

[1] El sentido más probable es: los necios que viene presentando se avergüenzan de los necios extranjeros. Algunos entienden lo contrario: son los extranjeros los que se avergüenzan. <<

[1] Los husitas. Juan Hus (1373-1415) había criticado la corrupción del clero, la confesión y la idolatría a las imágenes. Su muerte en la hoguera desató la sublevación en -Bohemia y la guerra. <<

[2] Junto a las alcahuetas figura *pfowentriber*, «cuidador, batidor u ojeador de pavos reales», pero aquí, casi con seguridad, «proxeneta». <<

[1] Este capítulo pasa por ser, con justicia, uno de los principales, si no la propia cumbre, de la obra. Brant se lamenta del declive de la fe y del Imperio, causa y consecuencia a la vez de la degradación de las ideas y de las costumbres. Las herejías, el avance de los turcos, las críticas a los dos pilares que eran para él la última esperanza para tratar de salvar *el mundo*, le llevan a hacer esta patética llamada, que hay que poner en conexión con otros escritos brantianos. <<

[2] Apocalipsis, 1,1. <<

[3] Constantinopla (conquistada por los turcos en 1453) y Trebisonda (en 1461), que se citan en seguida. <<

[4] *welsche landt*: «país de habla románica». Aquí, sobre todo, Francia. <<

[5] Las sedes de los patriarcas de la Iglesia ortodoxa griega. <<

[6] Horacio, *Epístolas* I 18,84; Freidank, *Bescheidenheit* 122,5. El sentido se entiende mejor cuando se hace referencia expresa a la pared de la casa *del vecino*, donde el fuego ha prendido antes que en la propia. <<

[7] Neciamente sorprendido. <<

[8] El Senado. <<

[9] En el siglo XVI se contaban los emperadores romanos desde Julio César hasta la actualidad, precisando la marcha de los emperadores a Constantinopla, en el siglo V, y el regreso a Occidente con Carlomagno. <<

[10] El pasaje es muy oscuro: *Vil stett sich brocht hant jnn gewer* puede significar que se pusieron en seguridad, ha-

ciéndose independientes, o bien que echaron manos de las armas para desobedecer las órdenes del emperador. <<

[11] De los emperadores, por parte de la nobleza. En cada elección de emperador no sólo los nobles electores trataban de afianzar sus derechos, sino de conseguir otros nuevos. <<

[12] Si los caballos —como los alemanes— no hubieran entrado en *mordiscos* y rencillas, las yeguas no se hubieran espantado ni hubieran huido. <<

[13] La Cerastes, víbora con cuernos encima de los ojos, y el Basilisco, animal fabuloso que podía matar con la vista, tenían mucha importancia en una época en que se creía aún mucho en las profecías. <<

[14] Maximiliano I, llamado el *último caballero*, fue elegido Emperador alemán en 1486 y coronado por el Papa en 1493; gozó de gran fama, también como cultivador y promotor de las artes. <<

[15] Mateo 3,10. <<

[16] Alusión a la cristiandad, pero también, más en concreto, a la Iglesia y a la doctrina cristiana. <<

[17] Alusión al Papa y al emperador. <<

[1] Algunos aduladores pasaban la mano hasta por los caballos peores de los nobles. <<

[2] Para que cupieran más necios, por debajo y por encima de la cubierta; pero también pudiera ser la nave tipo góndola, de larga proa, muy apreciada por cierta nobleza. <<

[3] Quita plumas de los vestidos del señor, como signo de adulación. <<

[4] Quizá debido a que se frotaban con productos calizos objetos de metal, como armas y adornos. <<

[5] Aquí sentido similar al del acariciar el caballo amarillo: la lechuza tiene indudablemente menos prestigio que el hal-

cón. <<

[6] Si se tiene la boca llena de harina es difícil soplar, al menos de una forma clara, honesta y conforme a la verdad. <<

[7] Se amolda muy bien a las circunstancias. <<

[8] Mezclar lo falso y lo verdadero. <<

[9] Prescindir de ellos, no tratarlos en el libro. <<

[1] Según otra interpretación, *vertreit* podría significar aquí «calumnia», en vez de «divide», «enreda en disputas». <<

[1] *versetzen* «parar» es un término técnico que toma Brant del arte de la esgrima. <<

[2] A la parte calumniada. <<

[3] Ante un juez. <<

[4] Ester 3,1 ss. <<

[5] 2 Samuel, 1-4; 19, 24 ss., etc. <<

[6] Aunque no es enteramente descartable que Brant se equivocara aquí con Alejandro Magno, todo indica que no se trata de este Alejandro, sino del Alejandro de 1 Macabeos, 10,15 ss. <<

[7] Una interpretación de este final sería que, por mucho que queramos embellecer el mundo, sigue siendo como es, al igual que le sucedería al cuervo si lo quisiéramos pintar de blanco. Otra interpretación sería: hay tantos de esos hombres honrados como cuervos blancos. <<

[1] Término técnico entonces para los aditamentos en la falsificación del vino. <<

[1] Ambos conceptos iban con frecuencia juntos, formando una unidad, aunque no son exactamente sinónimos. <<

[2] A los caballos nobles se le enrollaban las pezuñas con fieltro, lo que en este ejemplo no debería de ser el caso. <<

[3] Se solían poner figuras burlescas, que distraían la atención del comprador. <<

[4] Si no se le hubiera añadido mucho cobre a la poca plata. <<

[5] Comunidad religiosa fundada en el siglo XIII por Lambert le Begue, extendidas por zonas de Bélgica y los Países Bajos; cuidaban de los enfermos, no residían todo el tiempo en el convento y a veces se las tachaba de intrigantes y hasta de alcahuetas. <<

[6] Aquí entendidos como el grado inferior del convento. <<

[7] Los alquimistas pasaban por trabajar con las cenizas de los sapos y de ciertas culebras, y aun del propio Basilisco. Su prestigio no era en la época tan grande como a menudo se dice. <<

[8] Más que de una cita concreta, se trata de una sentencia, por lo demás harto imprecisa desde el punto de vista filosófico: Brant habla de *gstalt* «forma», y no de sustancia, esencia, etc. <<

[9] Aquí figuradamente: aunque la mercancía sea mala de solemnidad. <<

[1] En este capítulo el grabado ocupa toda la página, por lo que falta el lema y el título, reconstruido éste aquí por el índice. En el original figura la palabra *endkrist*, que se refiere al Anticristo, pero que, por etimología popular, se asocia también con *end*, con el fin (del mundo). <<

[2] Quiere decir que sólo ha tratado a falseadores de segunda fila y que en este capítulo se ocupará de los de primer rango. <<

[3] El barco de la Fe, el de los libros sagrados. <<

[4] Ezequiel 2,6, junto con un sentido astrológico que le añade Brant. <<

[5] Ezequiel 13 y 14. <<

[6] Símbolo de la Iglesia de Roma. <<

[7] Se ha apoderado de la gran nave de la fe, en la que iban todos los fieles; por tanto, se hundirá como todas las otras naves más pequeñas, a excepción de la de San Pedro. <<

[8] Reimpresiones del original, página a página, sin preocuparse por corregir las faltas y erratas. <<

[9] Absolución de los pecados e indulgencias, tan criticadas por Lutero. <<

[10] Las Sagradas Escrituras, los escritos de los padres de la Iglesia, etc., en contraposición con los escritos reformistas que se han insinuado anteriormente. <<

[11] Superiores, es decir universidades. <<

[12] Los profesores llevaban trajes especiales. <<

[13] No hay que entender el *buren* del texto en sentido literal, «campesinos», sino figurado. <<

[14] Cicerón, *Tusculanae Disputationes*, I, 2. <<

[15] Aquisgrán era un centro de peregrinación, que, para la época se consideraba lejísimos de Basilea. <<

[16] 4 Moisés 11,4 ss. <<

[17] Está próxima a hundirse. <<

[1] Murió en el toro de metal que había ordenado fabricar. <<

[2] Jonás 1,3 ss. <<

[3] 2 Reyes 2. <<

[4] Daniel 5,17. <<

[5] 4 Moisés 22,7 y 21 ss. <<

[6] Brant usa el expresivo término *verligen*, bien conocido de la épica cortesana: «perderse por estar tumbado, ocioso». <<

[7] Embellecer para ocultar la verdad demasiado desnuda. <<

[1] Palo tosco, más grueso por abajo, atributo del necio. <<

[2] 2 Corintios 6,15. <<

[1] Parábola de las vírgenes prudentes y necias, en Mateo 25, 1-13. <<

[1] Mateo 25,14-30. <<

[2] Proverbios 30,24-28. <<

[3] Proverbios 25,16. <<

[4] Sabiduría 4,7. <<

[5] Salmos 49, 11-12. <<

[1] Proverbios 14,24; Eclesiastés 10,2. <<

[1] *Magister* de las siete artes liberales. <<

[2] 1 Corintios 3,19. <<

[3] Este tema procede de Jenofonte, *Apomnemoneumata*, II, 1, 21 ss., pero Brant lo tomó de *De legendis libris gentilium*, cap. 4, una reelaboración en griego del padre de la iglesia Basilio, traducida al latín por L. Aretino en el siglo XV. <<

[4] Este pasaje es oscuro, tanto sintácticamente como por el sentido, pues no concuerda con los niños que siguen, en los que está la verdadera sabiduría: Mateo 18,3 y 19,14; y Lucas 18,15. <<

[5] Plutarco, *De educatione*, 10,3; Bion es uno de los llamados «siete sabios de Grecia». <<

[1] *Schluraffen landt* del original procede del alto alemán medio *slûraffe* «vago», «ocioso», y aparece con frecuencia

en las farsas del carnaval del siglo xv. Equivale a País de Jauja. <<

[1] Elegido por Brant porque suena a *narr* «necio». <<

[2] Ciudad italiana recogida aquí, más que por su fama de buenos vinos, porque *Montflascun*, que así figura en el original, suena a *flasche* «botella». <<

[3] De *narr* «necio»: «País de los Necios». <<

[4] Entre los cortesanos se incluyen también, y de modo especial, los alto clérigos que rodean al Papa. <<

[5] Nombres de constelaciones. <<

[6] Son dos islas situadas cerca del Bósforo. Según la leyenda, se juntaban para aprisionar y destruir los barcos, hasta que los dioses las fijaron cuando pasó la nave Argos: cf. *Odisea*, XII, 61 ss., u Ovidio, *Metamorfosis*, XV, 337 s. <<

[7] *Malfortun* en el original, como resumen en latín de toda suerte de desgracias. <<

[8] *Odisea*, XII, 201 ss., y *Eneida*, IV, 41. <<

[9] Los delfines parecen ser un añadido de Brant, las sirenas se encuentran en toda la tradición de Ulises, que sigue aquí el autor, en parte, probablemente de segunda mano. <<

[10] *Odisea*, IX, 193 ss. <<

[11] Los lestrigones parecían más gigantes que humanos y practicaban el canibalismo; cf. *Odisea*, X, 80 ss. <<

[12] *Odisea*, X, 305. <<

[13] Brant mezcla aquí el relato de Homero con una tradición posterior, según la cual Ulises habría sido asesinado por el hijo que tuvo con Circe. <<

[14] Canción estudiantil. <<

[1] El hecho de que se cite aquí el autor por su nombre, indica que la edición original (1494) finalizaba aquí la descrip-

ción de los necios, siendo los capítulos siguientes una especie de epílogo sobre los literatos y los sabios. <<

[1] Aquí «difamar», «buscar un culpable». <<

[1] Los capítulos 110a y 110b se añadieron en la edición de 1495 y se repitieron en la de 1499. <<

[1] Lucas 14,8 ss. <<

[2] Al beber sin haber tragado lo que tiene en la boca. <<

[3] Expresión procedente del modo de comer los niños la papilla, en pequeñas porciones. <<

[4] Apurándola hasta vaciarla. <<

[5] Un piojo. <<

[6] Este escudo tenía una cruz, como los piojos. <<

[7] En el original *naeglißbrueg*, juego de palabras entre un tipo de sopa y las uñas con las que se han aplastado los piojos. <<

[8] De este pueblo, próximo a Estrasburgo, procede esta anécdota: una madre había enseñado a su hija que los huesos se ponen al lado del plato, pero, como *bein* significa a la vez «hueso» y «pierna», fue la pierna lo que puso. <<

[9] Un libro, como más abajo *una biblia*. <<

[1] Este capítulo carece de grabado y de lema. <<

[2] *Faßnacht* o *fastnacht* «carnaval» se aplicaba al día anterior al principio de la cuaresma; es decir, al martes anterior al miércoles de ceniza. <<

[3] La cuaresma. <<

[4] Brant juega en estos pasajes con la palabra *fastnacht* «carnaval»: *fast* significaba «casi» o «muy», *nacht* «noche». Estos juegos de palabras son también intraducibles al alemán moderno. <<

[5] Juego de palabras con el doble sentido de *fastnacht* «carnaval». <<

[6] La carne. <<

[7] El miércoles de ceniza se denominaba también *caput quinquagesimae.* <<

[8] La cruz con la ceniza en la frente. <<

[9] El asno del domingo de ramos, que era llevado también a la iglesia. <<

[10] Las campanas se tapaban desde el Jueves Santo al Domingo de Resurrección, como si estuvieran «muertas» los tres días, y se sustituían por instrumentos de madera. <<

[11] Alusión a los excesos del lunes de Pascua, día en que el Evangelio trata de cuando los discípulos de Cristo van a Emaús. <<

[12] Era costumbre hacer unos bollos sin levadura, que eran bendecidos. <<

[1] Más seguridad que tratar bien a los necios. <<

[2] Salmos 37,35-36. <<

[3] Se trata del refrán «cuando se habla del lobo, no está lejos», aplicado aquí a los necios. <<

[4] Símbolo del necio, como la clava. <<

[1] Este capítulo es una versión libre del poema «Vir bonus», que en tiempos de Brant se atribuía falsamente a Virgilio, y que el propio Brant editó en latín en Estrasburgo, en 1502. <<

[1] Se suponía que la sabiduría de Sócrates procedía del oráculo de Apolo, en Delfos. <<

[2] Junio y julio. <<

[3] Diciembre y enero. <<

[4] Que no sea justa. <<

[5] Aquí terminaba el último capítulo de la edición de 1494. <<

[1] Esta protesta contra los añadidos y cortes de las ediciones *piratas* de *La nave de los necios* (en particular la de Estrasburgo, 1494) la puso Brant al principio de su tercera edición (Basilea, 1499). <<

[2] Bañar, frotar, cepillar, etc., se usaban en el sentido de «burlarse». <<

[3] Se cortaban, suprimían o añadían versos, v. gr., para que cupiera un grabado o para rellenar un hueco en blanco. <<

ÍNDICE